

DESTINITOS FATALES

Andrés Caicedo

DESTINITOS FATALES

PROLOGO

*"Pero me vuelvo hacia el Valle, a la sacra,
indecible, misteriosa Noche. Lejos yace el mundo
—sumido en una profunda gruta— desierta y
solitaria en su estancia. Por las cuerdas del pecho
sopla profunda tristeza".*

Novalis, "Himnos a la Noche".

- © Carlos Alberto Caicedo
Fundación Andrés Caicedo
- © Editorial La Oveja Negra Ltda.
Carrera 14 N° 79-17, Bogotá, Colombia

ISBN 958-06-0075-9

Pintura portada: Alonso Noreña

Este producto está **leJ**
impreso en papela••

Editorial Retina, Bogotá, 1988
Impreso en Colombia
Printed in Colombia

El Archivo Expiatorio

El trabajo de recopilación de la obra de Andrés Caicedo se nos había presentado como una necesidad generacional, toda vez que su voluminosa producción había quedado obligadamente refundida en la profundidad de unos baúles misteriosamente intactos. Dados a la tarea del rescate, poco a poco fuimos haciéndonos a la idea de acercarnos al devela miento de las miles y miles de cuartillas ignoradas, luego que ambos recopiladores conocimos hasta la saciedad todo el trabajo que Andrés publicó en vida, acercándonos ambos por caminos diferentes, pero reuniéndonos siempre en un propósito final común. Por una parte, Luis Ospina fue amigo y compañero del autor desde la época del Cine-Club de Cali y un realizador de cine que ha trabajado su obra bajo criterios similares a los del autor que ahora presentamos. Por otro lado, Sandro Romero ha sido un lector permanente de Caicedo, devorador de sus textos y quien se ha ido creando, con el paso del tiempo, una especie de *vicio* por la lectura del autor de estos *Destinitos Fatales*. Armados de este previo común acuerdo, fuimos forjando un tácito método de *invitación a las noches*, donde conversamos sin descanso sobre el tema, hasta que, apoyados por el mecenazgo afectivo y la complicidad de Hernando Guerrero, fuimos a la casa del escritor, hablamos con sus padres y finalmente se abrió el candado que protegía con celo el material inédito. El hallazgo, no podemos negarlo, fue impresionante: Cientos de folios amarrados con relativo orden, contenían versiones y versiones de cuentos, varias novelas, buena cantidad de largometrajes que se quedaron en el papel, obras de teatro, correspondencia desafortada, proyectos, traducciones de artículos de cine y canciones de los Rolling Stones, incalculable colección de críticas de cine, poemitas y toda suerte de arrepentimientos varios. Dados a la tarea de organización de este material, el primer paso que nos dimos a seguir fue establecer un posible criterio de selección, de tal suerte que pudiésemos sacar a la luz una colección de escritos que correspondiese a los deseos siempre manifiestos del autor, en el sentido de "morir y dejar obra" y, así mismo, tratar de mantener cierta coherencia y rigor en los textos para publicar. De esta manera, iniciamos la lectura de los materiales. Pero es en este momento, oh, queridos

lectores, que debemos hacer un pequeño alto y echar un poco marcha atrás. Los textos que a continuación leerán corresponden a una serie de sutiles piezas de un rompecabezas de los cuales es reconfortante confesar cómo llegamos a su concreción. El lector aguzado sabrá de qué manera lo cautivará esta génesis.

La Plaza de Caicedo

Toda la obra de Andrés Caicedo parte, depende y se inscribe en la ciudad de Cali. Esto, que parecerá un accidente, se convierte en una actitud en todo su trabajo, pues resultaría prácticamente utópico el hecho de pensar que un autor como Caicedo existiese en otra ciudad colombiana. Este planteamiento, que podría ser considerado como una absurda declaración chauvinista, es una realidad de múltiples connotaciones, puesto que Andrés sumió a su ciudad como una especie de metáfora de su propia vida, entendiendo la *calinidad* como una excepción, como una salida por la puerta trasera, como un reto. La capital del departamento del Valle del Cauca ha sido un medio donde la vida cultural se ha arrastrado para tratar de imponerse, y las expresiones juveniles (sobre todo, en años anteriores), han tenido una salvaje, agresiva e inteligente manera de cuestionar las normas establecidas, a través de todos los excesos posibles, llámense cinefilia, erudición, drogas, pasiones irrefrenables o soluciones radicales. Así mismo, a dos horas de la costa pacífica la cultura de la ciudad de Cali es una mezcla del sudor del trópico y el anhelo de los paisajes transilvanianos, es la vida de la rumba y el continuo arrepentimiento por el tiempo perdido, es la desmesura en los excesos y el sopor de los trabajos inútiles.

Aquí nació Andrés, un desesperado que no quiso perder un minuto de su tiempo porque sabía, desde muy joven, que tenía una cita pendiente con la muerte a los veinticinco años. Sin embargo, le tocó cumplir su vida en un medio que no permite en lo más mínimo los riesgos de contar con un genio en su propia casa, y nuestro autor se vio obligado a frustrar gran cantidad de sus proyectos y esconderse en la ametrallante impaciencia de su maestra de escribir. Desde muy niño, comenzó a producir. En la época de los célebres festivales estudiantiles de teatro a finales de los años sesenta, se conocieron sus primeras piezas dramáticas (*La Piel del Otro Héroe Recibiendo al Nuevo Alumno*), las cuales contaban con un nuevo concepto de la puesta en escena, inaugurando así esa tendencia de *vanguardia*, hija del teatro pánico por un lado y de Ionesco y Beckett, por el otro. Durante este período, Andrés llevó a las tablas

piezas como *La Noche de los Asesinos* de José Triana y *Las Sillas* de Ionesco, montajes que coinciden con la publicación de sus primeros cuentos en los dominicales de la ciudad. Un poco antes había asistido a las reuniones del grupo de escritores llamados *Los Dialogantes*, donde participarían autores y críticos como Gustavo Álvarez Gardeazábal, Carmiña Navia, Eduardo Serrano y otros. En esta época (y una vez desaparecida dicha asociación de forjadores de la pluma) se inicia la compulsividad en el trabajo de Caicedo. Por sus diarios, observamos que sus horarios eran estrictos en lo que a lecturas, montajes teatrales y escritura se refiere. Desde las primeras horas de la mañana hasta las últimas de la noche, Andrés parecía no pensar en otra cosa que en forjar su propia obra, inventar su propio universo, darle vuelta a sus propios caprichos y tratar de acumular la mayor cantidad de escritos, películas vistas y obsesiones, para llegar bien armado a la hora de la muerte.

Es también en esta época cuando el hombrecito empieza a darle un orden a su desbordada pasión por el cine y funda el Cine-Club de Cali, inicialmente en la sala del TEC, luego en el Teatro Alameda y finalmente en el teatro San Fernando, donde, los sábados a las 12:30, todos los cinéfilos por convicción, estudiantes por obligación, marginales por drogadicción, amistades por seducción, intelectuales por reacción, se daban cita, bajo las órdenes de los gustos y los materiales escritos por Andrés. Poco a poco, el público del Cine-Club era el ejemplo de una actitud generacional. El cine junto a la música *rock* (y, en especial, a las canciones de los Rolling Stones), a la salsa, a los viajes de todo tipo, eran la constante de una juventud que reventaba el sábado al mediodía y comenzaba a destruirse el lunes en la mañana.

El Cine-Club de Cali, por su parte, fue la escuela de Andrés y su cátedra para imponer sus propios caprichos. Cientos de cuartillas sobre películas comentadas, prolongados estudios a directores, artículos de prensa, materiales del Cine-Club mismo, y, ante todo, discusiones eternas con los que seguirían siendo sus compañeros de batalla en el cine.

Paralelamente a su actividad como director del cine-club (junto a Ramiro Arbeláez, Hernando Guerrero, y Luis Ospina, entre otros) el trabajo literario de Andrés no paró un instante, luego de un frustrado intento de llevar al cine su guión de *Ángela y Miguel Ángel* (ce-dirigida con Carlos Mayolo, 1972). "Tal vez podremos hacer cine en el año 2000", profetizaba en alguna carta. Su producción como escritor se fue volviendo cada vez más compulsiva, hasta llegar a darle forma a todas sus obsesiones temáticas. La obra de Caicedo se asemeja mucho al concepto de "canibalismo" del que

hablaba Raymond Chandler, en el sentido de nutrirse de sus propios textos y correlacionar los temas de unos y otros de tal manera que todos sus trabajos conformasen un *corpus* de fijaciones y argumentos recurrentes. Pero esta aventura interior corrió con continuas dudas en lo referente a los resultados. Es una constante encontrar en las reflexiones escritas por Caicedo, profundas caídas en el arrepentimiento y vemos cómo sus relatos son escritos una y otra vez, como tratando de dar caza a una totalidad imposible, a un *standard* de insatisfacciones.

En sus lecturas y gustos literarios podemos notar cómo prefieren autores que complementan y avivan las voces de esos jóvenes habitantes de la ciudad de Cali que Andrés rescató de su propio pantano. Son evidentes los ecos en su obra de autores como Edgar Allan Poe y H. P. Lovecraft por su obstinada pasión por lo macabro, de Nathaniel Hawthorne, de Herman Melville, Bioy Casares y Borges por su manera de asumir los relatos de Malcolm Lowry, de Henry James, de Flannery O'Connor, de Cyril Conolly, de Camilo José Cela o del mismísimo Pío Baroja y su gigantesca saga sobre el mar. De otra parte, siempre le atrajeron los escritores que tocaron el tema de la adolescencia y de la infancia, como los peruanos Mario Vargas Llosa (en especial, por *La Ciudad y los Perros* de la cual hizo una extensísima adaptación para el teatro) y Alfredo Bryce Echenique (autor de *Un Mundo para Julius*, del mexicano José Agustín (de cuya novela, *Final en Laguna* los jóvenes calenos sabían el dato exacto de cuántos cigarrillos de marihuana se fumaban sus protagonistas), de algunas novelas de Carlos Fuentes (incluso de *erra Nostra*, que alcanzó a devorarse), de Cortázar (con excepción de *Libro de Manuel*, que detestaba) y, en fin, todo lo que se tratase de influencia *vargasjoyceana*.

Todo este bagaje literario se combinaba, sobre todo con su voraz aprehensión por la historia del cine, por su conocimiento de filmes, actores y toda suerte de *trivia* del celuloide. Directores como Hitchcock, Buñuel, Corroan, Bergman, Peckinpah, Jerry Lewis, Billy Wilder, Penn, Truffaut, Deville, Polanski, Nicholas Ray, Huston, Chabrol, Aldrich o el enigmático Leonard Kastle, solo por citar nombres que trazaban dentro de los límites de lo imprimible las barreras de los gustos caicedianos. Esta influencia del cine dentro de su literatura es fundamental, puesto que su trabajo como crítico, por su parte, era una manera de *recrear* el filme que se había degustado en la butaca. En algún artículo (concretamente, el titulado *Especificidad del Cine*) Caicedo plantea que debería existir un método que "universalizase lo particular", puesto que, "cada gusto es una aberración". Esto, en otras palabras, define como su

trabajo -bien como crítico, bien como cuentista, bien como novelista- se planteaba siempre dentro de los términos de la búsqueda permanente de un lenguaje que traspasase los límites de lo real y propusiese una permanente aventura creativa. Por ello sus obsesiones temáticas empiezan a tener connotaciones enfermizas. Una y otra vez encontraremos recurrencias en sus textos, tales como el canibalismo, el vampirismo, la nostalgia, el amor, el sexo, la violencia, la noche como circunstancia, las flagelaciones dentales, el gusto por los complejos y los conflictos (sobre todo, los edípicos), el incesto y, en últimas, la muerte, como gran final de todas las derrotas en los puntos anteriores. Estos temas son abordados desde múltiples flancos los cuales, paulatinamente, van adquiriendo un interesante nivel de concreción. De esta manera, pudimos abordar el método para recopilar sus textos. Poco a poco fuimos estableciendo un hilo de condensación en sus cuentos, hasta el punto de llegar a un nivel de síntesis verdaderamente representativo. Por ejemplo: Hay una constante en casi todo lo escrito por Andrés en términos de ficción que consiste en partir de un personaje que se levanta, reflexiona sobre todo lo que lo rodea, sale a la calle y deambula por la avenida Sexta, o simplemente establece una travesía; el hombrecito va a una fiesta y finalmente la narración se desborda en un pasaje de *horror* ulterior hacia toda esta cotidianeidad.

Este recorrido (con evidentes ecos del *Ulysses*) conlleva un develamiento de la ciudad, pero siempre desde una óptica adolescente, la cual es una combinación entre el humor y la amargura, la curiosidad y el desarraigo. "Cali es una ciudad sólo para adolescentes", repetía Caicedo continuamente. Y esta máxima se convirtió en su mínimo común múltiplo de caracteres y situaciones. Muchos de los relatos aquí recopilados, se integran a este esquema, pero cada uno posee una variante definitiva: la trazada por el lenguaje. Sus obsesiones temáticas y tanáticas son, en otras palabras, la búsqueda de una obra total única. Pero este era un proyecto para inmortales.

Nostalgia de la muerte

A juzgar por las fechas de sus escritos, parece ser que 1969 fue el año en el que Andrés logró imponerse una disciplina de trabajo, la cual dio como resultado una gran cantidad de cuentos, dos borradores de novelas, algunos guiones para cine y poemitas varios. Es en este año cuando escribe siete versiones de *Los Dientes de Caperucita*, cuento con el que ganaría el segundo premio del Concurso Latinoamericano de la Revista Imagen de Caracas, a los diecinueve

años. En esta época, escribe la mayor cantidad de relatos que constituirían la saga de Angelita y Miguel Angel. Con estos trabajos, proyectaba publicar un extensísimo libro que se llamaría *Calicalabozo*, cuyo contenido siempre varió y no se concretó totalmente en vida del autor. Fascinado por los libros mamotéricos, Andrés pretendía un libro como el de los cuentos completo~ de Allan Poe, cuyo ejemplar editado por la Universidad de Costa Rica y traducido por Julio Cortázar, siempre tuvo a la mano, llevándolo consigo a donde fuese. Todos sus cuentos pretendían entonces formar parte de una obra total que Caicedo comenzó a forjar aún desde que era un niño. La precocidad de Andrés se delata en la insólita disciplina que mantuvo para todos sus proyectos, comenzando desde muy temprana edad. Valga anotar que sus lecturas están todas consignadas en un folder considerablemente voluminoso, donde da cuenta de cada libro leído, con un comentario de más o menos una cuartilla de extensión, sobre el texto. En dichas notas podemos ver casi que un plan de lecturas impuesto por sí mismo desde sus once o doce años, como si de antemano supiera que debía llenar todos los baches en su cultura tan rápido como fuera posible. Con el mismo rigor, como ya lo anotamos, codificó toda su experiencia como espectador de cine. Primero en el periódico *Occidente* de la ciudad de Cali, publicó sus primeras críticas. Luego en otros diarios, indistintamente. Poco tiempo después comenzó a publicar un folleto titulado *Ojo al Cine*, el cual se convertiría, en 1974, en la revista especializada más importante que se publicase en Colombia.

Por esta época Andrés viaja a USA, "al país de Alphaville", con cuatro guiones de largometraje escritos por él, y con el firme propósito de vendérselos al productor-maestro de la Serie B, Roger Corman (el cual, entre otras cosas, había rodado un filme con Vincent Price llamado *Tales of Terror* y su traducción al español fue, cosas del destino, *Destino Fatal*). Los guiones, afanosamente traducidos por su hermana, se quedaron en el papel y no llegaron nunca a manos de este realizador que logró llevar los cuentos de Poe a la pantalla. Sin embargo, el viaje no fue en vano. Tanto en Los Angeles como en Nueva York, Andrés pudo ver todo el cine que quiso, comenzó a escribir *¡Que viva la Musical*, la única novela que terminó totalmente (¿con él?) en vida, inició la redacción de un diario, que pretendía convertir en novela y se llamaría *Pronto: Memorias de una Cinesífilis* (Colcultura publicó un excelente relato en su antología *Obra en Marcha No. 2*, el cual forma parte de dicho proyecto), confirmó su alocada adicción por los blues, intentó por todos los medios entrevistar a Alfred Hitchcock, adquirió las grabaciones sólo-para-coleccionistas de los Stones, entrevistó a Sergio Leone y

regresó a Colombia a precipitarse en el riesgo de los últimos años de su vida.

En 1975, publicó, bajo el patrocinio de su madre, en las *Ediciones Pirata de Calidad*, su relato *El Atravesado* (cuya carátula dibujó él mismo, basándose en una portada de una grabación no autorizada de los Rolling Stones). El libro tuvo un relativo éxito a nivel local. Pero el desespero y la desazón del autor tenían un límite y, a partir de esta época, cometió dos intentos de suicidio. En ambos lograron salvarlo (?) y, en los períodos de relativa recuperación, Andrés siguió trabajando. Publicó el No. 5 de la Revista *Ojo al Cine*. escribió semanalmente prolongadísimos artículos en el dominical del diario *El Pueblo*, entregó la versión final de *¡Que Viva la Música!* a Colcultura para su publicación, trabajó en el Cine-Club, alcanzó a recibir un ejemplar de su novela ya editada, hasta que, en la tarde del 4 de marzo de 1977, decidió que su cabeza estallase de una vez por todas y dejara de pensar para siempre. Al día siguiente, mientras su familia lo enterraba, se exhibía en el Cine-Club de Cali *Los Olvidados* de Buñuel. Antes de la proyección se escuchó *Angie, Gimme Shelter*, *¡Hey, Negrita!* y algo más, de los Stones; *Periódico de Ayer* de Héctor Lavoe; *El Rumbero Mayor* de Ricardo Ray & Bobby Cruz. El domingo siguiente, el *Semanario Cultural* de El Pueblo publicó su último artículo, sobre *La Década Prodigiosa* de Chabrol. Por esos días salió al público el No. 19 de la Colección Popular de Colcultura, con *¡Que Viva la Musical*. Los comentarios, las críticas, las alabanzas, los manifiestos, los recitales de apoyo, los petardos, las declaraciones suicidas, no se hicieron esperar. Pasaron muy pocos meses, para que la novela póstuma de Andrés Caicedo se convirtiera en el libro más importante de las nuevas generaciones de escritores colombianos.

Poco tiempo después, se publicaron tres relatos de la serie de Angelita y Miguel Angel y los responsables de la edición también dieron fin a sus vidas por sus propios medios. *¡Qué Viva la Música!* fue reeditada con una espantosa carátula que mostraba unos hippies como de ilustración de cartilla escolar. El libro fue publicado en Italia, tiempo más tarde. Ahora, los jóvenes leen los textos de Andrés Caicedo en la clandestinidad de los ratos de ocio. Las ediciones piratas empiezan a reproducirse. Basta sólo el ejemplo de un libro llamado *Erotismo y Perversiones*, donde publicaron las tres últimas cuartillas de *los Dientes de Caperucita*, seguido de André Breton y toda una lista de autores que, supuestamente, practicaban con la pluma lo que debían hacer con el cuerpo. Han salido, finalmente, una que otra recopilación arbitraria de sus cuentos y varios relatos aislados en suplementos y revistas. Pero la gran obra

póstuma de Caicedo estaba por sacarse a la luz. Han pasado varios años de silencio. Luego de la tempestad, pensamos que vendría la calma para sentarnos a trabajar. Pero el tiempo ha corrido a gran velocidad y, sorpresivamente, nos damos cuenta que los personajes y el mundo descrito por Andrés se ha vuelto increíblemente profético. María del Carmen Huerta (la protagonista de *¡Que Viva la Música!*) camina continuamente por las calles de Cali. Los angelitos empantanados chapotean de nuevo. La línea blanca de las drogas parece no acabarse nunca. La incertidumbre de las nuevas generaciones es como cualquier párrafo que describe a los angustiados personajes caicedianos. Por esta razón, los textos inéditos de Andrés salen a la luz, no solamente por un capricho generacional, sino por una necesidad histórica.

Los Viejos Baúles Empolvados

Alrededor de sesenta cuentos pudimos recopilar, luego de organizar por secciones todo el archivo de Caicedo. Su cuarto, en la casa de sus padres en el barrio Ciudad Jardín, ha cambiado notablemente. Todavía se conserva parte de su biblioteca, hay un archivador con papeles de su padre, un baño decorado con un gigantesco afiche de *Performance* (el excelente filme de Nicolas Roeg y Donald Cammell, con Mick Jagger, James Fox y Anita Pallenberg, que tanto le gustó en vida), unas pocas fotos de cine en la pared y, a un lado de la habitación, un baúl negro que contiene los folios. En ellos está la mayor parte de su gigantesca producción como crítico de cine, dos versiones de su novela *La Estatua del Soldadito de Plomo*, todos los guiones, unas seis obras de teatro (hay, incluso, una extensísima adaptación inconclusa del *Gordon Pym* de Poe), los cuentos, toda su correspondencia escrita y recibida, incesantes notas autobiográficas, traducciones y cuadernos de proyectos, éstos últimos, redactados a mano.

Fundamentalmente, nos concentramos en los cuentos, pues este libro se propone dar cuenta de esta faceta de la obra de Andrés Caicedo, y allí nos detuvimos, a lo largo de varios meses.

Podríamos dividir su trabajo como narrador, en tres "etapas" (seguramente, a nivel temático, muy arbitrarias), que nos ayudaron a la simplificación y organización del material. La primera, son sus cuentos de adolescencia, publicados algunos en dominicales del Occidente y El Espectador, entre 1966 y 1968. La segunda, es su trabajo de 1969, absolutamente prolífico. Y la tercera, todos los relatos que conducirían a la saga de Angelita y Miguel Ángel.

Habría que advertir que, paralelamente a la escritura de los relatos, Andrés trabajaba en sus novelas, las cuales formaban parte de las obsesiones temáticas de sus cuentos.

Sus primeras narraciones, obviamente, son las menos afortunadas. Hay un excesivo nihilismo y "recursos" narrativos que pretendían seguir la línea de los triunfos formales de la nueva literatura latinoamericana. Andrés mismo se burlaría, tiempo después, de estas trampas "estéticas". La segunda etapa, nos muestra la producción más abundante de la cuentística caicediana. Cada relato es escrito una y otra vez, con una compulsividad sin tregua. Lo interesante de estas continuas versiones, es que no se trataba de simples repeticiones sino, por el contrario, de aproximaciones al tema desde nuevos ángulos, con otros narradores, con elementos cada vez más frescos. Casi todos estos cuentos, a su vez, presentan ciertas recurrencias en el estilo, las cuales Caicedo terminaría manejando con absoluta maestría.

A partir de estos relatos, se consolidarían muchos elementos que han terminado llamándose, no en vano, "el universo caicediano". Por un lado, su progresiva obsesión por "la descripción de mundos corrompidos". Sus personajes comienzan a vivir dentro de un ambiente oxigenado por la nostalgia de veraneos, calles recorridas, novias, colegios, vacaciones, y terminan entregándose, incluso a pesar de ellos mismos, al camino de la perdición. En cada uno de sus relatos hay una lucha permanente entre la narración y el tiempo interior, de tal suerte que pareciese que los acontecimientos no avanzaran. Hay muchos cuentos que comienzan en una historia específica y, poco a poco, se van desbocando en reflexiones que van más allá del relato mismo. Esta característica la encontramos incluso en *¡Que Viva la Música!*, cuando la narradora concluye, en las últimas páginas, en una enumeración de máximas sobre la marginalidad, guardando alguna semejanza con *El Libro de Monelle* de Marce! Schwob.

En otras palabras, notamos que, en los textos de Caicedo hay una relación permanente entre lo personal y lo distanciado, el narrador se incluye y se aleja de la historia como si pudiese entrar y salir a su antojo, dentro de sus arbitrarias leyes. Siempre habrá una continua experimentación en este sentido, brindándole a los cuentos una permanente sensación de libertad, a pesar del encierro en que, continuamente, se encuentran sumidos los personajes. Uno no llega a saber, a ciencia cierta, si lo que se cuenta es o no es posible, si el narrador lo vive o lo imagina, si los acontecimientos suceden o se nos imponen. Apoyado íntimamente en el lenguaje, Caicedo le confiere al relato una dosis de vitalidad extraídos de todo tipo de

recurrencias y de recuperación de voces unidas por una permanente necesidad de autodefinirse. Dentro de esta tendencia, encontramos que hay una búsqueda por atrapar voces casi que exclusivas de la palabra hablada. La recuperación del lenguaje de la droga, por tomar sólo un ejemplo, es una constante, sobre todo en sus últimos textos, así como su recurrente utilización de expresiones típicamente juveniles. De la misma manera, veremos que en ninguno de sus relatos se recurre a la tercera persona: siempre se parte de un narrador (sea hombre, sea mujer, sea homosexual) que es víctima de su propia circunstancia y *cuenta* (muchas veces con un interlocutor hipotético en segunda persona) los acontecimientos, casi siempre con connotaciones apocalípticas.

Aquí las palabras van y vienen, le dan muchísimas vueltas al asunto, hasta el límite de convertir los puntos de apoyo del relato en un simple pretexto que se explaya en la reflexión de su propia tragedia. Ante esta circunstancia, en casi todos sus cuentos hay una obstinada sombra de amargura que se evidencia incluso en el permanente humor que mantienen las narraciones.

De otro lado, existe en casi todos sus relatos un sugestivo tono de imperturbabilidad para contar los acontecimientos más escabrosos y temibles. Todas las relaciones físicas entre los personajes (bien sean eróticas o violentas) nunca se le "confiesan" al lector sino, por el contrario, se le comentan fríamente, dando cabida a todo tipo de "opiniones" que el narrador impone sobre los acontecimientos que escoge contar.

Pocas veces encontraremos en los relatos de Caicedo que sus historias sean contadas por un narrador adulto. Sólo contábamos con una excepción a esta ley, en un breve cuento titulado *Teaching & Tal*, el cual parte de las reflexiones de un inamable profesor de colegio. Por desgracia, se trataba de un relato inconcluso y, seguramente, sin muchas ganas por parte del autor de llevarlo a buen final. Así mismo, Caicedo tenía proyectado para la segunda parte de *Noche sin Fortuna* un monólogo interior de la mamá de Solano Patiño, el protagonista, el cual nunca llegó a escribir. Una verdadera lástima, pues bien sabido es, a juzgar por sus relatos, su tendencia a refugiarse en la contemplación de las madres, otorgándoles siempre un admirado homenaje de postración.

En síntesis, podemos concluir que la obra de Andrés Caicedo es básica y necesariamente juvenil, puesto que en vida, el autor no se propuso otra cosa que fortalecer una imagen adolescente del mundo, hasta el punto de plantear que uno nunca debía dejar de ser niño y, por ende, "vivir más de veinticinco años era una insensatez".

A partir de este propósito de vida, de esta necesidad urgente por acabarlo todo rápidamente, se construyó su obra. A un ritmo destructivamente veloz.

Destinitos Fatales

¿Qué compone la presente recopilación? Dado que la mayoría de los textos inéditos de Caicedo estaban en constante proceso de transformación, e incluso varios de ellos quedaron sin terminar nos vimos en la obligación de hacer una selección un tanto rigurosa, atendiendo además la posición de Andrés en el sentido de ser bastante estricto en cuanto a los textos a publicar.

El presente libro se divide en tres secciones: La colección de cuentos titulada *Ca/icalabozo*, la saga de Angelita y Miguel Angel (*Angelitos Empantanados o Historias para Jovencitos*) y la novela *Noche sin Fortuna*. Los quince relatos que conforman *Ca/icalabozo* son las versiones más acabadas de cada uno de ellos. Algunos fueron publicados en suplementos dominicales, uno que otro en alguna revista y los demás son completamente inéditos.

El primero de la serie, titulado *Infeción*, es quizás el mejor ejemplo del trabajo adolescente de Andrés. Allí están incluidos todos los ingredientes de sus primeros relatos: Un mínimo esquema argumental, las reflexiones de derrota, el discurso recurrente, el rechazo a todo lo que se le presente por delante, el tono de escritor *maldito* y la secreta influencia del poeta Eugenio Guerra. *Por Eso yo Regreso a mi Ciudad* es un relato de una extraña belleza, con un esquema que luego se volverá permanente en su obra: el encierro de un personaje y sus reflexiones sobre Cali desde la óptica del aislamiento. *Vacío* es una de sus mejores narraciones breves, y uno de sus primeros tanteos sobre sus dos personajes adolescentes, Angelita y Miguel Angel. *Besacalles* es basado en un famoso habitante de las calles de Cali, quien moriría en oscuras circunstancias, luego de practicar alguno de los trabajos que proféticamente le designa Andrés en su relato. *De Arriba a Abajo de Izquierda Derecha* es un cuento del cual encontramos muchas versiones y entregamos al lector la más acabada, a juzgar por una hipotética enumeración que el autor había trazado. *El Espectador* es otro de los múltiples cuentos escritos en 1969: donde empieza a utilizar el cine como parte constructiva de sus ficciones narrativas. *Felices Amistades* inicia lo que podríamos llamar la etapa *criminal* del autor, en un relato lleno de ambigüedades ingeniosas y situaciones que lejamente aparecerán en *Noche sin Fortuna*. *Lulita que no quiere Abrir la Puerta?* es una

versión primitiva de *Los Dientes de Capercucita*, pero que a juzgar por el resultado final de este último relato, se transformó totalmente. Lo incluimos porque tiene méritos por sí solo y porque es casi el inicio de su imagen de *la mujer como devoradora* (otro de los temas que llegará a felices términos en *Noche sin Fortuna*). En *las Garras del Crimen* es su único cuento directamente influido por la novela negra y el *thriller*, dos de sus géneros favoritos. Es un relato muy en plan de regodearse con el tema y está escrito como si Andrés jugase con su propia imagen y sus propios gustos. Se trata, al parecer, de uno de sus últimos cuentos. *Patricia/inda*, el cual se iba a llamar inicialmente *Destinito Fatal*, es otro de sus interminables reflexiones acerca de un personaje, tomando un par de anécdotas mínimas, como punto de partida para las siempre reconfortantes divagaciones de sus protagonistas. *Calibanismo* era un fragmento de *Anttgonia* (una de las versiones de *Noche sin Fortuna*) donde con mayor obsesión insiste en el tema del canibalismo. Aquí se nos hace prácticamente un "análisis" de lo que serán las actitudes del extraño personaje femenino de la novela que aquí incluimos. *Los Dientes de Capercucita* es uno de sus relatos más delirantes y de considerable riqueza estilística. Premiado en Caracas, fue el cuento del cual encontramos mayor número de versiones y variantes temáticas. Aunque le somos fieles al autor al sacar a la luz la que él consideró el cuento terminado, había otras aproximaciones realmente excelentes, como la titulada *¡Pero que ojos más grandes tienes, Capercucita!*, que, desgraciadamente, tuvimos que echar a un lado. *Maternidad* salió publicado en la contracarátula de *El Atravesado*, en la edición que él mismo supervisó. Era el cuento que Andrés consideraba "modestamente, como mi obra maestra". Y, aunque hay otros relatos igualmente memorables, no estaba del todo equivocado. Hay varios elementos que luego desarrollará en *¡Que Viva la Música!*, especialmente en la descripción del desmoronamiento de la dama de la historia. El tono del cuento es inmejorable y su delicioso ambiente decadente lo convierte en el mejor ejemplo de cinismo y *agite* que cualquier autor colombiano haya tenido. Recuérdese, por ejemplo, cuando el narrador dice "rasgué con su sangre el pasto yaraguá", al referirse a la primera cópula con su mujercita. O su definitiva decisión: "Le haré un hijo a esa mujer". Son, evidentemente, logros contundentes de su estilo. *Los Mensajeros* es, a criterio de los recopiladores, el cuento de mayor belleza de toda la selección. Hay una imagen apocalíptica y nostálgica de Cali, vista desde la óptica de una legendaria estrella de cine que surge y desaparece cuando Cali se convierte en la meca del séptimo arte y los soñados Estudios del Río dan cuenta de por qué a la capital del Valle del

Cauca se le llegó a lla~ar ~lguna vez *Caliwood*, Uno de los cuentos memora~l~s para la historia del cine colombiano. Por último, los tres *Destznlf~s !atales* que el lector encontrará al final de *Calicalabozo* fueron ongm~lmente publicados por Andrés en 1971 en uno de los f?lletos del Cine-Club de Cali (que ya se llamaba *Ojo a/ Cine*), en medio de repexl0ne~ sobre las películas de Polanski y el género de horror: Su título sera una constante en todo lo que Caicedo escribió y, s~ ~ida en general, estuvo marcada por esta frase. De hecho su s~l~ld10 fue ~a respuesta a este sino recurrente que envolvió su rápida y prohfica existencia.

. El título *Ca/icalabozo* creemos que habla por sí sólo acerca de su sigmfí~do. Este era el nombre que Caicedo siempre quiso para su colecc10? de cuentos, una vez publicados. Entre sus notas encontramos varios proyectos de unificación de los relatos, siem~re bajo el mis~o título. Incluso, hay un proyecto de aglutinar sus cuentos '¡Que Viva la Música!, *El Atravesado* y los *Angelitos Empantanados*' todos en un solo volumen. "Para mí vivir en Cali es como para el Cónsul de Lowry ~viren quauhnauc", decía Andrés, lapidariamente ..~on esto ~mzás explique un poco el sentido de su título y la sensacin de obligado ~nc!erro que le inspira la ciudad. De todas formas, no s~ trata, m mucho menos, de un rechazo climático ge~gr~fico, n~much? menos humano, hacia la "Sultana del Valle": Su l~sistente capa~ldad de sufrimiento" trascendía los límites de la Capital d~ la Alegría y lo sumió, definitivamente, en la desazón. Su obra, en n~ngun momento se puede considerar como una expiación ~n la me~ida.aen que trabajó casi que con un obligante afán par; intentar, mutil!ente, de borrar las huellas de su propia tristeza. Cuan~?. a Andres le l?reguntaban.' por ejemplo: "¿Quiubo, Qué has hecho. El respondía, bergmaniano: "Sufrir incalculablemente" como responde algún personaje con cáncer en *Gritos y Susurros*. Su ?ese~pero lo l!~vaba ~onsigo a todas partes y esa sensación de Cahcalaboz? la llevo a cuestras hasta LA., New York, Bogotá o Cartagena. Sin emba~go, Caicedo no pasó por trágico durante su vida y, por el contra~10, su extraordinario humor se integró perfectamente a su mcertldumbre. Esta posición, bastante caleña, por cierto, de rel.rse de las propias derrotas y frustraciones se define en nuestro medio co~o la exégesis del *medaunculismo*, dei cual Andrés fue uno de sus pncipales cultores. Es por esto que en todos los relatos ~y, engeneral, en toda su obra) hay una feliz amargura, hay una ~tisfacción por el desmoronamiento, hasta llegar a plantear por ejemplo: "Y vamos creciendo, puede que madurando nuestro~ conceptos, ganando número de visiones importantes, pero nada. tendría de raro que después de un film excepcional desfallecieran

nuestras fuerzas. Rico". Incluso, podemos afirmar, sin duda, que el único lugar donde Caicedo se sintió a gusto fue en su ciudad natal: la música, el ambiente, el clima, las peladas, le fueron, evidentemente, mucho más reconfortantes para ayudarlo a morir a gusto. "Qué jarrera tener que morir en Bogotá", planteaba en alguna de sus narraciones desbordadas. E hizo todo lo posible porque esto no sucediera. Se esperó un poquito, se cortó el pelo a navajazos, sonrió para algún periódico, se dejó entrevistar para la televisora nacional y regresó a su Calicalabozo a recuperar su encierro, esta vez para siempre.

La segunda sección del libro, *Angelitos Empantanados o Historias para Jovencitos* comprende tres relatos. Uno de ellos, *Angelito y Miguel Angel*, contiene buena parte de su cuento *Berenice*, sobre todo en lo referente a la fascinación por las pocas piezas dentales coleccionadas del poeiano personaje. Todas estas narraciones dan vueltas alrededor de los mismos sujetos e, incluso, de las mismas situaciones que luego veremos ampliadas en *Noche sin Fortuna*.

En estos relatos encontramos que los protagonistas siempre descienden al "espiral sin fondo de la perdición", metaforizado este sentimiento en una búsqueda ingenua de la marginalidad, hasta el punto de caer en las garras de los *mundos corrompidos*. Los personajes principales de estos cuentos son dos muchachos divinos, estereotipos de la burguesía, limpiecitos y portadores del amor, en estado virginal. Hasta que el descenso a los infiernos, el reconocimiento de los barrios populares, la evidencia de las inmundicias, los conduce a un delirante desmoronamiento, el cual termina o en el encierro o en la muerte. Esta sensación se encuentra magistral y terriblemente manifiesta en *El Tiempo de la Ciénaga*. Evidentemente, el mejor relato de esta parte del libro. Todos los actuantes en la presente saga, están marcados por un destino juvenilmente dramático, son poseedores de tempranas tragedias, se ahogan en su propio pantano y se tornan, a veces, en obstinados y reflexivos o en jovencitos inocentes, según el caso.

La capacidad narrativa de Caicedo se hace evidente en esta colección de retratos de unos personajes que parecen narrar una historia ya sucedida y repetida para sí mismos desde la tumba *El Pretendiente*. por ejemplo, inicia la invención de su historia desde una cama, encerrado en un cuarto y teniendo a la ciudad como telón de fondo, distanciada y solemne. A pesar de estar todos en una tierna juventud, pareciese como si ellos hubiesen tenido una sobredosis de vida y estuviesen cansados de pensar. Hay una extraña reverencia en los diálogos, en la descripción de los ambientes,

dándonos la idea de ser personajes que la derrota les ha conferido el don de la sabiduría. Es un poco distinto este espíritu al de *El Atravesado*. donde el narrador le cuenta a un interlocutor su edad de oro como peleador callejero, con un trasfondo hijo de *Rebelde sin Cau-a*, de *Al Compás del Reloj*, de *The Wild One*, pero también de los amantes *duros* del Sur de Cali, del espíritu de las *galladas*, de las *dichas lumpescas* y de una evidente nostalgia por el mundo de los años sesenta. En este relato, ¿?tamos la capacidad de Andrés por estar en la piel del otro héroe, para utilizar sus propios términos. En *El Atravesado* quien narra es el portador de la violencia. En *Angelitos Empantanados* los personajes, sus víctimas de ella. Estas dos tendencias van a unirse (o, por lo menos, a intentarlo) en *Noche sin Fortuna*, novela que cierra esta recopilación.

Su título es tomado de una canción de los Panchos (conocidos en nuestro medio como *Los Chopanes*), la cual dice en una de sus estrofas: "Tu diste luz al sendero / En mi *noche sin fortuna* / Iluminando mi cielo / como un rayito claro de luna/ ...". Este proyecto, Caicedo nunca llegó a concluirlo. La publicamos tal como la encontramos, anexándole dos extensas notas donde el autor reflexiona sobre sus personajes y sobre el tratamiento general del texto. Es una lastima que Andrés *no haya tenido el tiempo* para hacerlo, puesto que se trataba de una de sus propuestas literarias más ambiciosas. Originalmente, él trabajó el tema en un extenso relato titulado *Antígona* (ya había realizado dos o tres narraciones sobre la imagen de la mujer devoradora), donde se explica la relación amorosa por las vías de la antropofagia.

En la novela, se unen casi todos los elementos trabajados por Andrés a lo largo de su obra: *La Estatua del Soldadito de Plomo* su novela de adolescencia, está presente, pues en ésta, igualmente, tenemos el personaje que se levanta, se arregla y sale para asistir a una fiesta y encontrarse con un amigo, todo esto plagado de continuas *trampas*, las cuales serán, a la postre, de preferencia del autor para reflexionar sobre sí mismo. El personaje central Solano Patiño (este nombre se utiliza en Cali para referirse a alguien que está solo, que se quedo sin nadie), ya había aparecido en los relatos de Angelita y Miguel Angel, pero en contraplano del otro lado de la fiesta. Danielito Bañ, igualmente. Carevaca, aparece como personaje, pero no se le cita su nombre. Es, en otras palabras, la historia de los *antiguos* de los *Angelitos Empantanados*. Quizás el personaje más importante sea Antígona, una especie de metáfora de la mujer con la vagina en la boca, destructora y a la vez portadora de placeres. En vida, a Andrés se le oyó decir que si encontraba el

amor, éste lo destruiría. Esta imagen de la feminidad se describe en este extraño conductor de placeres en que se vuelve dicha mujer, la cual lame ojos, chupa ombligos, succiona granos o muerde muslos tiernos, feliz y solemne. A su vez, uno siente que hay una concepción edípica en la manera de mirar a este ser que deambula por Cali como si navegase en el mar, que se pierde en su propio placer, hasta contagiarlo a sus víctimas inocentes.

En una de sus notas, Andrés pone en tela de juicio toda esta aventura mental y carnal de los personajes de su novela y pensaba reescribirla bajo el nombre de *Lilith*, como el gran film de Robert Rossen. Esto, como se ve, nunca pasó de ser más que una vaga idea que desapareció con su autor. Consideramos que *Noche sin Fortuno* posee méritos incuestionables y todo lo que Caicedo alcanzó a escribir de ella vale la pena sacarlo a la luz. Sabemos, igualmente, que la novela llevaría un monólogo de la mamá de Solano Patiño y, seguramente, el viaje interior por la ciudad de Cali continuaría, en esa deliciosa transformación geológica de la avenida sexta, en esa descripción submarina del barrio Santa Teresita, en ese desenfrenado delirio mezcla de coprofilia y abulia, en ese descenso al Maels-trom de la perdición. *Noche sin Fortuno* se convierte, por consiguiente, en el testamento literario de su autor y en una pieza de especial riqueza literaria.

Andrés Caicedo empieza entonces, para concluir, a ascender de nuevo a la necesidad de su público reconocimiento. Su obra es de los pocos ejemplos en la literatura colombiana que no pertenece a la "cultura oficial", ni sus textos van a ser de obligada lectura escolar, ni recibirá condecoraciones post-mortem. Sin embargo, por esas paradojas de la historia del arte, todo su trabajo literario merece un lugar predominante, toda vez que representa una de las obras más vitales, agresivas, trágicas, inteligentes y profundamente divertidas, que se hayan producido en muchos años en Colombia.

Los *Destinitos Fatales* de Andrés Caicedo están manifiestos aquí, luego de varios meses de encierro voluntario para develar el misterio de los caprichos de su pluma, ahora que concluimos este trabajo y empieza a envolvernos la profunda tristeza de la obra concluida. Afortunadamente, este libro es tan sólo una parte. Todavía queda mucho por recopilar, organizar y destacar, para que el verdadero Caicedo quede entre sus lectores no como un *hippie* que no se entendía ni a él mismo, sino como el poeta en que realmente se convirtió. No sobra agregar que, entre los más escondidos papeles de Ramiro Arbeláez, uno de sus mejores colaboradores en el Cine-

Club de Cali, encontramos una colección de *Poemitas* escritos a mano por Andrés donde están presentes los versos que alguna vez debieron estar inmersos en su obra en prosa. Sólo nos queda sacarla del esfuerzo y esperar que la procrastinación no acabe con nuestra paciencia, Hay fuego en el 23.

Sandro Romero Rey.
Luis Ospina.

San Andrés, 1983.
Caicedonia, 1984.

CALICALABOZO e.}

*"Maldita sea, Cali es una ciudad
que espera. pero no le abre las puertas
a los desesperados".*

Andrés Caicedo, "Piel de Verano"

INFECCION

*Bienaventurados los imbéciles,
porque de ellos es el reino de la tierra.*

YO.

El sol. Como estar sentado en un parque y no decir nada. La una y media de la tarde. Camino caminas. Caminar con un amigo y mirar a todo el mundo. Cali a estas horas es una ciudad extraña. Por eso es que digo esto. Por ser Cali y por ser extraña, y por ser a pesar de todo una ciudad ramera.

-Mirá, allá viene la negra esa.

—Francisco es así, como esas palabras, mientras se organiza el pelo con la mano y espera a que pase ella. ¡Ja! Ser igual a todo el mundo.

Pasa la negra-modelo. Mira y no mira. Ridiculez. Sus 1,80 pasan y repasan. Sonríe con satisfacción. Camina más allá y ondula todo, toditico su cuerpo. Se pierde por fin entre la gente, ¿y queda pasando algo? No, nada. Como siempre.

(Odiar es querer sin amar. Querer es luchar por aquello que se desea y odiar es no poder alcanzar por lo que se lucha. Amar es desear todo, luchar por todo, y aún así, seguir con el heroísmo de continuar amando. Odio mi calle, porque nunca se rebela a la vacuidad de los seres que pasan en ella. Odio los buses que cargan esperanzas con la muchacha de al lado, esperanzas como aquellas que se frustran en toda hora y en todas partes, buses que hacen pecar con los absurdos pensamientos, por eso, también detesto esos pensamientos: los míos, los de ella, pensamientos que recorren todo lo que saben vulnerable y no se cansan. Odio mis pasos, con su acostumbrada misión de ir siempre con rumbo fijo, pero maldiciendo tal obligación. Odio a Cali, una ciudad que espera, pero no le abre las puertas a los desesperados).

Todo era igual a las otras veces. Una fiesta. Algo en la cual uno trata desesperadamente de cambiar la tediosa rutina, pero nunca puede. Una fiesta igual a todas, con algunos seductores que hacen estragos en las virginidades femeninas ... después, por allá ... por

{¡,Es que sabes una cosa? Yo me siento que no pertenezco a este ambiente, a esta falsedad, a esta hipocresía. Y ¿qué hago? No he nacido en esta clase social, por eso es que te digo que no es fácil salirme de ella. Mi familia está integrada en esa clase social que yo combato, ¿qué hago? Sí, yo he tragado, he cagado este ambiente durante quince años, y, por Dios, ahora casi no puedo salirme de él. Dices que por qué vivo yo todo angustiado y pesimista? ¿Te parece poco estar toda la vida rodeado de amistades, pero no encontrar siquiera una que se parezca a mí? No sé que voy a poder hacer. Pero a pesar de todo, la gloria está al final del camino, si no importa).

(La odio a ella por no haber podido vencer a su conciencia y a sus falsas libertades. La odio porque me demostró demasiado rápido que me quería y me deseaba, pero después no supo responder a estas demostraciones. La odio porque no las supo demostrar, pero ese día se fue cargando con ellas para su cama. Yo la quiero, muchacha estúpida, ¿no se da cuenta? Pero apartándonos de eso, la odio porque me originó un problema el berraco y porque siempre se iban con mis palabras, mis gestos y mis caricias, con todo... otra vez para su cama. Pero, tal vez, para nosotros exista otra gloria al final del camino, si es que todavía nos queda un camino... quién sabe...)

Odio a todas las putas por andar vendiendo añoraciones falsas en todas sus casas y sus calles. Odio las misas mal oídas... odio todas las mías. Me odio, por no saber encontrar mi misión verdadera. Por eso me odio... y a ustedes ¿les importa?

Sí, odio todo esto, todo eso, todo. Y lo odio porque lucho por conseguirlo, unas veces puedo vencer, otras no. Por eso lo odio, porque lucho por su compañía. Lo odio porque odiar es querer y aprender a amar. ¿Me entienden? Lo odio, porque no he aprendido a amar, y necesito de eso. Por eso, odio a todo el mundo, no dejo de odiar a nadie, a nada...

a nada
a nadie
(sin excepción!)

1966

POR ESO YO REGRESO A MI CIUDAD

Ayer, por ejemplo, pasaba un señor de camisa azul con una mujer gorda, y casi me agarran mirando desde la ventana. Conversaban entre ellos cuando, no sé por qué, porque yo no hice nada ~ara delatarme, voltearon a mirar hacia la ventana y yo sólo tuve tiempo de lanzarme contra el suelo, de cabeza, temblando de miedo.

Pero no fue esa la única ocasión en la que algo ha fallado no. Hac; quin~e días era una muchacha de pelo largo, muy bo~ita. Venia, con lbros en la mano y cantando algo. Caminaba al suelo y sonreía, y yo me acerqué un poco más al papelillo que cubre esta malla, para mirar más de cerca a la muchacha sonriente, entonces fue cuando el papelillo crujió de un modo horrible, y la muchacha saltó su vista hacia acá. Yo no sé que tendrá mi cara, o si algo le ha pasado a ella desde que no la veo en un espejo, el hecho es que la muchac~a miró y abrió mucho los ojos y tal vez hasta haya alcanzado a gritar algo cuando yo me escurrí más allá del papelillo, sudando frío, calculando el tiempo máximo en el cual la muchacha hubier~a reemprendido su camino. Conté hasta cien, y cuando levante ! cabeza para mirar a través del papelillo y la reja, pensé que había contado muy poco, que la muchacha todavía no se había ale~ado. Temeroso como un animal apesado, subí los ojos más arnba del marco, pero ella ya no estaba.

He tenido contra_tiempos de otra clase, claro, por eso es que digo que debo tener mas cuidado con el asunto. Esta ventana mía tiene forma de iglesia. Iglesias como las que salen pintadas en las enciclopedias, com? agujas. Claro que muchas veces han venido personas a tocar a rm puerta, de vez en cuando alguien conocido en otras ocasion~s un vendedor, el cartero que echó por debajo laslecciones de ~tb.uJo por c?rrespondencia que yo había empezado, al regresar a mi ciudad. Mi ventana se sostiene por seis barrotes en forma de lanza, Y l~chi-toso es 9ue eso no concuerda con lo religioso, con la forma de iglesia de enciclopedia que tiene. He tratado de dibujar los barrotes, pero nunca puedo quedar satisfecho. Unas veces salen demasiado gruesos, cuando su grosor es totalmente equilibrado y hermoso. Son de un color gris pálido, desteñido no, pálido, y las

puntas jalan hacia el cielo, tal vez eso sea lo que sí concuerda con la forma de la ventana, que es de iglesia de enciclopedia. Y en mayo la hiedra esponja sus hojas, de modo que los barrotes quedan como lanzas coronadas con olivo, y uno hasta puede pensar en la paloma de la paz, con todo y eso que los barrotes me recuerdan algo bélico, pero como tiran al cielo, hacen buen marco con la hiedra que en mayo parece olivo, olivo floreciente en esta ventana mía que tiene forma de iglesia, de aguja de enciclopedia.

La ciudad en la que vivo crece más allá de mi ángulo de visión, nosé desde hace cuanto tiempo. Las noticias dejaron de llegar a mí, ahora sólo queda la gente que pasa más allá de mi ventana, esas cabezas rosadas que aparecen entre los árboles de mango, eso que daña el paisaje y hace que mi ventana se ponga triste, que sea una iglesia lloriqueante. Lo malo es que este lugar es demasiado transitado. Qué le vamos a hacer. Es lo más transitado que tiene esta ciudad, sobre todo en Sábado, cuando los jóvenes se pasean por aquí adelante y sonrín y hacen burlas y mucho escándalo, entonces yo aprovecho un segundo en el cual no pase nadie por delante, y jalo del lazo que mueve la ventana. y ahora solo queda de visión el papelillo rojo encima del alambre entrelazado. Esa es para mí la visión del sábado. Eso hermoso e infinitamente alegre que me trae la vista del papelillo hirviendo en una lava profunda. reptando sobre la reja de alambre que lo sostiene, y recuerdo entonces la tarde en Ja que salí a comprar el papelillo y el alambre, y la ciudad vivía en un sábado, pero yo no podía esperar más y salí hacia ella, escondiéndome de todo encuentro con la gente. pero cualquiera que haya vivido aquí podrá saber que no encontrarse y saludar a la gente conocida es imposible. Sobre todo si es un sábado. Y claro, la gente me reconoció y todo eso..y qué te has hecho y esto y lo otro, hermano. que para la noche podemos hacer algo. mompa, no es sino que se deje ver. Yo compré diez yardas de papelillo rojo y después fui por el alambre para pegarlo al lado de acá de mi ventana. La gente pululaba por las calles. —Eran las seis y media de la tarde- yo caminé mirando al suelo cinco cuadras, me faltaba una para llegar a mi habitación. cuando me encontré con ella. Venía con un tipo alto. me miró y se sonrió y alzó la mano para decir adiós. Venía en carro. verdad.

Este anejo o alambre o reja que permite que yo ponga enél las manos mientras veo a la calle vacía. que me permite tirarme de nariz sobre él para ver a Jos mangos cargados de frutas. para calcular en el tiempo en que éstos se pudrirán o caerán al suelo, cuando no pienso en las ocasiones en las que los niños ataquen en manada, mirando golosos a las frutas y subiéndose a los árboles después de compro-

bar que en esta casa como que no vive nadie. Porque ellos no me ven. Como ya dije, las únicas veces han sido las del tipo que andaba con la mujer gorda. y la de la muchacha que cantaba. sonriente. Pero cuando no hay peligro, cuando no hay gente alrededor. todo es hermoso y diferente, y me siento orgulloso de poder mirar la calle, y los árboles de la casa del frente, poder mirar a mis anchas sus flores rojas, o si no, medio escondido, adivinar el color de los carros que pasarán por turno. con gente montada en ellos. Porque hay días en los que todo parece cooperar para que yo no sufra. y soy feliz teniendo delante de mí a esas maripositas amarillas que juegan en la hiedra. ¡Ah! pero es que todavía no he hablado de la hiedra. cierto. Y los tejados sucios que se amontonan más allá, al otro lado de la calle, y el cielo claro de esta ciudad. que también se deja ver de mí porque sabe que yo soy un habitante de aquí. que aquí es la única parte en la que yo puedo subsistir y ser feliz y mirar a través de esta ventana con forma de iglesia.

Diré ahora que la hiedra apareció sobre los barrotes grises en forma de lanza. de un día para otro. Así como suena. U~ día de tantos en que yo me colocaba delante de la ventana, la vi allí, encerrada en el marco que alcanza a abarcar mi vista. Y allí continúa, creciendo más cada día, y yo pienso que cuando la hiedra no me deje ver los floridos árboles del frente, o el limpio cielo de esta ciudad. o las maripositas amarillas. cuando la hiedra haya oscurecido el gris de los barrotes, yo me contentaré con poderla ver nada más a ella, levantarme y ver todo verde. no importa que la gente esté haciendo escándalo afuera, para eso tendré yo mi hiedra que ha crecido al otro lado del papelillo y de la reja y que se ha trepado contra los barrotes y que ya no deja ver nada de lo que sucede con la calle de afuera, pero eso no importa, porque así yo puedo contar las hojas y pronosticar el día en las cuales caerán unas y nacerán otras.

1969

VACIO

A lo mejor no he debido estarme tanto tiempo en la casa de Angelita, porque cuando salí todo estaba vacío. Casi que me vuelvo para atrás. Voltié la cara y ella me estaba diciendo adiós desde la ventana. Por primera vez estuvimos juntos más de una hora. Nos amamos por primera vez. Ella me dijo adiós desde la ventana.

Yo no podía regresar. Yo tenía que irme. Le sonreí a su cara que salía por la ventana y empecé a caminar toe toe toe por el pavimento resquebrajado. Me había metido las ma!JOS a los bolsillos. Recorrí muy despacio su calle, los sauces que crecen a lado y lado, y la iluminación de mercurio, todo eso vacío. No podía regresar, sus papás no demoraban en llegar, y quien sabe si con un hermano. Yo no quiero morir tan joven. Vacía la esquina de la casa de Angelita. Y la luna llena. Esa luna llena que se está llenando desde hace cuatro días y hoy es cuando está más llena. Hoy es la noche del peligro, mano.

Vacío Sears. Cuando pasé por allí, no estaban ni siquiera los vigilantes que cargan escopeta y que le tiran de una al primero que venga a robarle algo a lo que los gringos tienen en Sears. Vacía toda Ja Avenida Estación pero yo cerré bien los puños dentro de los bolsillos y caminé por la mitad de la calle, echando ojo a cada sombra, a cada casa, a cada raya. Cuando paso por aquí de día y todo eso, siempre pienso en Angelita. Desde la Avenida Estación se ve su casa, la parte de atrás de su casa. Y cuando paso por aquí de día y hay sol y todo eso y la gente que pulula, pienso por qué no ir donde Angelita, tocar a la puerta, preguntar por ella, por qué no, qué tiene eso de malo. pasé por detrás de su casa y pensé en ella. Me la imaginé ya casi dormida, abrazando una de las almohadas pensando en mí, pensando en mañana cuando se levantara y me llamara por teléfono y yo le contestara, todo eso, contarle que cuando salí de su casa la calle estaba vacía y que me había dado miedo al principio pero después no, por algo es uno alumno de sexto del Colegio San Juan Berchmans. Desde donde yo estaba mirando se veían la ventana de sus papás y la del cuarto de las mantecas y las cortinas de la sala. Me hubiera gustado treparme al techo, caminar hasta su cuarto y despertarla de un beso en la

mejilla. juntarle mi cara. respirarle en las orejas, preguntarle por mí. que si me ha pensado mucho. Me hubiera gustado eso.

Tal vez si no hubiera salido tan tarde de su casa, no me hubiera encontrado esta calle tan vacía. Caminé despacio hasta Deiri Frost. Vacío Deiri Frost allí donde uno se aparece cualquier día y se encuentra con los muchachos, con Pedro y con Pablo y Chucho y Jacinto y .losé. toda la gente. y eso es que le preguntan a uno que para dónde va y uno contesta para ver a donde es que lo invitan, y allí de una le plantean onda con cualquier par de hembras, cosas así, cualquier día. Pero de día. Ahora el Deiri Frost estaba vacío. Me arrimé bien a los vidrios para ver si veía al gringo que prepara los helados. pero nada. Todo vacío. Si me encontrara con alguien, por qué no. Con tantos amigos que tiene uno en Cali, por qué no. Me senté un rato en el muro del Deiri Frost esperando a que pasara alguien conocido. Han debido pasar como veinte minutos y no pasó nada. Ni siquiera un taxi. Nada. y esa luna llena ... Me paré del muro y caminé hacia arriba. por la Avenida Sexta hasta que llegara a mi casa. Vacía la fuente, vacía la Bomba, vacío Oasis, allí donde yo conocí a Angelita.

Entonces corro hacia la esquina, y si hay verja por alguna parte, apoyo un pie en ella y me pongo una mano en la cintura, acomodando bien la cartera con la otra mano, y así los espero. Cuando pasan frente a mí, aguardo a que me miren con interés para lanzarles la sonrisa. Después de todo eso, alcanzan a dar dos pasos, máximo tres. Allí es cuando se deciden. Voltean primero la cara; después se me acercan muy lentamente. Entonces pueden decir qué horas tiene mamita o qué más hermana o pa'donde va hija. Allí yo me hago la poco interesada y los miro como de reojo, sí, como de reojo, y me alejo caminando ni muy despacio ni muy rápido. Si el muchacho es tímido, pues dará la espalda muy avergonzado; en ese caso yo me vuelvo, y medio le grito qué, ¿se va ya? El se asombra mucho ahora y sonríe y puede decir eso depende de usted, ¿no? Pero si es entrador el muchacho, cuando yo me haya alejado un poco, él no perderá aún las esperanzas y se pondrá a seguirme a una distancia de diez metros o diez pasos, pero eso sí, acercándose cada vez más. Cuando ya estemos cerca del Río, volteo la cabeza de vez en cuando como para darle ánimos en caso de que sea necesario, y ya en una parte bien oscura y bien sola doy media vuelta y me le acerco y le digo muy lentamente qué es lo que usted está pensando joven. Aquí siempre se producen reacciones interesantes: algunas veces, cuando son groseros, responden y usted, qué es lo que también está pensando; otras veces, cuando realmente no saben qué decir, bueno, es que yo quería que conversáramos, ¿sabe? De todas maneras, lo que importa es que a estas alturas ya estamos muy cerca, y yo solamente espero a que él acabe de explicarse para mandarle la mano con mucho estilo; pero al mismo tiempo estoy mirando hacia todas partes, ¡y casi nunca viene nadie y no se ve nada de lo oscuro! No se ve pasar un alma, y a dos metros de nosotros comienza el Río.

Pero hay días en los que las cosas no suceden tan bien que digamos, pues por más que camino por las calles de Cali no encuentro a ningún muchacho disponible. O en el peor de los casos me encuentro con ese pecosito que no me puede ver sin dejar de gritarme cosas. La otra vez que yo estaba en el paradero del bus Azul con dos pollitos de lo más queridos, pasó al lado y al verme sonrió con esa

maldad suya. Y se quedó a esperar el bus allí, al lado de nosotros, sólo para verme sufrir, lo sé. Un día de estos voy a tener que hablarle, decirle que por favor me deje tranquila, que yo nunca le he hecho nada malo. Y si no me hace caso pues tocará comenzar a pensar en un modo más efectivo de quitármelo de encima. Sí, porque mi vida ya está lo suficientemente organizada como para que venga ese muchacho pecosito a estropear todo lo que ya he alcanzado.

Aún así, hay noches en las cuales todo me sale a las mil maravillas: puedo llevar hasta cinco muchachos al Río, y quien quita que entre esos haya uno que comprenda todo de la mejor manera, como uno del viernes pasado, que quiso terminar las cosas como Dios manda. El problema se arma cuando piensan que algo está funcionando, mala, porque a pesar de todo yo no puedo perfeccionar hasta el más ínfimo detalle, entonces se ponen impertinentes. Y rose ros, de modo que tengo que enojarme de veras, vayan a comer mierda, a ninguna mujer le puede gustar que un hombre quiera hacerle el amor de esa forma tan burda, y me paro arreglándome el vestido. Aquí es cuando ellos balbucean y dicen cosas pidiendo perdón, no marruta, no se vaya que mire que ni siquiera hemos empezado, comprenda, nada más mire en el estado que me deja, ¿ah? Pero yo me voy caminando como si nada de lo más campante, y si me los encuentro mañana u otro día, pues no los saludo, me hago la loca y listo.

El muchacho pecosito que les digo estudia en el Conservatorio y tiene un pelo y unos ojos muy bonitos. Yo lo conocí por intermedio de un amigo suyo a quien la otra vez también me lo llevé al Río.

Donde se consiguen más muchachos es por los lados del Latino, a es de las ocho de la noche, sábados y domingos. Pero hay que tener cuidado porque a lo mejor me encuentro con Frank y con toda su gallada y otra vez me obligan a pegar al Río, y si no me dejo de todos, allí mismo me cortan hasta que no quede nada de mi cara y le cuentan a mi hermano que yo estoy metida de busca pollos por todas las partes de Cali, y para qué decirnos mentiras: yo sé que mi hermano sí me mata. Pero no creo que al muchacho pecosito haya que tenerle miedo porque nunca anda en barra, siempre que me lo encuentro va solo, así que no hay peligro. Como ya dije, lo conocí por intermedio de un amigo suyo y desde esa noche me gustó cantidades y comencé a seguirlo siempre que salía del Conservatorio, pero nunca pude acercarme porque siempre había mucha gente alrededor. Hasta que una noche me lo encontré de frente, sin querer, por los lados de La Gruta, y a pesar de la cantidad de gente que pasaba le dije quiubo y él me dijo vé, quiubo, entonces me

embollé toda pues no sabía qué hablarle, hasta que le solté pa dónde vas y él me contestó pa cine. y le pregunté de una no me invita? Me gustarla. hermana, pero ya una pelada mestá esperando. ¡Ah! dije yo, tragando saliva: bueno. chao pues. y comencé a irme hasta que él me dijo pero si querés nos encontramos mañana. vos verás. ¿Mañana? Bueno, a qué horas, pregunté. arrepintiéndome después porque no me hubiera gustado parecer tan interesada, ¿no? Pero el me respondió de una a las nueve de la noche al frente del Club de Tennis. por aquí mismo, por la Avenida Colombia, ¿oke.y? Okey, le respondí yo, y allí mismito le di la espalda, como para que viera que a mí también me estaba esperando una persona. Pero la verdad fue que me puse a seguirlo hasta el teatro. y allí vi que era mentira lo de la pelada que estaba esperando. porque entró solo a cine. A lo mejor es que no tenía plata para invitarme. quién sabe. Hombre. pero no era sino decirme y yo hubiera pagado la boleta. yo no sé por qué es que ponen tanto problema.

Llegué a Cali cuando tenía 11 años. Mi papá consiguió un empleo en una agencia de Repuestos Ford. y allí duró siete años hasta que se murió de tuberculosis. Mi hermano montó después un negocito de verduras y de granos para que lo administráramos mi mamá y yo. Pero desde allí todo comenzó a irme mal. porque al rato comprendieron que yo salía los sábados era a buscar muchachos. de modo que si te encontramos en esas. palabra que te matamos. y yo sabía que si me encontraban cumplían la amenaza. Entonces conocí a Frank , y él fue el que me convenció para que entrara a su gallada. y que me volara de la casa y todo eso para que pudiera batir a la gente día y noche. Pasábamos muy bien al principio: yo creía que Frank me tenía cariño porque cada vez que iban a hacer una cagada me invitaban a mí de las primeras, y cuando le quemaron la tienda a Morales dejaron que yo tirara la primera Molotov de las que hacía El Merrengue. Pero a mí las cosas nunca me han durado lo suficiente. y en esa ocasión se terminaron cuando hicimos aquel paseo al Pance. Los muchachos estaban muy contentos porque habían sacado a esa gallada que quería apoderarse del charco. Los hicieron correr y aún corriendo les daban madera. y creo que hasta dejaron a uno medio muerto, yo vi cómo lo cargaban en los hombros, gritando que los dejaran ya tranquilos. miren que tenemos un muchacho herido: pero los muchachos de Frank siempre han sido tesos. de eso no cabe la menor duda. y no dejaron de masetiarlos hasta que desaparecieron por esa portada que quedaba debajo de los palos de mangos. Palabra que yo nunca los había visto tan felices. saltando y haciendo piruetas y proclamando que ellos eran la mejor gallada d-el mundo. y al que no le gustó pues que salte. pero quién iba a saltar si

todo el mundo en Cali les tenía era terror, físico miedo. Entonces Lulián, uno de los más cagadas dijo pero qué estamos esperando. si tenemos aquí hembritas, y él que dice eso y Marta. la otra pelada de In barra, que sale hecha un tiro. pero la agarraron a los veinte pasos. v los 12 se le fueron encima sin dejarla siquiera decir ni pío. Marta era de ojos verdes y muy bonita, me parece que ya no está viviendo en Cali, que los papás tuvieron que mandarla para Estados Unidos. Y como era tan bonita a mí también me comenzaron a entrar ganas como de hacerle aliguto a mi manera, y así dije, que también me dieran chico, entonces todos voltearon a mirarme, y creo que el acuerdo fue mutuo porque al momentico se me tiraron sin dejarme siquiera levantar del pasto. Después yo no veía sino a Marta que se arreglaba la ropa y se limpiaba los mocos. y a ellos que después de acabar conmigo se habían echado de espaldas en el verde prado. Se tiraron por última vez al río y arreglaron todas sus cosas. Después le dieron la mano a Marta para que se parara. y muy amables y todo les dio por consolarla. tranquila hija, toda pelada que quiera estar en la gallada. tiene que ser bien chivere. vos sabés; y ella sonrió y dijo sí. claro. pero es que con tantos me duele. hombre. El dolor pasa. le dijeron. y no se habló más: se comenzaron a ir sin voltear a verme, v yo creí que era que se habían olvidado de mí o cualquier cosa. por eso tuve que gritarles y correr detrás de ellos para que no me dejaran allí sola, y sobre todo ahora que estaba anocheciendo ...

Estuve allí. al frente del Club de Tennis como a las ocho y media. y a decir verdad desperdié bastantes oportunidades, porque más de cuatro muchachos pasaron mirándome, pero a mí esa noche solamente me importaba el muchacho pecos, y lo esperé hasta las diez y media pero no vino. Pasó una larguísima semana antes de que volviera a encontrarlo. no bastó que todas las noches lo esperara a la salida del Conservatorio, con todo el mundo mirándome v comentando: parece que le habían cambiado los horarios o se había salido. La noche que lo encontré por fin, salía por primera vez con mucha gente, por eso me escondí detrás de los árboles de la esquina, pero creo que él ya me había visto, porque al cruzar la esquina me dijo quiubo hermana. Qué hubo le dije yo. y ya estaba rodeada por todos sus amigos, hasta que él dijo bueno jóvenes, aquí me quedo yo. Ellos se fueron después de despedirse entre risas y él se quedó mirándome y me dijo qué más hermana poniéndome su brazo en el hombro. A dónde vamos, dijo. Vamos a dar una vuelta por allí. le respondí. Caminamos sin conversar hasta que llegamos a la orilla del Río Cali. y allí fue donde me besó por primera vez, y yo tuve que atajarlo para que no fuera tan rápido porque podía venir gente, ¿no? Cómo que rápido, si antes es que nos estamos demoran-

do mucho, y diciendo eso me besaba en la nuca y este era el momento que había esperado y comencé a acariciarle el estómago como yo únicamente lo sé hacer. No sé como hizo, pero allí mismo me metió una zancadilla del tamaño de Cali, y fui a dar al suelo de lo más feo y ya lo tenía encima, y todo eso sin ver si venía gente. Pero yo no quise pensar en nada, pues todo iba muy bien y muy rico hasta que él metió la mano debajo de mi falda sin que yo pudiera evitarlo. Entonces quedó paralizado. Pero antes de que yo reaccionara me levantó agarrándome de los hombros y me arrancó la blusa y sacó los papeles y los algodones gritando que su vida era la vida más Puta de todas las vidas, y dándome patadas en los testículos y en la cabeza hasta que se cansó. Cuando se fue, no sé si estaba llorando o se estaba riendo a carcajadas.

Corno he dicho, mi vida está ya lo suficientemente organizada para que venga él a estropearlo todo, sobre todo que me lo encuentro a cada rato por las calles de Cali, pero lo bueno es que siempre anda sólo por eso el asunto puede remediarse relativamente fácil. Y si no puedo, pues tocará ir pensando en pegar pa Medellín o para Bogotá o a Pereira, inclusive, pues en esta ciudad las cosas se están haciendo cada día más difíciles.

1969

DE ARRIBA ABAJO DE IZQUIERDA DERECHA

El aguardiente se les acabó mucho antes de lo que habían pensado, eso fue exactamente lo que dijeron al voltear la botella. Por fortuna todavía les quedaban cigarrillos y una paquita de yerba y además tenían toda la noche por delante, sí o no Miriam. todavía podían terminarla de la mejor manera. Caminaron por la Avenida Sexta hacia el centro, fumando despacito y haciendo bulla y molestando a la gente. Un poco más y se arma un lío cuando Mauricio les gritó papitos a unos muchachos que bajaban y como que no les gustó mucho el calificativo porque se devolvieron de una y ya Mauricio se estaba llevando los puños a la cara y estaba dando salticos de boxeador aficionado cuanto intervino Miriam. No vayan a peliar por eso no sían pendejos, y todo arreglado, cada uno por su rumbo, mirándose como diciendo vos y yo nos volvemos a encontrar y allí si no va a haber nadie pa defenderte. nada más cspérate.

Lo que no te he contado todavía es que le dio por empelotarse para bañarse en la Fuente de los Bomberos, allí donde los gamines se cagan y se la volean hasta debajo del agua. aguantando la respiración y todo. Pero no era por eso. Necesito alguien que me crea para poder contarle. si no estamos jodidos. Te digo que no era por eso. al fin y al cabo se me da un culo que la pelada se unte de lo que quiera. yo nada más cumplí con advertírselo. pero ella dijo que el agua estaba clarita. que hasta parecía piscina. No es por eso te lo digo allá vos y tu salud. pero mirá que a esta hora todavía pasa gente por Cali qué creés, Miriam no vas a quitarte ese vestido. mirá, mirá no más cómo nos mira la gente. si no demora en venir la policía hermana y a lo mejor van a creer que somos sabotadores políticos, con tanta cosa rara que ha pasado por aquí. es mejor prevenir que tener que lamentar. y ella que me fuera de allí si era que tenía mucho miedo. pero que lo que es ella se bañaba. que le importaba cinco lo que sucediera. lo que dijera la gente. de modo que le hiciera el favor de quitarle las manos de encima. Le dije entonces que si no se tiraba la invitaba a una fiesta. y allí mismito aflojó el cuerpo.

-¿Una fiesta? Adónde. _preguntó. poniéndose los zapatos.

-Un amigo que se gradúa.

-De qué.

-De que qué.

-De qué se gradúa pendejo.

-De bachiller, de qué más va a ser.

-Ah una fiestica decente.

-Sí, pero nosotros nos las arreglamos, caminá.

La madre si no la llevaba a la fiesta, hermano, solamente por ver las caras de mis queridas amigas cuando la vieran entrar con ese vestido que tiene una circunferencia a la altura de los senos.

Cogieron un taxi y se dejaron conducir hasta la dirección que dio Mauricio. Llegaron y él ya estaba pagando cuando Miriam se tiró a besarlo sin salir del carro, diciéndole que la presentara como a una pintora famosa, o como a una actriz, mejor como a una actriz, ¿sí? Y Mauricio se rió teniendo la boca pegada a la de ella, y Miriam que le pregunta por qué se mestá riendo papito, y el chofer que no pierde una por el espejo, de modo que pagué cuanto antes y la saqué del carro.

-Me quedan cinco pesos. -Dijo, tomándola del brazo.

No los dejaron entrar a la fiesta: les cerraron la puerta en la cara. Entonces se pusieron a hacer escándalo hasta que la puerta volvió a abrirse de repente y por ella salió un puñado de galanes encorbatados con intención de repartir trompada a diestra y siniestra, esta es una casa decente qué la joda, a hacer escándalo a otra parte. Y claro que nos fuimos a hacer escándalo a otra parte, corriendo como alma que lleva el diablo de allí para abajo hasta que nos detuvimos al lado de un árbol cuando ya nadie nos perseguía. Entonces me dieron unas ganas de orinar que daban miedo y allí mismo debajo del árbol me desabroché y no me importó casi nada que Miriam se pusiera a ver el chorrillo y estábamos tan cansados por la carrera que jadeábamos como perros y yo ni siquiera había acabado de sacudírmelo cuando ella se tira otra vez a besarme jadeando en mi oído como perra, de modo que tuve que metérmelo bien rápido al pantaloncillo con mucho trabajo y todo porque ya estaba poniendo en forma y todo eso y después subir el cierre a velocidades supersónicas pa que después no pase la ley y nos aprese por pervertidos sexuales, ya no esta vez por actividades políticas. Pues claro que con toda esa prisa me nadé, no quedaba de otra. Y lo bueno era que Miriam nada que me soltaba y yo jadeando la seguía besando y era que nos faltaba la respiración hermano, cuando nos separábamos teníamos que ponernos a respirar bien hondo.

Siguieron caminando, cogidos de la mano, y en cada esquina paraban para besarse nuevamente, y en unas cuantas mientras recordábamos a los galanes encorbatados yo armé el cachirifo y metimos

la yerba de un tirón, y en todas esas llegaron a un parque y se pusieron a calcular con pasos bien largos la mitad del parque para besarse allí con calma, sin apresuramientos, calculando hasta el último detalle, acomodando los cuerpos con lentitud, haciendo girar uno en torno al otro sin despegarse un centímetro, y ahora te voy a decir esto: Miriam dice que sabe besar mejor que yo porque qu~ d!zque sabe manejar mejor la lengua una vez que las bocas c-tan juntas, pero no le creás. la lengua es un elemento suplementario., no hay como los dientes y los labios, y para manejar eso vos sabes que no me gana nadie en Cali, entonces se dieron cuenta que alrededor del parque pasaba mucho carro y hacía ya tiempo que los conductores estaban mirando y gritando obscenidades de vez en cuando, y algunos hasta apagaban y encendían las luces, pitando hasta cansarse.

-Ay papito por qué no vamos a un sitio dónde estemos solos.

-Susurró Miriam aprovechando para tomar aire. Pero resulta que Mauricio también se puso a reír en esta vez, entonces Miriam saltó diciendo qué te pasa, testás creyendo que yo soy un payaso O qué, pero él la calmó explicándole que se estaba riendo porque él también quena estar desde hace tiempos en un sitio donde estuvieran solos, pero que no tenía sino cinco pesos en el bolsillo, y esta vez los dos se nern a coro, caminando otra vez hacia arriba, hacia el centro, porque habían venido del norte al sur para llegar a la fiesta. Caminaron separados sin tocarse ni las puntas de los dedos, deseándose bien completo y con furia y cada uno por su lado, sin atreverse ~ comprobar todo lo que se deseaban porque sabían que allí no se iba a poder, en la calle, y con luz de neón para componerlo todo.

-Vamos entonces a mi casa. -Propuso Miriam.

-Y quién está allá.

-La familia pendejo, quien más.

-Ajá muy bonito.

, De pronto como que se le iluminó la cara y me dijo que fue~mos al apartamento de una amiga que vivía en el centro, que cogieramos un taxi y que pegáramos pallá, que hasta nos podían prestar un cuarto, o si no pues el sofá de la sala y quién quita que hasta la alfombra; me dice ella eso y a mí cómo no me va a entusiasmar la idea de la alfombra, aunque no creía que hubiera alfombr~a. De todos modos cogimos un taxi, llegamos al centro, y quede sm un centavo en el bolsillo.

-Quéstamos esperando.

-Déjame pensar ¿sí? ¿No ves que apenas mestoy orientando?

-¿Pero vivís en esta ciudad y no sabés pa donde coger?

-Creo que ya sé cuál es el edificio, así que dejá de joder. Caminá.

Ponete a ver que llegamos a esa fiesta y al momento me doy cuenta que la gente ya está mirando feo a Miriam. Entro agarrado con ella y saludo a todo el mundo de mano y todo eso y ni que te diga a todas mis amigas como diciendo a quién será que ha traído Mauricio, de dónde se la habrá conseguido, y viene Rodrigo y me dice que cómo se me ocurre traerle a esa hembra a su fiesta y diciéndome eso me va echando para atrás y me va separando de Miriam y estoy lejísimos de ella, fijate que ya ni siquiera puedo verla con tanta gente. Pero yo me hago el que no entiendo ni jota de lo que el hombre me quiere decir y le pregunto ¿qué te pasa? Si Miriam es una pelada de lo más chévere, pero él se transa, dice que yo puedo entrar con mucho gusto pero que Miriam nanay, y yo le respondo que entramos los dos o no entra ninguno. Entonces fue cuando nos arrastraron a Miriam y a mí a la salida y nos cerraron la puerta. Nos la cerraron en la nariz te digo, y palabra que me dio pena con Miriam, hermano, cómo es que le hacen semejante ~agada; la pobrecita al lado mío, sonriéndome con cara de pajarito muerto, entonces la beso delante de la casa y delante de la gente que se asoma por las ventanas, y comienzo a darle patadas a la puerta y a gritar vulgaridades y Miriam que hace lo mismo, sólo que con más fuerza, y comienza a proclamar a los cuatro vientos que se va a empelotar allí mismo. Si hubieras visto cómo se amontonaban las cabezas en las ventanas, restregando las narices en los vidrios. Así estábamos de lo más chévere cuando de pronto se abre esa puerta y por ella sale una galladísima de tipos encorbatados, muy bien vestidos y todo eso, gritando puta y gritando maricón y echando espuma por la boca, y ¡questá esperando pa correr hermana!

-Mañana tengo examen final de química.

Pero Miriam no lo está escuchando. Subieron cuatro tramos más de escaleras, y se detuvieron frente a una puerta de lo más simpáticamente descarachada. Miriam dijo aquí es, y golpeó con el puño. Nadie abrió. Adentro tenía que haber g_e~,te pe ue se, oía música y voces y todo eso, de modo que repino la operacin Y esperó. Ya iba a tocar por tercera vez cuando la puerta tambaleó levemente, giró abriéndose y apareció por allá tras la cara y la cabeza de una mujer de pelo muy corto y de voz muy ronca que al ver a Miriam dijo quiubo miya. Miriamacariciaentonceslacabezade Mauricio como si estuviera acariciando a un perro faldero, y comienza a explicar todo: mire que no tenemos plata y este es mi amigo y etcétera y etcétera y Mauricio que sonrío de la mejor manera que conoce y que mira hacia adentro y ve a los invitados,

sentados en círculo, conversando. Cuando Miriam acaba de explicarle todo a su amiga, la mujer dice bueno, pero ése no es problema mío, y diciendo miya cierra la puerta.

Como quieres que no me riera a carcajadas, hombre, esa vaina de que te digan presénteme como a una pintora famosa, no: mejor como a una actriz, mientras te están metiendo la lengua hasta la garganta, y que después, con la lengua en la misma parte te susurren con voz dulcísima vamos a un sitio donde estemos solos. Sí era como en las películas, si quieres saber, cómo en las películas.

-Y ahora qué.

-Decidamos algo pero rápido porque mañana tengo examen final de química.

¡Con qué caras más largas bajaron las escaleras! Caminaron mucho tiempo por todo el centro de Cali buscando sitios dónde meterse, pero nada. O la persona no vivía allí o nadie contestaba: estaba durmiendo, había salido. En una ocasión Miriam trató de atravesar la reja de una ventana, siendo que su cabeza era infinitamente más voluminosa que el espacio entre dos barrotes. Ponía la coronilla entre la reja y hacía fuerza. pujaba. Yo ayudaba desde la popa empujando con las dos manos. Después probó a meterse de costado y después de piernas. Imposible. Y yo sin un centavo y con examen de química mañana.

-Vamos a sentarnos en una desas bancas al lado del Río questoy cansada.

A Mauricio le gustó la idea porque las bancas quedaban, naturalmente, a la orilla del río Cali, y eso quería decir más o menos pasto, pasto verde, y pasto verde y pasto fresco significaba revolcarse a sus anchas, mejor dicho como uno quisiera, sin que ningún parroquiano se divierta con el espectáculo.

-Bonita la ciudad, ¿no es verdad?

Mauricio estuvo de acuerdo: sí, muy bonita, dijo, y le cogió la mano y comenzó a acariciarla lentamente, y contándole historias de la ciudad en una banca a la orilla del Río, la fue besando en la nuca, y diciéndole que Cali era el sitio más hermoso del mundo volteó su cuerpo casi en redondo, no sé como fue que hizo ah bruto, y en esa posición. y permitió que la boca de ella encontrara la suya, para no decirlo de otro modo mucho más confuso. No te pongas a echar carreta hombre: sencillamente abrí la boca y adelanté la lengua.

-Mauricio, y por qué no vamos a tu casa.

Irragináte el cuadro: entrando a la casa con los zapatos en la mano, acostarnos en el sofá haciendo chito con el dedo, para que a los tres minutos máximo cuatro baje mi papá revolver en mano buscando ladrones. Juntos, bien juntos, incómodos y todo pero

juntos, y de pronto Mauricio que se dice que entonces para qué mierda estaba allí ese hueco, esa circunferencia que tenía el vestido de Miriam a la altura de los senos, y entonces mete de una los diez dedos. pero ella que lo golpea en la mano, que protesta pero cómo se te ocurre hacer ésto frente a la Avenida Colombia, nada menos.

-¿Y no te querías empelotar en la Fuente de los Bomberos?

-No es lo mismo.

Como ya te dije o no sé si te lo he dicho: cogimos un taxi y quedé sin cinco en el bolsillo, y fuimos a dar al apartamento ése. Tocamos a la puerta y apareció la diminuta cabeza de voz inmensamente ronca. tanto que yo estiré el pescuezo pa ver si era que detrás de esa cabecita había cualquier man mamándome gallo, pero no. era la cabeza de la mujer la que estaba hablando. Ah. lo que sí pude ver fue a los invitados, no sé si ya te estuve contando: estaban sentados en círculo, conversando y todo eso, pero en pelota. Sí, como Dios los mandó al mundo, créeme y más allá unas cuantas parejas bailando. Me parece que hasta había hombres con hombres. Miriam le pidió permiso a su amiga pa ver si nos dejaban entrar a cualquier cuarto por un ratico nada más, no importa que no hubiera sofá ni hubiera alfombra, con el piso bastaba, pero la amiga respondió con esa voz tan suya que ese no era problema suyo. y diciendo mija cerró la puerta: uno <lesos golpes que se sienten en la jeta y en lo más profundo del alma al mismo tiempo. Así que le dije a Miriam que ya era demasiado aguantar eso de que le cierran a uno en una misma noche las puertas de dos fiestas, y ella estuvo completamente de acuerdo con el planteamiento, pero se quedó callada, no dijo ni mu. Con esos cuentos sí no me venían a mí, hombre, yo ya estoy muy viejo y además soy berraco como pa dejarme joder de esa manera, de modo que se dijo tirar patadas a la puerta y gritar que todos en esa fiesta son una manada de maricas y areperas, y le estoy mandando ya la tercera patada a la puerta pero no doy en el blanco porque de pronto la puerta se abre y alguien me agarra la pierna en el aire. ¿Y sabés quién había sido? ¡La mujer, hermano, la amiga de Miriam! Con una mano me agarró la pierna y con la otra me mandó una trompada a la cara seguida de otra y de otra hasta que voy a caer sobre una masa de pares de manos que acto seguido me elevan y me enfrentan otra vez a la mujer ésa, que en pelota y todo estaba saltando como un animal alrededor de mí, gritando que quéra tanta joda que peliara como hombre si sos tan berraco, ¡peliá peliá maricón! Y allí fue cuando zuás otro puño que se estrella en la mitad de mi cara, y Miriam por allá detrás la pobrecita como pajarito muerto, y yo creo que le habían hecho algo raro porque hasta estaba sonriéndose. Entonces me digo qué carajos hermano,

parece que no fueras alumno del Colegio San Juan Berchnans, así que comienzo a tirar pata y gargajos y tomá marica, ¿querés más vieja cacorra? ¡Paf! Eso es pa que aprendás que conmigo no hay que meterse, ya véis ploof ag, así como hace el tipo de las películas cuando se da madera con una banda de malhechores en una cantina, hasta que logro salirme del cerco, tap tap, y me tiro valientemente escaleras abajo llevando a mi hembra de la mano.

Mauricio llegó a la convicción de que todo en esa noche había estado como repitiéndose al ver los carros que pasaban frente a ellos, mientras nosotros estamos como idiotizados en una banca a la orilla de este Río que avanza detrás de nosotros con ruido de agua sucia y piedras viejas. Se miraron de repente, sonrieron, y en un mutuo acuerdo tiraron las caras hacia adelante, engarzando las bocas para separarse al rato, chapoteantes. Allí fue cuando reclamé esa necesidad imperante de estar encima de ella. Le dije mire Miriam, me importa un culo que la gente y los carros pasen a montones porque voy a empelotarla aquí mismo, qué prefiere Miriam, que lo haga en la Avenida Colombia o mejor en el Río. Miriam sonrió, se levantó de la banca, miró por última vez los carros de la Avenida, y arrastrando los pies por el fresco césped caminó hacia el Río.

Allí, hermano, agarrando aire, jadeando como perros después de semejante carrera por las escaleras. y eso que faltaban aún dos tramos. Pero nadie nos está persiguiendo, de modo que bien puedo acercá rnele. y así lo hago: me le acerco, la recuesto contra la pared y se lo junto todo de una, se lo restrego con ganas, oíste, y ella quieta, quietecita, te lo juro. Si ve mija, aquí podemos quedarnos un ratico. aquí nadie nos molesta. qué mierda importa que no hayamos conseguido pieza, y ella sin decir ni pío y yo aprovechando ese silencio pa besarla en el cuello y tratar de meterle las manos por cualquier roto, pero es que tenía un vestido inexpugnable o como se diga, eso mismo le estoy diciendo y ella se ríe y me brinca por encima del hombro y me introduce la lengua por la oreja derecha, qué te parece, a que nunca te han hecho esa. Mirá: sentís que un escalofrío se te sube desde los talones, te-pasa por la nuca después de haber recorrido toda la columna vertebral, y se queda finalmente encerrado entre las piernas y los sobacos, dando picotazos, y la tengo contra la pared en la situación que te estoy contando cuando se me sale por debajo y se tira a bajar las escaleras, gritándome que no va a hacer el amor allí parada, lo hacemos como Dios manda o mejor no hacemos nada. ¿No te dije ya que era como en las películas? Yo le respondí que estaba bien, que como ella quisiera, pero

que por favor lo que fuéramos a hacer lo hiciéramos rápido, porque yo tenía examen final de química mañana.

Primero se acariciaron parados en el pasto. oyendo correr al Río. Al rato Mauricio se arrodilló y la obligó a ella a seguirlo y en esa posición fue cuando se encontró de frente con el roto, con esa circunferencia a la altura de los senos, y claro que nuevamente me tiene que dar la desesperación por tener algo entre manos, entonces meto los dedos, aruño para ver si puedo descoser ese punto roto, pero no se puede. no se puede te digo. está durísimo y ella que no quiere quitarse el vestido y es imposible seguir así toda la noche y por Dios. estoy que se lo quito. pero ella dice que si le hago fuerza se para. vamos a ver si con los dientes; o si metiendo la lengua se anima si tan sólo pudiera romper la costura. pero mamita ayude un poco, es que ella no coopera, está calladita mirando al cielo.

—La osa mayor, Mauricio, derechito.

—Ajá sí. la osa mayor. derechito.

Pero ella debe estar sintiendo su cosita porque de vez en cuando se queja y me dice cosas al oído, entonces la tumbo a la orilla del Río y doy botes encima de su cuerpo para ver si así la convenzo a quitarse los trapos; me tiro de nariz allí. hundo la cara en ese roto. trato de agarrar algo y no puedo y maldigo, rebuzno que el examen de química. que si tan sólo me dejara bajarle el cierre, qué osa mayor ni qué osa mayor. esperáte que como que ya está saliendo uno. la otra vez manda te a hacer un vestido con el roto más grande. por si las moscas.

—Pero qué te pasa estás embobado o qué.

—Estás embobado o qué. cómo si fuera tan fácil teniendo allí nada más que un roto.

—Pero si con ese espacio te sobra. no creás que sos el primero. Pero meté la mano pendejo.

—Meté la mano pendejo. me gusta cómo hablás. Qué tal si vos estuvieras en las mismas. allí me gustaría verte-

—Meté la cabeza si querés pero rápido. que a lo mejor pasa alguien y se arma la de Dios es Cristo. ¡La cabeza, la cabeza!

—Sí. la cabeza. la cabeza. Cómo no. por qué más bien no cambiamos los papeles. ¿Ah? Torná, allí tenés estopa que te divertás. Pero no te quedés mirándolo allí como una tonta hombre, questoy hablando en serio.

Me acarició tímidamente, como vacilando, y yo le pregunté qué pasa. y me respondió aquí no, aquí no puedo papi, ya sé adónde podemos ir. y se levantó. arreglándose el vestido que según ella se le había llenado de hormigas. Yo protesté como todo un idiota mien-

Irás le limp~aba, el vestido. pero de nada valía. así que me puse a seguirla, que mas podía hacer. Me puse a caminar detrás de ella no sé por cuanto tiempo. Lo único que te puedo contar es que los cigarrillos se me acabaron como a las cinco cuadras, y que ya venía bajando en picada. fijáte que la traba me duró casi toda la noche. va a tocar seguir comprando de la misma yerba. Iba tan rápido que le tuve que decir muchas veces que esperara un poco. que la necesidad tampoco era tan apremiante que digamos. Llegamos cuando ya había amanecido. Mis plernas estaban tan doloridas que ni siquiera pregunte en donde mierda era que estábamos.

~Esta es mi casa. —Dijo Miriam, sin yo haber abierto la jeta.

No dije nada porque estaba demasiado cansado para preguntar cómo íbamos a solucionar el problema de su familia.

Miriam se detuvo frente a su casa, miró a Mauricio. sonrió y allí mismo comenzó a desnudarse. Colgó sus ropas en la chapa de la puerta de la calle. Temblando y sonriendo desnudó a Mauricio quien estaba abriendo la boca para preguntar algo. pero las piernas se le doblaban del cansancio. así que sólo se limitó a tragar saliva. Miriam colgó las ropas de él encima de las suyas. y después se le tiró: Mauricio noto la brutal fuerza que había caído sobre él desde que se sintió abrazado. de modo que no se asombró mucho cuando fue arrojado de espaldas contra el pasto. Tal vez pueda golpearla con las rodillas. pensó. pero no pudo.

—Le gustó la ciudad, ¡Mauricito?

—Yo nací en ella. —Respondió.

—Bonita, ¿no? Sobre todo de noche.

Sobre todo de noche: Mauricio trató de sonreír y acariciar ese mechón de pelo que Miriam estaba dejando caer adrede encima de su cara. pero tñipoco pudo. ella no se lo permitió. Poco después. Miriam levanto ligeramente la caderas. abrió los muslos y dejó caer su cuerpo. Ma uncio se quedó en silencio y esperó.

Tocó en la puerta. Mauricio. aburrido. pensó que ya estaba cansado de tantas puertas en una sola noche. Abrió un niño gordo, pelirrojo, de anteojos enormes. Miriam le acarició la cabeza y le dio el bulto de ropa. En ese bulto iba también la mía. El niño acomodó el bulto entre sus brazos, miró a Mauricio más o menos con la boca abierta y desapareció. corriendo hacia adentro.

—¡Mamá, Miriam ha traído ropa para lavar! —Gritó. Mauricio escuchó su voz a través de dos o tres paredes.

—Váyase a estudiar química, Mauricito. —Dijo Miriam, sonriendo y cerrando la puerta a sus espaldas.

Mauricio Rodríguez. parado en la mitad de la hermosa mañana de Cali, húmedo y desnudo. de espaldas a los primeros transeúntes. quiso gritarle que el examen había pasado hace cinco meses. pero se calló. Así como te digo: callándome.

1969

EL ESPECTADOR

Ricardo González iba a cine. Su primer recuerdo importante al respecto databa de una película de ladrones y policías. en blanco y negro, que había visto hace bastantes años. Antes de eso iba a cine muy de vez en cuando. cada quince días o un mes, pero después de todo fue muy diferente. Al salir del teatro, experimentó una apremiante necesidad de volver a ver la cinta. Y así lo hizo. Se colocó otra vez frente a las mismas secuencias en blanco y negro. siguiendo paso a paso las operaciones de los bandidos, huyendo de la policía. Se robaron un camión blindado, pero jamás pudieron abrirlo. Ricardo González sabía que los demás espectadores no conocían el desenlace. y deseó hablar con alguien acerca de ello, ponderar con su vecino de la butaca siguiente aquel magistral suspenso cuando uno de los bandidos estira la mano para quitarle la pistola que empuña un guardia, ignorando que el tipo vive todavía. Pero Ricardo González no tenía a su alrededor nadie conocido: todas eran personas extrañas, diferentes. Al final todo les sale mal a los hombres y la muchacha: ella se arroja. junto con el jefe. de una montaña. Apareció la palabrita "fin" y Ricardo comprendió que la película no había gustado, basándose en los comentarios del público. Era una lata. decían, el final era incomprensible. Ricardo caminó por la ciudad durante horas. extrañado ante la reacción de los espectadores. Dudó acerca de la calidad de la película: se preguntó si el equivocado no sería él. ¡Pero qué tenía de raro el final, si todo era muy claro! El jefe y la muchacha se suicidan. eso es obvio. ¿Qué era lo que la gente no había entendido? Bueno, él no sabía nada de cine como para asegurar tener la razón. de allí el motivo de sus dudas. Si pudiera conversar con alguno. si conociera a alguien de esta ciudad para preguntarle acerca de la película ... pero no. Lo mejor que pudo encontrar fue volver al teatro al día siguiente. Al entregar la boleta, el portero lo miró entre sonrisas, reconociéndolo.

-Por lo menos a una persona le ha gustado ese hueso de película —dijo a espaldas de Ricardo—. Ese tipo que acaba de entrar ya la ha visto como ocho veces.

Ricardo González se sentó en la misma butaca que había ocupado en las anteriores ocasiones. Nerviosamente, esperó a que las luces se apagaran. Esta vez supo que el actor que hacía de jefe se llamaba Rod Steiger, y la muchacha, Nadja Tiller. Sudando frío siguió los acontecimientos de la historia. En la escena final, cuando Steiger y la muchacha dicen a la policía. "Sí, ya bajam?s". des.de la montaña, Ricardo comprendió que una vez mas el publto iba a salir sin comprender.

—¡Se matan, se tiran de la montaña!- gritó de pronto, parándose de su butaca y usando las manos como parlante.

Una avalancha de mandadas a callar llovió sobre Ricardo, pero él hizo caso nulo de ellas.

—¡Miren que la cámara enfoca desde abajo, ellos preflren suicidarse antes que entregarse a la policía, comprendan!- volvió a gritar: allí fue cuando las manos de tres empleados se agarraron de su camisa.

-Lo único bueno de esta estafa fue el tipo que se puso a gritar en la mitad de la sala -comentaba después una señora de vestido morado, franqueando la salida.

Lo mejor es cuando comparto las alegrías de la gente al saltrde una gran película, o cuando pido la plata a gritos cuando la película ha sido mala. Eso es lo hermoso del sábado: puedo mirar a las parejas de novios que entran a cine cogidos de la ~ano, y lo amo porque sé que lo más importante para ellos es todo esto. En sábado la gente está contenta. y habla mucho, por eso yo puedo escuchar lo que dicen, puedo estar me cerca de los grup?s de pers?nas que hablan sobre la película y comprobar que pienso lo mismo que ellos al respecto. Los domingos son buenos también, pero ~iferentes: la gente va a cine pero sin alegría a flor de cara; la .proxlmdad del lunes es demasiado evidente, creo. Por eso en domngo cast no puedo saber qué tal les ha parecido la p~lícula.

Pero si yo tuviera a una persona amiga que le gustara el eme, las cosas serían mucho más fáciles. Sí, yendo a cine todos los días, sin importarnos que el teatro estuviera vacío, y conversaríamos después caminando por esta ciudad. Sería muy bueno pa:a mí, sobre todo en los días de entre semana, cuando no va casi nadie a los teatros. Es triste estar sentado sin nadie alrededor, pero si no voy a cine, ¿qué otra cosa me pongo a hacer, después de todo? Mucha~ veces, un lunes, he pensado en salirme del teatro, cuando junto a rru no hay sino tres o cuatro personas de mirada amarga. Pero un día de éstos voy a salir a la ciudad a buscar a la gente que yo sé le gusta el cine, a los que me encuentro todos los sábados en tal o cual teatro. Podría buscar, por ejemplo, a la muchacha esa de pelo bomto que

viene con el novio, siempre sonriente. Debe saber mucho de cine, porque va casi dos veces por semana. Buscar a una persona y decirle todo, desde la primera película a la última. Palabra que un día de éstos voy a hacerlo.

"Ya eres un hombre" no aguantó más de tres días en cartel. Ricardo González la vio un viernes durante las tres funciones, y volvió el sábado. Y fue en ese sábado cuando el público, furioso, pidió la plata a la media hora de haber comenzado la película. Y como nadie les hizo caso se pusieron a tirar papeles de celofán enmantecados de papas fritas, y también algunos zapatos que llegaban hasta a estrellarse contra la pantalla. Si hasta tuvieron que encender las luces y advertir que desde ese momento la administración se reservaba el.derecho de sacar del teatro a quien lo mereciera por su comportamiento. Apagaron nuevamente la luz, la gente siguió con el mismo escándalo y la administración del teatro no sacó a nadie. Ricardo, temblando de rabia, se preguntaba por qué no suspenderían la función, o por qué la gente, si era que no le gustaba la película, por qué no se iba. Para él la duración de la película fue todo un largo tiempo de martirio, mirando al muchacho nuevo, al debutante, a la hermosa Elizabeth Hartman y a Francis Ford Coppola, pidiéndoles disculpas a todos ellos en nombre de los amantes del cine por tal recibimiento. Después, Ricardo González se tiró entre el tumulto de gente que estaba protestando una vez terminada la película. La muchacha del pelo bonito estaba allí. Ricardo se acercó a sus espaldas para oír qué comentaba, pero ella no decía nada: miraba a su novio y sonreía, eso era todo. Ricardo González pensó, incrédulo, que era demasiado bonita para no decir nada después de haber visto una película tan bella como "Ya eres un hombre". Si me demostrara con palabras que la cinta le ha gustado, yo me acercaría y la felicitaría, pero ella no dice nada, lo único que hace es sonreír de ese modo.

—Es una gran película, lo mejor que he visto en este año.

Esas palabras fueron pronunciadas demasiado cerca de su cabeza. Ricardo González volvió la cara con los ojos muy abiertos y las mandíbulas apretadas, buscando al autor de ellas: era un muchacho gordo metido en unos blue-jeans americanos, quien seguía ponderando las cualidades de la cinta, enfrentado a una gente que lo miraba con una burla tal vez demasiado belicosa. Pero Ricardo no sintió lástima por él. debido a la difícil situación en la que se encontraba. Lo que sintió fue admiración. Quiso tirarse sobre el gordo, abrazarlo y gritarle que él también opinaba lo mismo de la película de Coppola. Pero se contuvo: era mejor esperar a que salieran del teatro. Lo vio escabullirse de la gente y pararse frente al

afiche de la película. Ricardo lo imitó, comprobando felizmente que el gordo estaba solo. También debe estar buscando a una persona para hablar sobre cine, pensó, cuando el gordo estaba caminando ya avenida abajo.

Admitiendo que había desaprovechado una buena oportunidad para entablar conversación, Ricardo González caminó detrás del gordo, pensando en lo que diría para comenzar el tema. Venga esa mano viejo, se ve que usted sabe de cine. Así es como habla la gente en esta ciudad. Y cuando el gordo le preguntara el motivo de la felicitación, Ricardo le diría yo también pienso lo mismo de "Ya eres un hombre", lástima que esos imbéciles no hayan sabido apreciarla. Y se sentarían en cualquier fuente de soda, o si no caminarían por allí con las manos en los bolsillos, hablando de las mejores películas: del Fellini de "Julietta de los espíritus", de esa que se llama en español "Prófugo de su pasado", de Carol Reed. ¿lo conoce? Creo que es un inglés, un viejito inglés: "Prófugo de su pasado". sí. con Laurence Harvey, Alan Bates. se dice Beits, ¿No? Y Lee Remick, una mona de dientes bonitos. En inglés es "The running man" o "The ballad of the running man", la balada del corredor, la balada del hombre que huye; más poético, ¿no es cierto? Te la nombro porque es algo hermoso en películas de suspenso. Y hablarían también de Robert Wise, del cine que éste hacía antes de comenzar a manufacturar películas que sólo sirvieran para ganar óscaros. Hablarían de "La mansión de los espectros", "Hill House" o "The haunted", no sé. es que siempre se me arma una confusión con los títulos en español y en inglés y con el título de la novela en la que está basada la película. y al final no sé qué corresponde a qué. "Hill House", una película de fantasmas con Julie Harris, pero eso sí es modo de tratar el tema, le digo, con qué delicadeza y con qué respeto. Y también le diría que viene yendo a cine desde que nació, pero que nunca había hablado de eso con otra persona, que es su primera oportunidad de intercambiar ideas. Entonces, esperaría dos cuerdas más y se acercaría al gordo de una. A mí también me gustó "Ya eres un hombre", venga esa mano en nombre de Francis Ford Coppola, mi viejo.

El gordo sacó las manos de los bolsillos y dejó de caminar. Ricardo González hizo lo mismo seis pasos más atrás. El gordo miró por encima de su hombro. como si se le hubiera caído algo y lo estuviera buscando. Miró hacia atrás y vio a Ricardo, sonriéndole, porque lo único que acertó a hacer fue sonreír, esperando a que el gordo se devolviera y le tendiera la mano. Usted viene de cine, ¿no es verdad? Al ver que el gordo no se acercaba, Ricardo pensó que lo que hacía era esperar a que él fuera a conversarle. Pero tampoco fue

¡¡!. El gordo se metió nuevamente las manos a los bolsillos y siguió caminando un poco más rápido. Asombrado. Ricardo lo imitó.

Ya estaba oscureciendo: habían caminado bastante. Ricardo pensó. aligerando el paso, que en la otra esquina se le acercaría. Usted sabe de cine. le ha gustado "Ya eres un hombre", ¿no es así? El gordo llegó a la esquina. miró nuevamente por sobre su hombro y Ricardo volvió a sonreírte. pensando que ya el gordo se iba a detener. Pero no lo hizo: cruzó hacia la derecha. Ricardo, sin entender lo que pasaba. casi corrió hacia la esquina y cruzó hacia la derecha, y para su asombro el gordo había desaparecido. Ricardo González se puso las dos manos sobre la frente para ver si esa persona que camina por allá lejos, entre la oscuridad de la calle a las diez de la noche sería a quien buscaba. No. no era. Preocupado. se preguntó qué le pudo suceder a su amigo. Qué se había hecho hombre, quería conversar con usted sobre "Ya eres un hombre", qué gran película. ¿no?

Entonces lo vio aparecer. La puerta de una casa amarilla se abrió y por ella salió el voluminoso cuerpo de su amigo. Tenía las manos metidas en los bolsillos de su blue-jean americano, y estaba mirando fijamente a Ricardo, quien alcanzó a sonreír y a abrir la boca para saludar antes de ver a las otras personas.

-Buenas tardes—dijo Ricardo. Comencé mal. En esta ciudad saludan diciendo hola o quiubo.

El gordo no respondió: se limitó a clavarle la mirada. Detrás de él estaban saliendo cuatro muchachos: un quinto cerró la puerta de la casa amarilla.

—Le gustó la película. ¿cierto? —balbuceó Ricardo, acercándose.

—No me taqués marica. —amenazó el gordo, después de un instante de vacilación—. no te me acerques siquiera.

-Vamos a romperle la cara -dijo un muchacho parecido al gordo. pero ridículamente flaco.

—¿Cómo? —preguntó Ricardo González—. No. yo vine a hablar con él —señaló al gordo— para comentar la película. Pregúntele y verán que es verdad. Usted vio "Ya eres un hombre", ¿cierto?

—Qué te pasó. no encontraste a ningún amiguito en el teatro o qué. maricón —preguntó el gordo. golpeando la mano que le extendía Ricardo.

—No. usted no entiende, usted no entiende, yo vine para que comentáramos la película. a usted le gustó, ¿no es verdad?

-No. no me gustó.

Entonces Ricardo González fue golpeado. Sintió aquello que se estrelló contra su nuca cuando todavía estaba descifrando la respuesta del gordo. Un golpe allí y después ese puño del gordo y su cara más atrás, algo que choca contra su espalda y los gritos alegres de esos niños, y si me pegan otra vez allí se me va a reventar pero no saldrá sangre, se reventará, dijo que no le había gustado pero no fue él, yo he venido para que hablemos de la película, creo que la mamá está llamando a los niños a comer, esos mangos colgando, esto no sucede aquí porque yo he visto quererse a toda la gente de esta ciudad, antes de que su cuerpo fuera azotado contra algo duro y el cemento dulce y húmedo de pronto.

Llevo tanto tiempo yendo a cine que hasta conozco el olor de las personas que se me presentan en la pantalla. Hace poco vi una nueva película de Peter Collinson: "Todo un día para morir", un día demasiado largo donde lo único que se hace es matar, porque ni siquiera cuando se muere, se muere; cuando se muere se mata. Pero han pasado muchos sábados y muchos domingos y muchas películas. Por eso dudo que haya una persona en esta ciudad tan feliz como yo cuando compruebo que lo que pienso de tal o cual película lo opinan también las personas que van a cine conmigo, siempre que yo voy. Un día de éstos voy a ponerme a saludar a todos mis amigos, a todas las muchachas que se sientan al lado mío en los teatros; pero si lo hago no voy a acabar jamás. La muchacha esa de pelo bonito no ha vuelto a aparecer por ninguna parte: debe haberse mudado de ciudad; en cambio, el que andaba con ella sigue viniendo a cine, pero con otra muchacha, una de ojos verdes y pelo negro. Esos también son mis amigos: donde me ven me saludan cariñosamente. Han pasado muchas historias por la pantalla y muchos sábados, y soy feliz cuando ellos salen admirados después de un film de Polanski o de Winner o Peter Watkins o Pontecorvo, y también cuando el que ha contado la historia ha sido Stuart Rosenberg, el de "La leyenda del indomable" con Paul Newman, ¿la vieron? Sí, "Cool Hand Luke", pero no me protesten que yo tengo que decir los títulos originales cuando en español les han cambiado el significado, vos lo sabías muy bien. Para eso espero los sábados, para saludar a mis amigos y hablar, recorriendo la ciudad, recordando a Kim Novak en "La leyenda del Lylah Ciare" de Robert Aldrich, y reconociendo que estamos totalmente enamorados de Lee Remick y de Shirley MacLaine y de Anjanette Comer cuando hizo de mejicana junto a Marlon Brando, y que también queremos a Catherine Deneuve en "Repulsión". Y por qué no recordar de vez en cuando los films de los difuntos Elizabeth Taylor y Richard Burton y hacer presagios sobre el accidente automovilístico que les

causó la muerte: nos burlamos de ellos pero también los recordamos con cariño. Y los fines de semana, siempre lo mismo, cuando vamos a los teatros de segunda o de tercera para ver lo que se nos ha pasado, por ejemplo hace poco tuvimos oportunidad de ver "La uirra humana" de Arthur Penn, y yo salgo cogido de la mano de Rila, recordando las últimas secuencias de "Blow-Up", tú lo sabes. Un hombre, el hombre que vaga por la ciudad y observa el cuadro tan helio que forman dos enamorados, está allí presente ante el amor, a modo de fotografía, y el resultado de ese cuadro de amor es crimen y muerte, y el hombre no quiere que eso se le vaya de las manos porque es lo único importante que le ha sucedido en su puerca vida, ¿no? te digo que no se puede amar, allá no se puede subsistir, es mejor unirse a los felices que tienen la hiena venturanza de no pensar, ~ara poder sobrevivir hay que quedarse jugando tennis sin pelota ni raqueta. Así, existe la ciudad y yo habito en la ciudad y veo cine y soy feliz.

A Ricardo González le gustaría como lo más en su vida hablar sobre esa película que vio hace ya mucho tiempo, algo de vaqueros, "Journey to Shiloh", con exteriores bélicos prestados de otra producción. La única película joven sobre la guerra civil y sobre siete muchachos texanos que corren en busca sin saber qué es lo que realmente están buscando. Le gustaría decirle a cualquier persona ¿no? bello de algunas escenas de esa película, pero se calla, sabe que tiene que callarse. y cuando sale de cine recorre esta ciudad, hablando ~! y mirando al su-!?, conociendo de memoria los andenes y repitiéndose c~lores, canoras y palabras que ha visto en la pantalla.

Porque Ricardo González sigue yendo a cine.

FELICES AMISTADES

A decir verdad yo nunca he matado gente, mi Graciela es la que se encarga de eso. La señora García pensaba todo lo contrario, pero en ese caso era problema suyo ¿no? Lo cierto es que la que hace los trabajitos es Graciela. claro que yo la ayudo en ciertos aspectos, detalles que hacen que cuando ella mate pues que mate bien, allí se acabó todo, y nosotros podemos seguir caminando tranquilos y felices por las calles de Cali. Por eso es que los trabajos son obca de los dos, aunque, lo repito, la que mata es Graciela. Anoche en la fiesta se me perdió de vista porque como que estaba muy interesada con ese italiano de lo más pinta que le llegó a Cecilia. Ella no ha podido explicarle bien a nadie por qué el tipo está en su casa. Balbucea algo acerca de un intercambio, pero lo que dice todo el mundo es que sabían que hubiera intercambios con gringos. pero nada de italianos. Y a esa objeción Cecilia se queda callada. a lo mejor hasta sonriendo. Cuando Graciela se me perdió me puse a preguntarle a todo el mundo si la habían visto, y hasta la señora García me dijo que la había visto con el italiano. La busqué por toda la casa pero no apareció. Ya tarde, cuando estaba sacando el carro fue cuando la vi: venía cogida de la mano con el italiano y riéndose como niña de once años. Yo le dije hola y ella me dijo hola y el italiano dijo sesepe y quiso seguir con ella para adentro, pero Graciela dijo que no, que se tenía que ir porque yo me iba. Entonces el italiano le soltó la mano diciendo metibonito y sonrió con esa cara angelical suya y se entró a la fiesta de nuevo. Tuvimos que esperar a la buena de la señora García que tuvo que desembarazarse del actor Ochoa quien ya la estaba invitando a su apartamento y todo eso, y cuando ella se montó en el carro estaba más bonita que nunca. Yo le pregunté después a Graciela que qué había querido decir el italiano con esa vaina de metibonito, pero ella no me contestó: nada más alzó los hombros y se dedicó a mirar las rayas blancas de la carretera. La señora García estaba estrenando perfume, y de vez en cuando nos miraba a los dos con esa sonrisa suya y nos mandaba besitos con la punta de los dedos.

Figúrense si mi ayuda habrá servido para algo: por ejemplo, cuando matamos al señor Bernal, yo tuve que pararme tres horas en

la puerta de su casa para no dejar entrar a nadie, pensando qué diablos estará haciendo esa mujer carajo, porque tres horas al lado de una puerta son tres horas. y sobre todo en una ciudad como Cali. Pues tuve que despachar a un muchacho que traía un vestido para el señor Bernal, y a otro que venía a cobrar la cuenta de la droguería. Graciela me contó después que el señor Bernal era en extremo tímido, de allí el motivo de la tardanza, pero que eso no se volvía a repetir, así me lo prometió. y todo arreglado. Sí, porque tres horas de espera ante una puerta es para volver loco a cualquiera. Sobre todo que yo había quedado de llevar a cine a Angelita, y ese día se me armó todo un lío por la tardanza y no valió nada que yo le explicara que había tenido que esperar tres horas en la puerta del señor Bernal. Bueno, y hablando del señor Bernal, yo opino todo lo contrario de Graciela: para mí era un perfecto y divertidísimo cínico. pero si ella fue la que lo mató debe tener razón en cuanto a qué era tímido, ¿no?

En nosotros todo ha flincionado bien desde que nos conocimos. El que ella se encargara de matar a la gente mientras yo solucionaba los asuntos colaterales surgió entre los dos como un pacto repentino. sin necesidad de hablar. A ella le gusta su ocasión y a mí la mía. eso es lo importante. que estemos a gusto con lo que hacemos. que nos agrade caminar juntos y pararnos cara al cielo debajo de la lluvia y no perdernos una sola fiesta y reír mucho e ir a cine de vez en cuando. Pero sobre todo, ser amigos de la señora García, porque con ella siempre andamos por los grilles de jóvenes y cuando hay una pelea ella es la primera que hace apuestas, y al que gane se lo lleva para su casa y allá le enseña todo lo que sabe y nos llama al otro día bien temprano para contarnos todo.

Bueno, Graciela volvió a salir con el italiano ése. Ayer estábamos cerca del estadio comiendo conos cuando frenó al lado de nosotros en el carro de Cecilia y nos gritó ¡puestiba machu! y Graciela pegó un berrido de felicidad al verlo y corrió a su carro como si yo no importara para nada, pero de aquí no me muevo, dije yo, vamos a ver quién gana, y sí señor, allí mismo me crucé de brazos hasta que ella me preguntó qué hubo hombre, no te vas a subir o qué Mterino cuyo cuyo, estaba diciendo ahora el italiano, y yo le respondí ¡ajá, comé mierda, te digo que comás mierda italiano marica ¿esto sí lo entendés? Yo hablo en caleño. italiano. y diciendo eso comencé a subirme al carro. italiano mierda es lo que debés comer, y no me había dado cuenta que el tipo se estaba poniendo verde desde hace mucho rato y cuando acabé de sentarme el hombre gritó ¡pequé cecorpe tautaro pecas! y se tiró a agarrarme de la camisa y yo estaba con la boca abierta de lo más azarado porque no tenía ni idea que!

italiano entendiera caleño y ya me iba a estampar una trompada en la cara cuando intervino la maravillosa Graciela: le dio un beso en la mejilla y con eso el hombre se fue calmando, pero toda vía seguía diciendo milano milana quesigato y yo lo que hacía era mirar a Graciela para que me tradujera lo que el tipo estaba hablando, pero ella como que se había olvidado de mí desde hace tiempos, lo único que hacía era devorárselo con los ojos. Después, cuando estábamos por la Plaza de Caycedo, el italiano volteó a verme y me dio unas palmaditas en el hombro, no es ni mala persona el tipo.

Por la tarde, Graciela llamó a Cecilia para ver qué era lo que íbamos a hacer, pero Cecilia tenía gripa de Hong Kong, de modo que hubo que llamar a María Fernanda para que le hiciera pareja al italiano. Porque ni modo de contar con la señora García, ella amanece emberrinchada uno que otro día, y por más que se le ruega, nada. Cogimos hasta Potrerito y el italiano estaba muy contento y todo mirando vacas y árboles de guayaba, y a cada rato le daba besos a María Fernanda que nos miraba como agradeciéndonos. María Fernanda es una muchacha pelinegra de ojos verdes y algo estúpida, pero de muy buenos sentimientos. La conocimos dos días después de que Graciela mató a su tío, el señor Luján. A decir verdad no le hicimos ningún mal a María Fernanda porque la muerte del señor Luján le dejó un lote en Ciudad Jardín. Y cuando no tenemos nada que hacer nos vamos para allá a construir una piscina. Cuando le propusimos hacer aquello al italiano, el hombre respondió yeca teterí y de buena gana nos fue a dar una manito. Como lo ven, ya estamos haciendo buenas migas.

Cuando la señora García no quiere jugar con nosotros y nos aburrimos, recordamos la vez aquella, un 24 de diciembre a las once de la noche, en la que matamos al niño Eduardo Sanclemente Díez. Si algo es cierto acerca de Graciela es que cuando hay una buena oportunidad, no pierde tiro: no fue sino verlo y acariciarle la cabeza para resolver hacer el trabajito, pero para que todo saliera como siempre, a la perfección, yo tuve que acostarme con su mamá, doña Marta Díez de Sanclemente, una vieja de cuarenta años no muy mala del todo, con las arrugas apenas recién saliditas. Y ella contándome cuentos de su difunto marido que paz descansen mientras Graciela trabajando al niño y yo doña Marta cuénteme más de su marido ¿no? Y doña Marta dejemos de hablar ya del señor ése, ¿tenemos que seguirnos viendo no? Y yo claro eso ni siquiera se pregunta doña Marta. El niño Eduardo Sanclemente Díez tenía una nariz pequeñita y una boca que jamás la cerraba completamente, como listo a preguntar algo. Nosotros seguimos visitando a doña Marta de vez en cuando pero por cortesía nada más, naturalmente.

Claro que cuando recordamos a la señora García podemos divertirnos más, pero es que es penoso hacerlo. Entonces simplemente me contento con mirar el bello rostro de Graciela, pasarle mis dedos por sus ojos y decirle al oído que nadie puede separarnos, decirle eso para que ella sonría, feliz, y me aprete la mano y me repita una vez más que tuvo que matar a Angelita porque ya se estaba metiendo demasiado conmigo, y yo le digo que no me tiene por qué pedir disculpas, que la vida es así y que si ella lo hizo pues está bien hecho. No sabemos, palabra que no sabemos desde hace cuánto es que estamos andando juntos, pero es maravilloso sentirnos así de próximos, saber que podemos tocarnos con sólo estirar las manos. Angelita tenía una cara pálida y como suplicante: la señora García la quería mucho, decía que era la mujer más encantadora que había conocido en su vida, y cada vez que me decía eso me ponía en un aprieto, palabra que sí, porque yo la quería ¿no? Pero a decir verdad me estaba incomodando un poco, ya no podía asistir con absoluta libertad a los lugares que Graciela me señalaba cuando iba a matar a alguien. Por ejemplo, cuando lo del Bombero, llegué tan retrasado que ya el tipo estaba boca arriba en la mesa de billar, mientras Graciela me esperaba fumando pacientemente. Las cosas no pueden seguir así hermanito, me dijo, y allí mismo pensó en matar a Angelita, pero jamás me Jo comunicó, hizo el trabajo sola, y eso es precisamente Jo que no me acaba de gustar de todo esto. Una vez que ya todo estaba arreglado, cuando Angelita se perdería para siempre de las calles de nuestra ciudad, fue cuando me avisó. Ni modo, pensé yo, no hay nada que hacer. Y no se habló más del asunto, estábamos invitados a tomar café con leche y a matar a la señora García.

Cecilia ya se mejoró, y como que está de muchos amores con el italiano, así que la pobrecita de María Fernanda ha quedado desplazada. Ayer por la noche estuve por allí andando con el tipo, nos conseguimos dos muchachas por la Avenida de las Américas, ya llegando a la Fuente de los Bomberos, pero no se pudo hacer nada porque resultaron bastante ariscas, entonces el italiano se puso hecho un cuete y las sacó a patadas del carro gritándoles vejiga vejiga breronato, ñop, io deco tinime pesito. Así que al fin de cuentas, y cómo a las cuatro de la mañana estábamos con las manos vacías. Yo le dije que Jo mejor que podíamos hacer era despertar a Graciela y Cecilia, qué carajo, para eso las tenemos. ¡Tenemí, tenemí! Gritó el italiano y arrancamos para la casa de Cecilia, quien me contó que el actor Ochoa había venido a preguntarle por la señora García. Después fuimos por Graciela y le dije que el actor Ochoa había estado preguntando por la señora García, de modo

que no hay que descuidarse. Apenas le dije eso, a Graciela se le salieron dos lagrimones del tamaño de Cali. Es que recordarla a ella es lo más triste que le puede pasar a uno.

El italiano se va dentro de cuatro días, de modo que hay que ir pensando en algo para despedirlo. Sé que Cecilia no lo quiere demostrar, pero está triste, y eso que ni hablar de María Fernanda. Pero Graciela, tenemos que decirles que no se metan en camisa de once varas, que en Cali hay infinidad de tipos que darían todo por acostarse con ellas, que aprendan a tomar de la vida lo único que se pueda, porque si no, qué se va a poner a hacer uno cuando llegue a Viejo.

Señoras y señores, cuando Graciela se ríe se le forman dos hoyitos a lado y lado de la boca y los ojos como que le cambian de color. Su pelo es ceniza y le cae más abajo de los hombros. Ayer acabamos de construir la piscina de María Fernanda y todos fuimos a bañarnos en homenaje a la Señora García y a Graciela le dio por matar al italiano. Se bailó mucho y María Fernanda nos presentó a Roberto Adams, cómo los chicles jaja, y el tipo nos cayó muy bien a todos según la encuesta que hicimos entre los invitados. Así estamos más o menos organizados, señora García, fijese que el italiano gritó metisca ateme y se hundió de una, ya ve, y usted diciendo que las cosas eran al revés, le repito que yo no mato gente, que Graciela es la que se encarga de eso. Hombre, ese Roberto Adams es un muchacho simpático, se ve que María Fernanda se ha puesto a seguir mis instrucciones, cómo le parece.

1969

¿LULITA QUE NO QUIERE ABRIR LA PUERTA?

¿Qué es lo primero que me saca de mi gran tirada de mirdo, el fin de la cheno?

¿El rape ése que me ladra en el oído desde el principio del mundo? ¿La luz que viene más atrás del aullido y que se me entra en la bezaca también por el oído, aunque lo tenga cubierto con mi blanca sábana? ¿O los sapos de mi mamá, un dos, un dos, un dos, hasta que se pega a la puerta de mi cuarto pa ver si aún estoy tirando mirdo? ¿O será cuando ella abre la puerta y mete la bezaca? Allí casi siempre abro yo un ojo y tal. Pero yo abro mucho ambos ojos estando dormido. Es hasta fácil tirar mirdo con los ojos abiertos. Yo conocí un camionero que dormía con los ojos abiertos y ni se chocaba ni nada. Lo que me gusta apenas abro un ojo y veo allí, al comienzo del día, su linda cara, tanto que la odio, es abrirle la boca y mostrarle los dientes más horribles del mundo. La asusto desde mañana. A lo mejor si la sigo asustando durante 20 años seguidos, se anime algún día a quitarme el rope del oído. Simón, a mí me gusta tirar mirdo, moisi. La onda de Jos ñosues me gusta más que nada en este mundo. Sobre todo cuando uno se la pasa viajando con actores de cine. con actrices. Lo que yo quiero decir es que me gusta la cheno, pero de día yo nunca he podido tirar mirdo. Pero no que la cheno me coja por allí voltiando por las calles, con esa luna que hace en esta ciudad de Sodí. Lo que les quiero decir son algunas de las ondas en las que pienso cuando dejo de tirar mirdo. En lo primero que pienso es en Lulita. Porque nunca sueño con ella. Al principio me extrañaba, pero qué. Quién va a soñar con ella si uno corta flores con Anjanette Comer, viaja en el mismo asiento de la máquina del tiempo con Tuesday Weld. cae, cae en un pozo sin fondo cogido de la mano de Lee Remick. Qué tal la honda. Lulita existe de día. Yo existo de noche y de día. Y cuando Lulita no me hace falta yo me meto a cine a ver a las hembras con las que ando de noche. Pero los domingos sí todo es diferente. Son los domingos de Lulita, y ella es toda mía los domingos. Los domingos me levanto apenas el rope me ladra en el oído. Me visto rápido y me pongo pinta y me voy a coger un bus rogelio. Ahora, he aquí el relato que yo cuento.

Claro que la miraré cuando la tenga aquí, frente a mi cara, cómo no voy a hacerlo. La voy a mirar bien fijo cuando le acerque la nariz cuando le acerque mi bocabeso, ¿qué tal que ella supiera sonrojarse? Poder ver alguna vez su cara suya más rosada que de costumbre, sus pequitas seguro más brillantes, s?nrOjad~. Cuando le acerque mi bocabeso a su cara y cuand_o le mire los OJOS negros que tiene, que me acuerdo que cuando chiquito robaba almendras de ese color en la casa de un Nazi que vivía cerca de mi casa. Y le miro los ojos y veo al Nazi en camiseta blanca y de pantalón verde oscuro y botas negras hasta la rodilla, mirándonos cómo nos le subíamos al palo y le robábamos almendras negras, negras, como los ojos de Lulita, y que el Nazi masticaba palabras e_n aleman_ ~e eso también me acuerdo. Mirándola a los OJOS a Lulita yo adivino lo que piensa, que ahora va a contarme lo que hace dos horas, cuando hablamos por teléfono, no me pudo decir porque se le olvido.

Lulita se había quedado muda en el teléfono, y cuando yo le pregunté dijo no puedo recordar, se me olvidó. Me había dicho que tenía algo pa decirme pero se le olvido.

"Se me quedó en la punta de la lengua". Había dicho Lulita, seguro metiéndole la lengua al hueco del teléfono y tal vez lamerle, que ella debe creer que si lo lame me pasa el corne~tazo, Y con ese corrientazo se me supersensibiliza el sentido de la vista, y yo puedo entonces ver su lengua a través del teléfono.

y ahora que entraré en su casa después de que ella me haya abierto la puerta, (of course), cuando la abra y yo la mire en los OJOS voy a saber todo eso. Que ya se está acordando. Que cuando lo que se le había quedado en la punta de la lengua, se desenvuelve Y se tira pa adelante, ya casi saliendo al otro lado, Lulita mueve entonces la cabeza y me sonrío. Puede que lo que me vaya a contar sea una película, a contarme un pedazo de una película.

Pero yo sé que a Lulita no le gusta el eme. Que si me cuenta una película es por tenerme contento, pero no le gusta el cine. Puede que me cuente hasta una cinta mala. Y no me gusta.

Va a contar la cinta mala con mucha sonrisa y de nanz respmgadita. Voy a acercarme del todo cuando termine de contar la cinta mala.

y cuando me dé por besarla. pensaré, a lo mejor, que aún no he preguntado si sus papás están en el 2o. piso.

Voy a tener un mechón sobre la frente, cuando ella ríe salude, después de abrir la puerta. Para que a ella le guste: que si le gustan las películas italianas de espías, entonces también le gustan los hombres —detrás de puertas— con mechones en la frente. Hombres

esperando a que les abran una puerta. Y allí, en esa espera, pensar la sonrisa. Realizarla.

Y cuando la acabamos de realizar, ¿a qué quiere, Lulita abre la puerta y me mira, y yo le miro ese par de ojos y adivino lo que ella piensa. Qué lindo que te ves con esa sonrisa. Creo va a volver a mirarme a los ojos: me va a decir qué hubo, mirando al suelo. sin dejar un minuto de sonreír, sin bajarse esa sonrisa que fabricó casi cuando yo le abrí la puerta.

Cuando yo lo invite a entrar, se sentará en el sofá de todos los días. ¿Preguntará por mis papás? Si me pregunta, yo le contesto cualquier cosa. Si le contesto cualquier cosa, él se va a llevar las manos al pelo.

Esa piquiña que me coge en toda la coronilla cuando Lulita empieza a molestarme. Qué hacer entonces. Me rasca bien arriba, como si me estuvieran mordiendo casi, y yo tengo que lanzar las manos allá, aplanar o rasguñar o nada más tocarse el pelo. Que si me rasco me dicen que tengo caspa, carranchin, que si es verdad ¿qué les puedo contestar? Y Lulita que ya sabe.

Que se rasca yo no sé cómo, pero de todos modos se rasca. Con poner una mano en el pelo, ya obtiene un poco de alivio. Así es la rasquiña que le da. Pero cuando es demasiado, él no aguanta y se da con furia: se clava las uñas y se rasca y va expulsando corroñones, pedazos de cuero seco, harina. Allí mirándome con los dientes de conejo, tratando de tapar sus dientes con esa boca tan linda que tiene, mirándome a los ojos por pura timidez, los hombros de corroñones y cueros polvorientos.

Y me pide después un baño dónde lavarse las puntas de los dedos, que le quedaron pintadas. Y se le enredaron pelos.

Voy a dejarme caer el mechón en la frente. Voy a tocar la puerta. Ya toqué. A los tres minutos, máximo cuatro, aparecerá ella. Y recordará una de sus películas del día, cómo estás de lindo agente X. Con esas manos en los bolsillos. Pero no voy a mirarla a las almendras. Voy a tener que mirar al piso. Que si no miro al piso, me rasca. Ahora, dentro de un momento, me estará rascando. Miro al piso y apreto los ojos pero no dejo la sonrisa. Pasó. Sentí que me daban un mordisco, pero se retiraron. No hubo nada. Allí, entonces, puede que yo le diga qué hubo.

Qué hubo.

Y a las dos horas se despedirá, fingiendo más su boca beso, diciendo adiós. Y a las dos horas se me despedirá, fingiendo aún más negras su par de almendras, diciendo adiós.

A lo mejor no están sus papás. A lo mejor no está nadie. Toe toe. Allá vienen. Es ella, su ruido de sandalias en el piso de granito,

su mano que abre la chapa. y saca la cara a la luz, y laspequitas le brillan cuando me ve. y feliz. por primera vez en ese domingo, me da un beso. Pasa agente X. la casa es tuya.

Ella viene pensando. ahora que ya sabe que yo soy, cuando se dirige a la puerta. Piensa: que me pasara una mano por el pelo, que agarrara unos mechones y se los metiera a la boca. Que los chupe como hizo la otra noche.

Estábamos tan cerca y había tanto viento. que ese pelo de ella me azotaba la cara. Y fue que de pronto me dio y le agarré dos mechones duros y me los metí a la boca. Qué tal su pelo húmedo, cargadito de agua. Y yo chupándoselos. Y por cada chupada que daba. su pelo me soltaba agua. Ella que respirando a salticos Y todo me decía que qué era eso, esa vaina de ponerse a chupar pelo, a quién. a nadie se le ocurre.

A quién se le ocurre ponerse a chupar pelo, pero me gusto. Yo sentía cómo el agua me salía del pelo y le bajaba por su garganta. Que volviera a hacer lo mismo, que me chupara más la~go Y con más fuerza, que no se vaya a retirar de mí sino que se me Junte, que por lo menos no nos aburramos ahora que es domingo. Que no cruce los brazos allá, al otro extremo del sofá, que no se ponga a mirar al frente sin ver nada. ¿Así es cómo se dice? Mirar sin v~r. Sí, mirar al frente sin ver nada y canturrear una de esas canciones en inglés que él sabe; pa que yo vea que sabe inglés, que sí maña~a veo un gringo bello por allí por la calle: no lo vaya a cambiar *por* el, que él no es que sea bello pero tiene allt su boca beso, y a?emas sabe inglés. El me dice muchas veces que no le gustan los gringos, pero cómo hace entonces. La otra vez en una fiesta se salió porque había mucho gringo, él sabe que a las niñas les gustan más los g~ngos, que todos los que vienen a vivir acá son mejorados, es decir, bellos.

Si ahora me abre la puerta. Lulita va a contarme lo que se le olvidó decirme ahora que hablamos por teléfono.

Ya me acuerdo. Ya me acuerdo que no le iba a decir nada, que era mentira. Que en mi vida nada se me ha~quedado en la punta de la lengua. Que cuando no tengo nada qué decirle, en:onces, invento algo, le hablo de cine, que es lo que mas le gusta a el, películas de espías, pa que no se aburra.

[*Estarán sus papás? ¿Será por eso que no abre? Fue que o~eron que yo timbraba y la encerraron en su cuarto, se le fueron encima Y le tiraron Ja puerta y le dijeron te vas a quedar callada, vas a es~erar hasta que se aburra y se vaya, que no queremos que entre. ¿Sera que Lulita me está haciendo señas por la ventana? Voy y me asomo a l~ventana de su cuarto, pero no la veo. ¿Parece que su cuarto esta vacío? La habrán encerrado en el armario, ¿entonces? ¿Toco bien*

duro la puerta') Le doy cuatro golpes con el puño cerrado. La puerta. de metal. suena como un gong. Está sola, pero está durmiendo y no me ha oído. Si toco otra *ver* me oye. Que se despierte y sonría, no está desnuda. no. está con una camisa y bluyines, así va a bajar corriendo las escaleras. va a abrir la puerta de un tirón y sus pequitas brillantes me dicen que entre. Cómo, ¿es que no están tus papás, en la casa o qué? No, no hay nadie.

Está sola.

[Oh, qué bien! ¡Haría una cosa que nunca he hecho? ¡Arrancarle la blusa. como el bandido de "Los Depravados"? ¿Qué cara pondría ella? ¡Qué tal arrancarle su camisa azul oscura y lamberle las tetillas, piensa, a ella también le debe gustar. También debe pensar en mí cuando se acuesta, ahora que está sola en su casa, esperando a que yo la despierte, esperando a que toque más duro esta puerta, que con lo dormilona que es no la despierta nadie.

Sueño que él está tocando a la puerta y yo estoy sola. Sueño que tiene una camisa azul oscuro. que voy a querer cogerle su mano, que Je digo deme la manito y le meto a esas palabras un tonito raro (que me salió la otra vez de pura chepa). que me hace ver como si fuera una niña de cinco años. deme la manito. apuesto a que a él le gusta que yo le hable como si fuera una niña de cinco años. ¡O no?

Lo que no me gusta es que imite a una niña de diez años. Que ya está muy vieja para esos jueguitos. se lo voy a decir un día pa ver qué me dice. Que yo sé además que ella cree que me gusta, y por eso lo hace a cada rato. pero no me gusta. Que si quiere que yo le pase mi mano que me lo diga sin tanto problema. que no hay necesidad de hablar como si fuera una niña de diez años. A mí las peladas no me gustan. Me gustan son las hembras grandes, sabidas ya. buenas. Pero en fin.

A ver: veamos cómo es que van a ser las cosas: voy a tocar esta vez bien duro. pa que se despierte y venga a abrirme la puerta. Estoy sola, me va a decir. y me va a coger la mano. Si no imita a una niña de diez años, a mí me va a gustar mucho. porque. a pesar de todo, lo mejor que hay hasta ahora es cogerse uno de la mano. A lo mejor hoy también voy a preguntarle que por qué siempre tiene las manos tan heladas. Eso es lo malo. Desde que se las cogí por primera vez dije que era malo. Manos así de frías nunca he conocido. La primera vez creí que era por la noche, que hacía viento y además llovía. Y luna llena. Y que Lulita tenía una mirada rara también me acuerdo. Así que dije bueno, voy a calentárselas. y me puse a amasarle sus manos. pero nada. A las dos horas seguían igual de frías. Sí. voy a preguntarle qué le pasa. A mí me gustaría más que fueran calientes. pero es que son muy suaves, muy blancas, con esas

venitas tan azules, pero frías. Le dan a uno ganas de lambérselas o de morderle esas venitas azules. ¿Cómo será la sangre que le sale caliente o fría?

Qué legal que estuviera sola. Creo que he pensado en esto muchas veces ya, ¿encontrarla sola en su casa? Tal vez así. sola toda la casa pa uno, así si puedo morderle las manos. chupárselas. Que abra la puerta ya. y que me diga que está sola. ¡La cogería en vilo, sobre mis brazos poderosos, y la entraría a su casa? Legal verle las pequitas, la nariz respingada, cuando yo la alce y le mire las almendras negras. Y ella me pone sus manos en mi cara. me las pone porque está sola. Ahora que abra. yo, *lo primero que haga será preguntarle por sus papás*, y si ninguno de los dos está en el segundo piso, yo puedo acercármele bastante y mirarla fijo. y a que no resiste ni dos segundos mi mirada fija, je je je, que si le cojo la mano. que recorro del primer dedo al quinto. contando la historia del que compró el huevito. de aquél que lo partió, del que lo cocinó, de otro más que lo fritó, y del pulgar que se jartó el perico. Pero no abre. ¿Será que nosquiere? ¿Qué fue porque ayer cuando vine tenía mal aliento? ¡Ahora tengo mal aliento? ¿O es que no le gusta que le coja la mano y le cuente la historia del huevito? Y si no le gusta ¿entonces qué", ella sí tiene derecho a hablar como una niña de diez años: Que me lo diga entonces, que si no le gusta yo hago lo que ella quiere. chuparle el pelo todo lo que quiera. Pero que me abra la puerta. Que no me vaya a dejar afuera. Que se dé cuenta que es domingo, y el sol no para por nada. O mando a traer un pelotón de policías, voy a la casa de Miguel Angel que vive por aquí cerquita. les diga caminen me ayudan a derrumbar una puerta. Pero me van a pedir una orden del gobernador. A quién tengo en la familia que sea amigo del gobernador. Pero si se trata de vida o muerte, les digo, padres desalmados que han encerrado a mi Lulita en el armario pa que no salga a verme. Yo los vi, me consta que la amarraron con cabuyas Y le taparon la boca. derrumben la puerta, derrumben la puerta, que no ven que grita, que se asoma por la ventana y me pide ayuda, que entre. que derrumbe la puerta. que mate a sus papás. Está tal vez pensando en un gringomejorado. ojalá supiera cuál es, ojalá imposible que esté dormida. Voy a asomarme por la ventana de más arriba. ¡Y la manteca? Si la manteca está. ¿pero está dormida? Entonces toco bien duro pa que se despierte la manteca, si. que si la manteca está ya por lo menos es algo. Así no me quedo en la calle. Porque es domingo. A ver recuerdo: ¿es bonita la manteca? ¡Negra? ¡India? ¡Gringa? Un poquito de las tres. A lo mejor con pecas, como Lulita. Bueno, si me abre le digo buenas tardes niña. buenas tardes joven, Lulita está. No. no está pero estoy yo, joven y sola. Entra. entra,

siéntete como en tu casa. Dónde es que suena ese disco de Willie Colón, que si logro encontrar la casa donde suena el disco, a lo mejor allá van a estar en fiesta, por este barrio yo me conozco a todo el mundo, me van a ver y me van a decir entrá loco, entrí, que hay peladas chéveres. Yo claro, con mucho gusto loco, y si en la fiesta encuentro a Lulita bailando con un gringo, ¿mano? Bueno, yo, como persona decente, me les acerco muy fresco, los miro a los dos a los ojos. claro, sin miedo, sin que me dé rasquiña que qué cara pone uno cuando le va a hablar a su novia allí, en ésas, y que de repeso le dé rasquiña. No, Lulita no va a poder darme rasquiña. Le voy a decir vengo de tu casa, he estado más de una hora ante la puerta de tu casa. amor, como es que me haces esto. Ella, que también es persona decente, va a mirar al suelo, paquea mi no me dé rasquiña, que sabe que no me gusta, que me desespero si me pica. Y va a dejar al gringo allá, en toda la mitad de la pista, y cabecibaja, se vendrá conmigo para su casa. Ella tiene la llave en el bolsillo. Está sola. No hemos hablado nada desde la casa de la fiesta hasta acá. Ella ha mirado al suelo todo el tiempo. Yo por mi parte me siento de lo más bien, por qué no, después de la cara que puso el gringo. Ella abre la puerta, yo huelo su casa, como se siente de bien adentro, qué bien que hay sombra, que no tengo que aguantar más este sol en la nuca, mierda. Toe toe toe toe toe toe, mierda, no vasa abrir o qué.

Ya sé: a ninguna pelada le gusta que su novio tenga mal aliento. Pero yo qué culpa tengo. si cuando me da rasquiña se me jode todo. no vomité ayer fué de milagro. Cómo se le ocurre ?ecirme que ya no me quería, cómo se le ocurre; yo sé que era por lugar, claro. pero esas cosas no se dicen, hombre, que nové que es primera novia que tengo en 15 años, que no ve que antes de c~nocerla a ella yo era un errabundo solitario, que le compro un disco de Leonardo Favio pa que lo oiga todo el día, pa que sepa lo que siente uno cuando es un errabundo solitario. Estábamos allí, en el sof~, como todos los días. cuando después de un silencio grande me mira con esas almendras y me dice que no me quiere más. A donde primero me rascó fue entre las nalgas, ¿cómo hago para rascarme allí? Después en la nuca, en la espalda, en el coccis, otra vez entre las nalgas, en las pelotas, en los párpados, en los pies, y después el mal aliento, que me vino cuando menos debía venirme, cuando yo me tiré a besarla en la boca por primera vez, besarla claro, que a mí sí me habían dicho ya que si uno no las besaba ellas se cansaban de uno, claro, entonces besarla ya, no importa que me rasque tanto. besarla pa que se olvide de lo que me acaba de decir. qué cosas son esas. Pero de malas. Porque ella no tenía por que

aguantarse un beso que olía a mal aliento. Ya sé: desde hace una hora está por decidirse. está que abre, pero no se atreve, y piensa: si le abro y le acerco bastante mi cara, y él se pone nervioso porque a lo mejor hoy también tiene mal aliento, pero su respiración se estrella de todos modos en mi cuello, allí donde tengo vellitos invisibles. y es de lo más sabroso sentir cómo su respiración se estrella en mi cuello, en mis vellitos invisibles mejor dicho. Toe. Y cuando me dice que si ya quiero colgar el teléfono y yo le respondo que no, pero que mi mamá, toe, y él cree que soy yo la que quiero despedirme, toe, y deja de hablar como treinta segundos pa que yo me preocupe porque se ha puesto bravo, pa que le pregunte qué le pasa. toe. pero lo que no sabe él es que a mí se me da un pito que deje de hablar 30 segundos o una hora. Da lo mismo. Toe. Amor: hay que oírme decir eso de un tirón. Nunca me ha besado en la boca, pero a cada rato dice que me quiere. Toe. Así, te quiero, toe, y nada más, cambiar de tema. Cuando yo tengo que decirle que lo quiero, invento un preámbulo larguísimo, o un silencio un poco más corto, toe, pero de todos modos necesito un poco de tiempo pa animarme a decirle que lo quiero. Toe toe toe, toe. Y él que se queda callado cuando vo le he dicho eso, y en ese silencio de él es cuando yo recuerda" que la voz se me fue en las últimas letras del te quiero, pero él me ha debido entender de todos modos, porque ahora me mira las almendras, toe, y no demora en preguntarme por lo que vamos a hacer el próximo domingo, que él le tiene terror a los domingos, o tal vez nos pongamos a hablar de películas de espías, y en la mitad, ya cuando al agente X le van a caer 15 tipos por la espalda, él me dice te quiero. esos arrebatos que le dan, y me enumera después a las actrices que más quiere, toe, toe.

¡,Cómo hago pa decirle a Lulita que no me gustan las películas de espías? Que si quiere hablarme de cine que me hable de las peladas que más quiero. Que me hable de Kim Novak y de Elizabeth Taylor. Que por algo yo escogí a la pelada que tiene su poquito de cada una de ellas, por algo fue. Y a quién no le va a dar risa que le digan a uno te quiero mientras le hacen una lista de las mejores actrices del mundo. y por eso yo me río cada vez que me dice te quiero. y a él no le gusta que me ría.

Claro que voy a mirarle las almendras de bien cerca, sobre todo ahora que sé que ni su papá ni su mamá están en el 2o. piso. Que mire que si baja a toda y me abre yo le digo que vaya y se moje bien el pelo y que después me lo traiga, y escoja los mechones que quiera y me los meta a la boca, que yo se los chupo todo lo que quiera, será cierto que nunca la he besado en la boca, pero apuesto a que ningún novio que ha tenido usted le ha chupado el pelo, o no? A

mí también me gusta, no crea, le prometo que si me abre la puerta se lo chupo toda la tarde, se puede mojar el pelo las veces que quiera, que yo se lo d~Jº sequito marnita. brame la puerta. Puedo aprender a besar si quiere. Me lavo todos los días la boca con específico pa que no me vuelva a dar mal aliento. Me hago ver de un especialista, que me man~en a E.E. U.U. a hacerme ver de la rasquiña, todo lo que usted quiera. Mire cómo es que yo utilizo mi boca beso: es lo primero que le acerco, comienzo mordisqueando cautelosamente los labios inferior y superior, por turno, después respirar encima de toda esa tela que cubre tus senos elizabethtaylorianos, asentar allí las manos, a que crispas el cuerpo, a que me abres la puerta si te hago todo eso. Toe toe.

Que me chupe el pelo, que mordisque mis labios, que algo tiene que haber aprendido en sus películas, que trate de meter sus dedos por alguna parte, sin excesos, introducirse, retirarse así.

Vamos a ver. Vamos a ver lo único que es verdad de todo esto. Está bien, Lulita, que no me abra la puerta si no quiere. Que yo sé que no es capaz de dejarme afuera.

Vamos a ver. Vamos a ver lo único que es verdad de todo esto. Est? bien, está bien que Lulita se asombre cuando yo, encima del sofa, me acerco mas que nunca a su cuerpo, y sobre todo que aún no he preguntado si sus papás están en el 2o. piso. Le voy a decir que nos cornuruquernonos, aunque ella no entienda qué es lo que quiere decir eso. Cogerle la cara con furia, divertirme como un loco al cogerle infraganti su lengua kimnovaknesca, encajonarla, y tal par~ce que Lulita no supiera qué hacer con esas manos, así que se decide Y me las pone en ese sexo grande y tieso que tiene por allí tan cerca. Entonces me voy a reír, voy a sentir una necesidad de reírme como nunca, y me río pero sin quitarle de encima mi boca beso, debe ser la primera vez que la besan riéndose. ¿no Lulita?, con esa lengua que se ~ueve que entra que sale. Y como yo no pregunté; co'!; o no se me dio la gana preguntar si su papá y su mamá estaban en el LO piso, ahora, mano, es cuando yo los veo bajar las escaleras, uno ~etras de otro, todos anteojos, todos periódicos, todos agujas d~ tejer, todos ojo~ como almendras negras, podridas. que miran como Lulita, debajo de mí, jadea y se retuerce y me aprieta con ganas el bulto que le tengo sobre la barriga. Ahora es cuando veo que dos bocas al desjuntarse hacen chomp, como si nada.

... Mmm: ¿o~r~é~s~ e~ h~?

Seguro esta vez también me rascaba, pero estaba bien. Esta vez era s~! un sonido. No había imagen. Sin actores. Era mejor así. oscunaad perfecta, nada de pantallas, nada de color rojo. Puro

sonido. Tal vez El Danubio Azul, que sonó en los 15 de Angelita, quién no se acuerda de eso. Es decir, puede que hubiera vueltas, pero no se veían. Vueltas en oscuro, todo el cuadro negro, ~lo que uno sabe que allí hay vueltas, cómo explcarlo. Y la rasquma en la espalda. en las piernas, en la nuca. lo que anuncia que de pronto suena el perro. El perro de hace un millón de años que tod-s las mañanas me aulla en el oído. Ah no. no es el perro. Es rm mama que habla. Que me dice que me despierte, que ya es tarde, que el colegio.

1969

EN LAS GARRAS DEL CRIMEN

*"A caba con mis fuerzas
húndeme de frente
abandáname en la
criminalidad. ..."*

M. Jagger/K. Richard
 tumbling Dicr

En la fecha que supongo no muy tradicionalmente fatídica de un 23 de diciembre. me recibí de licenciado en Literatura. Mis costumbres solitarias. de poquisimo trato con los intelectuales. me habían preservado de toda ponzoña en el alma. y al no conocer aún el éxito precoz (digamos Scott Fitzgerald a los 23 años. o en nuestro medio el caso más prosaico de este muchachito Lemos que a los 16 publicó, antes de degollarse. una extensa novela sobre dos niños que descubren el amor por medio de la *Benedrina*; me sentía impune a cualquier clase de desencanto, melancolía o el común arrepentimiento del hombre de letras que al madrugar sabe que la bohemia tropical o la vagabundería echaron a perder su pasado día. Nada: mi salud física era perfecta, altura mayor de la normal en este país de cafres. rosadita la piel, ausencia total de ojeras. pelo abundantísimo, sistemáticas escaladas a picos no demasiado peligrosos de la Cordillera Occidental Andina y siete piscinas -formato olímpico- todas las mañanas: en cuanto a mi salud mental, alimentado como fui con frondosa coliflor. pescado bien escogido y pan moreno. se fue fortaleciendo por una disciplinadísima lectura de los poetas clásicos, los filósofos agnósticos y los novelistas de descripción psicológica y escueta crítica social: fundamental es advertir que me abstuve de concederle importancia a la dulzarrona mortandad de los románticos y que refuté. en discusiones que fueron grabadas. mimeografiadas y ampliamente difundidas en mi Universidad. los cultores del "*fantastiquic*" y de sus torcidas ramificaciones horribíficas (por no decir horrososas) o policíacas. generillo este que parece inventado para la K.G.B. y que yo consideraba último refugio de los mediocres. de los frustrados fácilmente y de los decadentes a conciencia. pecado que asecuró San Ambrosio. en

su *Séptimo misterio de la llave*, ser el peor ante los ojos de Dios en el infierno.

Tenía, eso sí, unas ganas terribles de que mi carrera en formación pudiese disponer del tiempo completo. No me pareció mejor opción que alquilar un localcito en un edificio más o menos destaralado y decididamente polvoriento de la calle Novena con carrera Octava, frente a ese baluarte de la educación marista que hoy ha sido convertido en juzgado para criminales de la peor estofa. El precio del alquiler era tirando a razonable aunque un tanto no muy módico pero sí bastante comprensible sabiendo como van las cosas: dos mil pesos al mes sin contar agua y luz. La oficina era de color ocre recién pintado, techos altos (ahora paso las noches durmiendo en las calles y soñando que el techo desciende hasta aplastarme y allí despierto, con los huesos fríos y tragando polvo) y puertas de caoba. Me la imaginé toda llena de libros y uno que otro afiche. Son reí al pensar cuántos de mis compañeros de grado no empapelarían las paredes con afiches de la revista *OCLAE*, que mudarían puntualmente a cada nuevo envío. No: yo colgaría, mirando hacia la amplitud más allá de la ventana, el macizo, implacable, un tanto stalinista perfil del gran Giovanni Guareschi.

Entonces firmé contrato por un año (he perdido la cuenta del tiempo que ha transcurrido desde aquello hasta ahora cuando escribo estas líneas con pluma desgastada y mano temblorosa y vengativa: han sido meses o años, no lo sé, el tubo de la perdición no tiene fondo) con ayuda estrictamente parcial de mi madre, la pobre viejecita que hoy se niega a verme y que recluida está en la cama, su pena triplicada por mi pena o al revés, su dolor sosegado por puntuales dosis de *Morfina* que le administra el médico, mi tío Enrique. Menos mal.

Instalé mi amplísimo, limpiísimo y fervoroso escritorio de roble americano, sala de espera con muebles comprados a crédito, todos mis libros, y con clavos de acero coloqué muy correctamente, en la puerta de entrada, el aviso que en macizas y convincentes letras de molde rezaba:

MARCO CAPURRO G.
LICENCIADO EN FILOSOFIA Y LETRAS. UNIVERSIDAD
DEL VALLE. ESCRITOR. SE REDACTAN MEMORANDUMS
DEFINITIVOS, TEXTOS PUBLICITARIOS, ARTICULOS
VARIADOS PARA MAGAZINE, ALEGATOS JURIDICOS,
ARGUMENTOS FILOSOFICOS EN ORDEN PRIMERO DE
COMPLEJIDAD, POEMAS DE AMOR Y DE GESTA,
CUENTOS Y NOVELAS

~isp~esto todo así me senté a esperar, y a los dos minutos de impaciencia, a escribir la primera línea de la página J01 de la novela que ~r:paraba en~onces y que hoy he perdido, compuesta por diez larguísimas reflexiones de un clérigo transportado a lomo de indio de~de el Puerto de Buenaventura hasta el Valle del Cauca, con un epílogo, no menos vasto y en tercera persona, de las formas crecient~s del delirio que se apoderaba del carguero de turno al divisar la tí~rra que pondría fin a su pena. Escribía: "Un día te acordarás de rm, ~ú, te lo prometo ..." (sería extenderme demasiado resumir aquí la historia de los amores que el clérigo dejó en España), cuando tocaron a la puerta, ~oc, y en mis malas noches lo he seguido oyendo. Con la perplejidad un tanto ginecocrática del que se dispone a abnr.cualquler puerta, interrumpí mi labor, refile el mosaico y con excesiva torpeza abrí.

, Ante mí se encontraba una señorita de pelo color platino tapándole por completo el ojo derecho, en clarísimo estilo de "peek-a-boo-bang"; popular y prohibido allá por los años 40, y yo enroJe~l tanto o mas que la boma que ella lucía de sólo pensar el terf.lm1llo, que me introdujo, no sé cómo y a una rapidezextraordinana, en terrenos de una literatura (y aún más: de su bochornosa adaptació? al cinematógrafo) que yo, sin desconocerlos, los juzgaba perniciosos y de interés social nulo. Tropecé con las cosas (Ah?ra no recuerdo cu~les, ¿una valija? ¿La suya o la mía?) y no había ~crminado de decirle "¿A la orden?" cuando ella, muy segura Y de piernas largas, entró y cerró la puerta con un *Clam!* que ahora es el que me despierta.

Se demoró en sentarse, pero habló todo el tiempo. Me temo q~e no me queda otra opción que consignar la escena en diálogo dlfe~to, recurso y no necesidad de estilo que siempre he considerado ligero, tramposo y que atenta precisamente con la que yo creo -o creía- función primordial de la literatura: la densidad de ef~cto!. Pero el hombre que ha caído no tiene por qué hacerse exigencias.

Con voz que espero no me haya salido de pífano le pregunté su nombre.

=*Verónica* -contestó, apretando los labios.

-*Lake*... ¿acaso? -dije yo, porque el parecido y el talante con aquell~ antigua actriz de cine era enorme, y porque, en ese caso, yo he debi?o estar vestido más de acuerdo a las películas de *gangsters* que h~cla ella, por lo menos con sombreros (pero ¿con este clima?) y con cigarrillo pegado a los labios. pero no fumo. Además, he detestado el cine desde pequeño.

Ella me miró un tanto asombrada, no mucho, no muchito.

-Nonis-dijo-. Pero no le quiero dar mi verdad-ro no-bre. Por lo menos en este momentico no. Pongamos que rm apell-do es Urdinola. Venia de comprar un payel ~ellado Y ví, su an~~~10.~,~1 lado de esta oficina queda una dentisteria. -Y se no entre JI, JI Y un "Jeeee" profundo. Continuó:

-El hecho es que tengo una hermana que sufre mucho de una enfermedad muy grave. Muy grave pero eso sí: muy digna: Y Y~ la adoro. Entonces lo que quiero es escribirle una d:d~caclon bien bonita, si fuera posible larga. Digamos unas 120 pa;:~:~> a doble espacio. Ella en realidad es una ~scritora. Lo que pasa es que ya no escribe, la enfermedad no la deja.

-¿Ha publicado algún título?

-Publicar no. Tampoco creo que tenga calidad de publicación. Tiene 17 años. Sabe usted, nosotras pasamos la niñez en los páramos del acantilado del Océano Pacífico. Mi padre explot~ba una mina de mármol. Crecimos en casa confortable, ~ero el ch.ma era malsano. Me recuerdo jugando a las muñecas bajo la lluvia.

Aparté, espantado, la posibilidad d~ orientarm: P?r la ve~tlen- te de la novela gótica para la dedicatoria que la senor~ta Verónica me pedía. Mi escalofrió ni la inmutó. Afuera rechinaba el sol implacable.

(Será posible una forma de escritura diferen~e a la verbaliza- ción, cada vez que un diálogo se interrumpe, digamos, por una reflexi~n")

Ay Dios: Continuo,

-Supongo, eso sí, que el clima ~ra propici~ para la descnp- ción de la tristeza. Dejé de jugar conmigo a las muñecas ~se ~n.cerró a escribir. Eso fue entre los 9 y los 15 año~. Una~doce r:ill paginas a mano. letra menuda como pata de torcacita recten nacl d~. Se me hizo brillante la comparación (aunque, no exenta del enOJO de tener que acordarme de Leonardo Fa vio) y!~ apunté e~ mi.c~adern? de notas. -Si pudiera escribir ahora -dijo- ya sen.a distinto. Tlen: toda la experiencia de su enfermedad. Y supongo, joven, que estara de acuerdo conmigo en que mientras los puntos de vista de ustedes; los hombres -me señaló con el dedo meñique y yo me desempolve el .vestido-, alcanzan a madurar a los 25 (*Qué edad tenía yo en la época de la entrevista que narrot*) nosotras las mujeres los tenemos listicos a los 16. ¿O es qué va a decir que no?

-No. -dije, menos intimidado que de sincero acuerdo. Sen~l alegría. Ella ya se había sentado, pero no le gustó el ~uero de mis muebles y volvió a pararse. Habló con nostalgia agitada Y muy sufrida:

-Su inspiración constante. me acuerdo, voraz, habría cristali- zado en un estupendo estilo y en una profunda complejidad argu- mental, pero ya vé. (Dijo ese vé con un tonito que me recordó antiguas pesadillas en las que al despertar encontraba frente a mí el croquis, la silueta de una figura por lo general bella y siempre femenina cuyos interiores bulbosos eran precisamente los que me habían atormentado en sueño) no escribe más. No puede.

Se sentó en mi asiento detrás del escritorio. Se llevó las manos a la cara. Suspiró demasiado profundo y se levantó de nuevo. El ojo izquierdo era negro y muy grande y con ojeras arriba y abajo. Recuerdo que pensé: "¿Pero qué enfermedad es? Y ¿no será contagiosa?!. Mas sentí pena de preguntar. Resolví que era tuberculosis.

-Yo también me he sentido muy decaída -dijo. ya sin lamen- tarse, como si informara sobre un hecho-. Y sé que una dedicato- ria bien bonita me levantaría el ánimo. Como una especie de biogra- fla en la que yo -y casi se hunde la uña del dedo índice en su grandote corazón- llevaría el segundo papel en importancia.

-¿En tercera o en primera persona? -inquirí. en tono profes- ional. Y luego: -Ni me le acerco al tufillo pseudopoético de la segunda persona, difundido en nuestros medios por algunos malha- dados mexicanos que estarían mejor cantando rancheras.

-En tercera -dijo. con mucha seguridad, y luego un tanto desafiante:

-Usted firmaría el escrito. ¿no?

Torcí los ojos hacia un techo sin vida y el cuello me crujió y la miré de nuevo, doloroso, pensando: "Voy a acceder". Le pedí que se sentara, en tono más o menos definitivo. Me obedeció. pero estuvo palmoteándose todo el tiempo las rodillas. a mí que me pone surumbático ese movimiento. Me explicó que era 2 años mayor que su hermana, "Aunque usted no lo crea".

-¿Cómo aunque usted no lo crea?

-Ja -gritó casi. Y después: -Es un modo de decir.

-Este es un asunto poco común. ¿sabe? -dije. pelando mi horrible empalizada de dientes amarillos=. Así que... antes de formalizarlo quisiera más explicaciones... por lo menos prelimina- res...

Pensé: "De no ser por los puntos suspensivos yo no tendría nada que envidiarle a Philip Marlowe", pero rechacé la idea o la enveceí, mejor, con el recuerdo de la discusión que sobre este personaje sostuve, en el Auditorio Principal, con Orlando Toro, un alumno aventajado aunque un tanto histórico y decididamente colo- nizado, que murió a los 3 meses en medio de una borrachera y con

la cabeza bajo la triple rueda de un camión, Flap!, reventada como madura sandía.

Pero mi cliente ya venía diciendo:

—En realidad, todo el tiempo me la he pasado cuidándola. Quiero decir, desde que no seguimos jugando a las muñecas, Nadie me cree, pero cuando mi papá salía, hasta el tetero le daba. La recuerdo haciendo los últimos suspiros de delicia y luego yendo a escribir largos poemas sobre la experiencia de mamar la leche en tetero de plástico ... ¡Ah, qué días aquellos!

—¿Podría echarle una ojeada a esos manuscritos? —pregunté, más con interés literario que detectivesco. ¿Cómo? Fue que pensé lo que acabo de escribir? Entonces qué es lo que soy ahora, un policía de película metido a relatar brevemente (las fuerzas no me dan para más) su desgracia?

—No, imposible. Si se da cuenta *me-ma-ta*. No puede pararse de la cama pero no sabe usted la de yerbas que conoce. Además ella guarda en secreto la llave del baúlcito en donde están los manuscritos. Pero no se preocupe usted... que yo lo voy a dejar inventar, utilizar su imaginación. Tampoco *podemos* obligar a un escritor a plegarse a los caprichos de dos niñas ridículas.

Aquél *podemos* me preocupó más, pero después sus palabras me hicieron pensar en *Los Caprichos*, porque le había salido como encrespado como todo consentido y lindo. Ella compartía también mi ensoñación, pero la he debido sentir dentro de sí mucho más urgente e importante, porque fue la primera en interrumpirla para explicarla:

—Ay, se vé tan aristocrática así toda recostada. (Yo apunté la frase), con el pelo tan largo y rubio! —Miró su reloj. Se levantó, asustada. Pensé que me hubiese gustado, en mis niñeces, jugar a las arañitas con ese par de rodillas. Estaba realmente muy nerviosa.

—Bueno—explicó— (¿Qué más desea el lector: ¿Explico?, ¿Canto?, ¿Dijo? ¿Musitó? ¿Intercedió? ¿Requirió? ¿Sibiló?, esta última palabra para enriquecer el conocido y monotonísimo axioma del fanfarrón y pseudovanguardista J. Cortázar. Ah, los caminos sin fin de la vana literatural), supongo que vendré todos los días e iremos charlando con el señor Capurro.

—Dígame Marco, si no es molestia.

—Me dá lo mismo Marco que Capurro. Ambos nombres me suenan a piscina.

Quise reír, pero memoricé la salida, para anotarla después. Todavía quedaba algo muy importante por tratar, así que dije, con el aire más angelical del mundo:

--Entonces, ¿me decía?

—Sí. Que no es sino acordar un horario. Y que ahora tratemos de los asuntos enojosillos pero de rigor, como los costos y las horas que usted tiene disponibles.

Casi le digo: "Para usted, todas", pero volteé un tantico el cuello hacia la ventana, olí el calor y puse ojos de indio divisando por primera vez el Valle.

- Trabajo en la novela que puede ver sobre el escritorio.

Hizo como una especie de AAAAAAAAAA de curiosidad y aprobación y progresó como en medias lunas hacia el manuscrito y ojeó, me parece, el párrafo más pobre de la página 101, mientras yo intentaba dar razones, diciendo:

—Eso lo hago de 8 a 12 de la mañana. La hora en que me cogió usted. Y mire, ¿quiere la biografía para una fecha determinada?

—Me parece que cuestión de 15 días.

—Me parece correcto. Poseo una enorme capacidad de trabajo.

—Eso veo. (¿Se burlaba?).

—Bueno, —dije, como por no decir, y me senté. Ella miraba su reloj—.

Por trabajo de mes entero cobro siete mil. A usted le voy a cobrar exactamente tres mil quinientos (Ni sonrió siquiera). Me los paga en dos contados, si le queda mejor.

—Sí, pero el primero no hoy. Mañana por la tardecita. Entonces ¿estamos?

—Sí.

Medió su 11'ano, seca como pared exterior de acuario, y luego:

—Un consejo: no le hable de esto a nadie. Escritor que cuenta su obra antes de terminarla, se le quedará en veremos.

Y se despidió con el *C!am!*, el que pone fin a mis pobres sueños.

Al otro día volvió a la hora convenida, con el ojo un tanto más claro y agrandado por no se qué emoción que me excluía. Yo la había esperado desde la una y media hecho un erizo de nervios después de pasar la noche en vela repasando mi *Indice de Libros Prohibidos* y, lo confieso, salvando, en concienzuda operación, algunos volúmenes del ostracismo.

Recuerdo que ese primer día de trabajo después de irse mi Dama Misteriosa, yo pasé por una alegría alborotadora de cerrar temprano la oficina para irme a mirar montañas pensando en el posible tema a escoger: MUJER CASI NIÑA ENCAMADA ANTES DE TIEMPO, CONSUMIDA DE ARISTOCRACIA. PRECOCIDAD, MUERTE PREMATURA. La cosa no me gustaba ni cinco. Aquello me habría remitido al ejemplo más obvio de la familia Bronte, a Poe, tan ridículo en su suficiencia. Digo, llegaría a

aceptar como hecho normal el *colmo* de componer una novela con todos los elementos que yo había atacado tan lúcida, tan elocuentemente desde mis años de bachillerato? Resolví en todo caso y como salida extrema que los opiómanos y dipsómanos eran mejor y más digna opción que la novela tan pretenciosamente "re-descubierta" y llamada "*negra*" por críticos pasajeros y hasta con sus plumitas, y de la que eran autores principales Raymond Chandler, Dashiell Hammett y James M. Cain (al primero siempre lo relacioné con el belfo H.P. Lovecraft por esa afición definitivamente maricona hacia los gatos), para no hablar de Ross MacDonald, causante directo de que yo tajara mi larga relación epistolar con el español Miguel Marías (recuerdo, sobre todo, discusiones sostenidas sobre las sendas cartas entre Stevenson y James), cuando me espetó, en papel de 35 gramos y por ambas caras, que consideraba a aquél como "el mejor y más profundo escritor vivo". Gulp. En esa época yo me podía dar el lujo de sentir orgullo por no escribir.

Pero ella volvió, contenta por lo puntualita aunque con una amargura que me impresionó, por lo distinta y por lo que parecían esencial a ella, como si la hubiese tenido adentro desde que nació. Y yo, lo juro, no se la había notado el día anterior.

Sería porque se trataba del primer dinero ganado en mi profesión que le noté la mano un tanto más grande y áspera cuando me extendió el cheque correspondiente? No cometí la imprudencia de mirarlo.

El mechón color platino lo tenía igualmente dispuesto, aunque habían aparecido unas tanticas arrugas enhebrando las ojeras del ojo derecho, producidas, según me dijo, por la pésima noche que le hizo pasar su hermana (verdad que es curioso o imprudencia mía o signo del destino no haber preguntado nunca el nombre de la otra?), pues había gemido y se había jalado el pelo y dicho cosas muy horribles. Contenta estaba de verme, y mucho, pero enojada con su hermana. Y cuando le expliqué mis planes de crear una narración en base a una niña que renuncia al mundo por orgullo, porque el mundo no le alcanza, porque ella es mejor que la cultura a que pertenece, la misma que día por día desvirtúa conciencias, semostró un poco reticente. Pero aseguré:

-Yo la haré parecer, en la cama y enferma y todo, mucho más bella que tantas peladitas que andan por allí voltiando.

Entonces gruñó (¿Había gruñido el día anterior?). La nariz se le encrespó y me dijo, con el ojo llameando malignamente:

-Es que ahora no quiero hacerla parecer bella. Quiero castigarla por toditico lo que me ha hecho.

¡Cestiró el brazo hacia mí, subiéndose muy rápido la manga y yo mire, atajando la respiración. Había allí, desde las muñecas a las venas del codo, cinco clarísimos surcos de uñas furiosas que ni Ann-Margret en su peor película. Me avergonzó, de nuevo, la re-erencia involuntaria de mi pensamiento. No hay cosa que deteste más que la pseudocultura de trivía cinematográfica. En todo caso no supe ~u~ decir, y con ganas de sobarle su bracito fui guardando las !O paginas que ya tenía escritas de alabanza a su querida hermana.

Afortunadamente ella comenzó a hablar, a darle forma parcial a una agitación que sufría ya desde mucho antes.

-Nadie sabe lo exigente, lo grosera, lo cruel que es... Que el c~fecito con su ~enjurje raro, que la muñequita coja, que el lapicento para escribir las melancolías diarias. Cuando al menos se ocupaba de algo, pero ahora no es sino pasársela mirándome a la car~, .Y con esa belleza que destella. Pero yo sé que me mira con envidia. Porque lo que yo tengo de especial ella no lo tuvo, ni Jo tiene, nilo tendrá jamás ... Ella, claro, la mujer más bella ... Mi boca, mi cara, mi piel tan suave ...

Empezó a darle una tembladera que la hizo ver tan frágil y tan des~mpa rada, y como si se diera dentro de otra naturaleza, opuesta casi a la que yo había conocido el día anterior; así que fui y busqué en el pequeño pero básico botiquín uno, no,dos *Va/iumsblues*, pero sus pasos se acercaban y su respiración traqueteaba demasiado como para que mis dos manos obedecieran sin tumbar cosas, creo que una porcelana. Entonces una de sus manos, la derecha como zarpa, me agarró de la nuca y zarandeándome (he debido perder un millón de pelos) me obligó a alzar la cara para que viera todavía más: que con la izquierda se había apartado el mechón colgante y entonces era que me estaba exponiendo la costra, el pellejo tieso ;la lepra?

-No. Ella me arrojó café hirviendo, y bien oscuro como es su gus:o, en esta ~obre cara mía. Porque yo no le traje a tiempo la muneca que COJea.

No pude decir nada. Me tocó echar cara a mis recuerdos, de cuando en compañía de mi madre tuve oportunidad de observar ""(-e *Big Heat*, de Fritz Lang. Habían copiado ellas de esa película la idéntica escena de atroz violencia? ;O fué al revés?

, —Entonces ¿por qué semejante sumisión? —pregunté-. Por que no se va a otra parte. ;por qué no la abandona de una vez?

-No —me dijo, con voz tan ronca que casi no reconozco como suya—. Quiero que tenga una larga vida y que usted escriba una novela más larga aún sobre las maldades que ella me hace.

Quiero que usted la describa horrible e implacable. Y que esta desfiguración facial mía se le transmute a ella, pero por dentro. Que la vaya carcomiendo el alma. No me importa pagar 20 veces más. Quiero que cada semana me tenga un capítulo. Mi tortura se efectuará por el sistema de entregas.

Y <lió un soplido y se fué, esta vez sin azotar la puerta.

No llevaba boina ni reloj y le habían crecido los pelos de las piernas. Parecía heroína de otro género, ya no sé de cuál, ni de qué calidad, ni qué arte.

Me dolió quedarme tan solo. Me tomé los 20 miligramos de blues, y antes de que los sintiera apaciguar adentro, las ideas habían empezado a surgirme rápido y duro en la cabeza. Ya no sería Poe, ni Patrick B. Bronte, ni las desventuras de una especie de joven Werther hermafrodita. Prevalecería el doble punto de vista, ambiguo y no anulativo de Henry James, porque, cómo poder estar seguro de que Verónica no le infligía maldades iguales o peores que las que su hermana administraba? Y si la menor se había visto obligada a guardar cama debido a terrible maquinación tipo *¿Qué pasó con Baby Jane?* Que valga al menos como ejemplo, porque como exploración es ridícula. Y otra cosa: ¿acaso Henry James no escribió toda su vida novelas por entregas? Sí o no que ilustre predecesor tenía.

Otra cuestión era: ¿cuál de las dos alcanzaba a ser más importante como mujer, cuál en su niñez fué muchísimo más bella, antes de que empezaran las hostilidades? Concebí argumentos de incesto con el padre (¿difunto? ¿pródigo?), ¿por qué no?: un viejo fanático y dos jóvenes casaderas en la soledad de los últimos parajes de la Cordillera Occidental, pensando todo el día en la visión del mar, allá, de la ciudad, acá. Obligativo paisaje para una pasión tenebrosa, única y excluyente. Pero entonces, ¿cuál de las dos era la preferida? Resolví que Verónica, única a la que conocía y que tantos momentos de gozo me había regalado con su presencia, ojo tapado o no. La otra, entonces, por odio, le quemó la cara después de intentar por todos los medios parecerse a ella.

Y aquí cerré las ventanas, salí alelado e indiferente al mundo que me rodeaba, pues estaba dándole mordisquitos al más sublime de los temas: el de la SUPLANTACION DE PERSONALIDAD. La hermana recluída había tratado de parecerse a la otra en su totalidad, física y espiritualmente, para ganarse los favores del padre, personaje que sufriría, como Lot, del prolongadísimo éxtasis de la paidofilia. La pequeña hermana trataría pues de suplantar a Verónica; y de conseguir con éxito ser su facsímil-una de las dos, muy posiblemente la que sirvió de modelo, se haría innecesaria y

tendría que desaparecer. Ahora no me cuesta nada confesar que este tema de fuente kierkegaardiana del hurto de la personalidad me fue sugerido en primer instancia no por la lectura de los difíciles tomos del filósofo, sino por la obra maestra del cineasta que es mi hermano de Ingrid Bergman, y cuyo título no menciono para no pecar de snobismo y pedantería.

Persona amiladada por las virtudes de la otra, persona reducida a la nada: he allí mi argumento.

En la noche me molestaron todos los niños ante mi aire lewisiano: una chica de lo más linda me aseguró. burletas, que si no cerraba la boca se me iban a entrar las moscas, y a punto de atraparle. estuvieron bicicletas, taxis, y un camión cuyo chofer venía recorriendo todo el camino desde Buenaventura.

Así que me recluí de nuevo en mi oficina y escribí y escribí y me sentaba como con nos por dentro, y las piedras no chocaban o yo me deslizaba sobre ellas. y no tenía quejas para con el mundo y ni me dá cuenta de la noche (a la que detesto), y así vinieron el primero y los otros. nuevos días, y cuando me cansé de estar sentado adopté las posturas de Hugo del Dr. Itard y de Balzac. de Hemingway, el *Silmergl-0* de Virginia Woolf, el llamado *Sesenta y Nueve* de Gertrude Steiner y Althea B. Toklas, y como yo no participaba de la luz ni me ardebraba la oscuridad, mi madrecita iba a socorrerme con sandwiches de queso y Pepsis, y en la mañana del viernes, un día antes de la hora en que se suponía debía visitarme Verónica, una botella de *Vino Santo Tomás* rosado que degusté con fina dulzura y un tanto de borrachera, pero no me hice recriminaciones. Porque para el momento en que mi amor llegara yo le tendría, a modo de que fuera atormentara a su hermana. 2 entregas de mi obra maestra. en letra tan pulcra que los que por esto le dieron el Primer Premio al malnacido Edgar Poe por su *Manuscrito encontrado en una botella*. habrían hecho el rejejoy y la curvatura, de haber podido yo alterar el curso de la historia.

Entonces sucede. A las 9 de la mañana de un diciembre que supongo, es el mes de la alegría. salgo a pasear con mi carpeta bajo el brazo, leyendo (sin marearme) las primeras palabras que me legarían a la posteridad.

Despreocupadamente me fuí caminando hacia el leñoso Norte de la ciudad, mas o menos llenecito de jóvenes que, revoloteando, se preparaban para siesta y fiesta. Todo eso =ellos. tal vez, no lo advertían en el verano de las golondrinas arrebatadas por la luna, de las enchamarcadas. Y si me dejan. de mangos pintones y grose-

llas enracinadísimas. Pero concluyendo vamos, acertando el sano orden de las vidas.

Pues acontece que decido torcer esquina. Y antes de dar un paso en el otro lado, tropiezo con un resplandor que me obliga a apartar la vista hasta de mis palabras. Y héla ante mí, lector, y más bonita que nunca, a la Verónica del nombre falso. Y al ladito su hermana tan exacta a ella que tuve un acceso (hoy es absceso) de timidez primitiva y no supe a cuál de las dos saludar primero.

Venían cogiditas de la mano, ambas con boina y con el "pC'k-a-boo-bang" y amándose a la luz pública con una descaradísima belleza, radiantes de admiración mutua.

Arruguitas alrededor del ojo si tenía la hermana menor, la supuesta encamada. Sólo que sus piernas (a diferencia de las de Verónica) eran perfectas. no tosía ni esputaba ni a nadie odiaba. Tenía, como dicen, el mejor genio del mundo. Y nunca persona alguna me dió tal aire de *jamás* haber escrito una sólo línea de literatura.

Se parecían tanto que pudieron con toda comodidad alternar las visitas sin que yo notara diferencia alguna pues, de hecho, al término de la segunda visita quedé aún más enamorado de la primera persona.

No vieron mi carpeta desbordada de manuscritos sino el horror en ojos frente pelo nariz pescuezo boca, y en algunas personas expresión así les produce una risotada, dos en este caso particular. La segunda fué comunicada según emisión más ronca, es la pura verdad. No pensé siquiera en apartarles el peinado para comprobar cuál de las dos era la de la cara quemada, pues se me hizo una blasfemia interrumpir aquella fisicidad feliz dada en par. y tal exactitud y comprensión de propósitos ante la existencia toda.

Cuando se fueron de mí, dando largos pasos dignos, todavía se reían. Si ante un encarnamiento de perfección creo que insuperable, ya estaba dispuesto otro que lo reemplazara, ¿con qué objeto recrearlo por medio de palabras? ¿Qué haría entonces con ese paco de escritura, sólo para seguir con la más fácil de las preguntas? Lo he perdido, si quieren saber, lo he tirado, lo he canjeado por cerveza. ¿Podrá el lector más avisado ayudarme a resolver las otras dudas? ¿Por qué razón tuve que ser yo el escogido? Mandato tallado antes del primero de los siglos o puro azar y capricho femenino de venir y comprar un papel sellado y morir de la risa ante el aviso de mis aptitudes? ¿El plan fué concebido por ella? ¿Por las dos? ¿En qué medida contribuí yo, rumbo y corazón deshechos, a trazar el plan? ¿Por qué acceder a darme el cheque y a la vez tanto

~ariñ?? el cariño no fue tanto, ¿cierto? Lo que pasa es que yo me lm~gmo, invento, exagero un poco las cosas. ¿De qué sirve entonces la lteratur.a? ¿Qmeren que les haga más preguntas?

O meJ.ºr el que les informo soy yo. Que soy un loco de muy buena familia. Que he dado tanto escándalo por estas calles que mi madre se encamo de la pena y hoy amenazó con desheredarme. He pescado la tuberculosis y no tengo lecho ni pañuelitos dignos; pero a la larga no me importa. Pueden decirme que ya no soy ni mi sombra, que me ven y no me conocen, que ya no tengo remedio, que ya yo me perdi.

Pero lo que nadie sabe es que en estos últimos mil años yo no he hecho otra cosa que buscar a la parejita ésa. Y cuando las encuentre, van a ver.

1975

Papá Patricio, riquísimo azucarero vallecaucano fué uno de los seis que gestionó y organizó la muerte de Gaitán. Esto ya lo sabe todo el mundo en mi familia y nadie lo oculta nunca, mano, es tema de reuniones y paseos en la finca, tienen hasta un trabalenguas con la ge de Gaitán, si era que en la finca estaba papá Patricio el día que mataron a Gaitán. Dicen que apenas le dieron la noticia, mano, papá Patricio enmudeció, mordió uno de esos tabacos que le traían de la Habana y se levantó de la silla de mimbre a contemplar el atardecer. Estuvo una hora allí mirando el atardecer. Y a las siete de la noche se sentó con la familia a comer, y dicen también que en los ojos se le veía que había llorado, que no lloraba desde hacía cuánto quién lo sabe, que esta vez lloró por el futuro de la patria. Mu-rto Gaitán, las vacaciones terminaron más o menos en calma. Dicen que por acá nadie alcanzó a armar escándalo por el aguacero que cayó, que fué uno de esos que se arrancan cuando aquí le da por llover, que aquí la cosa sí es de verdad mano. En Bogotá sí, allá sí hubo cosas, cómo no, con esa mierdita de lluvia que cae en Bogotá. Despedazaron entonces a Juan Roa Sierra, el que mató a Gaitán. Papá Patricio ya se había entrevistado varias veces con Juan, hizo viajes a Bogotá y siempre volvía al Valle con las piernas adoloridas, renegando de esa ciudad de mierda. A Juan le pagaron \$6.000 en ese entonces, pero lo mataron, quién cogería la plata, ¿su familia? Varios de los que lo agarraron en la calle también eran empleados de papá Patricio, Ramón el mayordomo de la finca, que ya está viejito y no hace sino contar cuentos de espantos todo el día. Al pobre Juan no le funcionaron ni los que le iban a hacer el cordón pa que se escapara ni los que dizque ya le tenían cupo en el avión de Avianca de las 2 de la tarde pal Canadá. En Cali llovió ese día pero en la finca no, allá tuvieron sol. Allá siempre tienen sol. Entonces papá Patricio lloró de cara al sol más grande y más rojo de esas vacaciones, ¿qué vacaciones eran esas? Entonces a quién es que le creo, si mi papá dice que en esos tiempos no había ni vacaciones, que cuando llegaba el verano papá Patricio los clavaba en la finca a camellar mano, mi papá dice que empezó a camellar a los 10 años, desde que estaba en cuarto de primaria en el San Juan Berchmans,

que en esa época ya existía y todo. Lo primero que hizo mi papá fué cortarcaña, ésos dizque eran tiempos mucho más difíciles, ahora los tiempos han cambiado, ahora todo el mundo se está volviendo marica, eso es lo que dice mi papá siempre que se emborracha y se pone a hablar mal de todo el mundo, hasta de los curas, pero solamente cuando está borracho. Dicen que papá Patricio era igualítico, qué lástima no haberlo conocido. Mejor dicho no es que no lo haya conocido sino que estaba muy chiquito y no me acuerdo de nada.

Mi papá me dice que si no gano cuarto me manda a camellar a la finca que tenemos en los Llanos, y yo de puro bataniarlo le digo que ojalá, pero qué va, qué va a ser capaz mi papá de mandarme a los LLANOS. Pero pa qué es que pienso en esto si sé que no pierdo cuarto. Este viernes entregan notas y puede que saque un cuatro en álgebra porque en el examen me le pegué a Gutiérrez. De ahora en adelante no voy a poder seguir bataniando más a Gutiérrez que ya me sopló en álgebra, pobre Gutiérrez que es chiquito, ¿yo seré tan chiquito como Gutiérrez? Pobre Gutiérrez que tiene gafas y tiene un problema que no puede pronunciar las Eses y todo el mundo lo batanea por eso, y cuando el padre Mateo pregunta la calificación del examen, Gutiérrez, como siempre saca cinco tiene que decir sshhincó y ya todo el mundo se ha dado cuenta que a Gutiérrez la palabra que más trabajo le cuesta decir es Cinco, y el pobre la tiene que decir cada vez que Mateo pregunta la nota, y lo malo es que la pregunta todos los días mano, porque todos los días hace examen. Lo que yo haría si fuera Gutiérrez sería no sacar cinco en todos los exámenes, ¿o no? ¿Qué más le da un cuatro ó un cuatro ocho, pero no cinco, sobre todo no cinco si uno no puede decir cinco sino sshhincó, qué problema mano, pobre Gutiérrez, y eso que con todo que es bombillo y callado y hasta sapo de vez en cuando, no es ni mala persona a la hora del té, y me da pena cuando recuerdo que yo fuí de los primeros que empezó a bataniarlo con el cinco, yo y Caldas, que le tiene odio, y pensar ahora que en el examen del martes me pasó dos puntos, a lo mejor era que se estaba vengando, sí, claro, era por eso. Pero entonces ¿á quién me le pego? Por el otro lado tengo a Toro, que es un animal. Y adelante Loaiza, a Loaiza también lo jode todo el mundo, pero únicamente en los recreos cuando dejan tranquilo a Gutiérrez, verdad, ¿qué se hace Gutiérrez en los recreos? ¿Será que se esconde? Pobre Gutiérrez. Pobre papá Patricio, que lo cogieron los liberales en un día de sol y después de hacerlo caminar dos días enteros por lomas y montañas lo volvieron mierda: lo metieron en un costal con un gallo y un perro, y lo tiraron al río Cauca.

Algebra la tengo en dos seis, anatomía en dos ocho. pero no es que sea malo pa anatomía, sino que Martínez me tiene bronca, no he conocido un profesor que me quiera menos que Martínez: al mes de comenzar el año me sacó de clase tres veces seguidas. así quién va a poder ganar una materia, yo no le he dicho nada a mi papá porque no me gusta enredar a la familia en mis asuntos, pero y si este mes pierdo anatomía? ¿Y si no llego a dos? ¿Si mi papá me manda a que camelle en los Llanos mano? Si me voy pa los Llanos y no vuelvo nunca más, o vuelvo sin una pierna, sin un ojo, pobrecito, qué diría Patricialinda. Pero el viernes entregan notas: yo espero ganar anatomía, miren que pal examen me clavé estudiando. Miren que ni el domingo fuí al club ni nada, el sábado tampoco a cine, que sacara un cuatro dos pa subirla a tres, y que en septiembre también sacara cuatro y arreglaba anatomía.

El único problema es álgebra, siquiera que Martínez no da álgebra, siquiera que no es como en primaria que un sólo profesor nos daba todo, si uno no le caía bien al profesor cómo hacía uno. Pero en ese tiempo nadie perdía año, yo me acuerdo que ni Franco, ni el Varilla que tenía como 15 años y estaba en cuarto de primaria, ni siquiera ésos perdían año, me acuerdo sobre todo de Varilla que llevó a toda la clase a la casa de una vieja que vivía por Sears, los llevó a todos menos a mí, hasta a Ramiro y Marino que eran mi barra, pero a mí sí nunca me dijeron nada mano. ¿Seguro era que no me tenían confianza mano? Seguro nadie me ha tenido confianza nunca mano. Ramiro y Marino nunca me contaron, fueron inseparables conmigo hasta que empezaron a ir donde la vieja mano, y era que después yo los buscaba en los recreos y nada, hasta los cogía contándole a todo el mundo cosas de la vieja, pero llegaba yo y cambiaban el tema mano, se ponían a hablar de fútbol, de cualquier cosa, que si el sábado había partido yo iba a jugar de media, y yo decía qué bien, siempre decía qué bien. Ahora todavía digo qué bien pa todo, cuando alguien me insulta o me da una mala noticia yo digo qué bien. Cuando Patricialinda me gijo que ya no me quería llós, que me dejaba, yo le dije qué bien.

Decían que tenía 40 años, ¿ya lo dije mano? Y que los hacía cvperar en la sala y que les ponía música, Ornar el'crespo decía que umcheras. Antonio Aguilar y Miguel Aceves Mejía. Nunca iban m~s de 5, yo sé. Un día que me entró la desesperación, ¿el cucarrón?, lul n tratar de encontrar la casa. Fué un miércoles, un miércoles y en el San Juan Berchmans en ese tiempo era que había tarde deportiva. Mr recorrí Sears de arriba abajo, mirando por las ventanas, decían que era una casa verde, que tal que me la hubiera encontrado, que hubiera mirado por una ventana y la hubiera visto a ella. ¿Sonrien-

dome? ¿Invitándome? Una mano en un seno invitándome a que chupara, eso era lo que yo pensaba todas las noches, todas las mañanas, o sobre todo cuando tapaba, cuando pasaban las horas y nadie atacaba mi portería y yo podía pensar a gusto en ella. ¿Marcela? No, Marcela no mano, otra cosa. En la clase nadie sabía su nombre mano, todo el mundo le decía la Vieja. Que me la hubiera encontrado esa tarde, que hubiera sabido que yo venía a buscarla que hubiera mirado por la ventana, que estuviera sentada en el sofá: ¿desnuda? No, sentada nada más en el sofá, con ropa y todo pero invi-ándome a que chupara, diciéndome nynca te he visto. ¿Le hubiera contado que yo también era del San Juan Berchmans? Sí, pero no le hubiera dicho que estaba en la misma clase del Varilla ni de ninguno de ellos. ¿Qué estaba en cuarto B? No, qué vergüenza mezclarse con los de cuarto B. Que estaba en quinto, en primero de bachillerato, pa que me creyera menos pelado, más hombre, más inteligente. Si la hubiera encontrado mano. Recorrí tantas veces una misma cuadra que ya hasta la gente se estaba dando cuenta, las muchachas me miraban y se reían? ¿Les hubiera preguntado? ¿Dónde vive una señora como de 40 años que es amiga de los manes de cuarto A de primaria del San Juan Berchmans? ¿Me hubieran dicho usted tan chiquito? Yo en cuarto era muy chiquito, sí, más chiquito que Gutiérrez. ¿Usted de 10 años y buscando mujeres de 40? Entonces todos los de mi clase ¿qué,ellos sí pueden? Si yo toco a su puerta ella me dice entre y yo entro pero no la veo por ninguna parte, Miguel Aceves Mejía que canta "Se escuchan ayes de amor en el río, sálganse de la corriente que pueden morirse, morirse de frío", y apenas oigo esa ranchera yo, como no la veo a ella por ninguna parte le digo que dónde está señora, y ella me dice acá (la voz viene como del fondo de la casa, en una casa más o menos), y yo me voy ni fondo hasta que doy con la voz, ella estaba allí, sentada en el piso pa que yo vaya y chupe, te llegó tu turno mano. ¿Hubiera contado al otro día en la clase? Claro. ¿Me hubieran creído? Me hubieran rodeado en el recreo a preguntarme cosas.

Todas las hembras chéveres que he conocido viven por Sears, hasta hace poquitico no era sino pasar por allí y tráquete, se me paraba. Ahora no. Ahora ya no se puede andar por allí fresco, ahora que han puesto tanto policía. Qué vaina mano, no es que uno haga nada malo, uno nunca hace nada malo, sólo que no puedo con tanto policía, me jodieron rodeando a Sears de policía, yo hasta hace poquito salía del colegio por las tardes y me iba por Sears a l~correr calles, a recordar, a que se me parara. Ahora no se puede. Y qué tal que se metieran con uno, qué tal, como con la gente del Sur

que son pobres y no es sino verlos y saber que son del Sur y entonces pararlos y pedirles papeles y encanarlos por ahí derecho. ¿Pero por Sears? ¿Será por lo grande que es? ¿Será por lo fácil que debe ser robar en Sears? Yo una vez estuve que me robaba un carrito de bomberos, pero medió miedo, yo no sirvo pa eso. Tatoco sí. Tatoco me estuvo contando la otra vez que se robó un balón piboteándolo con un amigo, haciendo treinta y una, cómo harían pa hacer eso. Yo ya no puedo pasar por Sears, ni siquiera por donde vive Patricialinda, que queda como a las seis cuerdas. Hasta allá llega la policía. ¿Será que quieren poner alguna bomba en Sears? ¿Será por tanto gringo que hay en Sears? Yo no entiendo de esas cosas, mi papá sí, mi papá dice que la culpa de todo la tuvo Gaitán, de que ahora pongan tantas bombas y haya tanto policía, que Gaitán fue el que se cagó en este país. Seguro por eso fue que papá Patricio tuvo que matarlo. Yo veo a papá Patricio a cada rato porque en la casa hay como diez fotos de papá Patricio cuando joven a caballo, a pie, en la silla de mimbre, almorzando, etcétera. Dicen que yo soy muy parecido a él cuando muchacho: los mismos ojos, los mismos dientes míos, entonces él también sufría, no podía respirar bien, ¿bombas de oxígeno al lado de la cama? Pobre papá Patricio. Si yo hubiera sido mi papá, hubiera hecho lo mismo con los liberales que mataron a papá Patricio? Los hubiera buscado junto a tío Argemiro y tío Pedro Pablo durante cinco años y medio por toda Colombia como en película del Oeste? Como en "Los Depravados" que la ví cuando estaba chiquito en un matinal del Bolívar viejo, y mi hermana mayor que me quería sacar cuando uno de los bandidos agarra a la hembra y casisito la empelota, mejor dicho la empelota no, entra a la cabaña a toda y le arranca la blusa de una, pero no se le alcanzan a ver las tetas mano, ¿tiene algo de malo eso? La pinga de Bolívar si me iba a salir de la película, y mi hermana que fue y contó en la casa, y allá me dijeron que entonces me estaba una semana sin ir a cine. Yo en esa época iba a cine los miércoles a las seis con mi abuelita y los domingos por la mañana solo o con la barra si es que tenía barra, y el otro domingo daban una con Gary Cooper en matinales. Yo fui y me le arrodillé a mi mamá pa que me dejara ver la película, el sábado por la noche mano me le arrodillé, le supliqué mano, le prometí manejarme bien toda la semana. Ella se compadeció de mí y me dejó ir a cine, y ahora es que me acuerdo que cuando salía de matinales me ponía todo el domingo de mal genio. Mal genio no mano, ¿sería angustia? ¿Angustia? Hombre, no creo que eso le comience a uno desde esa edad, a loscuántos, ¿a los 11 años? Salía del teatro y lo primero era el sol, ese sol a la una de la tarde después de cine, y en domingo. Caminar toda la sexta y nadie

conocido, p~ro pa qué conocidos. Nadie sale a la calle a la una de la tarde ?espues de eme, y en domingo. Caminar toda la sexta y nadie conocido, pero pa qué conocidos. ¿Cómo, fue que ya lo dije? Si me perdonan mano, ~ero es que las cosas se me están olvidando mano, el habla se complica. De lo que me acuerdo es que nadie sale a la calle. a la una de la tarde. con ese sol quién mano, y menos los domingos. Que un domingo de esos encontraron muerto a Floresnegras, uno del Sur, en el parque de María y que tenía balazos todos en l~cara, Y un? sabe que fueron los policías que le cuidan la casa al papa de Angelita, pero los periódicos dijeron que fue encontrado muerto por el sol d~l domingo. nadie pudo ver el cadáver y fue que el sol lo enloqueció, que se dio contra las paredes mano, yo me a~uerdo d~ Floresnegras, que cuando dieron "Rebelde sin Causa" dijo que viajaba a los Estados Unidos pa conocer a James Dean, que se muno cuando apenas Floresnegras conseguía la plata baja~do gente: él y su gallada se iban a la esquina de la quince con qu~t,a a bajar personas de última hora, que lo mató Segundo el policía porque le contó a Miguel Angel y todo el mundo lo sabe pero eso sí lo oc~l~an mano, que eso se puso feo, que yo puedo decir fresco que a Gaitán lo mató papá Patricio porque Gaitán ya está muerto ~ano pero Floresnegras resulta que era estudiante del Santa Librada y lo~ de Santa Librada siempre han sido tesos. Ent~nces cuando pienso en Floresnegras pienso que sí. que ya sentía eso de~de los once años, a lo mejor es lo mismo que siento a~hora, este mismo cucarroncito. Corno ahora que me despierto y lo slent~. Todas las mañanas mano. no importa que no sea día de colegio, _todas las mañanas. ¡,Tal vez por haber soñado toda la noche con p~pa P~tnc!0? ' .apá Patricio que se parece al Jinete sin Cabeza. la película esa de Disneylandia que dieron un domingo, negro sobre un caballo blanco y sin cabeza. Desde que vi los cortos dije no la veo. Cada ~ornmgo. daban los cortos de la película que iban a dar el otro domm?~. Mickey Mouse o en "La tierra de las aventuras". pero ese ?ommgo anunciaron "El jinete sin cabeza". y yo dije el o~ro domingo no me qued~ a ~era. me acuerdo antes de Disneylandia, qu~ te pas?. que ni siquiera podés dormir después de ver el corto c?mo sera ~lendo la película completa mano. y cuando llegó el dom.inga de Disneylandia ¿yo qué hubiera hecho? ¿me hubiera esc~ddido en el armario? Le hubiera pegado a mi hermana cuando abrió el armario y me encontró acurrucado adentro y me dijo te estás esc~ndiend~. ja ja. del Jinete sin cabeza? ¿La hubiera des~abezado a~l mismo. Le hubiera tirado el armario encima. Que sea cualquier cosa c?n tal d~ que nadie se dé cuenta que estoy con miedo mano. Así que bajé a la televisión. y mi hermana que me

seguía detrás, con una vela, escaló~ tras es~alón, a ver el Jinete sin cabeza. Y mi hermana era que se reta. Se reía cuando yo me pasaba a su cama y le decía hermanita, tengo miedo, ¿me pued? acostar aquí hermanita? Una noche na~a ma:, digo! ella se ~ela. No, a lo mejor no se reía porque a lo mejor tema su mie~o, a quien no le ~a a dar miedo del Barón Jiménez que anda por alh rondando <letras de cada puerta, que desde que los conservador~s le quemaron la finca y le mataron la mujer, no descansa un solo, moment.<?. no descansa hasta que no se haya robado hasta el ultimo hIJO de conservadores y los haya asado vivos en el monte, hasta qu_e no acabe con todos el Barón Jiménez no descansa. Y uno desp~es de ver al jinete sin cabeza, negro y sin cabeza: pero si sólo eran d1bUJ~S animados, ni que fuera Frankenstein o Dracula en persona, el?ra~cula ese que vi en la primera comunión de Luis Ger,ardo, a qme~ ~e te ocurre llevar un Drácula a una primera cornuruon. Pero, ¿quien tiene la culpa? Mi papá dice que Gaitán. Y si, en lugar de est~r pensando en política que.nos~ puede. !por que mejor no estudio álgebra? La pinga de Bolívar st rru papa me manda palos Llanos, ¿será capaz de mandar as~ único hijo lejos de ~us amigo~, ~e t~do ~l mundo? ¿Será capaz? ¿Y st me mandara? ¿Y sr me fuera. l. Que mas da. deja ría a alguien en esta ciudad? Que uno no es que la pa~tan chévere después de todo, qué chévere va a ser con ta~to pohc~a, Y con ese cucarroncito con que me levanto todas las manana~ a~; Un día de éstos le voy a preguntar a mi papá que si alguna vez, smt10~so que yo sentía desde que estaba así de grande, cuando sah.a.cte.eme ah? Que mejor no pienso en eso, que mejor plens~ en Patricialinda. Que cuando conocí a Patricia linda me acostaba bien ten:iprano ~ólo pa tener más tiempo de pensar en ella, antes de ~ue m~ ~le:a su~no ~ me durmiera. Si me fuera palos Llanos ¿llorana Patricialinda? Que rico que me acuerdo que en la finca le enseñe a montar a caballo, tan mal que montaba antes y tan bien que le enseñé yo, ~ué soda que era dormirse y soñar después con ella, que soda que sena poder volver a pensar así en alguien digo yo, que si el~a hubiera sabl~0 que al dejarme me iba a dejar sin saber pensar mas en la gente mejor no me hubiera dejado, hubiera hecho un último esfuerzo, ¿cogerme de la mano? Ahora ya me puso bien romántico en lug~r de l~me a estudiar álgebra, pero es que si Patricia linda me huble~a cogt~o de la mano antes de dejarme, seguro que no me hubiera dejado, porque yo le hubiera dicho un montón de cosas con la mano, tan fácil que debe ser decirle a las personas cosa~ con la ?!ano, que mejor tampoco pienso en eso pano ponerme trtste , qu~ si ~e pong~ triste no hay quien me saque de esta onda y ~o est,ud10 algebra ru estudio nada y por derecho pierdo cuarto, y mi papa es hasta capaz

de mandarme pa los Llanos, y con qué objeto se va uno palos llanos si no hay nadie que se quede aquí pensando en uno.

Pero si no pierdo ninguna este mes más bien le pido a mi papá que me compre una escopeta de verdad, ¿qué tal?

O qué tal tener una metralleta de verdad, como la que me le he estado viendo al policía que le cuida la puerta del cuarto a Miguel Angel, qué tal esa onda de tener policías hasta adentro de la casa siquiera que mi papá no tiene tanta plata como el papá de Miguel Angel.

Si tuviera al menos una escopeta de cartuchos, si no pierdo ninguna este mes, claro.

Si Gutiérrez no me ha pasado mal los dos problemas, que si me los ha pasado mal lo casco delante de todo el mundo, pero si no, entonces ya tengo la escopeta de cartuchos.

¿Cuánto vale una escopeta de cartuchos?

¿Qué puede uno hacer con una escopeta de cartuchos?

¿Matar a Patricialinda?

Irme de cacería el sábado con los amigos, invitaría a todo el mundo a la finca, mínimo a cuatro, a Richard, que acaba de venir de E.E. U.U. y me dice que allá vio pistolas Luger en Sears.

¿Cuánto costará una Luger?

¿Podrá uno matar a un man con una escopeta de cartuchos? Darle entre ceja y ceja como en "Nacidos para perder".

Nada mano. Entre ceja y ceja uno tiene puro hueso, allí sólo entran las balas.

Una Luger.

¿Pero si Gutiérrez...? Si me ha soplado mal le doy un cartucha~o entre ceja y ceja, aunque mi papá jamás me compre una escopeta, q~e le pido prestada la metralleta al policía de Miguel Angel, que le digo que es pa darle a uno del sur, yahora que calculo Gutiérrez d~e tener es~ blanditico entre ceja y ceja, tan blanquito que es diciendo sshhincó, pobre Gutiérrez que la otra vez se atrevió a pelear con Toro y Toro casi que lo vuelve mierda.

O casi.

A uno sólo lo vuelven mierda cuando lo meten en un costal con un perro y un gato y lo tiran al Cauca.

Bueno mano ya mañana es sábado y Alicia la flaca cumple 15 años. O los va a cumplir el lunes, o los cumplió este lunes, pero de todos modos la fiesta es mañana sábado. Yo casi no voy a fiestas desde que me dejó Patricialinda, pero a mí no es que me gusten tanto las fiestas como a mis amigos, como a Felipe que no se pierde una, será por lo que baila tan soda mano, un día de éstos Je voy a decir que me enseñe tantas ondas que sabe hacer, que hasta las

hembras pelean pa que las haga lucir. Pero cómo no voy a poder yo, qué man tan bobo, con estos dientes míos que no me dejan respirar, y el asma. Así que qué hago yo en la fiesta de Alicia la flaca, ¿toser toda la noche? Qué tal si fuera Patricialinda, qué chévere que fuera y que me viera amacizado con otra pelada, Dios quiera, pero qué tal que hubiera bronca, que un man del Sur saque a bailar a una hembra del Norte y cómo hace pa responder uno sabiendo lo tesos que son los del Sur, tal vez teniendo una Luger, o que todos los amigos se armaran de escopetas de cartuchos, que los que tengan policía en la casa que los traigan, así sí. Entonces me da miedo ir a la fiesta de Alicia la flaca. Y aunque no haya bronca yo ya me sé el cucarroncito con el que uno sale de las fiestas, y las calles solas y que si no paran taxis irse a pie por esas calles solas, ¿será capaz la policía de defenderlo a uno del Barón Jiménez?, y ese frío que se levanta de noche cuando la ciudad se queda sola, de dónde será que sale ese frío mano. ¿Entonces no voy a la fiesta de Alicia la flaca? ¿Qué, me quedo otra vez aquí en mi casa después de que el sábado en el Club, por la mañana, ¿me voy a encontrar a todo el mundo, con Alicia la flaca que me va a decir lo espero?

¿Será?

Bueno, si ella me recuerda, si me dice que me espera, voy a ir con una corbata nueva, decirle a mi mamá que me compre una corbata de flores verdes.

Y que si hay una pelada desconocida y buena le caigo de una, la saco al patio, caminamos al lado de la piscina, le digo después que por qué no mejor vamos a un grill, ¿a usted sí lo dejan entrar a un grill? Como me dijo Graciela la bizca en la fiesta de hace 20 días, que por qué no la insultaría delante de todo el mundo, que si esta hembra me dice éso en la fiesta de mañana, por esta cruz que la tiro a la piscina, y qué tal si me fuera de una a un grill de ésos donde hay hembras, conseguirme una tarjeta prestada que diga que tengo 18 años, que los porteros de los grilles no deben ser lo mismo que los de los teatros, no cómo el portero del Calima, que intenté ver tantas veces "Rebelde sin causa" que ya al final me dijo que me jodía de por vida, porque de ahora en adelante no me dejaba entrar nipa 14. Así qué va a poder vivir uno, apuesto a que esto nunca le pasó a mi papá, que él más bien tenía que estar persiguiendo a los liberales que volvieron mierda a papá Patricio en vez de uno que tiene que levantarse todos los días con un cucarrón de angustia aquí en el pecho, ¿angustia, mano? Angustia de qué, digo yo. No sé nada mano. Lo que sé es que se trata de un cucarrón negro, ¿cómo será eso"; tener un cucarrón negro en el pecho que uno siente que se le va comiendo el hueso, primero el hueso ése y después el corazón,

¿cómo será eso, peor que tener un cucarrón en el cerebro? No, dicen que lo peor que hay es tener un cucarrón en el cerebro, sentir cómo le va royendo ~l cere~ro. el oído. Pero yo en lugar de que se me coman el corazón prefiero que se me coman el cerebro. Si Patricia-linda hubiera sabido que al dejarme me condenó a amanecer todos los días con un cucarrón metido dentro del pecho, apuesto a que no me hubiera dejado. Ni por nada del mundo mano.

1971

CALIBANISMO

Hay varias maneras de comerse a una persona. Empezando porque debe ser diferente comerse a una mujer que comerse a un hombre. Yo he visto comer hombres. pero no mujeres. No se si me gustaría ver comer a una mujer alguna vez. Debe ser muy diferente. Lo que yo por mi parte conozco. son tres maneras de comerse a un hombre. Se puede partir en seis pedazos a la persona: cabeza, tronco, brazos, pelvis, muslos, piernas, incluyendo, claro está, manos y pies. Sé que hay personas que parten a la persona en ocho pedazos. ya que les gusta sacar también las rodillas. el hueso redondo de las rodillas. recubierto con la única porción de carne roja que tiene el ser humano. La otra forma que conozco es comerse a la persona entera. así no más, a mordiscos lentos. comer un día hasta hartarse y meter el cuerpo al refrigerador y sacarlo el otro día para el desayuno. así. Como comerse un mango a mordis~os. Porque yo puedo decir que a mí antes me gustaba muchísimo el mango verde, y después vino esa moda de partir el mango en pedacitos y fué apenas hace como una semana que me vine a dar cuenta que los mangos verdes me habían venido a gustar menos Y supe también que era porque me los comía partidos, así que seguí comprándolos enteros. comiéndolos a mordiscos. y me han vuelto a gustar casi tanto como cuando estaba chiquito. Eso mismo debe pasar con los cuerpos. La persona que ya lleva siglos comiénd?los tiene que darse las maneras de variar el plato para no aburrirse. porque si no como hacen.

Yo no sé si ustedes leveron la otra vez en la prensa que habían encontrado el cuerpo de un coronel retirado. metido en una chuspa de papel y amarrado con cabuya. lo que dijeron fué que lo habían encontrado por el Club Campestre. y que había expectación por el extraño estado en que se había hallado el cuerpo. Era un coronel Rodríguez. un tipo ni tlaco ni gordo. de bigotico, y con una chucha que arrasaba. Claro que los periódicos nunca dijeron en qué consistía ese "extraño estado en que se había hallado el cuerpo". pero como yo estoy al tanto de las cosas yo sé que el cuerpo ese lo que estaba era todo mordido. no se lo acabaron de comer todo porque

mi Coronel ya tenía 52. allí fué cuando se dieron cuenta que no había como la carne de gente joven, fresca.

Los ojos. por ejemplo. que dizque son lo más exquisito, dicen que cuando la persona pasa de los 35, se endurecen y se agrían, ya no vale la pena comerlos.

He visto comerse a una persona de muchas maneras, pero lo que no he visto nunca es comerse a una persona viva. A la gente que le gusta comer gente parece que le gusta más comerse a la gente viva. según lo que me han explicado, la carne sabe mucho mejory eso de que la sangre corra a toda que dizque le da mucho atractivo a la cosa, lo que pasa es que comerse a alguien vivo es naturalmente bastante complicado, de vez en cuando hace que se necesiten cuerdas y clavos y otros elementos. y si los que comen no son más de dos personas. una joven y la otra vieja, hacer tanta violencia se vuelve bastante dificultoso, así que se contentan con comerse a la persona muerta. claro que no hace mucho tiempo, no, recién muerta, y como el alma aunque haya mucha gente que no lo crea siempre le da muchísimo más sabor al cuerpo, pues cuando el alma abandona el cuerpo el cuerpo queda con menos sabor, y la persona que come no se soda tanto como si se estuviera comiendo a una persona viva, pero se contenta, come silenciosamente y se contenta porque de todos modos está llenando la barriga, y puede que hasta piensa en el día que amanezcan de buenas y tenga oportunidad de comerse a alguien vivo. ese día será un gran día y puede que esté cerca, y la persona que come se alegra pensando en eso.

Yo por mi parte hace ya como dos años/ ;o más de dos años? / que estoy viendo comer gente mínimo una vez por semana, y déjenme que les cuente lo que yo siento, bueno, claro que al principio se me descomponía el estómago y ondas así. pero ahora todo eso se me ha endurecido, fijense, claro que no es que me guste ver como se comen a la gente, sólo que uno ya soporta eso mejor, cuando ya se vuelve cosa de cada sábado uno ya ha clasificado ese hecho entre lo que se hace todas las semanas, entre lo que sería bueno no seguir haciendo pero va a tocar seguir haciendo hasta que se muera uno, hasta que se muera tino Dios sólo sabe cómo, pero ahora ni modo, nos tocó mano, resultó que nosotros salimos escogidos.

Por qué mejor no me dejan que piensa en otra cosa. En películas. por ejemplo. No, no me gusta hablar de películas, yo tuve un tiempo en que me la pasaba todo el tiempo hablando de películas. veía a una persona. saludaba un amigo y allí mismo le preguntaba que si había visto tal película, que si fue al teatro que si le gustó la onda. cosas así. y ya la gente me estaba era poniendo apodos,

peliculero. Teatrero, cosas así, apodos que no tenían nada que ver conmigo y que la gente también sabía que no tenían nada que ver conmigo, pero me los ponían para distinguirme, para que la gente estuviera avisada que si yo me les acercaba que salieran de mí lo más rápido posible, que me desligaran de una, porque con el Peliculero no se podía hablar, el Teatrero " habla otra cosa como de eme, Y si había una pelada que me gustaba a mí y ella salía corriendo sin siquiera conocerme, porque a la gente de por acá ya no les gusta que uno les hable de cine, yo no sé por qué si se ven mínimo dos películas a la semana, yo no sé, van a cine como locos pero no les gusta que uno les hable de cine. Yo he conocido poquita gente a la que les gusta que uno les hable de cine. La otra vez conocí a Enrique, uno que le dicen El Lobo Feroz, que hasta por cierto estaba medio loco porque una novia que tuvo le salió vampira o algo así, y Enrique había quedado con la teja corrida de la impresión, y de un momento a otro le dio por hablar de cine, por hablar no, porque le hablaran mejor dicho, hasta se consiguió el teléfono de mi casa y me estaba llamando para que conversáramos de cine, si me invitó como dos veces al Isaacs pónganse a ver, pero yo me lo tuve que desligar porque el tipo me cayó bien y a mí no me gusta andar de a mucho con los tipos que me caen bien, no sea que los enrede bien feo con estas amistades peligrosas con las que yo ando. Pero con Enrique me pude echar mis buenas parladas, hablamos del man Corroan, de lo que hizo Corroan con Poe de eso que fue como un contrato al que Poe accedió porque no había modo de hacerlo de otra manera. Esas películas que Roger Corroan hizo con algunos de los cuentos de Edgar Allan Poe. Esas películas que no tienen nada que ver con Poe, pero que perduran allí y si uno se las repite por quinta vez pues dice por quinta vez que son una belleza. y ahora me acuerdo cuando yo estaba chiquito y que vi el corto de "*Los destinos fatales*"; me acuerdo que lo dieron en el Cervantes cuando todavía existía el Cervantes y era un corto de colores y de sangre y de pronto aparecía la cara de Vincent Price y en la otra vista una cara vera del tamaño de la cara de Vincent Price llenaba la pantalla, y después era lo mismo con la cara de Peter Lorre y de Debra Paget, Debra Paget fue la que bailó desnuda en "*El Tigre de Bengala*", cómo recuerdo esa imagen morada de Debra Paget subiendo las escaleras en "*Morella*", esa imagen morada y negra, con esa cara que no podía ser otra cosa sino la maldad pura, la maldad pura con forma de mujer subiendo unas escaleras mientras la otra Debra Paget la espera arriba, arriba toda pureza toda belleza y toda candor esperando a su madre que es la maldad pura, y yo apuesto que si Poe ve está película ahora salta de alegría y se retuerce y llora pasito, sin que nadie se dé cuenta, sin

que nadie pueda presenciar sus saltos de alegrías ni sus lloradas pasíticas; cómo hubiera escrito Poe si hubiera conocido el cine, eso es lo que me pregunto yo, qué cosas hubiera escrito, digo, después de que ha entrado a una sala a la que después de una señal se le apagan las luces y entonces uno entra en ese sueño, en ese viaje colectivo de búsqueda de recuerdos que es el cine, qué es eso de que ya nadie habla, qué es eso de que si alguien habla todo el mundo dice chito y si la persona no obedece el chito pues todo el mundo se le va encima y si al otro día la policía viene e investiga y el administrador del teatro le explica cómo fué la cosa, el policía entiende y no se puede llevar a nadie a la cárcel, pero por qué si al tipo ese se le fueron encima porque no se quiso callar después de que le dijeron chito, le dijeron chito porque la gente quería seguir viendo a Vincent Price convertirse primero en cera, después en cartón y después en vómito. Puro y simple vómito. El Sr. Valdemar se convirtió en vómito después de haber estado años deteniendo a la muerte, a la muerte que al final tiene que triunfar. "Una masa casi líquida de repugnante podredumbre". Escribió Poe. Pero Corroan lo volvió vómito, y fue la primera película en la historia del cine en donde un ser humano se vuelve vómito, vómito que no tiene nada que ver con Poe, ni además ese technicolor, que tampoco tiene nada que ver con Poe, pero Corman lo hizo, puso el nombre de Poe en más de siete películas, y la American International se encargó de pasarlas por debajo de cuerda por todos los cines del mundo y cuando ya Poe no le dé más a Corroan pues Corroan se olvida de Poe y no ha pasado nada. es bueno volver a leerlo pero nada más, ya mi trabajo con usted quedó concluido y todo el mundo muy contento. Claro que después viene otro hombre y por allí pasa algunas noches en vela después de haber leído ciertos cuentos y entonces empieza a tramitar derechos de adaptación, entonces tendremos el gusto de ver nuevas cosas de Poe en la pantalla, en nuestros sueños, y tendremos el gusto de verlas cuantas veces podamos y ojalá que no cobren \$8,80 por entrar a verlas, y si por si acaso yo viajo al Asturias y afuera hay como dos hembras que están esperando quien las entre a cine, si hacen todo lo que uno quiera con tal de que las entren a cine, pues entonces yo escojo la más chévere y me la entro, y cuando estemos sentados en las primeras filas y ella me empieza a meter los dedos por la bragueta, si yo puedo le cuento cosas, le hablo un poquito de Edgar para que ella coja más la onda, y así y todo vemos la nueva adaptación que hace Fellini y Robert Wise, eso no se sabe. Cualquier persona. Cualquier persona puede hacerlo. El cine no es sino problema de tener cojones.

Esto fué lo que yo hablé con El Lobo Feroz antes de que no volviera a verlo. La última vez que me lo encontré andaba con un sombrero blanco de tejano, y me vió pero no me saludó ni nada. Yo creo que ya está loco. Mucha gente se está enloqueciendo en es-os días aquí en esta ciudad. Lo que pasa es que estamos pasando días difíciles, eso es lo que yo le digo a la gente apenas puedo. Pero que no se pongan muy moscas que las cosas tienen que cambiar, eso es lo -que les digo mano, que las cosas cambian.

Ya que estaba hablando de cierta onda de cine y que por allí mencioné el Asturias déjeme que les cuente de María, la pelada esa que yo conocí cuando estaba en cuarto de bachillerato y tenía catorce años y estudiaba en el San Luis pero todavía no conocía a Antígona. María tenía como 13 años, los senos como dos limoncitos y la cara sucia, de vez en cuando sucia de paleta, de vez en cuando sucia de carbón, de banano, de huevo duro, de barro, de cualquier cosa. Acerca de esto yo conversaba con María después de las películas y le decía ¡María tú te has mirado alguna vez en un espejo cierto? Y ella me decía que sí, que se había mirado en un espejo. Entonces yo le decía María y también has visto que ~e mantenes con la cara sucia siempre, ¿sí o no María? Y ella me decía sí me he dado cuenta que me mantengo con la cara sucia, ni que uno fuera qué, pero es que entonces cómo hace uno pa que no le peguen, me decía María. si a uno lo ven con la cara sucia ninguno de esos señores le pegan a uno. Entonces ¿qué les hacen? Le preguntaba yo después. y María me contestaba: nos dan una limosna, eso es mejor que pegarle a uno.

Pero después. me decía María. cuando ya uno esté vieja y no le inspire nada a nadie. inclusive cuando ya deje uno de ser niña, las cosas van a cambiar, de eso estoy seguro mano, ya no va a valer de nada andar con cara sucia. Le van a pegar a uno de todos modos. En una época que se nos está viniendo encima.

La primera vez que yo fui al Asturias conocí a María. Miacuerdo que fué una vez que me volé de clase de Anatomía y por allí derecho miacuerdo del viejo Pegaso que daba clase de anatomía. el Pegaso gordo, cabeziblanco, viejo, y esa misma tarde María mirándome al lado de la taquilla del Asturias y cuando compro la boleta la hembra con esos senos como limoncitos se me acerca y me dice ¿papito entramos? A mí por esa época era primera vez que me decían papito. mano. y claro que oigo eso y miro para todos lados pero sin dejar de mirar esos senos como limoncitos y le digo sí claro cómo no entremos y ella me dice entramos sí? Y yo le digo sí claro cómo no entremos y ella me mira a los ojos y me dice bueno y mirándome como bien abajo, como por la barriga o más abajo creo

yo, me dice bueno, entremos y yo le digo sí claro cómo no entremos. Bueno, ¿y la boleta? Me dice ella. Ah claro cómo no la boleta.

Y voy y compro otra boleta y entro con María a ver "*Viva María!*" y la segunda de James Bond.

María era una niña de ojos pequeños y cejas muy arriba de los ojos, y la primera película que vió fue "*Retaguardia*", que la vió cuando tenía dos años. Cuando entró conmigo por primera vez nos hicimos en la segunda fila en el lado izquierdo, con ella fué que yo aprendí que el cine se tiene que ver debien cerquita y desde el lado izquierdo. Cuando entramos estaban en los cortos, esa tanda de cortos que dan en el Asturias: todas las películas que van a dar en la semana. Dan de a dos películas diarias de lunes a viernes y un sólo doble sábados y domingos, y no hay que olvidarse que los domingos hay matinal por la mañana, o sea que si uno va un lunes pues le tiran 12 cortos. Y cómo le gustaban los cortos a María, me dijo papito qué quiere que hagamos cuando estaban dando el corto de "*Prófugo de su pasado*" y yo le digo no sé mamita usted verá, como por tirar conocimiento y tal, y ella se me recostó en el hombro como con qué delicia y me dijo papito tan lindo y yo le volví a decir mamita pero a lo mejor ella ni me oiría porque estaba bien apretada a mí y bajándome una mano por la barriga y sintiendo bien cómo la barriga se le llenaba de montañitas, qué rico papito, decía ella cuando tocaba mis montañitas, ¿venimos el miércoles a ver" "*Prófugo de su pasado*"? Me preguntó, y yo le dije claro mamita venimos, claro que iba a venir, claro que lo del examen de geometría Jo arreglaba de cualquier manera, yo no sé, pero el miércoles venía a verme acá con ella, no todo el mundo tiene la suerte de aprender todas las cosas importantes de la vida al lado de una pelada que le explica a uno mientras uno ve cine de lo más fresco, díganme que más se puede pedir. Tener una pelada al lado mientras se ve cine. No hay nada mejor, eso es lo único.

Con María vi "*Prófugode supasado*", vi "*La última carreta*", "*El Jardín del mar*", "*Pistoleros al atardecer*", "*Pasto de sangre*", "*Motín a bordo*", "*Cantando en la lluvia*", "*Río Bravo*", "*El infierno es para los héroes*", "*Obsesión de venganza*", "*El gran vals*", "*Sangre y arena*", "*Deme trio el gladiador*", "*El cazador de la frontera*", todas esas cosas que ya no se ven más, y ahora, cuando me despierto. cuando abro los ojos y soy consciente de que otro día empieza con Antígona. yo me quedo como dos horas acordándome de todo lo que vi en esos tiempos, y si se me para por Lee Remick y si esa angustia se me deposita en el esternón desde temprano y no me deja ha~ta que se acabe el día, esa angustia me jode es por Richard Widmark todo jodido y viejo, y yo viéndolo desde acá, desde la

oscuridad eterna al lado de María que agacha la cabeza bastante y me lambe el ombligo y me dice qué siente papito y yo le digo muchas cosas María siento muchas cosas, y cuando la película se acababa ella me apretaba la mano y me hacía prometer que nunca la iba a olvidar, que si algún día yo dejaba de venir ella me iba a esperar a la puerta del Asturias hasta cuando yo viniera y que si dejaba de ir dos días ella me esperaba al otro día, hasta que yo viniera porque tenía que venir, yo tenía que ir y saludarla y comprarle la boleta y si yo no tenía plata ella conseguía papito, para que los dos entráramos a cine, para que conversáramos sobre Liz Taylor y sobre Ava Gardner. tiene la boca igualitica a la de María ahora que miacuerdo.

María ahora debe tener 15 años. Yo no le he preguntado a nadie de los que va al Asturias, pero sé que todavía debe estar allá. Claro que ya no me espera. Claro que ya se ha dado cuenta que yo no voy a volver, claro. Pero ni más tonta que fuera, ella no deja de ver cine. Hace diez años que va y se para todos los días al lado de la taquilla del Asturias, allí de bien cerca para que uno pueda verla apenas compra la boleta ¿cómo estará ahora tendrá la cara sucia? Yo no sé. Yo sólo sé que todavía está diciendo ¿papito entramos? Y sé también que todavía la entran. Y que es feliz, aunque yo no haya vuelto por ella. Ella es feliz viendo cine y va a durar siglos con esa felicidad mano, quién no.

Ahora cuando yo me despierto y me baño y desayuno y me visto y salgo por allí a andar, a encontrarme con la gente, cuando recorro la Sexta una y otra vez buscando gente y después paso al Colombo, al Conservatorio, al Berchmans, a todos esos sitios, subo al Club Campestre si alguien me invita y me quedo por allá un sábado completo o si es día de semana me voy a las dos y media al San Luis a esperar a que salga la gente y para que me hablen del colegio, de que van perdiendo materias, del último profesor que resultó cacorro, de todo eso, y ahora que mis días han cambiado, han cogido nuevos rumbos, ahora que yo pertenezco únicamente a una persona y para ella es que están mis días, pero aún así hay momentos en los que miacuerdo de todo eso, de lo que hacíamos ¿se acuerdan? De cuando fuimos a la finca de Miguel Angel hace tres años y los tres días que pasamos con Florencia, con Martica, de cuando salíamos bien de mañana al Río y si uno ya tenía novia pues llevaba a la novia en ancas y hacía correr el caballo *para* que ella chillara y se asustara y se prendiera de uno duro, sentir las manos de ella así de suaves en la barriga de uno. Y después la llegada al Río, la desvestida, las mujeres debajo del chiminango, Jos hombres en el potrero del otro lado. Y uno se bañaba en el Charco si el Charco estaba vacío y si había gente pues tocaba buscar otro charco porque

u_no nunca fue como los de San Fernando, Marquetalia y tal, que sr no encontraban el Charco vacío se agarraban por el Charco, si les contara que por ondas así hubo varios muertos. Hace como quince días me fui solo una mañana, fui a coger el bus a Santa Rosa y en el bus me encontré con Corredor que no iba para el Charco sino pal Puente, y que venia todo torcido, y me bajé en el Asombro caminé solo hasta el Charco y en la mitad del camino me quité Ja camisa y hacía tiempos que no me quemaba y era bueno el sol. Pero ya no queda ni el untado de lo que era el Charco. Claro que Ja gente se sigue bañando y todavía le dicen Charco, pero ya la corriente cogió P?r otro lado o es que el Pance se está secando, yo creo que es más bien eso. Ya uno no puede clavar del barranco ni bucear por debajo de las rocas. El agua a duras penas le llega al ombligo. Cuando yo fui había unos pelados de por las fincas de por allí, tal vez del Berchmans, que jugaban fútbol y después del primer tiempo se venían y se bañaban en lo que queda del Charco.

Miren yo les mentí cuando les dije que había visto comer gente todas las semanas. Miren, es mentira. Sólo he visto comer a una persona, el 6 de febrero de 1970. Me tocó verla porque la cosa fué de afán. Se la comieron a mordiscos. Era Alberto Ruiz, el muchacho ese que iba tanto a fiestas. Ese que un día se dió bala con unos policías en el Estanco en una borrachera y no lo mataron. Yo sólo he visto comer a ese, a ninguno más. Ahora sí no les estoy mintiendo. Mentir no es bueno.

Para Rosemary

Uno se da cuenta queso le está ocurriendo a uno no lo vistar creyendo porque únicamente lo ha visto en las películas, pero te digo que antes me pegaba un puño dónde fuera y soltaba semejante berrido cuando me acordaba della, tanto quen la casa corrían a ver quéra lo que había pasado hermano pero nuesa tanto si uno se pone a ver las cosas diotro modo tampoco porque nos sucedió algo bien feo nos podemos tirar a la olla desa manera sobre todo si uno no tuviera más quiacer ¿no? Ponete a ver yo creo que vos tuviste más tiempo de conocerla aunque no del todo eso es lo que yo digo y por eso te pregunto otra vez que si la pelada era normal con vos entendeme que si se portaba comuna persona común y corriente lo que yo digo y seguiré diciendo es quéra la hembra más divina que he visto en toda mi puerca vida y desde que me la encontré en esa fiesta no hubo modo de sacármela de la cabeza pero deseándola ¿oíste que conocías esa palabra? Deseándola diá verdad mompa nuera sino pensar en ella y digamos que se te va parriba el tiringuistinguis no hay quién te lo detenga ni amarrándolo con cabuya pero por qué ponete a ver si yo nunca hablaba con ella nos encontrábamos de vez en cuando y hasta ni me saludaba porquial principio me cargaba su bronquita vos sabés pero nuera pa tanto después de todo ¿no es verdad? Mirá que no te voy a decir questuve un año pensando en ella porque al fin y al cabo uno tiene sus hembritas y por esa época no perdíamos fin de semana para ir a la finca eón las de por tu casa tiacordás que vino después la más pollita a decirme que había quedado preñada brother te digo quial principio me asusté un poquito te apuesto que cualquiera hubiera pasado por las mismas pero queda como bastante jodido ponerse a crearle a una pollina de catorce años así mismo se lo digo yo y ya ve que tenía razón por eso es que te digo que no soy ningún pendejo pa ver si diuna vez me cogés la onda ¿no? Pa que viás que tampoco soy <lesos que se ponen a pensar en una hembra y diallí no hay quién los saque no hay derecho hombre sobre todo si uno tiene sus buenas conexiones en una ciudad hermano lobo y además se tira con hartas ganas :i sacar

su bachillerato porque a eso se le tiene que meter también su poquito tiempo después de todo no solamente so~,chimbas lo que hay que buscar en esta vida, pero es que no me dejás hablar con tu preguntadera te repito que le dije que no le creí~ y punto que ll; mostrara la barriga bien hinchada y allí si hablabamos pero deja yo termino de contarte que se nos hace tarde no ves que son las ocho y media y a lo mejor hoy las peladas amanecieron bien atravesadas y no esperan. Vos conocés comués la movida en las fiestas de quince uno nomás va es a bailar olvídense dentrarle a los platicas pa eso tenés que meter a grill o ponertiadar vueltas en carro, claro quialotro día tencontrás con las peladas jurciosas ?e la fiesta en un sitio bienoscuro y no podés creer que son la misma hembra que no se dejaba ni tocar un pelo sobre todo ahora que la tenés bien trincadita ¿no? Y claro que dele a la rastrilladera y p~r qué no decirle que después se van juntos a cualquier parte, que tenes el carro afuera. Esperáte pa que viás pero no me mame gallo no me mame gallo hermano si en esa fiesta el que estabas eras vos tan chistoso ¿no? je je esperáme nomás ~o me muerdo d~ la puta nsa tiacordás que me la presentaste y allí mismo te pedí permiso pa sacarla a bailar y vos dijiste claro pero como sin muchas ganas y yo ya estaba por decirle a ella que de dónde se había s?cado ese par diojos porque ah hembra pa estar buena brot~er d~nd.era que la tenías tan escondida que no la dejabas respirar siquiera Y ella bailando conmigo muy almidonadita y compuesta sin conversar ni nada y yo lo quesperaba era algo así común bolearito te hablo francamente pa ver si me le podía acercar un poco más pero pa decirte la verdad no le ví cara destar muy amañada de modo que te la llevé pa cumplir con mi deber pero te digo que no más la veía y se me ponía el coso comuna tranca y ahora es que me pongo a pensar de que le suceda eso a uno apenas ve a una hembra debe ser que la quiere o algo así ¿no? Debe implicar algo de c~riño hen:nano, ¿cómo? Irn-pli-car hombre: abarcar traerse para st yo que se pero ~ue te pasa acaso no sos bachiller o qué.pero m,irá que en el ~ento hay cosas que tinteresan de modo que meJorcerra.s la ~oca ydejás que hable .no? Mirá que yo no te dije nada brother st al fin y al capo era tu novia y vos siempre has sido mi mejor amigo y eso no se debe hacer ni estando muerto. Pa lo único que abrí la boca fue pa felicitarte por semejante hembrononón porquiallí no hay necesidad de discutir mompa ¡quiojos y qué tetas! y fijáte que cuando vos me venías con todos esos cuentos de que habías estado con ella en la finca y que por un poco más te la comías y q~e I~ pelada er? caliente y todo pero que le daba miedo y yo no sufna oíste por mas que no me la podía sacar de la cabeza yo no sufría té lo digo no sé por

quéstaba convencido quesa hembra tendría que ver algo conmigo después algún día y no te me vas a ir enojando que vossabésdesdiace mucho pa lo que yo la quería en eso si pongámonos de acuerdo. Uno siguiendo con la misma vida diantes vos sabés esa pelada de por tu casa llamándome a cada rato por cuestión grave embarazo y quera la joda decía yo si es que tiene un pela.o allí pues deje ver pa que yo compruebe ;no? Pero ella ni modo *sólo* que hoy ~e patalió de lo más feo y palabra que ya me estaba poniendo con mis nervios qué creés y yo diciéndole vos hágamelfa.vor d~ arreglar, est? con decencia como Dios manda y ella no papi y al fin yo no se quera lo que se traía esa hembra oís pero como que me suena quera asunto de seguir 'pichando porque lo que sí era cierto es que yo le gustaba comun berraco y no me vas a decir ahora creído que después de todo la vieja hembrina esta buena ;sí o no? Así me gusta maestro que se manifieste de una. Sabés que ahora que dizque está en Bucaramanga cómo será el modo de putiar allá ¿no ve? Pero por lo menos a mí si no mencartó con su asuntico dejemos eso pa los pendejos no pa uno hermano no mejor esperáte qu~ mian co-ta,o que la cerveza como que lo deja impotente a uno mejor no la pidas viejo Nicolás si te contara lo que le pasó a un amigo mio que estudia en la Base. Ernesto Alza te, ;lo conocés? Mejor no pidás nada te digo que después de todo no es quia ya mucha plata y sería bueno que nos quedara pa darles un poco de cosa a las hembras mano además que no hay como pichar trabado uno siente quel polvo le dura siglos y como que ni sobraría algo de Mentol Chino pa ver si alcanzo a echar dos por lo menos porque yo estoy vacío tengo el tanque sin una gota con tanto que nos hemos movido en estos días qué berraquera ;no? Pero dejá pues. yo creo que con la yerba alcanza. Lo mismo de siempre viejo exámenes cada mes y platicas como que todos los sábados pero nada en serio, vos no pudiste conocerme a la mona ésa con la quia ndaba yo por ésos días porque te perdiste diun momento a otro y yo echándote los telefonazos. cada vez que tenía un parpa la noche pero vos no porque hoy salgo con Jimena me voy a bailar con Jimena me voy a cine con Jimena y a mí ya mestaba poniendo piedro tanta joda porque nada que ustedes pelia,ban y esa hembra que la tenía metida corno nunca si te digo quera como novela de Corín Tellado pero al revés entenderme y me hacésel favor y me das un cigarrillo mano que últimamente se me está.n aca,band~ las cajetillas en dos horas si te digo questoy de nervios como si hubiera visto al Conde Drácula no te digo cualquier güevonada Y vos saliendo cuando quisieras con la pelada y a mí ya me estaba dando era pica que que creé s si era la hembra a la que más hambre le he cargado en esta ciudad pero ni modo y yo me pasaba el tiempo

con un número cualquiera y de vez en cuando andaba con el viejo Oswaldo que se trae sus buenos platos y conoce piernas raras que da miedo si la otra vez le peluquiamos el coso a una hembra que lúnico que quería era meter yerba pero nada de dejarnos ensillar las yeguas entonces el man sacó su fierro porqués hasta peligroso el individuo y le dijo o te quedás quieta o te rajo aquí mismo y la hembra ni modo tuvo que dejarse sin decir ni pío y después Oswaldo no le quiso dar la ropa y a mí no era que me gustara que la dejáramos así pero de todos modos sería chévere hacer eso por primera vez entenderne así que le quemé todo lo que llevaba puesto desde la blusa hasta los calzones si hubieras visto todo lo que se divertía Oswaldo palabra que no he visto una pinta más gozón que! hombre y la dejarnos en pelota como a ocho kilómetros de Cali ,ah el viejo Oswaldo puallí me contaron quiandaba metido en líos con el papá de una pelada como que fué vaina de casamiento o algo así fijate. Había noches en las que yo no sé había noches en las que vos y yo encontrábamos llegaba a un grill y allí estaban ustedes bien agarraditos. viejo y saludo y todo pero nada de sentarse en la misma mesa y yo echándoles ojo con disimulo mirando como ponía la cara Jimena cuando la besabas y yo tratando de desquitarme con la hembra que yo estaba pero era barro oís barrísimo nuera lo mismo viejo te lo digo pero lo más horrible fuén las vacaciones pasadas cuando me puse andar solo tiacordás y era a la fija que ncontraba con ustedes en cine o en cualquier metedero o sencillamente por las calles y vos siempre con esa preguntica jarta de por qué tan solo hermano y aquí entre nos te digo que yo siempre esperaba que esa pregunta me la hiciera ella para poder contestarle algo bien lindo si me perdonás pero la pelada ni abría la boca y vos siempre con por qué tan solo hermano y yo respondiendo què ra que me había dado por ésas pero vení y te digo la verdad: era que no había hembras si querés saber se habian esfumado diunmomento a otro cómo que por qué si era la escasez hombre vos sabés quen vacaciones muchas chimbas se van diaquí y la ciudad se queda más o menos vacía o vienen gallinazos de otras partes pa caerles a las hembras diuno pero en las vacaciones pasadas la cosa fué demasiado lejos te lo digo que todo el mundo andaba era desesperado pero vos ni cuenta te dabas porquiandabas bien organizado con tu Jimenita. Vinieron de todas partes creo quiasta del exterior si querés saber y llenaron la Avenida Sexta las fuentes de soda los teatros los clubes los grilles comuna plaga hermano si vos no te diste cuenta de nada andabas era por las nubes con tu trozo dembra parriba y pabajo mientras uno estaba era penando en la física olla y tropeles que ni se diga esuera que se organizaban comisiones pa darle maderita a los gallinazos hasta

galladas que nunca se habían podido ver se unían pa formar un frente común de resistencia brother los agarraban y delante de sus hembritas les daban hasta que no se podía más si la otra vez mataron como a ocho en el Campestre era que la situación ya se había vuelto insoportable palabra que nunca se había visto tal invasión de tipos pinta en Cali todos venían con carro bien chévere y vos sabés que túnico que se necesita aquí para tumbar chimbas es un carro último modelo y eso que casi todos los manes eran pintísima de modo que imagínate los efectos que causaría la combinación no había chico te lo digo todas las hembras andaban eran prendidas de los tipos bonitos por eso es que yo creo que hay que cuidarse reservar comida para situaciones difíciles como esa pero estuvo bueno que se fueran tarde o temprano y por allí anda rodando la bola de que van a venir armados en las otras vacaciones y con ganas de tropeliar te cuento uno no se puede descuidar así no más no te vas a estar creyendo así que ya sabés porquéra quiandaba solo no era quiauno le diera por ésas no creás eso le decía yo a la gente por hacerme el raro vos sabés que a las hembras les gustan los tipos raros pero no me iba diaquí no me iba oíste todos los amigos di uno cuando se cansaron de darse bala y madera con los gallinazos sin obtener ninguna recompensa armaron viaje pa otra parte pero yo no me iba y era por estar cerca de tu Jimena y mirá que si te seguís burlando no sigo con el cuento pero cómo querés que hable teniendo un cabrón al frente que no hace sino burlarse de todo lo que uno dice hombre eso no es tener sentimientos ni caridad Cristiana no hay derecho ¿de modo que me vas a decir ahora que mestaba enamorando della? No sía brutombre palabra que yo lo creía a usted más inteligente en serio dejáme ver nomás cuántos dedos tenés de frente porque si querés las cosas bien dichas lo único que yo quería con tu Jimenita era tenérsela bien adentro ¿ya? ¿Satisfecho? Era sexo, viejo, ¿no has oído esa palabra? Sexo pero con rabia brother esperando a quiustedes acabaran di una vez por todas pa comenzar a entrarle porqué so si lo sabí muy bien y es que a mí no me gusta gallinaciarle las novias a los amigos en eso no podés tener la menor queja y sobre todo con vos que nos conocemos desde chiquitos pero la pelada me cargaba bronca eso hay que reconocerlo y yo no sé por qué sería la vaina porque yo me había portado bien con ella es que pa decirte la verdad ni tiempo había tenido de portarme mal peruasi es la vida hermano cada vez que nos encontrábamos la saludaba con la mejor de mis sonrisas vos sabés que a lo que las hembras les gusta más de mí son las sonrisas pero nada la pelada no me decía si no cómo le va y voltiaba la cara y yo loco todo confundido es que nuera pa menos viejo pero a pasar

de todo yo me decía esperemos a ver qués lo que resulta de toduesto y fijáte quien iba a pensar que resultaría lo que resultó. Y vos llevándome todos los días cuentos de ella que cuando bailaban quiotra vez en la finca que pa decirte la verdad ya me tenías era cansado porque yo con semejante hambre que alimentaba para la hembrita y vos con todos ésos cuentos pues claro que por las noches y sin tener nada más quiacer la jalada a la paja era cosa fija te digo pero sé que no me vas a creer pensando en ella, pensando en ella y ahora sí decime esto: ¡vos le ponés la mano y ella no dice nada se queda quietecita como si fuera una mujer común y corriente? Enflaquecí enflaquecí si querés sabes y ahora sí que me dió por andar solo peruasta vez diá verdad no vas a creer quera por falta dembras era que no me provocaba hacer nada cómo no fuera estar encima de Ji mena si me hacés el favor y me perdonás la franqueza y ustedes durando más que! Padre Nuestro felices por todo Cali y vos dále con más cuentos de cuando le metías la mano de cuando le bajabas el cierre mientras ella pegaba un respingo y que se te prendía como garrapata y por esta cruz santa que ya testaba cogiendo bronca qué creés si nuera pa menos y yo te decía dejá de ser pendejo si la cosa es dese modo questás esperando pa comértela y vos pero qués lo que testás creyendo creés acaso que Jimena es una puta o qué ¿no ves quéstamos esperando pa cuando nos casemos? Ahora sí riámonos los dos juntos hermano que! asunto nues pa menos. Cuando se casaran y estabas hablando en serio por mi Dios santo si no estabas hablando en serio decime estabas hablando en serio? Así que ya te podés imaginar como fué que me puse yo, verde te digo comuna chirimoya si hasta me preguntaste pero qués lo que te pasa Eduardo pero yo no te dije nada fresco seguime contando el cuento ¿de modo que se casan no? qué bien mi hermano tenés quiavisarme pacerles de padrino cosas así y al otro día fué cuando me dijiste que habían terminado

qué! viejo Chucho questá en los Cielos me perdone pero te aseguro quése fué el día más feliz de mi vida ahora lúnico que faltaba era comenzar a entrarle a la pelada y asunto frito. Mariado viendo únicamente ese par suyo diojos enredados en su pelo agarré el teléfono y marqué su número y contestó ella abrí la boca alcancé a sonreír antes o después diabrir la boca y colgué el teléfono

si claro que colgué el teléfono qué creés ponete en mi caso qué tenía yo pa decirle a ver quiay Jimenita querés salir conmigo esta noche? No hermano yo no soy dósos y allí fué cuando comenzó Cristo a padecer teniendo el camino libre y no poder hacer nada porque jamás había tenido una conversación con ella casi que ni

sabía cómo era su tono de voz y si la seguía llamando por teléfono ella se iba a dar cuenta que mestaba volviendo loco por ella Nicolás ni modo estuve una semana entera soñando con ella a toda hora los mismito quen las novelas de Corín Teliado perual revés ya te lo dije allí estaba ella librecita sin tener que ver con vos ni con nadie y yo viviendo en la misma ciudad en las mismas calles sin poder hacer nada hermano entonces uno de esos días me llamaste por teléfono pa dec-rme que habían arreglado y hasta yo me sentí mejor sabés porquiasi ya tenía buenos motivos pano entrar en acción pero a los cuatro días me llamaste otra vez pavisarme que habían terminado para siempre y allí en ese preciso momento fué cuando comencé a volverme loco porque ahora mismo estoy más loco quiuna cabra qué creés

cuánto pasó días te digo días enteros sin hacer nada y ya las vacaciones pacabarse y yo metido en la casa comuna dulce pelota ah y me llamó la que vive por tu casa de la quiabamos ahora a decirme que mañana siba pa Bucaramanga y que me quería ver pa despedirse pero yo hasta me había olvidado della me había olvidado de todo mejor dicho no tenía presente aquí en el coco sino a Jimena de modo que cómo iba a saber quién carajos era esa hembra que siba al otro día pa Bucaramanga y así mismito se lo dije que no tenía la menor idea de con quién estaba hablando y me contestó que con la que vivía por la casa de Nicolás mi mejor amigo la que tuvo un hijo mío hace como dos meses entonces le dije ah ya miacuerdo qué hubo del pelado y se puso a echarme cuentos tristes de que se le había muerto la criatura y yo qué lástima hombre qué lastima cómo lo siento por el primogénito palabra hola cómo que me vió cara de pendejo la hembra esa ¿no? Pri-mo-gé-ni-to hombre los que mandó matar Moisés cuando las siete plagas allí está lo bueno del chiste. pelotudo. Pero me dijo otra vez que quería despedirse de mi esa misma noche porque fijese papito que mañana me voy pa Bucaramanga así que pensé bueno Jimena nues la única chimba de la República de Colombia así que manos a la obra y salí en el carro pasé por tu casa vos estabas de milagro y montamos a las dos hermanitas y después por la Plaza de Toros les dimos hasta que ya no se pudo más si hasta nos las turnábamos a cara v sello ¿tiacordás? Pero estaba buena la menorcita ¿no? Después deso mucha despedida y todo que me les vaya muy bien en Bucaramanga pero lo bueno comenzó cuando la pollina se me agarra a llorar diciéndome que si nuestro hijo no hubiera nacido muerto le hubiera puesto Eduardo como yo como su padre y eso ya era mucho dejarse joder la vida y te vas a ir a la puta mierda putica de mierda hombre Nicolás ¿,podrés creer? Pero no fué nada nua pasado agua por el

monte potquestando encima diuna de las hermanitas no hacía otra cosa que imaginar questaba encima de Ji mena y ya conocés el resto: mucho tiempo viejo creo quiasta dos meses con la misma vaina hembritas los sábados otra vez el colegio sexto de bachillerato ya y salimos désa joda lo mismo de siempre y pensando tanto en Ji mena qué vamos a ver si mentendés lo que voy a decirte pensando tanto en ella que al tiempo lo que comencé a sentir fué comuna especie de cansancio y entre cansancio y cansancio como que se me fue casi borrando de la mente créeme o nó al fin y al cabo se me da un culo te digo que ya casi mestaba olvidando della cuando me llamó por teléfono hacémelfavor y me das otro cigarrillo hermano deberías comprar Lucky más bien mejor dicho qué tabaco ni qué mierda yo lo que necesito es yerba maestro mirá que mestá doliendo cada músculo del cuerpo cada músculo del cuerpo ¿cómo? Si hombre me llamó por teléfono ponéte a ver lo que yo pensarla cuando contesté y era su voz era su voz hermano vos ya más o menos sabés esto pero hay cosas que no tenés nidea así que mejor pará la oreja además es que las necesito decir hermanito porque ya no sé que más hacer yo no sé si vos mentendés palabra que al oír la voz della creí que me llamaba pa preguntarme por vos y así se lo dije qué hubo de Nicolás y ella me contestó que no sabía como con un tono de lo más raro y te juro que me dio lástima con la pelada porque vos por ésa época andabas era con la gringa tan puta esa del American Field Service y hasta quise cambiarle de tema pero lo único que pude hacer fué armar un bache entre. Bache hombre, ba-che qué's lo que te pasa es que nuentendés lo quiuno habla o qué. Bache. un bache en la conversación creo que no encontrábamos nada de qué hablar por lo menos yo hasta que dijo con esa voz tan suya mire Eduardo es que lo llamo pa invitarlo a una fiesta

claro que mice comuelque si nada

no vas a creer que

pero te imaginás a la velocidad que mestaba bajando el cerebro viejo sin entender una palabra de lo questaba ocurriendo le dije que yo la llamaba el viernes pavisarle que si podía ir ¿okey? todo eso como pa que no viera que yo estaba muy interesado si hasta le pedí el número del teléfono fijáte como si no lo supiera desdiace siglos mirá que después de todo yo sé hacer bien mis cosas y en esas quedamos y por favor no te vas a reír cuando oigás esto porque si las cosas era como yo me las imaginaba si no había ninguna trampa debajo desa invitación todo el tiro todo el tiro estaba en tenerla bienjuntica a mí bailando cualquier bolero y después invitarla a dar vueltas en carro no te me nojés que no tenés motivos antes agradeceré que no techo mentiras porque si fuera otro

cuando me vi con vos no te comenté el asunto como setiocurre sólo quia y de Ji mena y voz fijáte que como que la vaina sestá arreglando el sábado tengo una fiesta con ella y yo quioigo eso y digo comuasi tengo que averiguar en qués lo que para toda esta vaina y me pongo allí mismo a sacarte datos imagina te si no y sí. resultó que tu fiesta era la misma fiesta mía te expliqué entonces te mentí te dije que una pelada me había invitado de modo que allá nos veíamos ¿no? Y vos qué bien allá nos vemos claro mano. Ya habia comprendido todo hermano pa qué más así que me dije bueno Jimenita a jugar con otro más pendejo y ni siquiera me pasó por la mente llamarla ese viernes ya mestaba tirando a la cama cuando sonó el teléfono y era otra vez ella que me llamaba pa ver si era que se me había olvidado lo de la fiesta ahora sí decíme pero en serio hombre sin reirte: cuando supiste quella mestaba invitando no quisiste ir a la fiesta ¿cierto? A vos te había invitado otra pelada pues así? Hombre haberlo dicho antes qués esa vaina de andarle a uno con mentiras bien que no fuéramos amigos desde chiquitos viejo hay que hablar en serio sobre todo que como que ahora sí vas a oír lo que vos no sabés lo que no sabe nadie te digo incluso no sé si lo sabré bien yo es que todo es tan raro que

mirá que todavía comprendiendo a medias sin haberle comentado a ella el asunto tuyo dije bueno vamos a esa fiesta pa ver al fin qués lo que varesultarde todueste lfo y si alguien quiere jugar conmigo pues que se vaya chupando el codo vos me conocés así que me puse vestido y corbata y todo eso y metimos pa la fiesta Ji mena me estaba esperando en la puerta qué hembra pa estar divina te digo me presentó a todas sus amigas como cincuenta ya sabés como es de maluco que a uno le presenten di una semejante cantidad dembras pero a mí casi no me importó en ese momento porque en lúnico que yo pensaba era en cuanto la sacara a bailar y si todo salía bien en cómoempezaríamosenel carro porque basándome en tus historias lo único que yo necesitaba era comprobar que yo Je gustaba a la hembra sin saber cómo ni dónde ni cuándo sólo eso pa empezar a trabajar y bailamos y al rato me doy cuenta que la pelada tiene ganas de conversar o algo parecido porque mestaba mirando como con unos ojos de lo más raros Nicolás te digo quesa mirada era algo nuevo no no sé cómo describirtela pero era raro en ella era como si no pero mejor no hablemos que se me comienzan a parar los pelos no te riás qués en serio y ella que quiere conversar yvo ya te imaginarás que a mí conversar me importaba cinco además que desde que pasó todo eso me cuesta trabajo yo no sé como es questoy hablando ahora es que lo necesito porque no sé en qué irá a parar si no se lo cuento a alguien pero esperáme dejáme tomar aire que otra vez mestoy

atrancando no te decía que había quedado medio loco? Es difícil ponerse a recordar y sobre todo oh

total que lo único que deseaba era sentirla al lado mio y ya me lestay pegando en un bolerito cuando de pro?to me mira de frente y me dice¿nuas visto a Nicolás? Bueno ya sabes que tragué saliva cuando vos te colgás te ponés colorado pero yo no lo que yo hago es tragar saliva y es un pr~blema ?el carajo porque pa que la persona no se dé cuenta qumno. esta colgado me aguanto toda la saliva en la boca y cuando me decido a ~asarla tengo tanta que lo que consigo es una atragantada de los mil demonios como ves es un problema y Jimena que me ~regunta por vos y claro que me sucede la misma operación que tiacabo dexplica r perua pesar de todo hago lo humanamente posible pa quella no se dé cuenta en qué líos estoy y como si no hubiera pasado nada le digo ¿Nicolás? Ah sí creo quél iba a venir a esta fiesta Y sigo bailando tan fresco comuna lechuga un dos tres daré cuatro cinco izqui~r. y al ratic.o ella me dice con ese tono tan raro que tenía esa noche si iba a venir pero como que al fin no vino un dos un dos entonces ahora sí es verdad que yo comprendo todo a las mil maravillas pordelante cuatro cinco y lúnico quespero pa despedirme es que finalice la canción por detrás otro por delante tres cuatro izquiér peruesque nuas entendido viejo viejo Y allí tirimpontintin bajaron las trompet.as y ya no se oía más que la aguja que pasaba saltando sobre el disco rayado y no mejor no texplico es que las cosas han cambiado tanto desde esa noche que todo en lo que yo creí no sé como que todo ha sido derrumbado de un momento a otro po,r qué mejor no me das otro cigarrillo lo de la despedida también fue como medio rarongo ¿oiste? Ella me miraba definitivamente como otra persona yo le dije cha u pues y me preguntó como con una infinita tristeza ¿se va ya? Yo no le contesté porque si abría la boca sería pa mandarla a la mierda vos me conocés pero no quería armar un escándalo con todo lo caído questoy con la gente de Cali de modo que me voy yendo sin decir esta boca es mía y cuando ya iba por la puerta me gritó algo te digo que me gritó algo así como hablamos ¿no? C. déjese ver hermano. Eso fue todo porquen el centro encuentre con vos y con la flaca ésa y me preguntaste qué hubo de la fiesta y yo te dije regular pero dejáme terminar esto bien rápido no me hagás tanta pregunta que ya te digo que las peladas se nos. van aburrir de tanto esperarnos caminá questa hembra tiene amigas chéveres me dijiste y cuando las estábamos empelotando pe,nsé que la gloria sería estar haciendo lo mismo con Ji mena y si te reis te planto esta mano en la jeta tiacordás que hubo un puente como de cuatro días por esa época y que lo pasamos en tu finca

con las dos nuevas adquisiciones se pasó legal ahora que miacuerd~ hola y qué se hicieron esas hembras ni más que las he vuelto a ver asr es la gente así es la vida cada uno coge por su, rumbo Y se ol~dan diuno eso es lo triste ponéte a ver entonces como me quedana yo cuando llego a la casa y me dicen quiuna tal Jimena me ha estado llamando sin descanso

sabés que yo por esa época ya estaba loco de modo que agarré el carro y sin pensarlo dos veces sin pens~r en ~da mejor dicho pegué pa su casa y me le presenté a~ no inas abno la puerta y también como que abrió los ojos y me dijo quiubo Eduardo y yo le respondí qué hubo y me quedé allí de-an~e,de ella con los brazos cruzados sin decir ni mu entonces me mv~to. a p~sar Y yo con los brazos cruzados entré y me senté en el sofá sm n:Irar!~ a la cara y con los brazos cruzados le dije qué lo quista pasando explicáme Ji mena hacéme el favor yo no sé~ue car~ puso ~lla per~ creo questá vez también debió abrir los ~JOS y dijo explicar que Eduardo entonces allí fué cuando descruce los brazos Y me puse a manotiar y a gritar un día me invitás a una fiesta pa darle celos a Nicolás .cómo? Entonces paquera que me invitaba güevón pa d~rte celos a vos cogé la onda que yastás muy viejo ..y despué~ te pones~ llamarme todos los días a mi casa por favor Jimena ques lo quista pasando ahora si la miré de frente esperando a que hablara pero ella clavó la vista en el suelo y no dijo nada y yo al ver tan pocas intenciones de respuesta me senté en el sofá de nuevo con todo el pacifismo del caso y con los brazos otra vez .debidamente cruzados. Pa-ci-fis-rno pero no preguntés más pa ver si te puedo contar lo que viene por favor por favor despué~ de;;tar call~d?s un minuto o cuatro horas no sé voltió la cara hacia rm y se me tiro

primero me

besó con tanta fuerza en la boca que yo asustadísimo lo que hice ?e primero fue comprobar en caso de que sus papás estuvieran poralh Y orno nadie esta:ba pues me puse a colaborarle usando todas las técnicas que conozco hasta que no pude más porque mest~ba mordiendo me había mordido desdiace rato mejor dicho Y me vine a dar cuenta nada más cuando sentí aquél grueso río de sangre que me bajaba por el cuello entonces siento co.m~ que todo se ~e viene encima y da vueltas parriba y pabajo y Jimena frente.a rm ~°?,la boca entreabierta llena de sangre y sus manos que se estiran pidiéndome que la siga besando pero yo creo que no puedo porque me duele me duele con locura mirá nomás la cicatnz que me .quedo Jimenza estira los brazos y se acerca más y de lo único que miacuerdo es de haber amanecido al otro día en mi casa completament~ vestido y con la sangre seca sobre la barbilla y en el pecho yo no se

pero al despertarme lo único que pensé al verme la jeta hinchada y toda esa sangre fue que por lo menos había valido la pena que nos hubiéramos enloquecido al perseguir a Jimenita por tanto tiempo ¿no? Pero ahora si decime: ¡vos nunca le notaste como algo raro decí cuando la besabas fuera de arrecha no le viste yo no sé como cierto comportamiento como una vaina que no entendías? Bueno entonces algo tiene questar funcionando muy mal desde hace tiempo en todo lo de uno nues sino que tesperés a que te cuento como agarro el teléfono y la llamo como si ya estuviéramos de novios quién iba a pensar que con ella las cosas eran tan diferentes le digo que la invito a salir esa misma noche y ella acepta de una a qué horas pasa por mí Eduado vos esa noche no la viste pero arrimáte más y te digo questaba más bonita que nunca esos ojos que le brillaban y un vestido escotado y el pelo suelto sin laca ni ninguna désas porque-rías y nos sentamos a conversar en una mesa pero ella no quería conversar ni nada sólo bailar así mismo me lo dijo y yo claro camine bailamos ponéte a ver si no y nos pegamos y todo eso y siento esos senos junto a mí que bajaban y subían y claro que la apreto porque tengo el tribilín comuna carpa y ahora ella mestá besando cerca de las orejas cerca de las orejas y en la nariz y en la nuca ahora sobre todo en la nuca y temblando yo no sé de qué manera y pienso Nicolás tenía razón esta hembra lo qués es bien caliente y claro que dele con la rastrilladera cuando le veo brillar los ojos como chispas y antes de que me dé cuenta me ha clavado los dientes en la nuca pero con furia creéme que un poco más y suelto el berrido pero no solté ningún berrido sólo me pasé la mano por donde ella había clavado los dientes ahora tengo rojos los dedos tengo roja la mano tengo que apartar a Jimena Nicolás Jimena mestá mirando resolando otra vez con la boca untada de sangre Dios mío qué hago decime Nicolás ¿nada desto te pasó con ella? Nada más que otra vez mestácostando trabajo hablar Nicolás es mejor que ya me dejés! tranquilo porque no puedo seguir o sí puedo porque cogiéndola bien duro la saqué diall y me la llevé como un loco pa la finca y en el carro ella no habló una palabra sólo que como que estaba relamiendo los labios eran nervios creo y cuando llegamos estaba lloviendo y el mayordomo muy decente y todo corrió abirnos la portada y yo la quería oíste yo la quería con berraquera hermano y creo que ella también pero es que no sé es todo tan extraño que ya no se puede ya no se puede te digo que ni siquiera nos habíamos bajado del carro cuando me dice subamos rápido Eduardo y claro que yo le doy gusto cómo no voy a darle gusto me la llevo abrazada hasta el piso de arriba y la entro al cuarto de mis papás qués de cama

grande y su boca y su pelo que no se queda quieto yo le quiero morder el pelo Ji mena déjeme morder su pelo y todo eso y veo estrellas parques la gloria y ni siquiera pensamos en vos Nicolás no te digo mentiras Jimena se desviste tan rápido como puede y jadeando se abraza a Eduardo quien todavía no se ha quitado la ropa entonces ya desnudos él trata de tirarse a la cama pero Jimena no deja se cae sobre él sobre la alfombra lo arrastra suplicando y Eduardo sabe que dentro de un momento no va a poder más ya no voy a poder más hundo la cara entre sus senos para que ella se retuerza puta mierda para que suplique y tengo toda esa mata de pelo entre mis manos ella le besa todo desde la frente hasta el pecho lambe muerde aruña ahora baja lengua labios dientes por el estómago de Eduardo y Eduardo mira al techo y ella gime resopla por Dios Jimena nada amor qué más amor Jimena pasa su lengua por los primeros vellos y sin vacilar le lambe el sexo entonces es cuando él lo siente entonces fue cuando sentí aquel ronquido que no se de qué parte del cuerpo le salía un ronquido cómo de perra como de hiena te digo y aquel brillo en los ojos y el mordisco el mordisco Y Eduardo que es consciente de la magnitud de su berrido tuvo que oírme el mayordomo y de sus patadas ella tiene ahora un pedazo de carne en la boca Eduardo la ve mascar y relamerse y de pronto una sonrisa carne y sangre y pelos pidiendo más comida Eduardo se lleva las manos al sexo y se pone a llorar diciendo mamá

antes ha-

bíamos tenido una racha de buena suerte con las que llegaron este año del American Field Service y que no hablaban ni papa despañol si hasta nos estábamos poniendo débiles de tanto darle al negocio ¿qué nuan vuelto a escribir las gringas ésas? Mirá si no será cierto que la gente se va olvidando di uno ahora sí vamos a irnos que deben estar cansadas desperarnos las pobres va a ser la última vez que recuerdo esto te digo allí están pitáles ay mamita comuestá de buena Maruja decime una cosa: ¿jamás notaste-cómo las pupilas se le iban dilatando dilatando hasta ponerse delgadas y largas? Entren mamitas entren pa dónde quieren que las llevemos esta noche venite patrás Marujita questa vez vas a peliar conmigo ja ja cogé por los lados de Jamundí viejo Nicolás que por allá no pasa gente Ji mena lo ve llorando llamando a su mamá como una criatura y emite el último rúgido y sale de la casa y cuando se pierde en la noche está llorando pero todavía mastica uno tiene que cuidarse Nicolás uno tiene que cuidarse no se puede negar que algo horrible está pasando ahora hagámolo al revés Maruja voy a mostrarte una cosa que menseñó a hacer una pelada que se llama Ji mena para mí que vos la

conocés yo ~o sé por qué pero es injusto que haya pasado nada más conmigo que hubo, Nicolás cómo va esa cosa allí delante de mí si querés: cu~n o aca e con esta te la paso ¿,no? Un día des tos no voy a poder más.

1969

MATERNIDAD

A las vacaciones de quinto de bachillerato salimos con un saldo de muertos. "Es una verdadera tragedia terminar un año marcado por triunfo —la construcción de un nuevo bellón deportivo, por ejemplo— con la desaparición de seis jóvenes que apenas despuntaban la que sería una brillante carrera, se le entó el padre rector, en el discurso de clausura. Peñto Torres hizo un viaje repentino a Bogotá (faltó a un examen final) Y, dicen que se vino a pie, devorando cuanto hongo magreo encontró, a la vera del camino, y al llegar a Cali comenzó a dar escándalo público por la sexta, lo agarraron dos policías sin avisar a sus papas, lo metieron en la radiopatrulla en donde murió como un perro, dándose contra las rejas. exhalando por boca y narices un polvito negro. Manolín Camacho y Alfredo Campos, los inseparables, se volaron del colegio y fueron a pasar un viernes de tarde deportiva en el 10 Pance, hubo crecida. y a los dos días encontraron sus cuerpos entrelazados". pero el periódico no explicaba cómo. Tiempo después un campesino encontraría, entre las raíces de un carbonero a la orilla del río. una botella con un manuscrito de Alfredo, redactado compulsivamente: "Vernos cómo crece el río. Es increíble. Es como si viniera a cobrar venganza por el pasado esplendoroso que le quitaron las modernas urbanizaciones. Pero ruge, reclama su poder. La idea se nos ha ocurrido a ambos. No seremos víctimas en vano. Mejorarán los tiempos. Cogidos de la mano caminamos hacia el río". Yo nunca pensé que las cosas mejoraran así. Un mes antes de exámenes finales Diego A. Castro (Castro) salió con su hermano mayor. Julián, a La Bocana del Océano Pacífico. Les encantaba ese mar de agua, arena, cielo, selva y gentes negras. Ambos habían ganado medallas en intercolegiados, departamentales y nacionales de natación. No fueron a ninguna competencia internacional por el uso de las pepas. Así, podían nadar a la línea del horizonte, de allí alcanzar la línea que uno podía divisar si llegara al horizonte, y aún la otra. Pero no esa vez. A las pocas brazadas, Julián le resopló que se sentía muy mal, que se devolvía. Castrico, abstraído en sus movimientos parejos sobre las crestas de cada ola. le dijo que bueno. y siguió nadando. Al regresar, feliz

de su inmensa travesía, lo encontró en la playa. muerto. con el pescuezo inflado. Nadie sabe cómo regresó Castrico a Cali, pero ya se le había atravesado la existencia. Comenzó a buscarle pelea a todo el mundo, en especial a los más amigos de su hermano. Cargó puñal. Viajaba al campo y allá peleaba con machete y ruana envuelta. Lo encerraron en el manicomio y se voló del manicomio reclamando la presencia de su madre. No era más que ella le tuviera al lado su frasco de pepas y Castrico se quedaba calmado, acariciando las flores, jugando con los gatos. Salía a la sexta una vez cada dos meses, y yo lo veía parado solo, hablando incoherencias sobre todas las mujeres, sonriendo. En la última pepera salió desparovido a buscar pelea, pero murió antes de que se la dieran: quedó como clavado en el suelo, gritó que se le abría el suelo y cayó muerto. Y van cinco. El sexto, Manolín Camacho, es el que más me duele. Mi compañero de pupitre. Solíamos caminar distraídos en los recreos, hablando de paisajes que nos imaginábamos en tres dimensiones de sólo mirar mapas. Nunca había probado ninguna droga, ni en las fiestas bebía. Sólo un sábado. Vaya a saber uno con quien se metió, quién lo invitó, por qué lo vieron recorriendo calles a la velocidad que iba, con la velocidad que iba, con la mirada desencajada, buscando qué, con la piel llena de huecos, insultando andanas, pateando carros. Murió solo, en un baño cualquiera, esforzándose por vomitar lo que seguro se había tragado inocentemente y ahora le cercenaba el coccis, la próstata, el cerebelo. Le dieron una mezcla de analgésico para caballos y líquido de freno para aviones: "Es una lástima, una serie así de muertes sin ningún, sin ningún sentido", decía el padre rector. Y yo, agarrado a mi asiento, con una rabia inmensa, sabía qué sentido había. Nos habían escogido como primeras víctimas de la decadencia de todo. pero yo no iba a llevar del bulto. "Haré mi afirmación de vida", pensaba, y no sonreí ni una sola de las seis veces que me llamaron para recibir diplomas de matemáticas, historia, religión, inglés, geografía y excelencia. Miraba a ese público compuesto por curas, alumnos y padres de familia, y recibía los aplausos con apretón de dientes. "Haré mi afirmación de vida".

"¿Qué te pasaba?", me decían los compañeros. luego. "Como si no te gustara el éxito". y yo, a todos. silencio. y me negué a ir a la fiesta de fin de curso que organizaba Mauricio Gamboa. A mi casa llegué en el carro de mis padres, entre sus cuerpos blandos. Ya me habían felicitado por tanto triunfo, y no se habló de más en el camino. Yo no me aburrí. pues llovió y me distraje imaginando que las gotas en el parabrisas eran gente. personitas con hombros y cabezas bien formadas, y venían las plumillas y chas. las barrían

dejando minúsculas porciones de la primera gota, irrecuperable para siempre.

Esa noche soñé con un viaje en tren por entre campos de mangos y trigo, y una muchacha rubia se me acercaba y nos volvíamos uno solo en la alborozada contemplación de esa feliz naturaleza. Luego el tren se metió a un túnel muy negro y desperté, demorándome en identificar como miedo o gozo el sentimiento con que empezaba ese nuevo día.

Antes de almuerzo me llamó el mismo Mauricio a comunicarme que en la fiesta de anoche una pelada, Patricia Simón, se había pegado la gran desilusionada ante mi ausencia, que era la mejor alumna de quinto del Sagrado Corazón y que quería, que se moría por conocerme. Yo le pregunté que entonces cómo. El me indicó que en otra fiesta, esa misma noche. Yo accedí.

Al llegar, no vi más que caras pálidas, poca amistosidad, puertas cerradas, prevención, horrible humo. Muy poca gente bailaba la música Rock que yo jamás aprendí y que hace medio año ponía frenético a todo el mundo. Me alegró ver que los invitados se recostaban en las paredes y nada más oían, con el ánimo ido. Yo me paré en toda la mitad de la pista para no dar aires de vencido, hasta que del fondo, de bien al fondo de esa casa vino a mí una muchacha vestida de rosado y rubia, y haciendo mágico todo el trayecto hacia mí mientras sonreía. Se presentó: "Patricia Simón", muy tímida me dio la mano, yo se la apreté exageradamente para intimidarla aún más. "Eres muy inteligente", fue lo primero que me dijo cuando la conduje al patio, puesto que con el volumen de la música no podía oír sus lánguidas palabras de alabanza y devoción por mis conocimientos del Imperio Romano, de la Cordillera Occidental Colombiana, del Misterio de la Transubstanciación. Se respiraba mejor en ese patio acosado por el color azul de la noche que perdía a cuantos jóvenes más allá de nosotros, acorralando —lo supe— a los que buscaban refugio en esa casa. Yo me sentí libre de la noche, de su muerte, superior a su extravío. Con mucha cautela le comenté a Patricia mis temores sobre la feroz época, y ella como si fuera su forma peculiar de explicarme que los compartía, me relató un sueño. Soñó que alguien muy amado le regalaba un pastel de fresas —su bocado predilecto— y al irlo a morder no había fresas sino gilletes, alfileres, etcétera, que se le incrustaron en las encías y le remplazaron los dientes. de tal manera que quedó con alfileres en lugar de dientes. "Extraño", pensé, mirándola, pues sus dientes eran grandes, muy sanos, de encías duras. Ella alzaba la cabeza para mirar a mí o al cielo. Era pequeña, pero fuerte. de buenas espaldas y caderas, ojos azules y largas cejas. "Buena raza", pensé,

y Juego "Edelrasse", observando que tendría mínimo cuatro dedos de frente, rosada la piel. Resolví "Le haré un hijo a esta mujer".

El tiempo pasó en el sentido que quiso nuestro amor. De esa fiesta salimos cogidos de la mano, y empezamos a vernos todos los días, y yo le fui llenando la cabeza de cucarachas como Nietzsche y Rousseau, y por miles de argumentos la fui llevando a una conclusión sencilla: que la única manera de salvarnos sería trascendiendo en algo. Un día me salió con que le provocaría escribir versos, pero yo le espanté la idea como si fuese un enjambre de moscas: "La poesía es una profesión decadente", y ella me creyó. Y le ponía cara de moribundo siempre que la miraba a los ojos, y ella apuesto que pensaba: "Lo que haría para hacerte feliz", y en los cines me le pegaba mucho o suspiraba cada vez que había un pasaje de maternidad, y ella salía conmovida toda, aún sin decirme nada pero ya pensando en la idea de que la única manera de trascender sería quedando preñada y pariendo un hijo.

Lo que la decidió fue precisamente la muerte de Ignacio Moreira, que tuvo una discusión con sus papás, subió corriendo las escaleras y se dio un tiro en la cabeza. Ella vivía al frente, conocía a Ignacio desde chiquito, oyó el disparo, el chapoteo: estuve, pues, de buenas.

Conseguí que me prestaran la finca de la Carretera al Mar, lugar que yo había escogido para que se diera la concepción. Con nosotros subieron varios amigos, pero casi nunca nos mezclábamos. Los días amanecían oscuros y la niebla bajaba temprano, y ella se llenaba de añoranzas y de melancolías, lo que, curiosamente, no le producía impavidez sino movimiento. Caminábamos horas, acercándonos cada vez más al filo de las montañas. Ella resistía el empinadísimo camino sin una queja.

Mi día vino claro, de visibilidad profunda. Nos levantamos con el sol y empezamos a subir, dispuestos a llegar esta vez hasta la cumbre. Los guayabos y los lecheros viraban en múltiples tonos verdes a cada paso que ganábamos. y los pájaros cantaban "pichajué-pichajué", y todo eso me llegaba como puro presagio y signo de fertilidad. Hacia las dos de la tarde salvamos la última pendiente de piedras blancas y tuvimos, repent inisimamente, una enloquecedora visión del mar, a miles y miles de kilómetros. El frío de la montaña y el ardor que se contemplaba allá en el mar la llevó a abrazarme, y yo le respondí mejor que nunca. Descubrí sus senos con valentía, chupé su pelo. rasgué con su sangre el pasto yaraguá, pude sentir cómo sus complicadas entrañas se abrían para darle paso, cabina y fermento a mi espermatozoide sano y cabezón que

d III 11111 III., 111\os, testimonio de mi existencia. No creo que ella
)1 1/11

Nos casamos al escondido, toque muy aristocrático para familias como la suya y la mía. Fuimos el matrimonio más joven de la sociedad caleña y salimos mucho en el periódico y la gente nos miraba y nos hicieron muchas fiestas y nosotros respondíamos a todas con actitud calladita y mayor, reflexionando siempre. Con alegría entramos a sexto de bachillerato, comparando y acariciando nuestros libros de texto. A los pocos meses engordó muchísimo y le vinieron los vómitos, así que no pudo volver al colegio y perdió sexto. Yo solamente falté a clase un día: el día en que después de cuatro horas de terquedad y mucho sufrimiento, dejó salir a mi *hijo*. Nació en un día lluvioso. No nos pusimos de acuerdo con el nombre, pero prevaleció mi opinión: lo llamé Augusto, que hace pensar en porte distinguido y en conciencia de victoria, siempre. Fui toda una celebridad en el colegio, padre a los 16 años. Ella no quiso hacer gimnasia y le quedó una barriga arrugada muy fea, y los senos se le hincharon como brevas y después se le cayeron. Recuerdo madrugadas en las que yo abría el ojo sólo para hallarme en la física gloria, despertado por el llanto de Augusto, y volteaba a mirarla a ella, despierta desde hace muchas horas con la mirada perdida en el cielo raso, negándose siempre a contestarme en qué era que pensaba. Yo no insistí. Yo había previsto eso. No cuidó bien a nuestro hijo. No quiso tampoco *volver* al colegio. Le perdió interés a todo, se pasaba los días sin asearse ni asear la casa, mal sentada en una silla, presa de un vacío que supongo debe ser normal después de que uno ha estado lleno y redondo como una naranja ombligona. Yo no la toqué más. Ella tampoco se hubiera dejado. Al fin, un día salió de la casa y se demoró en regresar. Hizo amistades nuevas, jóvenes más viejos que ella, y seguía saliendo. Pero falta no me hacía. Yo cumplía puntualmente con mis deberes escolares. Me levantaba temprano, le daba el tetero al niño, cambiaba pañales, barría, trapeaba. Al volver del colegio me la pasaba horas dejando que Augusto me apretara el dedo índice y contemplándole su pipí, lo único que sacó igualito a mí, porque todo lo demás, ojos, pelo y frente eran de ella.

Cuando regresaba, nunca conversábamos. Se tiraba por ahí, sin dormir, o a oír música. Supe que estaba metiendo droga. Me importó un comino. Conseguí una hipodérmica desechable, con mi amigo Gómez un gramo de la mejor cocaína y una noche la esperé. Llegó muy tarde, cayéndose de la borrachera, bajando de todas las trabas. Yo la recibí, le sobé su cabecita hasta que se quedó dormida en mi pecho. Preparé la cocaína, tomé uno de sus brazos, cuando lo estiré y palpé sus buenas venas abríólos ojos y me miró, perpleja.

Yo le sonreí. Creo que se inyecté medio gramo, en empujaditas le~es. Ella hizo caras y nsrtas y yo sentí celos: nunca se portó así con mis orgasn;os. Luego se levantó y comenzó a saltar por toda la casa, puso el este reo a todo volumen y a mí no me importó que despertara a Augusto. Yo reí con ella.

Hace días que no la veo. Se fue a paseo creo que a San Agustín con un~ mana,da de gringos. Espero que no vuelva, que se muera; que reciba alla su merecido. Yo he terminado sexto con todos los honores, leo Comics y espero con mi hijo una mejor época.

rinrl.r , t iiii los años. testimonio de mi existencia. No creo que ella
~(0)!).

Nos casamos al escondido, toque muy aristocrático para familias como la suya y la mía. Fuimos el matrimonio más joven de la sociedad caleña y salimos mucho en el periódico y la gente nos miraba y nos hicieron muchas fiestas y nosotros respondíamos a todas con actitud calladita y mayor, reflexionando siempre. Con alegría entramos a sexto de bachillerato, comparando y acariciando nuestros libros de texto. A los pocos meses engordó muchísimo y le vinieron los vómitos, así que no pudo volver al colegio y perdió sexto. Yo solamente falté a clase un día: el día en que después de cuatro horas de terquedad y mucho sufrimiento, dejó salir a mi hijo. Nació en un día lluvioso. No nos pusimos de acuerdo con el nombre, pero prevaleció mi opinión: lo llamé Augusto, que hace pensar en porte distinguido y en conciencia de victoria, siempre. Fui toda una celebridad en el colegio, padre a los 16 años. Ella no quiso hacer gimnasia y le quedó una barriga arrugada muy fea, y los senos se le hincharon como brevas y después se le cayeron. Recuerdo madrugada en las que yo abría el ojo sólo para hallarme en la física gloria, despertado por el llanto de Augusto, y volteaba a mirarla a ella, despierta desde hace muchas horas con la mirada perdida en el cielo raso, negándose siempre a contestarme en qué era que pensaba. Yo no insistí. Yo había previsto eso. No cuidó bien a nuestro hijo. No quiso tampoco volver al colegio. Le perdió interés a todo, se pasaba los días sin asearse ni asear la casa, mal sentada en una silla, presa de un vacío que supongo debe ser normal después de que uno ha estado lleno y redondo como una naranja ombligona. Yo no la toqué más. Ella tampoco se hubiera dejado. Al fin, un día salió de la casa. y se demoró en regresar. Hizo amistades nuevas. jóvenes más viejos que ella, y seguía saliendo. Pero falta no me hacía. Yo cumplía puntualmente con mis deberes escolares. Me levantaba temprano, le daba el tetero al niño, cambiaba pañales, barría, trapeaba. Al volver del colegio me la pasaba horas dejando que Augusto me apretara el dedo índice y contemplándole su pipí, lo único que sacó igualito a mí, porque todo lo demás, ojos, pelo y frente eran de ella.

Cuando regresaba, nunca conversábamos. Se tiraba por ahí, sin dormir, o a oír música. Supe que estaba metiendo droga. Me importó un comino. Conseguí una hipodérmica desechable, con mi amigo Gómez un gramo de la mejor cocaína y una noche la esperé. Llegó muy tarde, cayéndose de la borrachera, bajando de todas las trabas. Yo la recibí, le sobé su cabecita hasta que se quedó dormida en mi pecho. Preparé la cocaína, tomé uno de sus brazos, cuando lo estiré y palpé sus buenas venas abrió' los ojos y me miró, perpleja.

Yo le sonreí. Creo que *!e* inyecté medio gramo, en empujaditas le~es. Ella hizo caras y nsitas y yo sentí celos: nunca se portó así con mis orgasn:os. Luego se levantó y comenzó a saltar por toda la casa, puso el este reo a todo volumen y a mí no me importó que despertara a Augusto. Yo rei con ella.

Hace días que no la veo. Se fue a paseo creo que a San Agustín con un~ mana,da de gringos, Espero que no vuelva, que se muera~ que reciba alla su merecido. Yo he terminado sexto con todos los honores, leo Comics y espero con mi hijo una mejor época.

1974

LOS MENSAJEROS

Aún si ellos no vienen cómo lo prometieron, regresarán sus hijos o los hijos de sus hijos. Es que las cosas han cambiado aquí de tal manera y ha pasado tanto tiempo que, no sé, uno no puede recordar nada: eso es lo que voy a decirles cuando vuelvan, que todavía nuestra ciudad existe; miren que allí no más está la portada de los Studios, y ahora que ustedes han regresado podemos comenzar otra vez ¿no? Pero si no regresan, si antes de morir han enviado a sus hijos, les cuento todo a ellos, les digo que aquí donde yo estoy acostada mirando al cielo se alzaba hermosa y radiante, un día, la Fuente de los Bomberos, dónde Caroly O'Connor se bañó desnuda un 27 de Julio a las doce de la mañana y de allí en adelante todas las mujeres de Cali siguieron haciendo lo mismo, y después hasta los hombres ¿no? Hasta que hubo necesidad de construir 25 Fuentes de Bomberos, porque la otra ya no daba abasto. Claro, porque si regresan los hijos querrán saber todo, el glorioso pasado de sus padres y de sus abuelos, si es que en nuestra ciudad caben esos términos. Llegar a buscarme desde el otro lado del mundo, les dijeron anda en busca de una ciudad que se llama Cali, que todavía debe existir porque cuando se acabe Cali se acaba el mundo entero, y cuando llegues allí encuentra a Lalita Dos Ríos, que ella se quedó y debe estar todavía esperándonos. La reconocerás por la belleza de sus ojos y por el brillo de su sonrisa. Sí, Mr. Rudolph P. Houston, yo no he abandonado esta ciudad suya, yo lo sigo esperando a usted o a la persona que usted envíe, a la que me encuentre aquí tirada mirando nuestro cielo y me diga que viene en nombre suyo a reconstruir todo. Y necesitará saber la historia ¿no? Pero de eso me encargo yo, Mr. Rudolph P. Houston, usted déjeme nomás contarle acerca del día en el que usted llegó por primera vez a Cali y decidió hacer de ella el primer centro del cine en el mundo, y de cómo a los tres meses su deseo estaba realizado, sabe, y le cuento también acerca de todos los astros que llegaron un día cómo cualquier otro y que jamás salieron de esta ciudad, se negaron a hacerlo. Claro, hasta que comenzó eso.

¿Recuerda, recuerda Mr. Rudolph P. Houston, la cara de todas las muchachitas cuando Anthony Tex llegó a Cali? Cuando entró

en el automóvil más blanco y más grande que haya visto caleño alguno, niños, pero cómo estás de crecido: has salido cómo dos gotas a tu madre, la gran estrella de carácter Constance Newman, esa sí era mujer hijito, prefirió morirse de la pura tristeza antes de abandonar nuestra ciudad, esta ciudad que ahora tienes ante tus propios ojos muchachote, no es sino que te levantes un poco para que veas esas piedras enormes, míralas, esas que están allí cubiertas de maleza: esa es la portada de los Studios del Río, el centro más gigantesco en el mundo de la producción cinematográfica, que comenzaba allí mismo y abarcaba toda la ciudad de Cali hasta las orillas del río Pance; no, ese caño que ves allí es el Río Cali, el río más hermoso del mundo, el que atravesaba los Studios de lado a lado, pero ya lo ves, cuando llegaron los tiempos malos se comenzó a secar y no ha vuelto a traer agua desde que ellos se fueron. Y a decir verdad no sé que habrá sido del río Pance, a lo mejor ha corrido, como todo, la misma suerte, o tal vez sigue escurriendo agua estrellándola contra las piedras blancas, uno no sabe. Y aquel hermoso campo que ves allá, muchacho ... no, allá: detrás de aquellos aros, eso es la Avenida Sexta, una de las maravillas del mundo hijito, a donde llegaban las estrellas de otros países con él propósito de quedarse un fin de semana pero se quedaban para siempre. Uno los veía conversar con las muchachas en las Fuentes de Soda, mirando al cielo y escogiendo a la persona más bella que se encontraran por la tarde para comenzar a amarla hasta el otro día. Porque en Cali todo el mundo está dispuesto nada más a que lo amen, eso lo sabe todo el mundo. Y esta grande construcción que ves aquí no es otra cosa que la casa donde tu madre se dejó morir cuando comprendió que definitivamente los habitantes de nuestra ciudad se estaban yendo. Yo le hablé, traté de convencerla que ellos volverían porque todos lo han prometido, es solamente mientras todo esto pasa. Pero ello me respondió sí, ellos se están yendo y volverán pero yo no puedo hacer lo mismo porque Cali es toda mi vida y Cali sin su gente no puede existir, se hunde Lalita. qué le vamos a hacer si es nuestro destino La lita. Entonces se encerró en su cuarto y jamás volvió a salir: aún debe estar allá, esperando como yo a que ustedes regresaran. Antes de encerrarse ella sabía que yo no me iba a ir de la ciudad, lo supe porque me dijo tienes que darle recuerdos míos ¿no? Tienes que andar por sus calles y preguntarle si todavía puede acordarse de mí Lalita, porque tú estarás muerta también cuando ellos regresen, porque tú no podrás soportar ver cómo se marcha la última persona. Pero así. Constance, yo espero, porque ellos lo prometieron y van a cumplir la promesa.

Tú también lo prometiste, por eso tienes que volver Anthony. Llegas para que yo compruebe que los años no han pasado por tu hermoso cuerpo, y sonrías al encontrarme y me coges de la mano y así recorremos estas ruinas que algún día fueron nuestra ciudad, y que todavía nos pertenecen. Mira que yo sigo habitando en el mismo lugar donde me conociste, aquél día en el que te me acercaste desnudo y chorreando agua a decirme algo que no pudiste decir al fin porque jamás aprendiste a hablar caleño, Anthony, hasta que vino Good Fat Jim y sonriéndome y mirándome a los ojos dijo mire señorita aquí el señor, la estrella de cine Anthony Tex la quiere a usted para que protagonice con él la película de los Studios del Río llamada "La Voraz Estrella del Trópico". Sabes lo que significa recordar todo eso, Anthony, saber que junto a Caroly fui la más popular actriz de los Studios del Río y por ende del mundo, yo, Florencia Cobo, más conocida cómo la famosa el colmo del sex-appeal vertiginosa arrolladora Lalita Dos Ríos. Y debemos recordar también el día de la premiére mundial de "La Voraz Estrella del Trópico", y los aplausos de la gente de esa ciudad, ¿cómo era que se llamaba Anthony la ciudad donde tú naciste? Y después nos avisarían que yo y tú y Good Fat Jim y Constance habíamos ganado unos premios que se llamaban óscars que no sé quién los daba ni en qué consistían, porque el barco que nos los traía se hundió sin siquiera llegar a Buenaventura, así que jamás volvimos a saber de ellos. Después vendrían "Amor del Caribe" junto a ti y a Caroly, en la que yo hacía de la condesa que llegaba a un país extraño y te conocía a ti entonces se armaba un, ¿cómo era que le decían? Ah sí, torbellino de pasiones borrascosas, porque tú estabas casado con Caroly, pero hacíamos todo lo posible para que ella se muriera porque había que morir de lo que son capaces dos seres cuando caen en las redes de los amores locos, ¿no es así? Y "El Seductor Empedernido", donde para ti las mujeres eran objetos que se usaban y se dejaban, y con todas esas escenas de amor que explota como llamaradas en la pantalla, y esa tan triste que se llamaba "En busca de nuestros Hijos", donde Constance nos buscaba con teozón, fe y coraje por los más recónditos rincones del mundo ¿no? y "Lejos del mundo", un drama desgarrador de pasiones encontradas con toda la fuerza de los sentimientos humanos, entonces fue cuando llegó aquel director con nombre tan raro y que nadie sabía de dónde era, si de Rusia o de Hungría o de Polonia, que dizque eran países que quedaban muy lejos y que habían construido una cortina de hierro para que nadie saliera, eso era lo que decían. Ese director que se llevó tantos premios en todo el mundo por esa película que nos hizo protagonizar pero que a ninguno gustó

por aburrida. De todos modos el señor ese no duró mucho tiempo en los Studios porque Mr. Rudolph P. Houston se encargó de comunicarle que no lo queríamos más entre nosotros, que los Studios no necesitaban gente que hiciera películas raras. de modo que hasta luego, se fue sin decir ni mu de la misma manera como llegó, y hasta mejor, Anthony, porque el señor ése nunca participó de la alegría de nuestra ciudad: lo único que hacía cuando no estaba filmando era caminar por las calles, solo y sin saludar a nadie. Ahora lo recuerdo de vestido oscuro, saliendo de la ciudad con una maleta pequeña y sin voltear atrás.

Ese mar de gente feliz que se veía por nuestras calles, pero acérquense que esto, con todo lo que ha pasado está oscuro que da miedo. Esa radiante felicidad que se extendía hasta contagiar todo el paisaje y el cemento y todo aquel horizonte formado por las luces y los reflejos de la ciudad, y Constante Newman con flores de mango en el pelo llorando de felicidad y proclamando que esto es su vida y su destino, que bañarse desnuda a las doce del día en la Fuente de los Bomberos No. Uno es alcanzar una clase de existencia que va mucho más allá de todo lo conocido. Y cuando llega diciembre se prohíbe decir que no a cualquier persona, y el día siete se castiga al que no acuda a la Avenida Sexta a tirar bombas de agua y a reírse y a amar a quien quiera porque si hemos construido nuestra ciudad a puro amor eso quiere decir que somos inmortales. Tampoco podemos olvidar a la gente desnuda amándose en las calles mientras las chicharras cantan en las acacias y los flamboyanes.

Pero aquí no todo será ruinas cuando ellos regresen, cuando Mr. Rudolph P. Houston se acerque caminando a mi Fuente y me vea y sonría, cuando se tire a abrazarme y a anunciarme a gritos que ha regresado, Lalita mía los Studios del Río no han muerto. Ellos no quisieron volver pero yo sí, porque no me muero lejos de Cali y de su gente, aunque solo quedes tu Lalita, y regresar a Cali quiere decir encontrar la inmortalidad, eso ya lo sabemos. Entonces él ha llegado y salimos a recorrer todos estos lugares que ahora permanecen solos, y ya Mr. Rudolph P. Houston tiene planes hechos, de la misma manera como cuando llegó por primera vez a nuestra ciudad y respiró su aire, cuando supo que construiría aquí el emporio cinematográfico más grande del mundo: los Studios del Río, en donde llegaron a filmarse un promedio de 42 películas mensuales, a donde la gente llegaba y no se iba, y no sé si ya les he contado que Constance Newman está encerrada en esa casa en ruinas, dispuesta a dejarse morir antes de abandonar nuestra ciudad. Así eran los Studios y así era Cali y su gente hasta que de repente comenzó eso.

Aguantaron un tiempo, tu padre ~no de los que más. Sesentaban al frente de s~s casas, esperando a que todo pasara, sin sonreír y sin hablar, y casi no dormían imaginando en lo que iban a hacer cuando todo volviera a la normalidad. Pero día a día las cosas fueron empeorando, entonces se pararon de sus asientos y comenzaron a and~r por las c~lles de Cali, entre la oscuridad y toda esa i:nuerte, mira~do al honzont~ y sin hablar con nadie, como en cierta epoc~ lo habra hecho ese director que trajeron de por allá lejos. (.aminaban pensando en un día cualquiera en el que todo amaneciera normalmente Y pudieran salir otra vez a las calles, llenos de luz Y. transparentes ~ felices, entonces podríamos reanudar la filmación de "El Anill? de la Maldad", donde debutaba Jimmy, el ~uchacho que había llegado a los Studios cuatro días antes del mal tle~p,o, y cuand~, comprendió que Cali se estaba muriendo se olvido de todo, dejo de reconocer a los amigos y se puso a andar de un lado para otro ~om.o tantos otros, llorando o sonriendo. no sé. al topars~ con la ~a sm vida Fuente de los Bomberos No. Cinco o con cualquier esquina de la Av~ida Sexta, en donde hace pocos días había ~lcanzad? la total felicidad. La última noche yo lo encontré por a,lh, tropezandose con las cosas porque estaba ciego, él me reconoció, ele eso estoy segura. pero no se detuvo. siguió caminando por la calle '5 y por allí se perdió para siempre.

Cuando todos se preguntan por qué es que ha sucedido esto. usted. Mr. Rudolph P. Houston ni siquiera abre Ja boca

fijate que te iba a gritar. Jimmy, que ellos todavía no han vuelto. apenas te vi aparecer tambaleante. por la calle '5. Te iba a gritar que te devolvieras. pero ah.ora tu estás aquí. pero te has equivocado h~rmano. de nada ha servido tu regreso porque ni ellos han vuelto ~1 la ciudad ha cambiado. tienes que creerme a mí porque soy la u~ica persona que se ha quedado. que todavía los sigue esperando Jimrny. Yo estoy aquit desd~ el día que anunciaron que se iban por u~ tiempo pero que volverían. Primero se alejaban tímidamente mirando arras a cad~ rato o llorando como niños: después ya se l~an en gr~ndes.cantidades. pero siempre prometiendo que algún día volverían. tienes que esperarnos Lalita, los Studios del Río todavía no han muerto. Usted nada más váyase tranquilo. Mr. Rudolph P. Houston. que yo espero.

1969

DESTINITOS FATALES

A un hombrecito le gusta el cine y llega y funda un cine club, y lo primero que hace es programar un ciclo larguísimo de películas de vampiros, desde Murna u y Dreyer hasta Fisher y ese film que vio hace poco de Dan Curtis. Al principio hay mucha acogida y todo: el teatro se llena. Pero semana tras semana va bajando la audiencia. Como se sabe. el público cineclubista está compuesto en su mayoría por gente despistada que acude a ver acá "el cine de calidad" que no puede ver en los teatros cuando éstos sólo exhiben vaqueros y espías: imbéciles que abuchean una película de John Ford con John Wayne "porque el ejército de EE.UU. siempre mata muchos indios", que le dicen imbécil a Jerry Lewis. Esa gente cómo le va a coger la onda a los vampiros. no falta por allí uno que insulte al hombrecito del cine club por estar exhibiendo cosas de éstas cuando los estudiantes luchan en las calles, gente que únicamente sueña de noche y que siempre duerme bien y al otro día se despiertan y pueden hablar de amor. de papitas. de viajes, de política y cuando llegue la noche se ponen a soñar de lo mismo que han hablado durante todo el día. Pues bien, el hombrecito de nuestra historia comenzó a perder grandes cantidades de dinero. porque ya al final no iban más que 10 personas a sus películas de vampiros. 9. 8. 7. 6. 5. los últimos 4 si empezaron a conversar. a contarse recuerdos, pasó el tiempo y uno de ellos se mudó de ciudad. otro amaneció un día muerto, uno se graduó de arquitectura y nunca nadie más lo volvió a ver por estas tierras.

El hecho es que el sábado 25 de septiembre de 1971, el hombrecito encontró, al ir a introducir el último film del ciclo. que no había más que un espectador en la sala, allá detrás, en un rincón, mitad luz y mitad sombra.

El hombrecito iba a comenzar a hablar de la película que amaba tanto, pero el Conde se paró de su butaca y le sonrió, y el hombrecito tuvo que bajar los ojos.

Un empleado público se monta a las 2 del día en su bus de todos los días, paga, registra, y para su satisfacción queda un puesto por allá, se dirige al asiento vacío sin ver a nadie conocido, pero para qué conocidos a esta hora y con este calor, así que el empleado público en lo único que piensa es en el almuerzo que su mamá le tiene cuando llegue a casa, en la siestecita de 5 minutos. en el sueño que sueña, y por pensar en eso ni se ha dado cuenta que este bus en el que se ha montado no para cada 4 cuadras ni para en ninguna parte, y cuando cae en la cuenta el hombrecito lo que hace es apretar las manos que le sudan pero nada más, o tal vez volteara mirara los pasajeros, todos hombres, una mujer en la última banca vestida de negro, todos de piel oscura y por qué será que todos están así de flacos y por qué a todos se les ve el hambre en la cara, por qué, sobre todo el chofer cuando voltea la cara y lo mira a él. Y da la señal. Entonces el bus para y todos se le van encima, y cuando al hombrecito le arrancan el primer pedazo de mejilla piensa en lo que dirán sus compañeros de oficina cuando salga mañana en el periódico.

Pero mañana no va a salir nada en el periódico.

m

Un hombrecito va por allí caminando fresco, cargando un libro de Mr. Edgar Allan Poe que pesa 5 kilos. De pronto un gordo lo ve pasar y se le acerca y le pregunta:

-Dígame, ¿no le molesta andar con ese libro tan pesado parriba y pabajo?

El hombrecito, que es muy bondadoso y un poco ingenuo, no se da cuenta que el gordo se quiere burlar de él. y por eso piensa antes de contestar. para darle la respuesta exacta: y ella es:

+Lo que pasa es que desde hace un tiempo para acá me di cuenta que yo vivo mi vida montado en un globo. y el libro de Edgar me sirve de lastre. Lastre para no elevarme tanto. para no ir a parar a una región desconocida. habitada por gente que a lo mejor no me gusta, que no conozco. Además la persona que más supo de globos en el mundo fue mi amigo Edgar.

Y el gordo al oír eso se le ríe en Ja cara. Y el hombrecito comprende ahora y se pone muy triste. Y la tristeza le dura cinco días. Hasta que se encuentra en una película una actriz americana de la que se puede enamorar fácil. y la tristeza se le pasa.

ANGELITOS EMPANTANADOS O HISTORIAS PARA JOVENCITOS

"Here I lie

In my hospital bed..."

Mick Jagger-Keith Richard

Sister Morphine

Heme tendido en esta cama: hace cuánto no lo sé, pues he perdido el apetito y nunca duermo, y afuera hacen unos días oscuros y calientes, como si la ciudad estuviera próxima a la peste: no veo que nada se mueva, a excepción del viento y del polvo que trae el viento. Pero los árboles ni se mecen. El empapelado de las paredes, tan desteñido, me recuerda antiguos veraneos. No digo que no haya salido, pues recorrí las calles de esta ciudad que ya no reconozco, o digo: que *casi* ya no reconozco, porque las cuatro manzanas que aún confluyen en la esquina de Mónaco, y las montañas imperturbables siguen siendo para mí referencias. Lo que pasa es que la última vez llegué a este cuarto (en el viejo edificio donde funcionaba la Alianza Francesa) agitado con tantos recuerdos, tan desordenados. 1.3mo dolorosos, o más bien: dolorosos por lo desordenados, que creo que ahora ya no salgo, es un dolor de adentro que no cesa: entonces me he impuesto la urgencia de encontrarles una sucesión, una armonía, que no digamos justifique mi estado actual. pero que al menos neutralice tanto potencial. tanta capacidad de herirme.

Así pues, me apresto a hacer con los recuerdos que aún controlo, una historia. A ello me mueven necesidades de orden más bien práctico, ya que siempre que me acuerdo grito.

"No son gritos, son berridos", me dijo, susurrando. la casera la señora Mariana de la Cruz(hasta parienta mía). "Y los inquilinos están verdaderamente alarmados. Si no hace de su parte por calmarse un poco, me veré en la obligación de cancelar su contrato aunque no sin pena, créame".

Para comenzar esta historia pudiera escoger una mañana luminosa, un viento sin polvo (la plasticidad de los contrastes), un

III,IIIIII dI IIhlos. Mejor veamos: a las 9 de la mañana baja por la lwl11d11 Sexta, hacia el sur. un bus "Blanco y Negro" (Blanco y Nuncu", le decíamos de muchachos). A esa hora iban más bien vuelos.

Cuando Angelita montaba en bus (y montar en bus le fascinaba cualquier acción que significara trasladarse la tranquilizaba mucho) su asiento era el último en llenarse completo. Ningún hombre se le sentaba al lado sin antes pensarlo dos veces. Lo cierto es que ella mantenía como una agresividad que se manifestaba, sobre todo, en lo desprevenida que paseaba su belleza, y un tímido hubiera prevenido allí una hu millación, cierto gesto duro en la boca. suficiente. se lo advertía, cierto sentimiento de alerta en la mirada. Pero en general era que se avergonzaban de interrumpir tanta independencia. Angelita sacaba los codos y la cabeza por la ventanilla (siempre se estaba quejando de que el pelo se le ensuciaba rapidísimo. y era que ni después del *shampoo* se privaba del gusto de ofrecerlo al viento) y se dedicaba a una contemplación de los andenes. de las palmas africanas, que ofendía a los buen mozos pues se sentían marginales e incapaces. Lo que era curioso, no faltaba por allí ninguno que también se asomara, que se pusiera a mirar la calle en movimiento, tratando de encontrar el motivo de aquella exagerada atención; incómodo, veía pasar las mismas orillas. un hombre con una botella de alcohol amarrada al pecho imprecando a los carros y a las mujeres; entonces el curioso, disgustado, se acomodaba ele nuevo. y si la hubiera mirado bruscamente gozaría de la visión de Angelita cerrando los ojos (ese gesto anunciaba siempre una breve reflexión profunda para abrirlos ante una mujer que llevaba un vestido de la misma tela que su camiseta). Con el tiempo fue adquiriendo la costumbre de volver la cara violentamente ante un objeto desagradable, y de quejarse y hablar sola siempre que un pensamiento doloroso volvía sobre lo que ella intentaba fuese un tránsito de impresiones y recuerdos gozosos.

Sucedía que cuando el bus ya estaba lleno (a la altura del paradero del Parque Bolívar) el chofer, mirando por el espejo, tenía que reprocharle a los pasajeros lo absurdo de aquel asiento vacío, entonces alguien se decidía y se dejaba caer en un impulso sacándole aire al cojín, y ella aunque consciente de la irrupción no voltiaba a mirar; pero el otro era incapaz de seguir ignorando durante todo el viaje la repentina dureza de aquel cuerpo que por más que intentaba no podía, con tanta curva y frenazo, dejar de tocar. Y al rozarlo lo sentía dulce y tibio. Si él se bajaba antes, pisaba tierra con un agobiante sentimiento de exclusión (si era uno de los buen mozos, imgenense). Pero si era Angelita la que primero tocaba el timbre, el

hombre se confundía todo ante ese "Permiso por favor" que ella siempre acompañaba de algo de presión con la rodilla; a la vez lo invadía una como misericordia por aquella muchacha de rostro abierto y frente tan sudorosa, tan sudorosa que humedecía la profunda raíz del pelo, esa muchacha de bluyines que no podía soportar la cercanía de él, un semejante, sin demostrar tanta consternación, tanta agonía. Sólo después de que la había visto bajar a tierra y perderse con paso largo y torpe se le antojaba el sentido y la naturaleza de ese (que ahora sí recordaba) ronco "Permiso por favor", y del furioso golpe que ella le dio en la pierna, tanto que cuando bajara le seguiría doliendo, y esa tarde también, y también mañana.

Angelita era la hija mayor del matrimonio formado por el doctor Luis Carlos Rodante y Fernanda Beltrán de Rodante, quienes no economizaban ninguna clase de medios para hacerle saber el amor que les inspiraba. El doctor Luis Carlos se casó cuando aún le faltaban 3 años para adquirir el título, y Fernanda tuvo a Angelita a la edad de 16 años. El doctor no predijo hombre ni mujer: lo único que le interesaba era tener un hijo, y cuando se lo anunciaron corrió a cargar a una robusta aunque compungida niña, famosa en los anales de la Clínica de Occidente porque no paró de llorar hasta el alba (nació a la medianoche), sin que valieran masajes ni palmadas de los médicos, que al final, cansadísimo pero interesados, optaron por hacerle ruedo y verla llorar con un desconsuelo y un terror supremos, hasta que se calló sola, cediendo a una mirada particularmente fija en el más joven de los médicos, un pelirrojo, que se sintió nervioso y se fue de allí. Cuando le anunciaron a Fernanda que la niña no lloraba más, hizo un comentario sabio: "Ella hace lo que quiere".

A los 14 años Angelita se hallaba en pleno desarrollo de una belleza que ya desde los 2 despuntaba despuntaba en unos rasgos apretados, que en un principio no revelaban más que azoramiento y miedo y eran motivo de preocupación para sus padres. Pero a los 14 ella les era su alegría, y también la alegría de las sirvientas de interés y simpatía poco comunes por estos lados, habida cuenta que las negras son hipócritas y las pastusas se embrutecen ante la ciudad. Era verdad que en esa frente, boca y nariz se reconocía al padre, mientras que en la mirada, la calidad y el color del pelo uno distinguía a la Fernanda que caminaba por las avenidas, y su cuerpo era meneado por el mismo espíritu que hizo famoso por más de dos generaciones el caminado de la madre.

Por su parte, Angelita se consideraba más bien un producto espontáneo, y nada la hubiera llenado de más extrañeza que la

mención de ciertas leyes biológicas de herencia. Para ella, su belleza era la única actitud posible de expresar la riqueza moral que la animaba ante la vida, o esos insomnios que la cogían las noches de luna, las noches y las noches sentidas desde la ventana.

A los 18 años Fernanda tuvo un hijo hombre: Antonio Rodante, que salió bello, de mirada moribunda, pelo abundante, seco y puyoso, y aunque la boca era bien formada (como la del padre), la terrible empalizada de los dientes acabó por deformarla, produciéndole desde muy niño una extraña fantasía: que no podía controlar su propia boca; se quejaba también de digestiones prolongadísimas y de que ninguna de sus piezas dentales ocupaba el lugar que era. Se crió de naturaleza solo, propenso al encierro y a darse contra las paredes.

A todas esas, sus padres no acertaban en la causa de semejante desacierto. ¿Qué particular modalidad, qué impulsos retorcidos habían producido un ser tan imperfecto? Llevado de cierto afán de experimentación científica, el doctor Luis Carlos Rodante acosaba a Fernanda para que tuvieran otro hijo, idea que de sólo nombrarla la llenaba de un terror que con el tiempo fue haciéndolo frecuente y prolongado, obsesión que hizo de ella una mujer extraviada en furibundos silencios, en los que acabó perdiéndose. Mientras tanto el doctor, obsesado en la sola idea de tener un hijo más, e incapaz de entender la razón de la negativa de su esposa (cuyo acuerdo le habría producido gozo, nada más que gozo), fue desarrollando una perplejidad que alcanzó su última forma en el egoísmo (es decir, un egoísmo con la boca abierta), alimentado de un profundo desprecio por la persona a la que había unido su vida. Me parece no suponer mal si digo que la muerte les llegó habitando un mundo estrecho, sin ver más allá de sus respectivos y poco gratos sentimientos.

Antonio Rodante, niño sin aficiones, no demostraba otra preferencia que la que sentía por Angelita. Ella respondió regalándole su compañía, y expresándole tanto amor y dedicación, en tantas y vehementes formas que, en los tiempos en que la conocí, me llenaban de confusión y terror. ¿Qué, será que esta última palabra la he de utilizar muchas veces en el relato que escribo? Si así fuere, que el lector sepa disculparme, extraño como soy a los gajes del oficio literario: tal palabra significa para mí un lugar común, que trataré de explicar de diversas maneras, no muchas en todo caso, en nombre de la brevedad: puedo decir que es lo mismo que siente el asmático en su sueño; ella era como si me trajera el viento, y yo respiraba contento; sin ella la ciudad se cubría de una bruma de veneno. Por eso me fui de aquí, y ahora que regreso soy capaz de

fijar su presencia en cada esquina. Si permito la pena no seguiré escribiendo; no quiero pensar más en esto.

Para que entre a relatar el día que vi por primera vez a Angelita, es preciso que deje constancia de algunos antecedentes, por ejemplo lo de las revistas.

Lo que era viernes, las 2 últimas horas de la tarde (Geografía e Historia) me la pasaba pensando en el puesto de revistas. Era uno situado en la primera ceiba a la derecha del Paseo Bolívar, al que me había llegado buscando los cuentos de Santo El Enmascarado de Plata (que en mi casa me los tenían prohibidos junto a los de Edgar Allan Poe, porque eran cuentos de la plebe), y terminé fue descubriendo las revistas de mujeres: cuando ya llevaba mis tiempos de ser cliente me las mostró con disimulo el dueño del puesto (un cucuteño hosco, de fabulosa mota, con el que me enemisté después porque Je pedí rebaja y él no quiso dárme la, y yo me puse altanero Y él me dio de pata. y yo me le fui corriendo pero mentándole la madre, no en voz alta sino vocalizándole bien el insulto sin que ningún sonido saliera de mi boca, pero tan claro. era que a ~as 2 cuadradas-el hombre aún se sentía aludido y quiso salir a perseguirme pero no encontró nadie que se le quedara cuidando las revis~as) cuando ya no había un solo cuento de Santo que yo no hubiera visto. incluso los tomos. entonces me dijo:

"Vení acercate te muestro una cosa".

Yo me le acerqué con cuidado. Debajo de muchos "Domingos Alegres" me dejó ver la primera revista.

"¿No querés mejor ver una revista de éstas?", me dijo, y como que se reía.

"¿Cuánto vale?"

"A treinta, barato", me contestó.

Yo le pagué Jos 30 (pero no era barato) y me senté en la banca de siempre: ya habían tumbado el viejo teatro Bolívar y en su lugar no había quedado más que el lote lleno de maleza. y la calle entre el parque y el lote no estaba aún pavimentada. Digo que siempre me sentaba en la banca frente al lote. Abrí la revista. voltié rápido la primera página y miré para todos lados: en las otras bancas se hacían. igual que hoy. viejitos conversadores de saco y corbata, bastón y ~ombrero. y alrededor embaladores negros. Yo me cambié de banca. Me hice en una bien al fondo, al lado de la fuente, Y me sentí inquieto mirando el batallón Pichincha. edificio gótico que hoy no existe: en aquella época ya habían trasladado a los soldados a Meléndez ven el edificio funcionaba el colegio Politécnico, donde estudia ron Jorge Herrera. Carlos Bernal. . . Había quedado más cómodo en aquella banca del fondo, hasta escuchando el sonar del

agua de la fuente, viendo una mujer acostada sobre una alfombra verde: le habían sacado la foto en picado y miraba a la cámara sacando la lengua, con los *pocheques* desparramados. Entonces el dueño me gritó desde su banquito y todo el mundo oyó, y yo estaba sabroso y por eso sentí vergüenza.

"No se me haga tan lejos, pollo, que me gusta tener a los clientes a la vista".

~o pasé la página ?e la mujer en la alfombra rápido, como para que vieran que no me interesaba mucho, y me fui y me hice en mi banca frente al lote, la única desocupada. Nadie me había visto. Nadie me vio que vi la revista 3 veces, hasta que vino el dueño y me dijo: "Ya estuvo", y me arrebató la revista. "Si quiere verla más a ver los otros treinta".

Yo no le dije nada, flojito como estaba. Me quedé allí un rato mirando el lote, los carros, agarré mis libros y me fui caminando Sexta abajo. ¿Cómo sería poner toda la mano encima, le sacarían a uno la lengua? Cuando llegué a mi casa me abrió mi hermana mayor, y yo no fui capaz de subir los ojos para que no viera que ya había conocido a la mujer.

Dormí por el cansancio de la pensadera, arrullado por la angustia, perdido gustoso, ya nunca más niño.

El otro lunes, bajando del San Juan Berchmans por todo el Centenario, aspirando esos árboles dulzones, supe que adonde estaba yendo era al puesto de revistas, y me dije: "No, no te lo permito"; en aquella época era hombre de férrea disciplina debido al método que seguía para consagrarme al estudio. Así que me fijé un horario. Sólo los viernes iba al puesto de revistas, y a partir del último recreo de la tarde ya no atendía clase, perdí Geografía en ese mes de mayo (primera vez en mi vida), pero no me pareció ni tan raro pues Quiroga el flaco me tenía odio, sentimiento que no demoró en comunicárselo a su hermano, que era gordito y no se le parecía en nada (seguro no eran hermanos); daba matemáticas, así que en mayo perdí Álgebra también.

Historia, que era la última hora del viernes la saqué en un 3 raspado. Tampoco sentí remordimiento cuando me entregaron la libreta con 2 rojos y el padre Prefecto me amonestó: "Me extraña de usted, un alumno tan aplicado". (Yo era oficialmente reconocido como el mejor del colegio en lo que era Religión, Historia y Literatura). Lo que yo hice al recibir la libreta fue extrañar el próximo viernes. Tocaban la campana de fin de recreo y yo sentí que se me desmoronaba el cuerpo; me tenían que empujar para que subiera rápido las gradas, y cuando me sentaba en el pupitre y miraba con cara de bobo el tablero verde, cualquiera que me viera pensaría:

"Tiene la paz adentro". La verdad era que yo me sentía con control sobre todo: un crujido de tiza, una palabra silbada del profesor Quiroga (que era belfo y las palabras le salían como si tuviera una serpiente adentro), cuánto maíz al año producía Iowa, U.S.A., cuánto trigo. Yo sabía que mientras se fuera amontonando un número de datos era que me estaba acercando a mis mujeres en pelota. Y sonando la campana yo agarraba mis libros al vuelo y bajaba a la Sexta aspirando árboles de tal manera que los que paseaban por allí luego respiraban y no les olía a nada.

Pero no son esas mujeres, sino otra, el motivo de esta historia. He contado lo de las revistas porque la primera vez que vi a Angelita la vi enmarcada por la ventanilla de su bus y se me hizo como una página. Venía leyendo, porque se mordía el dedo de la pura concentración.

En el San Juan Berchmans habíamos cuatro madrugadores: Solano Patiño, Danielito Bang, Héctor Piedrahíta Lovecraft y yo. Todos estudiábamos en Segundo A, pero nos hicimos bien amigos fue de puro encontrarnos ante la puerta cerrada, antes de las 7. Por lo general, esperábamos a que tocaran la campana contando historias. El único que terminó bachillerato fue Héctor Piedrahíta Lovecraft. Los demás topamos con la fatalidad.

Aunque Solano Patiño era el más hablador, todos alcanzábamos a echar mínimo un cuento y he aquí, entonces, que fui advirtiendo algo muy extraño y que en un principio eludí por creerlo coincidencia, y era que se daba un momento, yo jamás tomé la hora pero había un momento exacto de cada mañana en que, en ese grupo, en esa esquina, se producía un silencio. Digo, podía estar hablando el que fuera, de pronto se interrumpía como si se le hubiese olvidado el tema. O si era yo el que hablaba, sentía que por cuestión de segundos nadie me ponía atención. La cosa me comenzó a inquietar de veras cuando después, al pensar en ello, no me llegaba sólo el recuerdo de un silencio sino también, de alguna parte, un zumbido. Un silencio y luego, del Este, un zumbido. Yo siempre me hacía de espaldas a la calle, ya sea que hablara o escuchara. El día que conocí a Angelita, Solano estaba contando una historia no muy interesante: "Encontré un parque; un parque no, un parqueadero, que de noche hospeda una oscuridad terrible. Si uno se hace en el centro, un observador situado en cualquiera de los extremos no puede verlo".

Tuvo que ser que mis sentidos estaban alerta, porque de pronto percibí antes que mis amigos el zumbido que yo sabía anunciaba el silencio. Voltié a mirar a la calle y preciso. Solano se calló, pues el bus del Liceo Benalcázar venía subiendo la cuesta zumbando, y en

la penúltima ventanilla vi a Angelita. Cuando el bus se perdió en la esquina, Solano habló de nuevo: "Es una oscuridad que tritura". Le interrumpí: "¿Quién es la pelada de la ventanilla?".

"Angelita Rodante".

"¿Rodante?" (se me ocurrió una estampa con sonido: el bus cuesta abajo, con el motor chirriando descompuesto). "¿O subiente?" dije, bromeando.

Solano no me contestó. Esa mañana no pudo terminar su cuento. Tocaron la campana y yo me les separé pero Solano se me vino detrás. Al lado de la virgen que nos daba la bienvenida, me tocó con una mano húmeda de agua bendita y me dijo: "¿Querés que te la presente)". Yo no le dije nada.

"Vivo en la misma cuadra que ella" insistió.

Yo apresuré el paso. Corriendo crucé la puerta de la clase.

Al otro día también la vi, y allí sí no estudiaba. Desde que apareció el bus pude verle la oreja izquierda y el pelo, y unos metros más acá fue cuando le encontré en la mirada una desesperación extraña: que la paseaba con ganas de fijarla en algo. Esa porción de su ruta diaria, lo que era la muralla del San Juan Berchmans hasta la esquina donde yo empezaba el día, ya no le interesaba nada. Da el caso que, entre los límites que acabo de indicar, al final empezaba yo, lo único nuevo. He pensado mucho en aquel momento. Puede que lo que le llamara la atención fuese la camisa roja que yo tenía (el rojo es el color que más se ve). O que era verano, y a mi lado se daba un seto de gladiolos florecidos: con ellos era que hacía juego mi camisa, era un conjunto difícil de ignorar en aquella mañana relampagueante. Me lo he repetido cuántas veces: le llamé la atención desde un punto de vista pictórico. Iba tan rápido el bus que tuvo que voltiarse para mirarme la cara. Con aquella mirada se inventó mi destino. que fue cruel.

Yo me salí a la calle hasta que el bus se perdió en la última curva. entre la montaña y la pendiente que forma el río. Tuve que volver sobre mis pasos. al andén. pues ya me estaban era cogiendo los carros. Cuando sonó la campana me le acerqué a Solano y le dije: "Presentámela: Presentámela por la tarde".

Ese viernes a las 5 le puse mucho misterio a la salida: no me quería dejar ver de nadie. me le perdí a Solano Patiño que se quedó todo descontrolado en la puerta preguntando por mí y luego se puso a buscarme de baño en baño. Cuando volvió a la puerta yo ya estaba allí. "Vámonos", me dijo. Y luego: "¿Dónde estabas?". Yo no le contesté.

En la última capa de montañas el cielo estallaba en rojos intermitentes, como si el objeto de tal ebullición fuera a volcarse

sobre la ciudad. Nada tiene de raro que los hechos que se sucedieron bajo aquel crepúsculo (en el tiempo incalculable que se toma en vencer la noche) se me antojaran cargados de significado. concediéndome a mí, su protagonista, méritos de hombre digno y de destino grande.

Me sentía ágil y tranquilo, aunque triste.

Antes de llegar a la Sexta se desgranó, de la mitad de aquella conmoción de azúcar hilada, un viento que aunque me refrescó la espalda me embadurnó todo. Descendí, pues, chupándome los brazos para quitarme el pegote que me fustigaba. En cambio Solano Patiño parecía gozar con el viento, pues desde que salimos del colegio no hizo otra cosa que retozar, volverse de cara al viento con los brazos abiertos y haciendo porque se le metiera en los sobacos.

Al llegar a la Sexta el hombre de las revistas me miró, y yo corrí. Hice pitar los carros cuando crucé la calle. Me puse a ver las vistas de *Audacias juveniles* en el teatro Calima, esperando a que Solano cruzara. Pero a él le gustaba salvar las calles con mucha calma. Angelita las llamaba ríos. Yo terminé de ver y ver las vistas, y no pude evitar un disgusto al verlo tan tranquilo en la otra orilla, con las manos en los bolsillos, esperando a que no hubiera carros para cruzar despacio, y tan concentrado que me pareció solemne, pero me destruyó esta impresión cuando se puso a mover los brazos como paletas en la mitad de la calle (imitando a los barcos que surcan el Missisipi), hasta que una camioneta blanca, solitaria, le hizo buscar mi orilla corriendo. Allí se quedó quietico, y luego resoplando. Nunca respiró bien.

"¿Sí estará a esta hora?", le pregunté. "¿Ya habrá regresado del colegio? ¿No habrá salido?".

"Sí está. Los viernes se queda con Carevaca, su hermano".

Los viernes era cuando a Antonio Rodante lo cogía la tristeza mayor, la que lo definía: no esa inquietud de los otros días. Decía que los viernes se sentía la víspera de fiesta, y cualquier celebración lo hundía con facilidad, lo ponía a caminar pisando duro. En ese viernes. precisamente, se encerró en su cuarto y se puso a golpear un libro contra otro cuando le faltó Angelita; estaba sacando de quicio a doña Fernanda. Ese viernes Angelita llegó del colegio a las 5, y Antonio la esperaba para decirle que quería ir a Pipcr. un estadero (grill y restaurante) en las montañas. Salir de la ciudad le subía a la cara una sonrisa que él sentía salirle del pescuezo: no era sino ver los primeros barrancos de tierra roja y los dientes no le incomodaban más; además bajar de noche, descubrir las primeras luces de Cali era un espectáculo siempre novedoso: entonces se acostaba tran-

quilo. Y era en noches como esas cuando al otro día se acordaba de los sueños, pudiendo así eludir la angustia del sábado, la mañanera, insoportable ya a las 2, que era cuando Angelita salía, sola, a un cine, para regresar a las 6 invitada a una fiesta de la noche. Si cuando ella salía Antonio Rodante se quedaba haciendo escándalo, su mamá lo encerraba con llave, y él así llenó de dibujos hechos con bolígrafo la parte inferior de las paredes de su cuarto.

Ese viernes Angelita pidió prestado el jeep y sacó a su hermano a Piper. Ella manejaba desde los 12 años, que fue cuando completó la serie, a saber: nadar, montar en bicicleta y a caballo y patinar; huelga decir que Antonio Rodante jamás desempeñó ninguna de esas actividades.

"¿Cuánto hace que conocés a Angelita?", le pregunté a Solano.

"Nací en la misma cuadra.", dijo. "La conozco muy bien. En julio cumple 15 años. Dicen que va a ser una fiesta grande". Y se quedó callado, como concentrado en preocupaciones. A nuestro alrededor sucedía toda la algarabía de los viernes por la tarde.

La primera vez que vi a Solano Patiño fue en mi primer recorrido en bus, en el primer día del año, cuando yo era nuevo en el San Juan Berchmans. Apenas se subió me pareció notarle facha de molestón, por eso me le puse alerta, pero no: Solano no se metía con nadie. hasta tenía fama de simpático. El único en el mundo que no lo quería era el padre Prefecto. Y una vez pelió: le buscó al que denunciaba a los que conversaban en el bus y se dieron a la salida, pero a Solano le dieron más. Lo sacaron del bus y casi que lo expulsan. Era bien conocido por sus saludos estruendosos, había gente que lo llamaba "Solano Saludador", y yo lo molestaba: "No le hacés honor a tu nombre", le decía, y él me ponía cara de serio.

Yo caminaba mirando a los que ya habían escogido murito para sentarse con sus novias, muritos llenos de parejas; si alguno llegaba tarde no le iba a gustar conversar parado y se iba, otros amigos y muritos encontraba. Los que estaban de frente a las montañas tuvieron que ponerse al socaire cuando se vino el viento, y así con la espalda en el murito aprovechaban para coger manos.

Llegando aquí no puedo dejar de decir que esa misma tarde, ya de noche, le cogí la mano a Angelita. Que me paré del murito y le hice frente al viento que me la impulsaba, que en llegando a mí estiró su mano y yo se la di, que hubiera podido ser saludo, pero es que fue dejar tan huérfana mi mano izquierda ~e la saqué para cogérsela mejor con mis dos manos, para significarle rru mucho gusto. Su mano debajo era un bulto grande, no más tibio porque yo lo cobijara. No me agradeció mucho el que yo, al retenerla, la hubiera librado de aquel viento que me la trajo. Sensación horrible

verla haciendo fuerza para sacarme la mano. Cuando lo logró se me secó la boca y me dejó allí, se puso a mirar el suelo toda desconcertada. La misma sequedad de la boca se me ha debido pasar a la mirada, porque ella me miró de nuevo y le parecieron tan feos mis ojos que prefirió seguir mirando el suelo. Y allí fue que el miserable de Solano Patiño aprovechó para despedirse. Angelita nunca más pudo dejar de mirarme como a un enfermo.

Llegamos a Dari Frost y cruzamos en dirección Este, recibiendo de nuevo el viento en las espaldas.

"Me gusta que ella haga amigos", dijo Solano.

"Es qué no tiene ¿o qué?".

"Son más los que la buscan. Pero sé que les gustan los amigos. La he visto bailar, reírse, es imposible olvidarla cuando está feliz, cuando se siente tan contenta".

Luego me dijo con gravedad en el ceño: "¿Vos sabés bailar?".

"¿Yo? Claro".

"Yo no sé", dijo. Y una vez más se quedó callado.

Cuando llegamos al parqueadero de Sears comenzó a hacer las cosas extrañas.

"Este es el parqueadero que te digo".

Me pidió que lo esperara un momento, que no me moviera de donde estaba. Caminó hasta el centro contando los pasos, como si anduviera en busca de un tesoro. Este era, claro su parqueadero de oscuridad inexpugnable, sólo que yo no veía ninguna. Un gris ocre me guiaba a la última mole de montañas; en cambio el rojo viraba al Suroeste. Vi una franja de nubes delgadas, larguísimas, definiendo los picos de las montañas de Dapa, y tuve también conciencia de un cese en el viento y un calor en círculo mientras Solano le daba vueltas al centro, reduciendo cada vez el diámetro, y a mí me dio rabia verlo en ésas, dejándome tan desamparado en uno de los extremos; un gorgoteo que conmovió las líneas del cuadro en el que estábamos me indicó que el sol había caído más allá de las montañas, en el mar. Solano no se movía, clavado en todo el centro, y cayó la noche.

"[Solano!]", grité. Nadie me contestó, y yo no veía a nadie.

"¿Podés verme?", dijo después de mucho tiempo. Yo me aterró. Soltó una risita y anunció: "Comienzo a caminar hacia vos". Entonces lo vi emerger de aquella oscuridad sonriéndose. Caminó hacia mí despacio, con cara de picardía, y yo retrocedí unos pasos y me golpeaba las rodillas. Cuando lo tuve cerca le dije: "Estoy impaciente".

(Esa urgencia que tenía de estar ya en la casa de la esquina y preguntar por una mujer que no estaba).

"¿Sí viste?", me preguntó Solano.

"Qué cosa".

"Que no viste nada. ¿No te decía? Un observador que esté en uno de los extremos no ve el centro. Es demasiado oscuro".

Me sentí mucho mejor saliendo del parqueadero. Solano se ensilenció. Yo sí le había advertido una gran capacidad de concentración en asuntos sin importancia. Yo sólo vi que cayó la noche y que por un momento me confundí. De resto todo me pareció maromiadera de Solano.

Sin hablar llegamos a la casa de Angelita. Era una casa blanca en la esquina de la 24 con tercera. Al oeste se veía Mónaco, y al noreste, una cuadra más allá, la carrilera. Cuando Solano timbró, un repentino tren me cortó la plácida visión de puro pasto y ausencia de horizonte que yo me había fijado, y cerré los ojos. Nadie abría la maldita puerta. "Debe de estar dañado el timbre" dije, tocando duro, disgustado por la torpeza de Solano. Abrió una sirvienta tan bella que me quedé con la boca abierta y Solano, ante mi demora, tuvo que hablar: "Buenas noches, ¿Angelita está?".

"No, salió para Piper. Pero no debe demorarse. Espérenla en el murito si desean".

"¿Para Piper?", le pregunté a Solano cuando ya estábamos sentados, esperándola. "¿Y qué es lo que hace en Piper?"

"A ella le gusta las montañas", me dijo. "Cuando estábamos chiquitos nos manteníamos jugando en los lotes, en la maleza. Una vez en Pance se perdió y los papás armaron excursión para buscarla. Fue que descubrió, me dijo cuando la encontraron, un camino en donde los árboles y la chamizada no dejaban ver el cielo. así que no tuvo conciencia del paso del tiempo hasta que llegó la noche. Cuando la encontraron traía un puñado de guabitas, de guabitas enanas".

Advertí, con desconfianza, que un olor nada bueno salía de la boca de Solano, el mismo olor que había sentido cuando Solano caminó hacia mí en el parqueadero y que yo se lo atribuí a la confusión del crepúsculo y a la noche nueva. El que le haya pillado su aliento en el murito, un poco desde lejos, se debió, sin duda, a que mi imaginación se hallaba excitada con lo de las guabas enanas, y me pregunté a qué olería la boca de ella saliendo del monte y escupiendo pepitas negras.

Me le acerqué más a Solano y le hice una pregunta tonta: "¿Toda vía quedan guabas en Pance?".

"Claro que quedan. Ella conoce palos".

Aunque improvisó una mano sobre la boca a manera de rejilla para contestarme, pude darme cuenta que una buena parte de su

estómago se le estaba deshilachando. le hervía y le burbujeaba. Yo me retiré y me quedé callado, pensando. Recordé las idas y venidas de Solano en los recreos, después de que tomaba gaseosa y se devoraba 10 mojicones; recordé que caminaba por el patio en la misma ausencia de dirección que puede tener un delirio, sin ver a dónde era que ponía el siguiente paso; una vez casi que le pegan porque se fue arrastrando el balón de fútbol en una jugada clave.

Solano, allí junto a mí, palideció. Se levantó y se puso a hacer ejercicios de respiración. Cuando se volvió a sentar, la luna coronaba un cielo despejado ya. Y doblando Mónaco apareció el jeep (pintado de un blanco anormal) en donde venía ella. Solano vio el vehículo y pegó un brinco. Yo, en cambio, me quedé muy quieto. Frenó más bien ostentosamente, y Antonio Rodante salió de primero. Primera vez que lo veía y lo vi contento, una mueca de calma y bienestar le desfiguraba el rostro. Al vernos se detuvo y dio unos pasitos sin progreso. Angelita cerró la ventanilla que nada más por cortesía ha debido dejar cerrada su hermanito, y por esa ventanilla nos vio. Salió del carro toda reconociéndome. Yo pensé: "¿Por qué no entra el carro al garaje, para verme más rápido?".

Solano dijo: "Hola qué tal, cómo vamos, qué han hecho, qué hay de nuevo, qué contás, cómo va todo, ¿bien o qué?".

Yo di un salto, lleno de horror y vergüenza, pues en ese parlamento el ambiente se llenó de podredumbre y me era insoponible ver cómo Angelita avanzaba hacia nosotros, ya presta a reconocer en aquel olor mi presencia. La noté detenerse bruscamente al trascender el umbral, y luego ubicándose en la hediondez. Antonio Rodante, una vez que se dio el gusto de observar a Solano con la boca abierta se fue de allí. Yo andaba era de un lado para otro como dándole vía de entrada a corrientes frescas, combinando, manotando el aire.

"Solano Saludador", sentenció Angelita, y el hombre bajó la cabeza. Yo supe entonces que era ella la autora de aquel nombre.

"Angelita, te presento a un amigo", dijo Solano.

Angelita me miró gozosa de reconocermela y estiró su mano. A sus espaldas se dio un boroló de vientos y la vi sorprendida y desamparada, y tan zangolotiada que no le tocó de otra que extenderme su mano para que se la asiera. Solano se tapaba los oídos, pues el viento sonaba en las esquinas y en los árboles y retumbaba sin forma dentro de su cabeza. La luna trotaba enloquecida. Sucedió así: yo le dije "Mucho gusto", y la protegí del viento dándole la mano. "¡Qué viento!", dijo. Sus manos eran más grandes que las mías. No me bastó una sola mano para agarrarla, porque se me iba (el viento giró de pronto, y desde mi espalda, apuntaba a las

montañas), así que la cogí con las dos manos y ella notó, seguro, una total dedicación a ese simple acto, y tenía reflejos buenos: asentó las piernas en el suelo para hacer fuerza, y me quitó la mano. Solo en ese viento, me metí las manos a los bolsillos y aruñé la tela dura. Después de que logró equilibrarse yo pensé en darle razones cuando su confusión estaba durando mucho. Levantó la cara del suelo y me miró, y ¿qué fue lo que vi, insignificancia en esa mirada? "Ya pasó", dijo Solano, mirando al cielo.

"Tengo calor", dije. Ella me miraba como si me descubriera de nuevo (sé que se imaginó en el bus, aquella mañana) y era doblemente regocijante tenerme allí como visión, mientras las fuerzas de la naturaleza daban serios indicios de querer desencadenarse.

"Qué luna, ¿no?", dije. Ella no contestó. Su palidez, de todos modos, era como un comentario. Yo seguía raspando la tela de los bolsillos, incapaz de conformarme a la ausencia de su mano, que no fue sino quitármela y dejarme como un río seco. Yo removía la lengua tratando de hacer saliva, pero tenía la boca como piel de serpiente (me aterró la idea), y me quedé allí, seguro con los ojos muy abiertos. He aquí entonces que ella hizo cara de que no entendía. Y sus manos conmovieron la oscuridad cuando se agitaron frente a mi cara, y una de ellas se posó en mi hombro: iba a apretar pero la retiró, mordida y emponzoñada por la fiebre que me consumía.

"¿Le pasa algo?", preguntó. "¿Está enfermo?"

Yo no lo dije nada. Me sentía como enfermo ilustre. Miré a Solano. "No me siento bien", fue lo que salió diciendo. "Mejor me voy. Los dejo".

Angelita se rió, mirándolo con simpatía. El se doblaba casi ante los retorcionones de su estómago. "Uug", se quejó.

"Solano siempre se siente mal", dijo Angelita. "Pobrecito Solano". Y estiró una mano como para acariciarle el pelo, pero Solano, que ya se había despedido, evitó la caricia yéndose. La mano de Angelita no tocó otra cosa que no fuera el aire, bastante viciado por cierto. La replegó con furia y me miró, sonriendo limpiamente.

"Adiós", dijo Solano. "Nos vemos el lunes". Y se fue de allí, patinando el suelo con aires desmañados. No lo volví a ver, pues yo no fui más al colegio. El día de la fiesta de 15 de Angelita (a la que no fui), salió tarde de su casa y no regresó nunca. Dicen: o que se fue del país o que lo cogió un carro, que un chofer desalmado ocultó su cuerpo.

"Estudian juntos", me preguntó Angelita, sentándose en el murito. Yo me le senté al lado, requerido por ese olor a hierba de

sitio alto que traía en el buzo blanco. No fue sino rozarla~ tela p~ra imaginarla tibiecita debajo del buzo. "Vengo de Piper", me dijo, como si justificara la presencia de montaña que me transmitía.

Piper: un edificio feo, construido como a pedazos en lo más alto de la cordillera y a la orilla de la carretera que va al mar, ennegrecido por la niebla y el viento continuos. De allí partió ella. Allí he subido cuántas veces, para quedarme horas sentado afuera, para luego descender a Cali tratando de ver las mismas fincas, los guayabos, los abismos, en un intento de adivinar el estado de ánimo que la mantenía mientras bajaba a encontrarse a Colombia;

Esa noche conversamos de colegios y yo me hice el juguetón, el desprevenido, el irresponsable, el delincuente juvenil. A ella le encantó eso. Se quedaron en mí dos cosas: cómo se paró del murito para quitarse el buzo y su cara se demoró en aparecer entre tanto pelo; y los quejidos que salieron de su casa. Y que notamos al mismo tiempo, pero ella quiso que le siguiera con rindiendo como si no oyéramos nada, hasta que no pudo más. Y dijo: "Es mi hermano. Algo le pasa. Ya vengo".

Yo me quedé allí escuchando, aunque un poco atolondrado. Antonio Rodante gemía en un cuarto que daba a la calle, así que pude oír cuando ella entró y cerró la puerta y se unió a su llanto; me los he imaginado abrazados, mecidos uno en el otro, arrullados por la misma lloradera.

Angelita salió a la calle con las nances tupidas; estuvo sorbiendo todo el tiempo. Ella no era elegante para nada. La recuerdo con restos de comida en los labios o amarillo de mango en las mejillas. Y con la ropa sucia de pasto. Ya siendo las 9 le dije: "¿No vas a comer?"

"No tengo hambre", me respondió; pero a cada momento se desconcentraba más, hasta que yo tenía que repetirle las cosas. Y ante ese aire ausente yo me sentía perdido en un remolmo de delicia; dejé por la mitad una frase y me quedé mirándola~ que algo, qué les digo, un coclí fuefuefue (en tod? cómo no se le cae) la alertó y subió los ojos para pillarme los míos irreflexivos, sin otro afán de búsqueda ni de objeto que no fuera ella. Me avergonzo. Ella, en cambio, puso cara dura.

Esa noche no me le declaré. le fingí indiferencia. Ella no me dio la mano. Atravesé la calle y me volví de repente, haciéndola ya en camino hacia su puerta: así que me sorprendió encontrarla todavía sentada en el munto, con los hombres caídos y la boca abierta.

"¿Mañana nos vemos?", le grité. El atroz silbato del tren de las 10 para Buenaventura no me dejó oír su respuesta, que fue larguísima

||||| porque si hubiera dicho "Sí" o "No" yo le habría leído los labios. Cuando el tren se fue alejando y perdiéndose y no silbó más, ella se quedó allí sin saber qué hacer, si me repetía o no. A mí me angustió verla y le di la espalda. Si me vio hasta que crucé la esquina supo entonces que yo silbaba duro una canción. Pensé: "Mañana me le declaro".

Esa noche pelié contra el sueño de puro quedarme pensándola, ya que una vez dormido soñé con cosas que nada tenían que ver. En todo caso al otro día me desperté en la gloria. Mis papás me acusan de habéñneles pasado a su cama alegando miedos, pero yo no me acuerdo.

No la encontré fácil al otro día, que fue de lluvia intensa, y en el que el Río Cali se desbordó una vez más, ocasionando grandes tragedias. 65 jóvenes de ambos sexos perecieron ahogados en el grill Latino mientras un solo de trompetas. Allí estaban Jairo Reyes y Luis Alberto Vergara (que no flotaba: anclado estaba al fondo-piso en uno de sus grandes pasos) del San Juan Berchmans, y María Cristina Vallecilla del Sagrado Corazón. Ese mismo día inauguraron la autopista Norte a Yumbo.

Angelita, más que por el cortejo fue atraída por la perpendicular (que ella imaginó recién trazada) al horizonte, cegadora a esa hora de la mañana. Se echó a caminar por allí en un repentino sentimiento de rebeldía; ¿hasta dónde llegaría uno por esa vía tan recta? ¿Más allá de las montañas? Para ella el Fin del Mundo siempre quiso decir un lugar concreto, a donde podían llegarse los hijos pródigos y los expatriados. Quién sabe qué pensará de todo esto ahora que está muerta.

Caminó cosa de 3 kilómetros y cuando se cansó se desvió al oeste, sin problemas. Luego de un terreno arado encontró un sendero bastante lindo, entre acacias y ciruelos. No era sino que se acabara el pavimento y le parecía estar pisando tierra jamás hollada, peligrosa y pintoresca. Sintiéndose pionera, no tiene nada de raro que se perdiera en cada paseo. A unos pocos kilómetros de la ciudad, supongan un bosque; del bosque hasta se ven los edificios, pero ella los ignora. Se llenaba de temores a lo desconocido; miraba, con aires de exploradora, las especies florales; cogía puñados de esa tierra nueva y la oía en prolongados espasmos de satisfacción; y a su andar se imaginaba filas de conquistadores: a su espalda cuando se sentía capitana, delante cuando una culpabilidad cualquiera (acordarse de su hermano) la obligaba a rezagarse, pronta a ser atacada por la espalda, en un abundante terror de selva. Al hacerse más frecuentes los paseos se iría marcando más y más aquella expresión lejana con que regresaba donde sus padres, y en la

mano una ramita o un terrón (que rápidamente se desmoronaba ante un excesivo manoseo), sus modestos recuerdos de otras edades del mundo.

A las 9 de la mañana de ese sábado me dijeron las sirvientas que no estaba.

"¿Y su hermano?", pregunté.

"El no se levanta todavía".

Subí y bajé la Sexta unas 15 veces, las 3 últimas con lluvia; recorrí todo el Centro; en Latino estuve buscándola antes del aguacero. De la crecida, la estampa más pintoresca que tengo es un atracón de carros a prudente distancia del Río, muchachos en vestido de baño en las capotas de los carros observando (¿binóculos?) cómo el Río se llevaba limpiamente, como quien despega una calcomanía, los muros del Club de Tennis.

¿Qué me llevó a caminar hasta bien al norte por la autopista nueva? Me llamó la atención lo llenecita de agua que estaba (me la imaginé pileta sin fin), las cintas del tricolor nacional que colgaban por allí hechas un desastre. Puede que haya sido la desesperación ante un crepúsculo terrible cuando yo no pretendía otra cosa que hacer durar el día (el tiempo de su búsqueda). La luz de aquel sol que se arrugaba, mil espejos bailando en cada gota de agua sobre cada hoja, más la conciencia de estar andando sobre las aguas, todo eso me fue dando somnolencia, como un atolondramiento al que soy muy dispuesto. Miré a lado y lado de la pileta y me provocó el verde. Caminé al oeste porque prefiero la cercanía de las montañas. Al encontrarme aquel camino de ciruelos me doblé (y casi me desplomo) ante una punzada de cariño: hacía mucho que no veía un árbol frutal tan cerca de la ciudad; me abandoné al impulso que un instante antes reprimiera: me dejé caer al suelo, chapotí en el barro, elemento en donde mejor podía dedicarme, con intensidad, a un solo pensamiento: que era insoportable su ausencia.

La presunción (absurda) de que los árboles eran como rastros suyos fue lo que me hizo pararme y seguir buscándola por esos campos que ahora no son más que desiertos de piedra filuda y desperdicio.

Cuando la encontré me tocó desenmarañarla entre las luces del crepúsculo.

Me le fui acercando sin que me sintiera. Estaba echada en el pasto, mirando lo que más se destacaba de todo lo que tenía al frente: un riachuelo; y tan concentrada que de nada sirvió un jugueteo que improvisé, destinado a acaparar su interés. La verdad es que aquel riachuelo me desagradó profundamente: en el fondo había muchas piedras en las que cantaba un abundante caudal de

aguas más bien negras, pero era tan bello y desprevenido su canto, y tan repugnantes eran aquellas aguas, burbujeantes en aceite! Tal desproporción me aguijoneó a tal punto que por un segundo, sólo por un segundo, experimenté una incapacidad intelectual de ver con gozo a las personas. Me apreté el estómago con las manos, cerré los ojos para no ver aquella espalda enfundada en una camisa de cuadros de hombre. Deseé entonces haber estado solo. ¿Digo, produje a todas estas algún sonido? ¿Escarbé la hierba en mi revoloteo, en mi malestar? No lo sé. En todo caso ella se sintió aludida y volvió y me vio este rostro congestionado y las manos engarrotadas. Tuve que subirlas y ponerlas detrás de mi cabeza para que me ayudaran, apretando, a convertir ese *mareo* en sonrisa. Lo hice con éxito. Pelé los dientes.

A ella, no cabe la menor duda, le gustó verme. Donde yo tenga mejor suerte, donde ella escoja otro lugar para ponerse a meditar, yo la hubiera podido saludar mejor y el gusto de verme habría sido triple.

No me dijo nada. Se quedó viéndome y luego sonrió como una persona que se la pasa riendo sola. Se apartó unas hebras de pelo de la cara para verme mejor. Yo me le senté al lado. Aspiré una vez más el aroma que despedía el riachuelo, y de allí en adelante respiré todo el tiempo por la boca.

(Más tarde, cuando la luz hubo desaparecido y yo, estupefacto, me paré y di una ojeada para tratar de abarcar la noche, ella comenzó a iluminar: tenía 2 fuentes de claridad incandescente debajo del pelo, en cada oreja).

"¿A dónde has estado?", le pregunté, cuando me senté a su lado. "Te he estado buscando todo el día", añadió.

"¿Sí? ¿Para qué?", me preguntó la pícaro.

Yo no le contesté inmediatamente. Me tendí de espaldas en ese pasto decidiendo, luego de una sensación desagradable, que era bueno y saludable sentir la hierba mojada chuzando la nuca y el huesito. Entonces me quedé allí con la boca abierta, como si mi único interés en el mundo fuera el cielo, los otros mundos que se dan más allá de las estrellas visibles, etcétera. Angelita no me quitó los ojos de encima. Yo lo que estaba era pensando: que estábamos allí solitos, ¿sí o no? Como únicos sobrevivientes de la gran tragedia. No podía ser más romántica la situación, ambos sucios, oliendo a barro. le dije:

"¿Quieres que caminemos? ¿Quieres que nos sentemos en otro lugar?"

No logré nada. Me dijo: "Para qué si aquí me gusta".

"Vi un ciruelo", dije. "Ven y te lo muestro".

"Yo también lo vi". Se metió una mano al bolsillo, luego me la tendió llena de ciruelas verdes. "¿Quiere?"

"No gracias", y aparté la cara y cerré los ojos, sintiendo que me volvía la náusea. Entonces no pude ver (aunque me hubiera gustado) cómo fue que se metió las ciruelas al bolsillo, digo, ¿con cara de meditación?

Estuve con los ojos cerrados lo suficiente para ponerme serio. "Te he estado buscando (y aproveché para sacar de una todo el aire que retenía) porque te quiero mucho. ¿Quieres ser mi novia?"

Fue como si le hubieran dado de coces en la cara. Se echó para atrás bufando.

"¿He dicho algo malo?", dije, parándome de mi comodísima posición. "Perdóname, perdóname".

Angelita recogió un puñado de piedras y comenzó a arrojarlas al agua, con movimientos duros. "Y yo que he gozado con tu presencia", fue lo que dijo.

Ante semejante respuesta no pude más que poner cara de tonto. Luego pregunté: "Quieres ser mi novia ¿sí o no?"

"No". Y tiró una piedrita plana que rebotó dos veces en el agua antes de caer, jubilosa, a la otra orilla. El riecito era más ancho de lo que pensaba.

"¿No te gusto nada?"

"Me gusta tu nariz y la manera como caminás. También me divertís mucho y ayer, cuando te fuiste, me quedé pensando en usted un rato".

Yo me quedé allí como atragantado. Me provocó decirle que repitiera, para yo poder comprender en calma. Claro está que no lo hizo. Se quedó viéndome, y la luz se iba. De ella no me gustaba sólo la nariz, ya lo he dicho; pero por lo demás, yo sentía lo mismo que sentía ella, pensaba en ella cuando no estaba, me divertía, digo, ¿no era eso el amor? Entonces ¿qué era lo que se me estaba creyendo? ¿Qué clase de ser especial se creía para demandar del amor algo más complicado? ¿Ah? ¿Qué era el amor para ella? ¿Ah?

"Yo no sé", me respondió mirándome. "Pero en todo caso no es usted".

"Ah... ya", dije, lleno de rabia.

Se me ocurrió ya con la noche, que el confundirla entre la oscuridad aliviaría mi dolor y mi desconcierto.

Pero las dos lucitas que tenía debajo de las orejas me la señalaban en aquellas profundas tinieblas: tal era su belleza. En todo caso no bastaban para alumbrar el río, que hacía tiempos se perdía (menos mal) en la negrura. En esto pensé cuando le di la espalda y caminé a tientas, buscando la carretera vieja. No me dio

pena dejarla sola; pensé: "Que se la coman las lagartijas". Voltié a mirar y, cielos, aún la veía: la raya del pelo que se llevaba mínimo el ochenta por ciento de mis pensamientos. "Cuánto demoro en perderme", pensé. Y luego: "El río negro". Me desagradó pensar que por allí serpenteaba, impune, aquel torrente, y que su canto bien podía ser el innumerable de las ranas, de los grillos. Desvié mi ruta un poco hacia el sur, intentando alejarme del río. Un coclí renegado se me vino en picada, chillando desesperadamente y me picoteó la cabeza; yo me voltié y le hice frente con las manos como garras, manotando y maldiciendo hasta que rocé plumas; luego corrí hasta la carretera a donde llegué furiosísimo. ¡Cómo me dolía y me quemaba esta rabia! No podía tragar saliva pues me bajaban gargajos de fuego por la garganta.

Durante la cierta lucidez que da la caminata comprendí lo siguiente: que hiciera lo que hiciera en lo que yo decidiera fuese el resto de mis días, siempre estaría allí esa rabia para entorpecer cualquier acción, un examen final para el que no estudiaría jamás, una lección oral no dada. Entonces decidí convertir aquella rabia en pura tristeza, y la única manera era aceptar con despojamiento mi destino, uno que pocos hombres lo tienen ya: el de romántico desgraciado. Mi única acción de los días no sería otra que pensarla y lamentarme, y a todas esas iría convenciéndome de mi singularidad y mi grandeza.

El domingo lo pasé quietico.

El lunes me puse contento cuando mi mamá me despertó y supe que mis pensamientos para el nuevo día guardaban coherencia con las resoluciones de antes de la acostada. No le vi el sentido que tuviera el levantarme e ir al colegio, y así lo dije. Mi mamá llamó a mi papá y mi papá me preguntó que qué, que cómo era, y yo le dije no pues que así, entonces me pegó.

Al otro día nadie entró a mi cuarto, nadie turbó mi silencio.

Al tercer día entraron ambos, me hablaron por las buenas y yo nada. Por la tarde llamó el padre Rector y ellos le explicaron el asunto y luego que pasara al teléfono. Yo hablé, le dije lo mismo que a ellos, era muy sencillo: "No voy al colegio porque le perdí el sentido".

"¿Y tu futuro en las humanidades?"

Yo le colgué el teléfono.

Como a las 5 me vestí y la llamé a preguntarle las conjugaciones del verbo "to come" (ella era muy buena para el inglés).

"Es para una tarea", le dije, aunque me pareció que ya sospechaba algo. La tuve un ratotote dictándome el verbo como si yo lo estuviera copiando, y cuando acabó le dije:

"Gracias", y le colgué el teléfono. Pensé: "Para dejarla desconcertada y humillada, para que piense: no me necesita más que para dictarle verbos".

Al otro día la llamé temprano y me le declaré de nuevo. He aquí lo que me dijo: "Olvidarme: te desafío". Pero yo ya me había decidido por los gajes de la cobardía. De allí en adelante seguí llamando a su casa unas 20 veces cada día, haciendo espeluznantes chillidos de murciélago, relinchos, vacas, pelea de gatos, estaba volviendo loca a su mamá. Una tarde Angelita me delató y su papá paró el carro y se bajó a pegarme delante de toda la familia. Yo no resisto la violencia y salí corriendo, pensando a toda: "Me decepcionaste, me decepcionaste".

Cuando mis compañeros, todos menos Solano Patiño, comenzaron a llamarme por teléfono a ver qué había sido de mi vida, yo me fui dejando ver a la salida del colegio con facha de vago, y los aplicados me echaban en cara mi descuido.

"Debería darte pena", me decían. "No parecés vos. Andá encerráte, que nadie te vea así".

Yo me les reí en la cara. ¡Si ellos hubieran sabido que recién iba comprendiendo y moldeando mi verdadera naturaleza! Hombre de grandes derechos: ha tenido acceso a la fuente de la belleza y a cambio no tiene más deber que el sufrimiento.

"Seguí la viendo cuando pasa en bus cada mañana", le grité a Héctor Piedrahita Lovecraft: "[Mirála de lejitos que yo la he visto de bien cerca!"]. El hombre me hizo cara de lástima y de que no entendía y se fue. "[Busco a Solano Patiño!]", grité entonces, y tuvieron que echarme encima al cura de Gimnasia y a una manada de buenos estudiantes, y yo salí corriendo.

Veía estudiar a mis amigos por la mañana, atentos a sus libros, y solamente una vez me dio tristeza. Pero "ellos qué van a saber nada de esto", pensaba yo. "Qué van a comprender el que un hombre lo deje todo por la que le paga mal". Y la culpa huía de mí.

Miraba a Danielito Bang, el del pelo revuelto pero siempre tan bello. En plenos exámenes finales dicen que conoció a una mujer que, aunque correspondiéndole, lo volvió loco. También se salió del colegio. Espiando a los muchachos fue que lo descubri con un rostro distinto, muy preocupado. Y pensé que de aquel grupito de madrugadores ya no quedaba nada: Danielito, en primer lugar, como que andaba era de noche y maldormía los días. Se volvió hosco y sensible a todo, ya no había quién contara historias. En cambio el bus del Liceo Benalcázar seguía pasando, ya con un zumbido de maquinaria no tan nueva y ningún silencio que lo reparara.

He de decir que con el tiempo (sobre todo en los días en que la veía) comenzó a poderme una lentitud en los propósitos (que eran simples, como decidir pararme y caminar o subirme a un bus o saludar a un desconocido), una pesadez que a la larga me gustaba. Yo caminaba era mirando a la altura de los postes (desde que la conocí perdí la costumbre de mirar al suelo), fabricándoles en torno una bruma de burbujas que también me acariciaba la frente y me sumía en un letargo rico. Se les ha dormido alguna vez una pierna, ¿un pie? Yo sentía lo mismo en la cabeza. La cabeza vuelta una bolota de miel de purga, entonces no podía evitar, hermano, una sonrisa. Y la gente me veía caminar así, mirando a las montañas, y a cual más pensaba: "Tiene la paz adentro". Ya porai a las 6 de la tarde, ebrio y bruto de amor en vano, me entregaba a la pérdida del equilibrio; Era un bamboleo, y oía crujir madera y romper de olas hasta que la playa de cualquier andén era buena para mí. Haciéndome un ovillo fingía dormir, pues la gente se aguanta a un soñador tirado por ahí en la calle, pero ver en ese estado a un pensador la saca de quicio. Mi mente era más activa cada día, continuamente inventaba estampas: un viento nuevo para que la despeine distinta, un árbol de mangos para que yo la guíe; fui clasificando mis bonitas estampas con relación a efectos, de tal manera que pudiera, por ejemplo, sobreimpresionar la noche en el día, logrando conjuntos de lo más extraños.

Una madrugada fue Danielito Bang el que me encontró por allí tirado y me despertó de mis profundos pensamientos.

"Aló, alá", me dijo, dándome pataditas. "Cómo vamos de abismo".

Me voltié y lo miré. "Todavía no toco fondo", le dije. A su lado estaba una mujer de blanco.

"Puede que no ha-ya fondo", dijo Danielito.

"Danielito, Danielito, qué gusto me da verte", le dije, tratando de pararme, pero él no me sostuvo y me caí. "Palabra, qué gusto me da verte". Desde abajo los miré. Era una mujer muy digna y muy bella, de cabellos de fresa. "De modo que ésta es la dama de quien tanto se habla", dije, poniéndome cómodo contra la pared. "Te veo muy bien, Danielito", Le mentía: los profundos surcos que debajo de los ojos le robaban la expresión demostraban lo contrario. Quería como regalarme una sonrisa que se oponía a aparecer allí en su cara, que estaba falta de carnes y como agujereada. Me miró con una angustia que nada tenía que ver con mi lamentable estado; era él quien le daba el soplo último, el impulso.

"Vámonos", dijo la mujer. Como él se demorara en despedirse de mí con la mirada, le jaló la camisa y le repitió: "Vámonos". Se

montaron en un carrito Simca blanco que ella manejaba. Lo cierto es que nunca tal color me transmitió tanta vileza. El pobre Danielito Bang se fue de allí llevándose un infierno adentro.

En uno de esos días, no muchos después del encuentro que acabo de relatar, Angelita me llamó por teléfono. Voy a contar la cosa muy escuetamente. Eso fue lo que dijo, como con tono de mujer de experiencia: "Un día, cuando me preguntaste, te dije que no sabía lo que era el amor. Ahora lo sé. Mi amado dice que son un montón de mariposas cabalgando adentro".

"¿Ah sí? Pues tampoco me parece muy brillante la definición".

"No es una definición. En todo caso es lo que yo siento".

"¿Y cómo es que se llama el novio, ¿vea?"

"Miguel Angel Valderrama Ríos, vos lo debés conocer, estudia en el San Juan Berchnans".

Yo no lo conocía. Yo sentía era como el placer de la última flojera antes del líquido.

Los papás de Angelita habían construido una casa al pie de las montañas y a la orilla del río, y allá fueque se mudaron (dejando, según me dicen, a un Solano Patiño entregado a la pena), y allá fue que ella conoció a su Miguel Angel, muchacho de naturaleza campestre, dado a las exploraciones y a vivir todo el día encaramado en los árboles frutales. Ella se encandelilló toda. Miguel Angel habitaba una inmensa casa de madera, sin otra compañía que la de su madre (enferma y encamada desde que él cumpliera los 9 años) y un grupo de criadas y policías. Se conocieron cuando sendas expediciones a las selvas vírgenes confluyeron en un lugar más bien extraño de la primera montaña, una suave pendiente coronada por una piedra blanca. Unidos por la peculiar soledad del paraje que habitaban (que hoy está superhabitado), se dedicaban a jugar a los conquistadores y a todas esas tonterías. Nunca, ni los sábados, bajaban a la ciudad. Angelita salía a los recreos armada de unas gafas oscuras y en un rincón preferido se dedicaba a pensarlo, y nadie que le miraba los ojos podía saber que ella había cambiado el volibol por un amor eterno, que a la larga ni tan eterno fue.

Antonio Rodante, que fue uno de los que más influyó para que se mudaran a la nueva casa, se vio confundido de un día para otro ante una belleza que él no podía utilizar ni mucho menos trascender. "Esta exuberante vegetación, esta libertad (pensaba complicado), no hacen más que recordarme mi mortandad, hasta el punto que mis días son una interminable espera de la vejez". Su acción predilecta era amontonar hojas secas y apachurrarlas. Dicen que le corría a Miguel Angel.

Todo el mundo hablaba de la nueva y más radiante Angelita, aunque ella con nadie hablaba de su novio. Fueron para ella días felices, hasta una noche en la que él salió (o lo sacaron las malas compañías) a la ciudad, un viernes. y conoció a una prostituta barata de la que se enamoró perdidamente, negándose, por consiguiente a seguir viendo a Angelita.

"Oh, si supieras lo que son mis días", me decía ella por teléfono. "Me miro en el espejo y no me reconozco. El me dice que intente comprenderlo. y yo sé que hace todo lo posible, sé que no duerme, yo tampoco duermo, quisiera que le vieras al pobre la cara que tiene, me dice que de noche anda por su casa como un alma en pena y allá nadie que le ayude. su mamá ni habla. Me dice que nadie lo ayudó en el momento preciso. que nadie le advirtió del mal. pero yo cómo hacía para saber si él no decía nada. si ni siquiera recordaba".

"¿Cómo?", pregunté.

"Dice que está perdiendo la memoria. Esa mujer lo ha embrujado".

"¿Y cómo es que se llama la tal mujer?".

"Berenice".

"¿Berenice?".

"Sí, qué nombrecito, ¿no? El me lo ha explicado una y mil veces. Dice que es tan bella que fue imposible no ceder, que cuando ella estira los brazos es como si el viento del mar soplara en sus espaldas".

"¿En las de él?".

"Sí. que el viento lo impulsa a caer y refugiarse en la caleta que es su cuerpo. Oh, me voy a morir. me voy a morir".

Ante perspectivas tan contundentes no me quedó de otra que ponerme a seguir al tal Miguel ese. Le pillé la ruta diaria a la casa donde trabajaba su nuevo amor, en una calle despavimentada de ris del teatro María Luisa. El día que solucioné el misterio lo vi entrar y esperé a que saliera, mucho tiempo esperé a que saliera. Luego toqué a la puerta. Una mujer abrió la rejilla y me dijo que a la orden. Pregunté por Berenice y me dijeron cuál Berenice.

"¿No vive aquí una mujer rubia, increíblemente bella, que se ve todos los días con un tal Miguel Angel?".

"¿Miguel Angel? ¿No será el loco que viene a sentarse y a oír música sin ton ni son? Paga 50 pesos porque lo dejen sentarse. Pero con ninguna mujer se ve, si ni siquiera conversa. Quiere hablar con Carmen?".

"No, gracias".

Así que llamé a Angelita y le dije que la Berenice era un fiasco,

un pretexto para deshacerse de ella, ¿no comprende, muchacha loca? Angelita soltó un aullido y colgó el teléfono. Presumo que habló con Miguel Angel, pues esa misma tarde me llamó a decirme que yo era un mentiroso y un intrigante y un falto de personalidad, que cómo era eso que después de tanto, tanto tiempo, aún no comprendiera que yo nunca le había gustado un tris, que no, que no, que me volviera serio, que a Miguel Angel lo embargaba un amor ~.rande ~desesperado y que no iba a ser ella (vil criatura) la que se interpusiera, que ella llevaría su destino con lucidez, en paz su pena, y que haría todo lo que estuviera en sus manos para ayudarlo, para aconsejarlo, oh, [pero duele tanto!

Me compliqué la vida con una nueva crisis: primero un pánico y una vergüenza que yo volví, con habilidad, una monotonía general, pues de otro modo me era imposible seguir viviendo, y nunca me sentí atraído por una existenciacorta. Me inundó la pereza como un chorro, y estuve mucho tiempo sin salir de mi cuarto, ermpiyamado y comiendo con la voracidad de un cerdo.

Hasta que un día, muy temprano, mi papá entró y me dijo: "Si no querés estudiar ni nada, ya sé lo que voy a hacer con vos: te voy a llevar a la finca, a que trabajés".

Yo no me negué a la idea.

"¿Hago maletas?", le pregunté.

"Hacélas para largo".

Me despedí de mi pobre madre y en una camioneta blanco con rojo viajé con él por tierras que yo no conocía, muchos ríos por cruzar, bordeando dos montañas, campos de maíz y arroz y frijol. Al mediodía me encontré ante una casa vieja con porche de anjeo, y yo quise recorrerla o por lo menos instalarme, quitarme el polvo del camino, pero ahí mismo mi papá quiso ponerme a trabajar con los que abrían zanjas. No ha debido hacerlo. Yo lo desautoricé delante de los trabajadores ... pero hay que comprender que lo que yo hacía era serle fiel a mi resolución de no dedicarme a ningún oficio, sacudido como me sentía por tan deliciosa pereza.

"Parecés un animal", dijo mi padre, lleno de dolor. "De todos modos aquí te quedás".

Sé que esperó los años a que yo le dijera que deseaba volver. Pero yo me sentía espléndido allá en la finca, todo prófugo de un pasado que nunca le conté a nadie. Los trabajadores deben recordar a aquel hijo de patrón medio idiota, que no hacía nada en todo el día como no fuera estar subido en un ciruelo cargado todo el año. Que le gustaba arrastrarse en el barro y el polvo o esconderse de la gente entre la maraña y allá reírse. Que comía y dormía en la misma ramada que ellos pero no se hizo ni un amigo. Que metió la cabeza

en un avispero, y vuelto una sola roncha proclamó, contento: "Se me durmió la cabeza". Allá crecí y llegué a viejo. De aquel tiempo recuerdo dos cosas importantes: una tarde en la que yo estaba sentado en la máquina cogedora de maíz, inspeccionando el crepúsculo, y vi agitarse los árboles de una manera muy terrible, como si giraran sobre el eje del tronco, y sentí un estruendo como de mil tambores redoblando en desorden, y voltié a mirar para todas partes, aterrado. hasta que supe que el estruendo venía detrás de cada árbol, cada vez más cerca, y casi enloquezco de la dicha cuando vi que todo, estruendo y agitarse de árboles venían hacia mí, hasta que fui conmovido íntegro pero no soné nada, y luego empapado. Todo eso era la lluvia que llegaba.

Lo otro ocurrió a media tarde, a las 3 ó 4 de la tarde. Estaba yo a la orilla de la carretera, atareado en chupar caña, cuando pasó junto a mí Antonio Rodante cabalgando, perplejo, en un caballo desbocado.

Al morir mi padre fui obligado a salir. Yo había anhelado que él me legara la finca, pero pasó a manos de uno de los acreedores, un señor gordo de muchos tabacos y con fama de decidido, pero la verdad fue que no sabía qué hacer conmigo, hasta que trajo policía y me mandó a Cali a la fuerza.

Viajando vi ríos secos, campos de pasto morado, setos de guadua y bambúes y el comienzo de la gran, la gran llanura que ahora no es más que ciudad. Qué habrá pensado Angel ita cuando le fueron tendiendo un cerco de concreto y gases para encerrarla afuera de lo que ella pretendía, que era todo lo que había entre cordillera y cordillera. Y ella sin recreos. Dicen que comenzó a hacer escándalo en las fiestas, hasta que ya no la invitaban nunca, y si se entraba la sacaban a la fuerza. Al final la insultaban donde la veían. Eso es todo lo que sé.

Por una de nuestras calles conocidas la vi pasar sin verme: viejita alta, dura, de pelo abundante, llevando un vestido pasado de moda, caminando de la mano de su Miguel Angel.

No sé por qué la casera, la señora Mariana, me ha traído la prensa de hoy, ya que sabe muy bien que no me intereso por las noticias. Seguro fue su pretexto para entrar y verme, comprobar la sanidad de la calma que he guardado durante 3 días, mientras escribía este relato. Es así como he leído que los dos han muerto por acción voluntaria en la casa que Miguel Angel siempre se negó a vender, aunque le ofrecieron millones para hacer allí un hotel de turismo; la vieja casa rodeada de mangos rodeados de edificios de 30 pisos.

Me levanto y desde mi ventana miro el viento y dos niños que juegan tumbis en Oasis, hasta que uno sale corriendo, ganador de todo. Si pego la frente al vidrio dejo también charquitos de aliento. Pienso: "Que te vaya bien en tu primer día de muerte, amor mío". Ahora siento que me vuelven las fuerzas.

ANGELITA Y MIGUEL ANGEL

Angelito

Antes, aquí en la casa donde yo vivo, era un problema mi despertada. Como yo siempre he sido tan dormilona nunca me despertaba temprano en día de colegio. Entonces mi mamá me compró un despertador enorme y me lo puso en la mesa de noche. Y el despertador sonaba siempre a las 6 de la mañana en día de colegio, pegando un timbrazo desesperante. Y yo era que pegaba el brinco cada vez que lo oía y en mi casa tenían que aguantarme histérica todo el día, que el mal genio me duraba hasta por la noche sólo de pensar en el timbrazo del despertador al otro día temprano, antes de que cantara el gallo, antes de que saliera el sol, para que Angelita no pierda el bus del Sagrado Corazón, cuando Angelita está soñando ¿en qué? ¿En ese gringo alto y bello que vio en el Club el sábado? No, Angelita no sueña más que en Miguel Angel. Que el despertador sonaba cuando yo estaba en lo mejor del sueño, cuando uno después de haberse despertado a medianoche con su poquito de miedo no puede volver a dormirse sino como a las 3 de la mañana, así que a las 5 cuando sonaba el despertador yo estaba era profunda. Entonces me despertaba gritando. Pero era que nadie me oía en esta casa, seguro porque no gritaba bien duro, ¿o sólo gritaba en sueños?

Aquello duró cerca de una semana. Durante ese mal tiempo me fue peor en el colegio: la madre Sardí me regañó delante de toda la clase, me dijo grosera y corrompida y me hizo poner roja y me hizo aguantarme las lágrimas delante de toda la clase, y en los recreos era que nadie me hablaba ni me hacía ojitos. Siquiera que Lulita siempre ha sido mi amiga, y esa sí nunca me abandona, entonces a mí qué que las otras no me hablaran si tengo a Lulita, si con ella me iba hasta los palos de mangos y allá conversábamos de muchachos y de cosas que después a lo mejor cuento, cuando termine con el problemísima que yo tenía en mi casa con las levantadas por la mañana.

Recordar que también había levantadas sábado y domingo, que esos días yo no ponía el despertador ni loca y como yo era tan dormilona no me iba despertando sino como hasta las 11, cuando

ya el sol está bien arriba y todo el mundo levantado y el calor, y por ahí derecho las sábanas húmedas y uno sudando y oído feo y todo eso. Así era como despertaba con dolor de cabeza todos los sábados y todos los domingos, y qué tal mi hermano Carevaca que a esas horas era cuando más dizque sufría y tenía que hacer sonidos raros para ahuyentar la pena, sonidos de que estaba con veinte amigos y que todos juntos simulaban duelos y tan tararán caballaría, entonces, ¿qué hacía yo para no ponerme histérica y no estar histérica todo el día?

Si me llamaba un muchacho por la tarde para invitarme a cine, yo le decía que no y que no y me le portaba muy grosera y todo. Por eso era que por esa época estaba cogiendo fama de antipática. Todo por levantarme tarde sábados y domingos, todo por no poder soportar el despertador que me despertaba dando gritos, cuando lo último que uno puede pedir es dormir otro ratito más el sábado, ¿o no? Sí, pero tampoco dormir tanto, no levantarse con el calor, eso sí no. Entonces ¿qué hacía? Tuve que decirle a mi mamá que no soportaba un minuto más el despertador, que ¿por qué no podía despertarme mi papá todos los días? Pero mi mamá como nunca se hace caso me dijo que me dejara de ser sinvergüenza, que ella no iba a perder la plata que metió en el despertador. Eeehh, pero ni que mi papá no tuviera cada día más plata, y además ¿cuánto vale un despertador?

Un día hice un experimento: puse el despertador un sábado a las 7 y media, pero cuando sonó, lo malo fue que yo estaba teniendo uno de mis sueños hermosísimos y ese despertador que suena y yo que pego un berrido de rabia que no debió sonar como de rabia sino más bien de angustia, y además durísimo, tanto que todo el mundo en esta casa voló a ver qué era lo que me había pasado, mi mamá abrió la puerta y mijita qué le pasa, mi papá entró con Taylor y Fernández, los policías encargados de la puerta principal, y también estaba Carevaca y las sirvientas Fidelina, Efigenia y Francisca que no decían nada, pues cómo iban a decir algo si mi mamá no había dejado de repetir mijita qué le pasa, ¿y yo cómo le iba a poder decir que era que estaba soñando con eso tan rico y que se pronto sonó ese despertador y me despertó? Y como no le podía explicar nada pues me puse a llorar día poquitos, así como lloro yo cuando no tengo ganas, con movimienticos que me hacen tan inofensiva, tan niña, pobrecita Angelita, qué le habrá pasado. Mi papá me acariciaba el pelo y me daba palmaditas en la espalda y las sirvientas y los policías me miraban enternecidos, no tanto el Antonio Rodante que se las sospechaba, y quién sabe mi mamá qué

era lo que estaba pensando. con esa mirada de buitre que tiene y que nunca me cree nada.

Me acuerdo que como por 20 días todo el mundo se portó bien conmigo. Y que el domingo cuando le dije a mi papá que porqué no le decía a mi mamá que ese despertador no me convenía. él me dijo que cómo no y fue y habló con mi mamá, y mi mamá entró a mi cuarto y se llevó el despertador y fue y se lo regaló a mi tío Hernando, que es un tío pobre que yo tengo.

Ya deshaciéndome del despertador entraré a contar algunas consecuencias. Resulta que de allí en adelante mi papá, que me quiere tanto, tenía que levantarse tempranísimo, antes de que cantara el gallo, en día de colegio. Caminaba muy despacito hasta mi cama y me decía la siguientes palabras en el oído: "Angelita, Angel ita. ya es hora mijita , ya es hora mijita ". ¡Ay mijita. ¡Y a mí me gustaba tanto que me despertaran así! Porque yo, todavía entre sueños ricos. le cogía una mano a mi papá y le decía a mi vez: "Sí, ya es hora. ya es hora, ya oí papacito ". Entonces mi papá me daba un beso en la mejilla que le quedara más cerquita y se iba después a su cuarto. Y ya era que no podía dormirse más por más que intentaba. Después de dar vueltas y vueltas se convencía que era en serio que no podía dormirse más entonces se levantaba, salía del cuarto bravísimo y le pedía a gritos un tinto a Efigenia, que a todas ésas seguro aún estaría dormida. Mi mamá también se levantaba furiosísima porque ese grito de mi papá de todos los días la despertaba en lo mejor del sueño. ¡En qué estaría soñando? Y se levantaba con ganas de pelea, y le decía desconsiderado a mi papá, malmarido. Y mi papá tan furioso que estaba ya, después de haberse tenido que despertar para ir a despertarme a mí, pues él ni más bobo tampoco se iba a quedar callado, y se decían cosas feísimas, yo las oía mientras me vestía. Lo peor era cuando en la mitad del alboroto se despertaba mi hermano como un enloquecido, gritando que le quitaran al barón Jiménez de encima, tanta Historia Patria que ha leído, el barón Jiménez que anda rondando detrás de cada puerta, que desde que los conservadores le quitaron la finca y le mataron su mujer linda, no descansa hasta que se haya robado el último hijo de conservadores y los haya asado vivos en el monte. Hasta que no acabe con todos el barón Jiménez no descansa. Yo lo tenía que callar a la fuerza. ¿O llamar a la policía? Qué tal que hubiera llamado a Taylor y a Fernández y les hubiera dicho, a ver: ¡callen a toda esa partida de locos! ¿Y si los hubieran callado? Mi papá los habría echado a todos. ¿Hubiera podido? Quién sabe, tan bien armados que andan ahora los policías, quién sabe.

Esas peleas recién levantado todo el mundo duraron casi 6 meses. Todos los días que mi papá se levantaba a despertarme tan dulcemente, como a mí me gustaba, fijo que era pelea. Porque ya a la larga mi mamá ~e despertaba desde que mi papá se levantaba por primera vez y hacia traquete trae al caminar en el piso de madera, que la casa de nosotros es muy vieja y grande, y tiene piso de madera. Cuando pasaba el bus del Sagrado Corazón yo dejaba a todo el mundo peliando. Tanto que ya se me estaba formando un trauma *psicológico*.

Pero era bueno que me despertara mi papá en lugar del despertador. Y en el colegio me iba de lo más bien. Una tarde la madre Sardi me felicitó por un trabajo completísimo que le llevé de A?a~omía, y ?espués en el recreo todas las niñas me buscaban, aja, ¿al st no? Me invitaban a sus fincas, o que fuera a la fiesta que hacían el sábado.

En una de esas fiestas, en la de Raquel Pineda, fue que conocí a Raimundo, un muchacho que vivía cerca de mi casa y yo nunca me había llegado a dar cuenta, que le dije que no le cogía el paso cuando me sacó a bailar un bolero, y él qué pena, se puso rojísimo y me pidió disculpas y allí mismito se fue de la fiesta. Yo lo vi salir sin despedirse de nadie, todo rojo todavía, yo le dije que no le cogía el paso seguro por hacerlo poner así de rojo, pero pobrecito. Entonces le dije a Lulita que me acompañara afuera, ¿a dónde? A la esquina, a alcanzar a un muchacho que salió corriendo. Siquiera que cuando a Lulita le hablan de muchachos se arrebatá toda, pues salió conmigo fue de una. Corrimos hasta la esquina y alcanzamos a ver a Rai?lundo que caminaba por toda la mitad de la calle. Yo le dije a ~uhta que me esperara pero ella dijo que no, que iba, y yo qué, ¿me iba a poner a discutir? Fuimos las dos. Cuando él nos vió abrió los ojos y se puso otra vez rojo. Yo le dije a Raimundo, discúlpeme Raimundo, usted no baila mal, camine, venga. Y él no me decía nada, hasta que triquete, yo no sé cómo hizo pero se me lanzó y me dió un beso en la boca delante de Lulita, y ella se rió, ¿en qué estaría pensando? Yo me la conozco. Me separé de Raimundo y lo miré a los ojos pero no le dije nada. El me cogió la mano y me le dio un apretoncito. Yo por mi parte sentí una cosa rica, que la boquita tan linda de él se le frunció cuando me apretó la mano. Yo hubiera sido para siempre feliz a donde tenga oportunidad de verlo más (¿pero Miguel Angel?). Si no lo hubieran matado en esa misma esquina uno del Sur por robarle un reloj de oro que tenía. Lo último que hizo en este mundo fue apretarme la mano. Seguro estaba pensando en mí cuando lo mataron. Después de eso fue que

los papás de uno resolvieron ponernos policías para llevarnos a las fiestas y traernos.

Yo por mi parte lloré muchísimo en el entierro de Raimundo, y estuve enamorada de él como 2 meses, y eso lo sabe Miguel Angel. No volví a salir de mi casa, y cuando salía ningún muchacho se me acercaba porque me veían la cara y ahí mismo sabían que yo estaba pensando en mi amor muerto. En ese tiempo fue que salió la canción esa de:

¿Por qué se fue/ por qué murió/ Porqué el Señor se lo llevo?/
Se ha ido al cielo y para poder ir yo/ Tengo que ser buena para estar /
con mi amor.

¡Pobrecita Angelita! El primer día que se reunió con sus amigas después de la muerte de su primer amor, alguien que no sabía puso esa canción y ella no pudo de la pena, tuvo que decirle a su íntima Lulita que salieran, que salieran para llorar sobre el pasto, para llorar de cara a la luna y no pensar más que en su amor ido, recordarlo colorado y con los ojos muy abiertos, y que la boca le olía a manzana cuando la besó, ese primer beso que le dieron en la boca.

A Margarita, una amiga mía, la que se postuló para reina de belleza y ganó, la primera vez que la besaron en la boca corrió a lavarse la boca con el cepillo de dientes y con Astringosol. Seguro le tocó un muchacho al que la boca no le olía a manzana. Pero en cambio yo estuve de buenas. Y qué rico que era pensar después en todo eso, conversar con Lulita de besos, de abrazos, cuando nos íbamos más allá de los palos de mango, en todos los recreos, ¿cuánto hace ya de eso?

¿Y qué? ¿Y que a mí todo me estaba saliendo de lo más bien? ¿Qué mi papá me despertaba todas las mañanas y yo feliz? ¿Pero no tan feliz porque cuando salía para el colegio dejaba a todo el mundo contramatándose? Sí, todo eso. Me acuerdo cuando mi mamá, la otra vez en el almuerzo, consideró la idea de comprarme otro despertador, uno especial, más moderno, más chiquito, que hiciera menos bulla. Pero yo me negué rotundamente. Era capaz de irme de la casa si me obligaban a ponerme ese despertador, era capaz.

A mí me par~e que al final mis papás estaban era desesperados, si hasta dejaron de dormir en un mismo cuarto ante tanta pelea. Pero el amor de mi papá seguía levantándose a las 5 a.m. y muy pasitico se sentaba al lado de mi cama a decirme como todos los días: "Angel ita, Angelita ya es hora mijita, ya es hora mijita". Al final me despertaba 10 minutos más temprano para quedarse todo ese rato conmigo, acariciándome el pelo, besándome los ojos, qué días más lindos aquellos. Y si le contaba después a Lulita ella, la

pobre. se me ponía muy triste. porque su papá nunca la acaricia ni le dice cosas, ni le da permiso para nada. Entonces, si era mejor no contarle a mi mejor amiga, pensaba en mi papá yo sola. La otra vez en la fiesta de Ana Maria Saavedra me cogí pensando un ratísimo en mi papá: eso era que me sacaban a bailar y yo nada, el muchacho me hablaba y yo le decía cualquier cosa pero ni siquiera lo miraba, claro que si era buen mozo sí lo miraba pero no me inspiraba nada. Sólo pensaba en mi papá. ¿Que tal bailar con mi papá? ¡Oh, si mis amigas usaran bailar el vals con el papá en la fiesta de 15! Ese era mi problema: que decían que era ridículo. Mi mamá también dijo que era ridículo cuando yo dije que quería que mi papá me sacara a bailar el vals en mi fiesta de 15, que qué es eso niña, que cuándo ha visto hacer eso, que ya no se usa y que si todavía se usa pues no está bien que lo usemos nosotros, qué cree. Hasta Lulita, mi mejor amiga, me dijo que era ridículo, pero yo no veía por qué razón. Yo quería bailar el vals con mi papá, como en *Los jóvenes años de una reina*, aunque allí ella no lo bailaba con el papá sino con el novio. Pero es que mi papá es igual a un rey, no importa que se tome sus traguitos. Además todo el mundo lo llama rey. ¿o no? Cuando sacan fotos de él en los periódicos dicen: Luis Carlos Rodante, "El Rey del Ají". Mi papá fue el primero que sembró ají en forma aquí en el Valle, yo no sé si en toda Colombia haya alguien que siembre tanto ají, ¿cuántas hectáreas? Muchas, muchísimas, la otra vez con Miguel Angel tratamos de recorrer toda la finca a caballo, pero no pudimos, qué va a poder uno, y todo de ají, ají pique del mejor que hay.

Yo no quiero ni recordar mi fiesta de 15. Porque se quedó en que iba a bailar el vals con mi papá, ¿qué tiene que ya no se use si yo quiero? Y era capaz de encerrarme, así le dije a mi mamá, de encerrarme desde por la mañana en mi cuarto y no bajar a la fiesta. Hubiera sido mejor. Ji ji, ¿qué tal una fiesta de 15 donde la que cumple los 15 no aparece por ninguna parte?

El vals con mi papá. Allí es cuando me coge esta cosa mala que no quiero sentir, ni pensarla, que lloro; que no me veo linda cuando lloro, que no me gusta.

Mi papá ni se hablaba con mi mamá casi, y se tomaba sus tragos. Se los tomaba seguro porque ella le gritaba tanto, porque ya no dormían juntos, por eso era que tomaba pues el ají siempre se ha vendido bien, por eso no era. ¿Pero por qué tenía que estar borracho en mi fiesta de 15? ¿Por qué no se esperó y comenzó a tomar después de bailar mi vals? O antecito incluso, cuando se acaban de tomar el primero o el segundo y se ponen contentos, rosados, se ven hasta de lo más bien. Pero no cuando ya están borrachos, cuando

llevan bebiendo cuánto y no hacen otra cosa que hablar, no pueden parar nunca, y diga bestialidades. ¡Por qué tenía que estar así justamente antes de bailar mi vals? Sobre todo que se hubiera dado cuenta que ya, de por sí, era un riesgo. que nadie sabía qué iba a decir la gente.

Me acuerdo que esta casa estaba taquiada de gente. que no cabía un alma. que cuando bajé las escaleras todo el mundo me esperaba para felicitarme. para darme un beso. tan linda Angelita bajando las escaleras con ese vestido blanco. que la gente decía mírenla que ya es toda una mujercita, no me faltaba sino una rosa roja en las manos para ser la doble de Kim Novak, claro que más niñita. Y mi papá aplaudiendo y haciendo bulla desde allá del fondo. Allí he debido saber lo que iba a pasar, qué bruta, cómo no pensarlo siquiera. Sobre todo que el vals fue la primera cosa importante de mi fiesta. Que cuando sonó "El Danubio Azul" todo el mundo se abrió. los músicos pararon. Era un disco. claro. a dónde se iba a conseguir en Cali un conjunto que tocara "El Danubio Azul". Y yo salí al centro de la pista toda vestida de blanco. y mi papá me recogió allí en todo el centro. me acuerdo que me agarró de la cintura y me sonrió a la cara con la boca abierta. Allí fue cuando me di cuenta que su boca no olía a manzana.

Bueno, de una. La gente no se reía. La gente estaba calladísima, ¿sería por pena? ¿Pena de qué. de ver borracho al Rey del Aji? ¿Pena por pobrecita Angelita, tan sabida y tan linda. pero bailando. la pobre, el vals con su papá en sus 15? Si mi papá después de agarrarme por la cintura me hubiera hecho dar vueltas y vueltas, no una sino muchas vueltas. ver las caras como en el cine cuando el cine da vueltas, o no ver a nadie, mirarlo sólo a mi papá radiante de felicidad, y a ver quién dice algo, quién dice tan ridícula Angelita, de dónde habrá sacado esto, dónde lo habrá visto. quién se va a atrever a decir nada si Angelita está dando vueltas. si no fue sino dar la primera vuelta y mi papá se dobló. plaf, me enterró la frente. la boca. la cumba mba, el nudo de la corbata aquí en mis senos, en mi barriguita, y allí fue donde más me tiró ese jugo que le venía saliendo de la boca. Después vino el sorbete de pedacitos de coco. de papaya. aceitunas. queso. lechuga molida.

El invitado Solano Patiño cómo vio la cosa

La vi desde un punto de vista pictórico. Apenas entré a esa fiesta me puse pésimo del estómago. así que antes de pretender pareja lo que hice fue buscar un baño en donde poder quedarme horas. Por una escalera descendente llegué a un cuartico con dos

inodoros. "Pero sólo entro yo", pensé cerrando con seguro. Rezumó: grande fue mi gusto ante baño tan apartado y tan blanco. Dándome prisa palpé la puerta y los azulejos, desabroché mi cinturón negro, abrí la tapa y me vertí en la taza. Aflojé mi cuerpo hasta la belleza. La corbata estuvo oscilando un tiempo, mientras me cruzaban recuerdos de viejas andanzas, de madrugadas. Miré los pantalones sobre el piso. también tirados allí mis zapatos, los pies que no me sostenían ya. Estaba dejando muchísimo. Puede que torciera los ojos en mi cabeceo, lleno de relámpagos. Entonces oí como unos quejidos de lástima arriba de mí, que luego se aclararon en quejidos de protesta. Era Antonio Rodante, amarrado y encerrado. Pobre Carevaca.

Hundí la cabeza entre mis muslos, abrí los muslos para que entrara luz y yo pudiera ver la chorreante torrecita de arañas peludas y babosas que acababa de dejar allí. Me sentía liviano, incrédulo, sosegado a no ser por el crujir de sábanas, de colchas, de sobrecamas en atroz desorden que me llegaba del cuarto de Antonio Rodante y que sólo yo, por estar en aquel baño, podía oír.

Pero todavía una cosota pugnaba por salir. Alcé la cabeza, no sin esfuerzo, y me abrí y me estiré permitiéndole el paso, y también tratando de alejarme del olor sobre el que estaba agazapado. Desenrollé el papel Sedita rosado y lo enrollé, sin mucho orden, en mi mano, y me limpié mal, más bien atollándome. Hubiera sido necesario raspar el cuero arrancar pelos color avellana madura que recién me salen.

El contacto con la tela del pantaloncillo se me hizo insoportable. Me los bajé y volví a sentarme. Aflojé duro y me deshice en chorros que al final dolieron. En uno de tantos movimientos me llevé la mano derecha a la boca y comprobé mi aliento. Mi boca olía a lo mismo que olía mi ano. No logré bastarme en la conciencia de estar pudriendo, pues la puerta voló y apareció Angelita, con una plasta terrible en su vestido blanco. Sonrió toda descuadrada al verme, y ni se inmutó ante los berridos de su hermano. Se inclinó sobre el lavamanos y se limpió la mierda. Salió de allí chorriando agua. Después fue que me lo contaron todo.

Angelito continúa la relación

El ya estaba buscando salidas. Le provocaría perderse, salir corriendo sin mirarme. Pero entró un pelotón de policías con vestido de fiesta y lo cogieron de los codos y le hablaron al oído, yo oí cómo le decían don. Lo sacaron de allí marcialmente y con respeto.

Qué inteligente Alirio, el director de la orquesta, que hizo quitar "El Danubio Azul" y comenzó a tocar "Macando", y todo el mundo se tiró a bailar. ¿En qué era que pensaba yo? Tal vez en subir a verlo, entrar a su cuarto y quedarme allí sin decirle nada. Pero qué tal que aún estuviera vomitando. En eso estaba pensando cuando apareció Mauricio Cucalón, un muchacho que me seguía para donde yo fuera, y me dijo: "Angelita, a mí no me importa lo que acaba de pasar, cosas peores he visto. No se preocupe que yo la siga teniendo a usted en gran estima. A supá, también. Dígame, ¿quiere ser mi novia?". Como yo me quedé mirándolo él hizo cara de tonto y yo me le reí en la cara, y esto que sigue sí puedo recordarlo sin llorar, porque allí mismo se me quitó un poquito la pena, y batí y patané toda la fiesta, y a eso de las 2 me volví a acordar de mi papá.

Sin que nadie me viera fui y subí al cuarto. Estaba roncando bocarriba. Después vendría a saber que fue que se hizo el dormido; pues cuando mi mamá entró al cuarto ya no estaba, y ella entro cuando yo recién salía, me acuerdo por la cara de bruja que me hizo.

Vino a aparecer el domingo a las 7 de la noche. yo no se si borracho. más bien no, porque no hablaba ni decía nada, sólo que quería dormir sin que nadie en el mundo lo molestara. Y durmió. Durmió tanto que al otro día, lunes, se olvidó de despertarme. Y cuando me despertó la sirvienta Efigenia, yo berrié-y ¡atalé! Y aún así se despertó. Lo que hice entonces fue encerrarme aquí en mi cuarto, y ya de noche me vine a quedar dormida sin haber comido en todo el día. Y al otro día tampoco me despertó mi papá sino Efigenia, y yo volví a berriar y a pataliar pero él no se despertó. Tuve que ir al colegio por no perderme la clase de Religión de la madre Sardi, que es la madre más bonita que conozco.

Que todo empeoró de allí para adelante, nipa que decirlo. Yo nunca pude con que no me levantara mi papá sino Efigenia, nunca. Y el destino de uno en este mundo de Dios es levantarse día tras día. Entonces gritar para que no jodieran. Joderles el sueño para que no jodieran. Que vieran que yo también tenía que levantarme; Levantarme todos los días, ¿quién va a poder vivir así? Que mi papá se levantara gritando. Que mi mamá dejara de hablar una semana, todo el año. Que Antonio Rodante saliera despavorido de su cuarto diciendo que ya no podía más, que el barón Jiménez? lo delabran tranquilo una sola noche, que no era justo estando el as de chiquito. Y en la casa que nadie le creía y yo riéndome. Pobrecito.

Pero desde que estoy de novia de Miguel Angel todas mis desdichas han terminado. Porque él me llama a las 5 a.m. en punto de lunes a viernes, y a las 9 y media sábados y domingos. Me llama y

me dice cosas lindas y yo le digo que lo quiero, y le canto canciones como:

Todas las noches sueño que me arrullas/
cuando despierto me siento más tuya/
y te bendigo bien de mi vida.

Y cuando me da la gana le cuelgo el teléfono.

Miguel Angel:

NOTA: El viernes 19 del presente año. Miguel Angel Valde- rrama Ríos fue a mi casa. val no encontrarme. Los viernes se los dedico desde muy temprano a la saludable vida campestre- dejó un paquete a mi nombre. Al regresar acá a la ciudad, ese mismo día me enteré de su escandalosa muerte. Cuál no sería mi sorpresa cuando llegué a mi casa y encontré el paquete que contenía un cuaderno de 100 hojas cuadriculado, totalmente escrito. Se preguntarán por qué, entre todo el mundo, decidió dejarme a mí. Pues bien: aunque en los meses anteriores a su muerte Miguel Angel dejó de frecuentar a todos sus amigos, a mí jamás me negó el saludo. Me escogió, supongo, en vista de mi permanente interés por el arte, y son precisamente las excelentes relaciones que mantengo con sus cultores lo que hace posible la publicación de estas páginas. La escena de la caminata matinal desde su propiedad a la calle, así como la famosa sucesión de palabras sin orden aparente, estaban escritas en páginas sueltas adicionales, sin raya pero debidamente numeradas. No deja de admirarme el reconocerle tal inquietud literaria a una persona que, como todos saben, no demostró en vida otro interés que el volibol. A. C.

Mañana de mi perdición. Aquí en mi casa cada sitio tiene su nombre, y el mío se llama "Cuarto de Miguel Angel". Que eran las 10 cuando abrí los ojos y vi que no me acordaba de nada. Lo primero que hice fue llamarla, con media hora de retraso. Ya estaba despierta de la rabia. Ella misma contestó el teléfono, pero no me dijo nada. Mejor dicho me colgó.

Yo marqué otra vez su número. 601660. Todavía siento lo mismo cuando lo marco que cuando me lo dijo por vez primera, la boquita que me hizo.

El teléfono de mi novia Angelita timbró una vez, dos veces. Apuesto que debía tener las manos en la cara, tapándose la boca y los ojos con ganas de reírse, yo me la conozco. 6 timbrazos. Seguro estaba pensando contestar al séptimo, pero se la hice: le colgué el teléfono.

Entonces hubiera podido llamar a Berenice. ¿Ya tenía una excusa? Sí: Angelita me colgó el teléfono, a mí nadie me quiere. Que la llamé por segunda vez- y no me quiso contestar, que tuve que colgarle. La hubiera podido llamar sin culpa alguna, tal vez pa preguntarle.

No he debido colgarle. ¿Y si descolgó el teléfono un medio segundo después de que yo colgara? Si por lo menos me hubiera dicho algo, eso es lo que voy a responder si alguien me pide cuentas, que desconsiderada, me colgó el teléfono. Pero ¿quién va a pedirme cuentas? ¿Por qué no la llamo entonces a ella? No es sino marcar su bello número, que de su número sí me acuerdo. Preguntar su bello nombre, quién va a olvidarse de su nombre, fingir la voz, por favor. No, ella sabe todo. Pero además qué, acaso va a contestar ella? Va a contestar la vieja Carmen, esa voz ronquísima, me va a decir que Berenice está dormida. Anoche nos quedamos hasta qué horas, cómo hago para no pensar? ¿Para dejar de ver sus palabras? Que me fuera ya porque mañana. Tenía que trabajar. Que volviera a verla un día. [Chas. en el nombre de Dios, no lo pienso, me muero mejor pero no lo pienso! Mañana de mi perdición.

Irma la dulce me estaba llamando, gritaba que fuera a verla. Yo me levanté a toda, corriendo salí del Cuarto de Miguel Angel, con mi poquito de miedo atravesé el corredor largo y pasé como un tiro frente a su cuarto, en esa fracción de qué, de segundo, pude oír el color del río. los ojos voltiados de mi madre, hasta tuve tiempo de decirle buenos días con la mano antes de que se me acabara el marco de la puerta. Yo corro mucho. Luego me escondí en el Nicho de Anacleto, que desde chiquito me ha gustado, por los helechos. Allí guardé silencio para ver si Irma la dulce se quedaba llorando. Oí el crujido de sus sábanas, de sus almohadas, el pestañeo y luego, sobre el color y el murmullo enceguedor del río, el quejido que comenzó a dejar salir desde muy adentro.

Ven y me das un abrazo grande. me decía, y yo guardaba silencio: no quería pensar pero pensaba. Oí que en alguna parte de la casa 2 policías hablaban. Salí del Nicho de Anacleto y me le fui acercando a su cuarto. Allá va tu hijo, marnacita, a refugiarse en tus brazos. Estaba medio sentada en sus almohadas, envuelta en su pelo, mirando para todos lados, asustada. Entonces me vio entrar y dejó caer sus ojos acá en mis ojos. Ven, ven y me das un abrazo grande, y me estiró los brazos.

Me sumergí primero en la penumbra del Cuarto de Irma la dulce, que es mi madre. Luego chapotí en su pelo, en su cuerpo. Y le di su abrazo grande, ella trago saliva; yo se la sentí bajar, hacer soniditos.

O podía encerrarme, como mis antepasados. Llamar a Angelita y anunciárselo: me aburrí del mundo, no salgo más aunque te pongas a chillar. Pero a Berenice sí no llamarla, más bien olvidarla, dejarla esperando días, meses, semanas, hasta que esté bien viejita y le llegue la hora de comprender que no hay caso. Irma la dulce me ponía su cara para que se la besara. Yo metí mis dedos e~ su pelo, escarbé hasta que apareció una porción de su frente. Le di un beso en la frente agría.

Ya son más de las 10, le dije, ahora que llamé Angelita me colgó el teléfono. Y tiene razón: media hora de retraso. Ya es demasiado, Irma.

Pero no me contestó: voltió los ojos hacia la ventana por la que nada de luz entra y se puso a escuchar el río. No me gusta esa tristeza. Seguro estaba pensando en el pasado, cuando aún se levantaba, salía de su cuarto y era ella la que me despertaba contándome una historia de una niña que cayó a un pozo tan profundo, tan profundo, que hasta tuvo tiempo de pensar encima de qué caería cuando tocara fondo. Y así yo iba abriendo los ojos, sin afán, con calma, y fijaba la imagen de mi madre sobre mí cuando después de caer y caer, la niña comprendía que había caído en un pozo sin fondo.

Y así mi día comenzaba. Seguro a Irma la dulce tampoco le debe gustar que ahora sea la policía la que me despierta.

Los tiempos se han puesto difíciles, me dijo, pero yo ya no quería escucharla. Aparté a manotazos las hebras gruesas de su pelo y me le fui corriendo de su cuerpo y de su Cuarto, y co-rí hasta el Cuarto de Miguel Angel y me puse a rebotar en rm cama, subiéndome, bajando y cayendo, y así yo pensaba en dos mujeres a la vez. Me dije eres un hombre libre. Recordaba a mis amigos, en el Club o en los recreos, hablar de sus conquistas hasta delante de sus novias, y si yo no tenía a Angelita al lado me ponía a pensar en ella mientras los escuchaba hablar, y así la pasaba mucho mejor que ellos.

Yo vivo en una casa inmensamente vieja e inmensamente grande. Hace 3 siglos el adelantado don Pedro Valderrama, después de recorrer esta tierra parejita, verde, buena, desde El Aguda en la montaña hasta Florida acá en el Valle, desde Buenaventura en el mar hasta Polonia allá en la montaña, después de pescar barbudito, tilacua y tucunaré en las aguas del río Cauca, salvar sus remolinos, aspirar sus pastos, resolvió edificar su casa aquí, en donde yo reboto sobre los poderosos resortes de mi cama, en donde se junta definitivamente el río Cali y se mete después partiendo en dos la ciudad. Porque era la mejor porción de tierra, porque era rica en

aves, en guaduas, porque los guijarros del fondo del río eran blancos, parejos, porque había árboles de mango, de madroño, caimos, chirimoyos, guayabos, coronillos, mandarinas, ciruelos, guanábanos, grosellos, nisperos, porque el cielo era bajo pero amigo, porque las lluvias eran verdes y la tierra se vestía aún más de fiesta. que era bueno meter los pies dentro del barro, que los pájaros salían y bajaban y se dejaban tocar de los asombrados conquistadores. que después de cada lluvia arrojaban los arcabuces al Río y se dedicaban a las canciones, a componer versos, porque con las lluvias bajaban de los cerros unos hombrecitos del color del café seco y del olor de la tierra mojada, envueltos en telas hasta el suelo y plumajes para el hombre blanco, y que el hombre blanco los recibía con música y con bebidas que descifraban el futuro y hacían sabios los recuerdos, Anacleto se llamaba uno de aquellos hornbrechitos, Y Anacleto se llama el Nicho de mi casa en donde se dan helechos, en el que yo me escondo a ponerme fresco, a pensar en cómo han cambiado las cosas a lo largo de 3 siglos en esta tierra sobre la que yo reboto. Pero no los árboles de mango, ni los ciruelos, ni los chirimoyos, ni la ceiba que sembró el adelantado cuando nació su primer hijo: Aparicio. Han cambiado las cosas, sí, han construido toda una ciudad a sólo 120 metros de nosotros, pero yo y mi madre seguimos teniendo el río. El otro día ella me dijo que si oía los carros, los camiones que viajaban a Buenaventura llevando azúcar, café, vacas, madera, que pitaban, que hacían mucha bulla y a ella no le gustaba, que si yo podía aspirar el gas, el humo negro, o era solamente ella, las voces de la gente que pasaba. Y yo le dije que no, que era mentira, que el río había crecido con la luna y que confundía los sentidos, que los pitazos eran el canto de las aguas y de los pájaros, los mangos maduros que caían al suelo sin partirse, los loros viejos que viven tres siglos y nunca en la vida olvidan.

Hasta ayer pensaba venirme a vivir acá con Angelita y encerrarnos los dos juntos cuando nos casáramos. Pero ahora no sé. Y rebotaba. Había alcanzado alturas fabulosas, porque así es como me calmo. Caía de espaldas o de nalgas o solamente parado, y la vas a traicionar, pensaba, pura cuestión de destino. O que ayer le hubiera dado su tote a Ackerman, le hubiera dicho judío inmundo cuando me invitó a que fuéramos, que él conocía una casa en donde las hembras eran como las de "Playboy". Que mejor no se me hubiera acercado, todo lleno de barros, a decirme que si tenía plata, que era caro pero que pagaba, seguro mano, yo te lo digo. Que mejor no lo hubiera conocido nunca, judío, así yo me habría levantado hoy de lo más fresco, tarde pero no importa si al fin y al cabo yo la hubiera contentado de cualquier modo. Pero con qué

cara puedo llamarla ahora después de que la he traicionado como nadie en el mundo. después de haberle repetido, cuántas veces, que nunca se le ocurra abandonarme. que no vaya a cambiarme ni por un nadador ni por un cantante, que no me lleves a la ruina. Las veces que le he contado lo que yo era antes de conocerla a ella: que me dicen mis amigos que ya no me reconocen. que ya no soy ni mi sombra, pero yo los miro a la cara y no me importa nada. Que así hubiera mirado a Ackerman cuando me invitó a que fuéramos donde la vieja Carmen, judío. Ahora por él estoy teniendo esta mañana. O tal vez si llamara a Berenice, si oyera su voz. ¿podría pensar más claro? Mentiras.

Pues entonces me puse a recordar, rebotando y rebotando. cerradas puertas y ventanas. la segunda vez que llamé a Angelita para despertarla, la segunda mañana de novios.

¿Le digo una cosa", me dijo ella, y yo que claro. que me dijera. Que me cogiera la mano izquierda, no perdón. la derecha. no no. perdón. la izquierda. Bueno la izquierda. le dije, cogiéndome la mano izquierda. Que la abriera bien. La abrí bien. Que me la pusiera contra la luz, y yo abrí como pude la cortina con la mano derecha (el teléfono en el hombro). y la luz de la mañana no me cayó sólo en la mano izquierda sino en la cara. me ardiéron las piernas. tuve que cerrar los ojos. Y que así contra la luz miraba *bien* todas las líneas de la mano, que si me las estaba viendo. Que sí. le dije. que sí. Que bueno, me dijo. que ahora me fijara en la línea que tenía arriba. la primera de todas. que si la veía o no. Y yo me miraba la mano pero no veía la línea. que no. que no la veía. Y ella decía que la primera de todas. hombre. seguro creyéndome un poquito tonto. y a mí no me gustaba, sobre todo apenas a las dos mañanas de estar de novios. pero ella sacaba paciencia y me explicaba bien. me repetía: que me fijara muy bien. que era la primera línea. la que iba casi de lado a lado. que si la veía o no. Y yo hice un esfuerzo máximo. agucé la vista. el entendimiento. y encontré la línea. ah sí. que ya. que la veía, que cómo no, que claro. Que bueno, que ahora me fijara bien y que le dijera *cómo* tenía esa línea. ¿Qué cómo la tenía? Sí. que cómo era. que la forma y tal. Ah. le dije. pues. es larga. ¿no? Y ella se sorbió la nariz como con un poquito de furia. no se me ponga brava que tampoco es tan fácil. Que no se estaba poniendo brava. sino que ella cómo iba a saber si era larga o no. que por eso me lo preguntaba. que al fin y al cabo se trataba de *mi línea*, ¿o no? Bueno. que ~Le dije. que era larga. Y después que si iba de un lado a otro. que si era recta. No. no. de lado a lado no. le dije. que larga pero no tanto, que terminaba entre el índice y el. espérese Angelita, corazón. Y luego. que si tenía ramificación al final. Que tenía. sí. Ahhhh. dijo ella. y se

quedó un ratito silenciosa así como se queda ella, seguro haciendo ojitos, lástima no poder verla, lo que sí pude fue oír a su mamá gritándole, a Antonio Rodante cantándole las más tristes ranche-ras. Y entonces ella habló: entonces un solo amor llenará tu vida, un amor profundo, apasionado, exaltado, las aventuras intrascenden-tes jamás podrán atraerte. Si las circunstancias en la vida te son favorables, llegarás acaso a ser una de esas personas en quienes el amor pasa a la historia. Dicen que los grandes amantes que todos recordamos poseían tu misma línea del amor. Tu tendencia afectiva *tiende* hacia lo más grande, hacia lo único. Tu temperamento pasional sexual también.

Me cansé, a la larga, de estar rebotando allí como un tonto. Cerré los ojos, organizándome, y estuve un rato tendido en mi cama, hasta que la sirvienta salió de la Cocina Clemencia, subió por las Escaleras de Aparicio y vino y me dijo niño Miguel Angel, el desayuno está servido. Yo bajé detrás de ella, sin dejar que me cogiera la distancia pues las Escaleras esas nunca me han gustado. Aparicio, el hijo del adelantado, murió de asma a los 19 años.

Desde mi asiento en el Comedor de John Jairo puedo ver, de frente, el enorme retrato que trajo la bella Abigail Smith en 1891 de los Estados Unidos. Me habría comido mi desayuno como un tiro si no hubiera salido, yo no sé de dónde, el policía ese que se la pasa viendo el retrato de Billy el casi niño. Buenos días niño Miguel Angel, dijo sin mirarme y se quitó el casco y recostó su fusil en la pared, con mucho cuidado. Y allí, como si yo no existiera desayu-nando a sus espaldas, se puso a contemplar su querido retrato. Hace un año, cuando llegó a esta casa y lo descubrió, se le acercaba despacio y se le pegaba a los ojos. Pero ahora lo mira de lejitos, guardando las distancias, seguro sabiendo qué clase de man era Billy. Billy frente a mí, todos los días al desayuno, con sombrero casi hongo, pañuelo de colores anudado al cuello, chaqueta, chale-co y camisa.

Se parece casi a un bogotano, dijo el pequeño policía sin voltiar a verme.

Billy con cinturón de una cartuchera, bluyines arremangados, botas y escopeta.

¿Era bandido, cierto?, me dijo, y yo le hice que sí con la cabeza. Billy metido de bandido a los 13 años, mirando al frente con la boca y los ojos apretados. Y con ese parado que se gastaba, como diciendo a ver quién es el tieso que salta. Pero quién le iba a saltar.

De los policías que viven en mi casa, éste al que le gusta el retrato de Billy es el que más solo se mantiene. No me acuerdo, ni tampoco me interesa, cuánto hace que vino de visita mi tío Luis

Augusto, que no es de esta onda, que no vive en esta casa, y preguntó por Irma la dulce. Y después tomando tinto le aconsejó que alquilara policía. Que ya la policía no era un lujo sino una necesidad, como los automóviles. Que los tiempos estaban bien difíciles. Que al Presidente joven nadie lo quería, para qué se iban a decir mentiras, hasta la naturaleza estaba contra el Presidente. O si no, ¿cuál era la causa entonces de este invierno de 8 meses que se descuajó en verano, que arruinó cosechas, arrasó ganados? Que a don Marino Castro se le entraron a la casa y le cortaron la cabeza a su esposa y cuatro hijos. E Irma la dulce, seguro para cuidarme a mí, lo sé, contrató la policía. Pero a mí personalmente no es que me molesten mucho, se la pasan dando vueltas, subiéndose a los árbo-les de mangos, hasta cumpliendo gorros. Conmigo casi nunca hablan, sólo cuando uno de ellos sube a mi cuarto y me despierta. Aunque yo me he puesto a escucharlos conversando y allí sí se cuentan cosas, se dicen chistes. Y sé que muchos de ellos han matado gente.

¿Esta foto se la tomaron porque él quiso? ¿Nadie lo obligó a posar?, me preguntó el pequeño policía.

Nadie, le respondí, bogándome el jugo de naranja, pero fue que por el olor del jugo me vino el olor de ella, y el sabor de su piel cuando yo la beso, y el color de su pelo. Entonces me enloquecí por primera vez en ese día, pues en lugar de llamarla a ella corrí a llamar a Angelita.

Que apretaba el teléfono, que había llorado, me dijo. Pero yo no le creí. Pensé que me iba a dejar abandonada este domingo, abandonada no, algo peor, después le cuento. Le colgué el teléfono fue por jugar, estaba feliz, feliz de oír su voz, yo no me he puesto brava, yo no quiero peliar.

Y yo no le decía nada. Ella respiraba y se atragantaba. Pensaba un morrentico y después se soltaba a hablarme como a mí siempre me ha gustado.

¿Por qué está tan callado? Y se pegaba más al teléfono. Y yo tenía que apartarlo rápido de la oreja, no fuera que su voz se me metiera de pronto, ¿qué tal? Una palabra de ella metida para siempre aquí en el coco, mi nombre dicho por ella, Miguel Angel, como suspirando, como saltando de montaña en montaña, así lo dice ella.

Cuando Lulita le preguntó que yo cómo me llamaba, ella abrió los ojos de la felicidad y la boca de la felicidad, y le dijo: Miguel Angel. Yo la pude oír desde la piscina: cuando me tiré de cabeza al agua oí mi nombre: Miguel miedo de estar en el aire, y Angel agua.

Acerqué un poquito el teléfono a mi boca y le dije que estaba gritando, que no gritara.

¿Que no grite?, Pero si no estoy gritando. Oh, qué le pasa, qué le pas~, yo que q~ena contarle un sueño que tuve anoche, y esta mañana ya quena llorar, soñando todavía, dormida cuando eran las 9 Y media y usted no me llamaba. Soñaba que todos los teléfonos de Cali se habían dañado, ¿y usted cómo hacía para despertarme? Que pasaban los días, los siglos, y aquí en mi casa trataban de abrirme los ojos a la fuerza, pero nada. Oh Miguel Angel, oh Miguel Angel.

Seguro estaba poniéndose una mano en sus senitos, oh, la pnmera vez que se .los vi, que se agachó para coger la pelota de colores Y yo se los vi muchos minutos, alcancé hasta a contarle las goticas de agua que corrían de poro a poro, de montañita a montañita, ~h Angelita. Y después ya nunca quise separarme más de ella. Y Lulita que la llamaba para que fueran a remar al lago, también tengo que estar con mi mejor amiga, Miguel Angel, no siá tan egoísta. Yo esa vez sí no le entendí lo que me quiso decir con eso.

Quería despertarse, que no quería soñar más, que sentía la fiebr.e, que s~fría mucho. Y yo nada que la llamaba, y ella *tenía* que seguir durmiendo, *tenía* que seguir soñando ese sueño feo en el que ella ~o s~ despertaba nunca en la vida, y que pasaba el tiempo y q~ena gritar ~ero en su casa nadie la oía, oh, si yo pudiera explicarle como me sentía de sola, oh, quería cogerle su mano, agarrarme de su mano Y salirme de ese abismo circular del sueño. Y entonces sonó el teléfono. Con media hora de retraso pero sonó. v su timbre era más lindo que todo, abría las puertas al mundo va-un bello día de veran?:. Y antes de despertarme alcancé a dar uno, dos brinquitos de fehclidad. Luego abrí los ojos y descolgué el teléfono y oí su voz, oh Miguel Angel, y le colgué. sí. pero por jugar. Quería que me llamara otra vez, oh, ~ería oír otra vez el timbre y dar más brincos y lue~o descolgar. y oír otra vez, oh, su voz. Pero usted colgó sin decirme nada, sm esperar a que yo dijera aló. ¡Y cuánto tiempo ha p~sado, Mlgu~l Angel? ¿Qué horas son? Yo no he querido salir de rm cuar~o, creta que no me iba a llamar nunca. nunca más, oh, si no me hubiera llamado yo me habría encerrado para siempre. Ya veía a la bruta de mi mamá golpeando la puerta, llamando a Taylor y a Fernández, dándole culata a la puerta hasta tumbarla. Oh Miguel Angel, ¿ha visto qué sol más bello está haciendo?

Y~ soy ave nocturna, le respondí. Ella se quedó callada. Luego: Lulita me llamó ayer para invitarme hoy a su finca. que le dijera a usted también, ¿quiere que vamos?

Yo no le decía nada. Más bien recordaba a Lulita desde la otra barca, con ese novio que tiene igualito a Víctor Mature, y yo que la

oí gritar, burlándose, señalándome de una sin importarle nada. pero yo no la miraba. Yo miraba a Angelita al frente de mí que remaba. apretaba las cejas y remaba, y la barca se movía, avanzábamos. Y Lulita desde la otra barca tirando frescura, su novio remando y remando con cara de inteligente y ella juá juá. ¿qué clase de novio te has conseguido, Angelita, que ni remar sabe? El colmo, la mujer haciendo todo el trabajo mija. Y yo hundía la cabeza en mis hombros, tratando de hundir la barca. Si no hubiera tenido a Angelita al frente, me habría podido concentrar en el piso de la barca y hacer que apareciera allí un rotico sólo con la mirada. Nos hubiéramos hundido. Y Lulita gritaría, cotorra que es. desde su barca. En todo caso se habría quedado muda cuando me viera salvar las aguas y recobrar a Angelita de ese fondo color carbón, agarrarla del pelo sin hacerle daño, como una caricia, su carita envuelta en algas, sardinitas saltando entre sus senos.

¿Se acuerda del día en el que usted remó en el lago, Angelita? Sus ojos han tenido que apretarse, brillando mucho. Apretó el teléfono también y se llevó mi voz a su boca. Se acuerda de ese día, Miguel Angel? Sí, me acuerdo de ese día, y podía sentir cómo mi voz, sin olor a la distancia, con kilómetros de cable de por medio, se le metía a ella adentro. Y por allá, ella sí convertía mi voz en perfume de hembra, rosa y hoja de eucaliptus, después hablo de eso.

¿Cuánto tiempo estuvimos Angelita? Dos horas, me dijo. Ya eran las 6 cuando devolvimos la barca, y luego nos bañamos hasta tarde en la piscina y la gente nos miraba y decían cosas, ¿se acuerda Miguel Angel?

Me acordaba, claro. pero lo de la piscina dejó de importarme con el tiempo, pues ese fue el día en el que me dijo, remando duro, dejando atrás al novio de Lulita, me dijo pobre Miguel Angel, tan tragado que está que ni siquiera remar sabe. Y mañana no va a poder caminar ni correr ni nada si me sigue queriendo tanto. Yo la escuchaba sin decir esta boca es mía. Ojalá yo lo pueda querer tanto, Miguel Angel, algún día. Y yo amarraba más los brazos a mi cuerpo, haciendo los nudos con las manos, y me jorobaba como un cuervo viejo, mirándola. oyéndola remar, ganar velocidad.

Y ahora, por teléfono, me estaba pidiendo que le hablara, que qué era lo que pasaba, que raro sí estaba, que por qué no pasaba por ella a su casa. Que no se había vestido pero que se vestía inmediatamente y me esperaba en la puerta.

Yo no le decía nada.

Ayer estuve recordando la primera vez que me le sonreí en la cara, ¿se acuerda Miguel Angel? Me acuerdo, sí, Angelita. Qué tal olvidarse de eso, digo yo, sería mejor morirse. Fue la vez que me

anunció lo que yo tenía que cumplir como un deber en caso de que nos cuadráramos. Lo de llamar todos los días a una hora exacta para despertarla, para que ella fuera feliz siempre. Y a mí me gustó, y se lo dije, que me gustaba. Y fue que a ella le gustó tanto cuando se lo dije, que me regaló con una sonrisa entera, se me acercó dos pasos, estiró un poquito el cuello y me sonrió en la cara. Yo le pude ver sus 12 dientes completicos, sin contar los que se veían a medias. Entonces así no podía quedarme, y se lo dije, se lo pedí: que abriera la boca para verle bien las otras piezas. Y a ella le gustó, me abrió la boca en la cara, frente a la luz. Yo me le acerqué despacio. Le metí mi ojo derecho a la boca. Ella suspiró todo aire que tenía adentro. ¿Qué fue lo que sentí yo al aspirar su aliento? El olor de rosas y eucaliptus y mango viche que le venía del hígado, de la garganta rosada, del intestino grueso.

Miguel Angel, ¿me está oyendo? Sí, la estoy oyendo Angelita, es sólo que estoy pensando. Estoy aquí todo, todo pensando. Hay ratos en los que pienso que sería mejor no pensar tanto, porque, porque a uno le duele la cabeza, ¿o será el sol? En todo caso es peligroso, es, es como hablar tanto por teléfono. Tampoco es bueno. Ayer, anoche, usted se fue a su casa cuando se despidió de mí con ese besito que me dio, Angelita?

No era que yo pretendiera una respuesta, pues el besito me lo había dado en la misma puerta de su casa; hice tal pregunta para que me impulsara un recuerdo al que no me llegó fácil: cuando Angelita me besó por primera vez en mi vida, la tarde aquella en la que llovía; en el verano curioso del diciembre, y yo me fui a su casa a decirle puras palabras. Había recibido la lluvia todas las 6 cuadras que hay de mi casa a su casa, sin contar el territorio libre de mi madre y mío, antes de cruzar el alambre de púas. Ella me vio llegar mojado y se emocionó toda. Me trajo una toalla que olía un poquito a ella, y ya que era diciembre, ella olía a pesebre y a tristeza de niño viejo.

Poeta soy, así como soy loco. Lo único que me falta es tocar la guitarra eléctrica.

Luego subimos a su cuarto. Nos encontramos a su mamá en el camino y hasta me saludó bien. Le dije permiso y seguí de la mano de Angelita. Su papá no estaba: los diciembre hay cosecha de ají. Cuando entramos a su cuarto ella anunció que me iba a dar un beso. Entonces yo la miré a los ojos y cuando, al cabo de un tiempo, largo o corto no lo sé, pude encontrar el norte y el caminito en el mar y en el monte de sus ojos, supe que lo que tenía que hacer, antes de que ella me diera el beso, era decirle puras palabras bonitas. Y fui y me senté en un rincón de su cuarto, lo más lejos que pudiera de ella, y

allí me puse a hacer memoria para juntar las palabras necesarias como para ir empezando, las que nos enseñaba el profesor Torres en primaria. Y comencé: comencé a decirle Unicornio, salvavidas, pasto seco, valle, mundo, penitencia, medicina, tren nocturno, mediodía, Nevada Smith, páramo, tránsito, tierra de desolación, niños que ven al hombre que camina y le gritan caminante, chotacabra, ojos que no ven corazón que no siente, luna, racimo de lunas, rayito de luna, selva dormida, dolores y males sin nombre, reliquia de un mundo olvidado, condición de melancolía, oscuro y clarito, héroes sin gloria, kilómetros de distancia, abandono, voluntad, ciruelo, río Madeleine, Lady Madeleine, siempre viva, máquina del tiempo, papalote, sombra, cría cuervos y te sacarán los ojos, memoria perdida, hacedor de estrellas, capitán sin barco, entierro prematuro, pradera y alborada y fuga en cadenas, lluvia, destierro, inquilino nuevo, epílogo, Icaro, globo, destino, bruja, madrugada, dormidera, comelona, torre de marfil, mosquismo y frescura. Luego todo me fue saliendo facilito y fui haciéndole historias cuando las palabras en sí no contaban ya una historia. Le hablé de paraísos artificiales y lují lujá, del color de su pelo, de dos de mis dedos tocando su pelo, de que me gustarla coger y chuparle el pelo, de la casa de la colina, de familias enteras destruidas por una casa, de la primera vez que Irma la dulce me llevó al campo, al cine, al mundo, me besó en la cara y me quitó sus besos, de la Historia Patria, de una vez que ganó el América y la gente del Deportivo Cali alquiló policía para que echara bala, del Ventanal de la bella Abigail Smith, de la luz que entra a mi casa, del beso que ella me daría cuando yo acabara de contarle todo esto, te creo tan infalible, no me lleves a la ruina, ni que fueras mi alegría. Y cuando me cansé de hablar tanto me quedé allí sentado, vuelto una picha.

Entonces fue cuando vine a saber que el exceso de charla también produce angustia.

Sólo que también supe que ya no necesitaba ir más al colegio, ni ponerme a estudiar Algebra ni Historia, porque ya para qué más. Tal vez volver a nacer. Y si algún día se me ocurría escribir un poema o una novela de vampiros sería inútil: todo lo que tenía que decir se lo había regalado ya a Angelita. Y quedé agotado, pero después puro, y luego libre como un pájaro, libre de cultura y de conocimiento. Ayer fue cuando vine a saber que sólo una historia en el mundo me faltó por contarle, el nombre de una mujer: Berenice.

¡Miguel Angel!, dijo Angelita, y yo apreté más el teléfono. Hubo, tal vez, un momento de silencio. Yo abrí la boca y le dije

claramente: se me calentó la oreja. Y le colgué el teléfono. Mañana de mi perdición.

Entonces marqué su número. Si Angelita me estuviera llamando, desesperada, iba a encontrar el teléfono ocupado, Berenice me había dicho el número cifra por cifra para que no lo fuera a olvidar por nada del mundo. Cuando me dijo cuatro arrugó su maravillosa frente, como una tea encendida, echó hacia atrás la cabeza y sonrió; cuando me dijo dos voltió los ojos, me miró, no me miró a los ojos sino entre ceja y ceja: así debía mirar Billy el Kid antes de desenfundar y poner la bala donde había puesto el ojo; uno me lo dijo pasándome un dedito por el pecho; cuando volvió a decirme dos y luego dos y luego dos se fue juntando pasito a mi cuerpo, me abrazó la nuca, el pecho, la cabeza, me fue dejando allí la constancia de su olor, el olor que se me metió de improviso en el jugo de naranja, de su sentimiento. 42|222. Así cómo hace uno para olvidarse de ese número.

Timbró 5 veces y contestó la vieja Carmen.

Alá.

¿Berenice está?

¿A esta hora?

Ella me dijo que la llamara temprano.

Bueno, tenía que despertarla, ella no me dejó dormir, no me dejó soñar en paz. Tenía que contarle todo, preguntarle todo. Oí pasos; puertas, Bolívar que ladraba, que le decían chito. Han tenido que estar gritando el nombre de ella pero yo no oí nada. Entonces ella caminó hacia mí, soñolienta, triste en esta mañana mía, y cogió el teléfono.

¿Alá?

Habla con Angelito.

Yo sé.

Ah. La llamo a estas horas porque quería contarle/

¿La historia de su vida? Después hay tiempo.

Quería contarle que anoche yo no sé si dormí. que he pensado mucho en usted, que cuando salí de su casa, anoche, la luna tenía como el color de su pelo.

No me diga.

[Aunque ahora no recuerdo cuál es el color de su pelo! Era luna nueva. ¿Usted se dio cuenta que yo llegué en carro cierto? Con ese amigo judío con el que fui anoche.

A mí no me gustan los judíos. Ya le he dicho a Carmen que cuando vengan pelados judíos no me llame, porque no voy.

Bueno, pero él me llevó. Solo que después no quise devolverme con él, que me iba a pie. Yo hubiera querido quedarme con usted, si usted me hubiera dejado. Entonces caminé hasta mi casa, Berenice.

¿Vive muy lejos?

Sí, pero no me importó nada. Ni lo sentí siquiera. Sólo que llegando a mi casa me comenzó a entrar un miedo. Y después más.

Angelito, yo quería que me contara/

¿Qué?

Cuando usted llegó y yo abrí. ¿se acuerda?

Sí.

Cuénteme Angelito, cuénteme todo lo que recuerde.

Ackerman y yo llegamos. Ackerman tocó a la puerta y esperamos. Yo me puse a mirar a los manes que jugaban billar al frente, que taquiaban y entizaban y nos miraban. Arriba del salón de billares hay un colegio: el José María Córdoba, de kinder, primaria y bachillerato aprobado. Usted fue la que abrió la rejilla de la puerta. Y allí mismo salió la canción que sonaba adentro. Yo vi llorar a un hombre ante un espejo/ por un amor que le negara el cielo/ si Dios me quita la luna no me siento malo/ pero si me lleva a ti/ me lleva las estrellas. Ackerman le estaba diciendo a usted algo, un chiste malo, seguro. Yo estaba medio embobado oyendo la canción que salía detrás de su cara, como si su cara fuese un telón, un parlante. Me acerqué a la rejilla. Usted me vio.cerró los ojos, los abrió y abrió la puerta. Dijo: yo me llamo Berenice.

¿Nada más?

He tratado de recordar. En el nombre de quién, de Dios, he tratado, pero no me acuerdo de nada. Esta mañana que me desperté no me acordaba más que de su nombre y de su número. Y ahora, mientras le contaba todo, lo iba recordando. Pero nada más, se lo juro. ¿Qué es lo que me está pasando?

Sí, ya voy.

¿Cómo?

Carmen me está jodiendo acá porque no cuelgo el teléfono. Yo no quiero que ella se dé cuenta de esto de nosotros. Hasta luego. ¿Viene a verme hoy por la tarde? ¿Sí Angelito?

Y me colgó el teléfono.

Yo salí del cuarto de Miguel Angel. Irma la dulce cantaba una canción. un bolero, y si me vio cuando pasé corriendo no lo sé, pues no me llamó ni me hizo señas ni nada. Yo me puse a correr por toda la casa, descansando en los nichos, en las esquinas, internándome en los bosques de helechos, seguro también hablando, seguro riéndome. tratando de pillar el primer recuerdo de mi vida, ahora que no recuerdo nada, ahora que no necesito de memoria, como no sea

para terminar de contar este cuento. Pero ella me ampara. Y me divertía desalojando recuerdos innecesarios, sufrimientos. Pegaba un berrido de samurai y golpiaba una pared, la pared hacía poof, un sonido hueco progresando en la casa desierta y así el recuerdo malo salía. Y ya tenía yo un espacio libre para atiborrarlo de un color. una canción, una sonrisa. un besito. Que pasaran los años y los años y no me abandonara nunca. Y que cuando yo estuviera bien viejito se acercara a mi cara, a mis orejas blancas y limpias y me susurrara cosas, colores del río para ponerme bien contento. Los policías me veían andar por allí y comentaban. yo los oía, se reían. Y el lunes, en el San Juan Berchmans, continué haciendo todas estas cosas extrañas, hablaba con el aire, con un pelo que me arrancaba, con las paredes hinchadas de recuerdos que yo iba sacando. uno a uno. y por supuesto las paredes se desinflaban, y de esto todo el mundo se daba cuenta, y había algunos que ya me querían pegar para que dejara de hacerme el loco. Pero los que algún día habían sido amigos míos se les acercaban y les hablaban al oído. déjenlo tranquilo que algo raro le sucede. Por ese entonces William y Ricaurte ya se acercaban a mí y me miraban con curiosidad, pero a mí no me importaba. quién iba a pensarlo. Sólo que se pusieron a decirme loco, loco por todo. y ya era más conocido por loco que por Miguel Ángel. Yo le contaba todo esto a ella y ella se ponía bocabajo y me decía que se lo metiera más que nunca. que le rompiera la pared del fondo si quería, papito rico. Y a mí no me importaba mucho que me molestaran en el colegio. con tal de que no les diera por pegarme, con tal de que no les diera por meterse conmigo, tratar de lograr alguna información. hablarme. Una vez en clase de literatura el padre Mejía. animal como todos ellos. me dijo que le definiría "Género". y yo no le di la respuesta que estaba en el libro sino otra más sabia que me inventé. yo mismo. Entonces me dijo ¿sí? Hágase el loco. y me puso un cero. y ese mes, claro. perdí literatura. De allí en adelante no volví a coger un libro del colegio para nada. para qué. Ese día no salí a recreo. Me quedé en la clase. Y escribí por primera vez el nombre de ella en el tablero

BERENICE

Y más abajo el texto:

"Vengo de una raza notable por la fuerza de la imaginación y el ardor de las pasiones. Los hombres me han llamado loco. Lo cierto es que aquellos que sueñan de día conocen muchas cosas que escapan a los que sueñan sólo de noche. Diremos pues que estoy loco. Concedo por lo menos que hay dos estados distintos en mi

existencia mental: el estado de razón lúcida que no puede discutirse y que pertenece a la memoria de los sucesos de la primera época de mi vida, y un estado de sombra y dudas que pertenece al presente y a los recuerdos que forman la segunda era de mi existencia. Lo que pasa es que soy muy feliz en la duda y en la sombra".

Los muchachos leyeron eso después de recreo. Y todo lo contrario a lo que yo había supuesto, me molestaron, a partir de allí, cada día más. Pero valió la pena. Sobre todo por verles las caras a William y a Ricaurte, que leyeron y no supieron si el recuerdo que les producía, la sensación de nostalgia insoportable, venía era del pasado o del futuro. Y en todo ese día no atendieron a las clases, y se ganaron sus buenos ceros. Y por la noche seguro que no durmieron pensando en eso.

Yo, claro, seguía llamando a Angelita cuando se me daba la gana. Le trataba de explicar, trataba de contarle, hasta de recordar para ella. Pero ella nada, intransigente.

Vuelvo a aquel domingo, a aquella mañana ya lejana en la que yo me quitaba la pijama a toda carrera, y corría desnudo a meterme al cuarto de baño de Efraín González. Abrí la llave y al principio me ponía como un poquito mosca, pues no subía agua caliente. Pero el agua se iba entibiando poco a poco, hasta que lograba una combinación legal. Qué bueno es jabonarse por debajito, que con agua y jabón y todo se le pare a uno. No es sino jabonarse por debajito y pensar en ella de seguido. Son como 5 los sitios claves que hay que jabonarse. Luego cerrar las llaves con mucho cuidado para que no se fuera a desnivelar el agua, cosa de que no me cayera un chorro de agua helada cuando ya uno está dispuesto a secarse.

Luego entré, muy vestido y todo, en el cuarto de Irma la dulce. Ella me vio entrar y sonrió debajo de su pelo. Quise contarle algo, buscar en mi soledad, ayuda. Decirle que no estaba puro, que anoche había conocido a una mala mujer y que por ella estaba dispuesto a dejar todo en mi vida, que por ella iba a dejar a Angelita, que por ella Angelita se quedaría dormida para siempre, sin nadie nunca más que la despertara.

Me le acerqué despacio, me le metí debajo de su pelo. Arropado y tibio Je besé por segunda vez en esa mañana su frente agria.

Qué tal venirme a vivir acá con Berenice, cuando Irma la dulce se muriera y me dejara la casa para mí solo. Qué tal mirarle la cara a la sombra sabia de los helechos, chuparle los ojos, amasar sus manos bajo el techo de sus antepasados. Para siempre, cuervo viejo. ¿Necesitaríamos entonces, ella y yo, a la policía?

Besé la frente de Irma. Estuve un rato juagándome la cara con su pelo. Luego le dije que me iba. Ella aflojó el cuerpo y yo aprove-

ché para salirme. Me sudaba todo el pecho, ¿me fallarían las piernas? No me preguntó nada. Cuidado con el sol, fue lo que me dijo, y estiró la mano, los dedos, y con los dedos acariciando el aire pútrido de su cuarto se quedó sola, pues yo salía corriendo y corriendo ganaba la salida de esta casa grande, más allá del ventanal de la bella Abigail Smith: ella misma preparó la masilla, cortó y colocó los vidrios. Era para recibir el sol sin tener que salir de casa, que no le gustaba. Fue novia y luego esposa de don Carlitas Valderrama Rincón, el que estudió en Estados Unidos. Los policías dicen que todavía la ven.

Entonces salí al día.

Tuve que cerrar los ojos hasta que contara 3.

Luego los abrí y oí mejor el río. Un mango maduro que cayó a mis pies, alegre de mi presencia en el mundo. Lo recogí y me lo fui mordiendo, sintiendo las hebras que se quedaban prendidas en mis dientes de conejo, buitres anaranjados, corazón lleno de gracia, ave nocturna de corto vuelo, amor loco, amor profano, nunca en domingo, la escuela del odio, esplendor en la hierba, mis zapatos que avanzaban en la hierba sin cortarla ni doblarla, chicharras locas reventadas en la mitad del canto, matachicharras, dos policías que descansaban tirados debajo del ciruelo y se pusieron firmes al verme. Patroncito. Y yo en aquella mañana trataba de caminar despacio, de que el alejarse de mis pasos no me hiciera perder el sonido del río, la crecida que se pegó anoche. Yo levantaba la cabeza y miraba el cielo y al sol hasta contar 7 sin cerrar los ojos. Pedacito de principio. Condición, cabalgada, escuadrilla Lafayette, pueblo embrujado. Y así tocaba el grosella y lo mecía levemente y el grosella conmigo se portaba fresco, dejaba caer grosellas sobre mi cabeza. Y si ya sonaba en la ciudad un grito, una sirena, yo no los oía por nada del mundo, no hasta que caminara aún en mi territorio, condición de amo. Pensé en Angelita: que si la llamaba se iba a estar más bonita que ninguna para verme. Pero no había caso. Yo caminaba y caminaba, y si hacía viento los árboles lo dejaban pasar fresco para que llegara a mi cabeza, abanicara mi pelo. Y yo era muy feliz, pequeño coronel, condición de huida hasta que se acabó el pasto y me agaché para cruzar el alambre de púas. Al otro lado un cartel; "Arterno Franco Mejía VENDE".

2 centímetros más allá del alambre de púas, comienza una ciudad de 1 millón de habitantes. Hacia allá me interné por una avenida de 2 vías. Vi cabezas que se cubrían con maletines negros, trapos, libros gruesos para no recibir tan directamente este sol maldito. Yo veía a la gente y como siempre me ponía a pensar en mis cosas. Hasta que un carro se me iba encima y me tocaba salir

despavorido hacia cualquier acera, y allí una nube de gas me confundía, mientras alguien me empujaba y otros me saludaban. Pero yo caminaba siempre hacia adelante. Y al lado mío corría, perezosa, aquella porción de río fuera de mi casa que ya no me interesaba nada. Yo miraba a los edificios de 30 pisos, a los obreros construyendo edificios con las manos o derrumbando casas a martillo. ¿Y las casas con piscina? ¿Condición de frescura eterna? Tres compañeros míos del San Juan Berchmans con vestido de baño en las manos que me saludaban desde la otra acera. Yo los miraba agitar los vestidos de baño y no les decía nada. Seguía caminando por la avenida Colombia, toda la avenida Colombia hasta coger la calle 15, y de allí bajar a la carrera 15. La gente susurraba que el calor, que un fresco, que un raspado, gemía que el calor. La gente esperaba bus junto a un muro buscando la sombra, chupando piña, evitando el polvo. Pasaba el bus y no paraba y levantaba kilos de polvo. La gente gritaba, muchos de ellos armados. Yo atravesé la carrilera de la 25, caminé hasta el teatro María Luisa y allí miré las vistas un momento. A Angelita le hubiera gustado ver tal película, pero ella qué iba a venir al teatro María Luisa. En cambio yo soy muy *progresista*. Cuando me aburrí de ver las vistas, preparé mi ánimo para caminar 4 cuadras más, hasta que me llegara a la calle despavimentada por la que nunca pasó un carro, bendita sea. Contar 6 casas a partir de la primera esquina. Tocar en la séptima puerta. Y cómo era de feliz mirando a los que jugaban billar al frente, en el primer piso; a los que estudiaban kinder, primaria y bachillerato en el segundo piso. Esperando yo a que ella se asomara por la rejilla y abriera la puerta.

Cuando la abrió, yo emprendí posesión de luz. Allí, delante de ella, pensé un montón de cosas raras, me puse a hacer poesía mala. Estaba loco de la dicha, no importa que perdiera la memoria, que los ojos se me llenaran de muerte, que el pelo se me secara todo de tanto sufrir tanto. ¿Qué es lo que está diciendo?, me dijo ella, tomándome de la mano para que Bolívar viera que era amigo y no me ladrara. Yo no le dije nada, dejé que ella me pasara por allí. Las mujeres salían de sus cuartos y me saludaban con cariño. La vieja Carmen jugaba parqués con María del Mar en el saloncito del fondo, al lado del televisor. Yo le hice quiubo con la mano, tímidamente, amigos míos. Y ya podio la risita de ella, el resuello pequeñito de felicidad.

¿También condición de angustia de transporte?

Que vinieran todos mis amigos de la fiesta y me leyeran. Tú no eres mi amigo / ¿amigo de qué?

Me metió a su cuarto, y allí yo hacía castillos de naipes. castillos en el aire.

Mucho tiempo nos seguimos viendo, hasta que un día me dijo que se iba, luego de que hizo que yo me partiera ~n(3), me dijo que se iba. Que desde chiquita no había soportado vivir en una ciudad más de 2 años, así que se iba para Tabogá, a otro clima. Trató de explicármelo sin que yo sufriera, lo mejor que pudo: tocaba las paredes arriba y abajo y a los lados. se jalaba los pelos. respiraba hondo y se atragantaba para que yo me pusiera a compadecerla. Incluso un día se propuso oler feo por primera vez en su vida. para que viéramos que era verdad que necesitaba irse a Tabogá'.

Yo fui el primero que la conoció en este mundo de Dios, el primero que la miró e inventó el color de sus ojos Y^a lo que sabía su piel cuando yo la besaba. Yo volví en aquel domingo, en aquel~a mañana que con tanto apego he contado. Volví cuando no podía más con esta sensación de presencia suya metida en mi cuerpo: "DOMINGO DE MI (tu) REGRESO", lo llamaba Berenice. Que estuvimos todo el domingo metidos en su cuarto, que afuera la vieja Carmen tocaba y tocaba la puerta, que el tiempo valía plata, y ella me decía que me tapara, Angelito, que no escuche. Regresé a ella en ese domingo porque por ella había perdido la memoria, por que no recordaba qué era lo que más le gustaba que le hiciera: que l~chupara los senos tardes enteras, o que imitara a una araña con un mano, que me pasara las tardes recorriendo de sus rodillas para arriba, de sus rodillas para abajo con mis 2 arañas. Regresé para recordar que la quería. Para sentir denuevo cómo era que le dolía, o entonces ¿qué era lo que le pasaba? Porque de quejarse se quejaba. Y yo que le preguntaba ¿te duele? Y ella me respondía que no, no Angelito, ¿ese es tu verdadero nombre? Sí, me llamo Angelito, y no le dolía, que le siguiera haciendo, que era rico. Y no creo que nadie en el mundo terminara como yo los días. que me mena después a cine y hasta la oscuridad. el silencio y el perpetuo movimiento se me parecían a ella. Y por la noche caminaba hasta mi casa, y nunca fui igual de cariñoso con mi madre y con los policías. Llamaba a Angelita y le contaba, no todo pero sí algo, mejor dicho trataba pero no podía. Qué iba a poder. Entonces le inventaba: le decía cómo se le ponía la cara cuando me sonreía, que había encontrado mi verdadero nombre y se lo había aprendido de memoria y no hacía otra cosa que repetirlo todo el día. Que se llamaba Berenice. Angelita se quedaba y yo podía oírle sus sollozos día mentiras, y de vez en cuando su papá. su mamá que gritaba, porque ya por esa época Antonio Rodante había amanecido muer-to de miedo, lo encontraron con la boca abierta y con los ojos muy

abiertos y todo el pelo parado, él que lo tenía tan liso, y las uñas enterradas en las manos, y todo de color morado, pobre Carevaca. Angelita me decía que ya lo de ella no era vida, que le habían puesto en la mesa de noche el despertador más grande del mundo. que por qué no la iba a buscar aunque fuera un día. Pero si yo hubiera ido no me habría reconocido. seguro. Ya no era ni mi sombra. Recién conocí a Angelita todo el mundo me dijo que había cambiado: cuando conocí a Berenice la gente se quedaba era reconociéndome. Irma la dulce. creo, ya no pensaba en mí. Se la pasaba cantando boleros de la vieja guardia, cepillándose y cepillándose el pelo. Por ese pelo murieron muchos hombres. Y a mí me parecía que ella estaba feliz, que a la larga la pasaba chévere. Y ahora que ya nunca la abandono. con saberme aquí en la casa, frente a la ventana, ella tiene. Y hay días. veranos enteros en los que me habla de lo que piensa hacer cuando llegue la otra navidad: va a cortar el pino jecho y lo va a adornar igualito al primero que adornaron ella y mi padre, que no tenían 5 centavos y pintaron bombillos de rojo y amarillo, y así adornaban el árbol, de eso ¿cuánto hace? Angelita me decía por teléfono que no la *subestimara*, que ella era capaz de comprenderme, que malos días nos llegaban a todos, Miguel Angel. ¿Cuál Miguel Angel? Entonces que le tuviera lástima. Y yo claro que le tenía lástima. Que ya no miraba a nadie, que le daba vergüenza mirar a sus amigos en la cara, que no veía la luz del sol desde hace cuántos días. Y que Lulita la buscaba y ella nada. Claro que yo la escuchaba atentamente, mejor dicho me esforzaba, pero no podía entenderle casi nada de lo que decía.

Yo salía del colegio y caminaba en silencio hasta la casa de la vieja Carmen, sin molestar a nadie. Que aprendieran de mí, ¿dígallo? Si llegaba tarde, ella no me decía nada. Sólo que se ponía a mirarme entre ceja y ceja, y ya con el paso de los años se me hacía difícil resistir mucho esas miradas. Pero ¿por qué me trataba así? ¿Y si yo me hubiera puesto a regañarla? Motivos yo sí tenía: ¿qué tal el gordo ese que venía a verla todos los viernes desde Caracas? Llegaba en el avión de las 4 y se iba en el de las 9. Ella me había pedido que nunca la dejara sola. Yo le abría la puerta de la casa al gordo, yo era el que lo saludaba muy correcto, y nos sentábamos los tres en la sala, yo le sonreía mientras ella lo acariciaba y le besaba la calva. Y cuando él decía que se metieran al cuarto, que ya estaba cansado de tener al pelado ese al frente, ella hacía todo lo posible por demorar-se otro ratito, le hacía pedir más trago o se ponía a contarle una película. Para no perderme tanto. Después, cuando el gordo ya quería cerrar la puerta, ella la atrancaba con un pie, y si yo pudiera recordar la manera como ella se despedía de mí, diciéndome hasta

mañana: su boquita que aún podía verla en la raya de la pu~rta abierta hasta que Clami el gordo la cerraba. Ojalá nunca Je hubiera machucado la boca. Yo me quedaba allí un rato más, acariciando a Bolívar o dejando que la vieja Carmen me enseñara a jugar parqués como nadie en el mundo. Una tarde le gané y no quise volver a jugar más conmigo. Luego yo salía de allí y miraba a los niños que jugaban al frente a los manes que jugaban billar. Y seguro yo les sonreía. Si hubiera querido habría podido acercármeles y hablarles: no era amigo de ellos pero me querían, seguro. Les hubiera dicho que al frente había un venezolano, un gordo venezolano, nada menos. Que no estaban contentos con robarnos todo el petróleo de La Guajira, que ahora lo que hacían era venir acá llenos de plata a picharnos a las hembras. ¿que por qué no.íbamos y lo sacábamos? Me hubieran dicho que sí, seguro. Lo hubieran agarrado a bolazos de marfil y a tacazos entizados. Le hubieran ent~rrado lo~ tacos en la barriga. Los niños del kinder del segundo piso untan las tizas en su sangre y corra a hacer operaciones en el tablero, pero la sangre ya estaría seca antes de saber los resultados. Pero no, yo nunca le hice nada malo. Los muchachos me veían perderme con las manos en los bolsillos, y tal vez hasta decían cosas de mi espalda, cada día más encorvada. Yo no le hice nunca nada malo al gordo. El siempre le dejaba 5 billetes de 500 bolívares, y yo pensaba en eso.y llevaba mejor mi pena, porque ya con tal moneda ella podna vestirse como la dama que era. Y además tenía para los tarros de leche Klim de su niña, la pobrecita niña con el pelo color racimo de lunas que tanto se parecía a su madre, y con una tristeza t~l que no hacía otra cosa que mirar al suelo todo el día, lloraba mirando al suelo como si en el suelo estuviese la causa de su futuro, de su desgracia. Después vine a saber que ella nunca t~vo nin~una niña, Y estuvo llorando 4 días seguidos cuando yo le dije mentirosa, tanto que al fin me dio lástima al ver el estad~ de sus ojos, P~?recita, se los besaba y la invitaba a su cuarto, y la vieja Carmen haclendome.m~la cara. Y ella que quería que repitiera su nombre, que yo era lo uruco que tenía en la vida. Angelito. las letras de mi nom^bre, si[?] . . .

Y un día como cualquier otro. como el día que nos anuncio que se iba, me dijo que le trajera a dos amigos míos. Porque no quería seguirme viendo así de solo. porque la presencia de ella era pura condición de soledad y no quería eso, porque sufría mucho al verme así, porque me estaba poniendo viejo, y porque me dejara de ser tan bobo si creía que ella iba a malgastar su amor en una sola persona, que me dejara de ser tan bobo y que dejara de ser tan egoísta, que así como iba me volvería loco en un momentico.

Yo no tengo amigos, le dije.

Entonces tráigame a los dos primeros hombres que se encuentre al voltiar la esquina. Y yo salí de allí a obedecerle, pero a mi manera. Tenía que buscarlos en el San Juan Berchmans, rendirle fidelidad a mi colegio, donde hay un Berchmans hay un caballero. Llegué temprano, me metí a la clase vacía y esperé. Y los primeros manci tos que entraron fueron William y Ricaurte, comiendo mango viche con sal y hablando de matemáticas. Yo les expliqué la cosa en dos palabras. La única pregunta que me hicieron fue: "¿Berenice? ¿Qué clase de nombre es ése para una puta?". Y esa misma tarde la conocieron en el mundo. Al otro día Ricaurtecompró un cuaderno Norma de 100 hojas para llenarlo con su nombre.

Ella me decía que era como volver a conocernos, como volver a nacer, Angelito. Y yo le creía. Y los miraba y pensaba en mis cosas, en lo feliz que era, loco-motora, dragón diurno, caballeros perdidos en el tiempo, cortador de pasto, pipa de la paz, soldadito muerto. ¿Se me entenderá? Ella se iba dizque a ir después de que me había cambiado, hallado mi nombre, después de que dejé de ser yo para ser como un equipo, hasta el punto de que todo concepto sobre la individualidad había desaparecido. Había aprendido a hablar, a sentir, por los ojos de los otros. Allí era donde empezaba la verdadera sabiduría, me decía ella, y yo le creía. Y así y todo, ella se iba a ir pa Tabogá.

Lo que quiero decir es esto: ¡,qué habría pensado yo al despertarme en el primer día de su ausencia? Todo el mundo me hubiera dicho mentiroso. tanto que te radicalizaste para no quedar en nada. Mentiroso me dijo Ricaurte cuando le vio los ojos y supo que no eran como yo le había contado. Pero ¿qué iba a hacer yo si no se podía? ¡,Qué iba a hacer. dejarla partir, amarla una última vez y cha u? Ricaurte tenía una novia que se llamaba Clara, como clara de huevo. Pero él sí no la dejó por Berenice. Ricaurte mi amigo no era como yo. aunque también se trastornaba con los dientes de Berenice, hasta el punto de que Clara le preguntaba qué es lo que te pasa, que a toda hora quería lamberle los dientes. Y él hacía cara de idiota y le decía será que los tenés muy lindos Berenice.

Ella nunca dejó de cobrarnos. Cada vez que íbamos, al principio, teníamos que pagarle 20 pesos. Precio especial, eso sí. Y William, como sus papás no eran de moneda. tuvo que comenzar a vender todos los objetos de plata que encontraba en baúles, armarios y demás recovecos familiares. Y comenzamos a llenar los tableros de la clase con las 8 letras de su nombre a 2 colores. y los muchachos que me preguntaban qué quiere decir eso, ¡,esel nombre de una hembra? Cuál hembra. les decía yo, es el nombre de un cuento. ¿Cómo hago ahora para darle una palabra, un nombre, al

simple hecho de haberme conocido, de haber que adaptara una memoria para tres, de haber juntado y exprimido nuestros cuerpos. Y llegando el nuevo día yo trataba de repasar el anterior, cuestión de ver si agarraba una pista, si podía llegar a recordarla. No había caso. Era como si nunca hubiera estado contigo, ésa era la verdad: te olvidaba. Ella no concedía el regalo del recuerdo, no se podía, ¡qué tal el recuerdo de ella en mi poder, qué tal! Yo la habría gastado, envejecido, chupado.

A William siempre le cayó en gracia que al frente de una casa en la que funcionaba un salón de billares en el primer piso, y arriba un colegio de kínder, primaria y bachillerato. Ese fue el día que José llevé a ella, que se demoró tanto tiempo con William adentro. Que cuando salió William trató de contarnos todo, y hasta se acercó bastante a la realidad porque apuntó en una libreta las caricias que le hizo, las palabras que le dijo. Que cuando emborracharse, decía William, después de darnos los documentos, que estaba en un tratamiento para los barros a base de antibióticos pero que quería emborracharse, que cuando murió. Pero no se murió ni se intoxicó ni nada. ¿Amanecer al otro día en las calles, en los parques? ¿Que me recogieran los barrenderos de las 4 de la mañana? Que viniera Irma la dulce a recogerme, a guiarme, a aconsejarme, y yo hubiera podido olvidarla, enrutarme por el buen camino. Su amor no bastaba para mí solo, tuve que buscar a dos personas más para pagar el derecho a amarla. Eso le hubiera dicho a Irma la dulce, que me apartara de una mala mujer, hubiera llorado en su regazo. Y ella seguro me habría llevado donde un psiquiatra.

Ahora, con los años, es que pienso en esa especie de profecía que era ella: en ese destino ya planteado y solucionado en su mente que hablaba únicamente de Angelito, de cómo amar a Angelito. Cuando yo los llevé a ella y ella los miro y les dijo a los niños, yo pensaba en mis cosas, la casa de bambú, la casa del sol naciente. Eran esos días felices, mucho antes de que yo llevara a regalarle el cuento de Edgar Allan Poe que se llama "Berenice", en el que un hombre le arranca los dientes a su esposa. La entierra viva nada más que para sacarle los dientes y meterlos en una cajita transparente. Entonces, después, cuando nos reuníamos donde la vieja Berenice leía el cuento en voz alta, una y otra vez, mientras Bohvar, manso y solo, escuchaba, yo ya iba comprendiendo, palabra por palabra, la razón de mi sabiduría, y proclamaba de antemano mi inocencia.

A mí no me gusta hablar mucho ni de William ni de Ricaurte, mis compañeros. Yo nunca los entendí bien, por eso es que no quisiera ahora tratar de explicar sus comportamientos. Por su parte, Ricaurte tenía novia. Entonces a William, yo no sé cuándo exactamente, le comenzó a gustar una pelada que se llamaba Marta. Qué nombres tan simples, todos de cinco letras. Y un día William fue y se le declaró, y tan de malas. Marta le dijo que no. El hecho fue que en un buen día que estábamos en clase de química, apareció la mujer más bella del mundo, entró al salón y ni me miró siquiera y se llevó a William de la mano! Yo ya ni recuerdo cuánto tiempo ha transcurrido desde aquello, en fin, son muchas las veces que he intentado llorar en vano, pero no es eso lo que quiero decir. Lo que digo es que ninguno de los muchachos, ni el profesor siquiera, ha podido expulsar de sus mentes ese como vago recuerdo que les habla de un día de sol como todos los días del año, y de una mujer maravillosa partiendo en dos la vida y la mañana, entrando a clase de química y llevándose a William de la mano. Después, William lloraría encima de sus pechos, lloraría en silencio, dejando que el cuerpo de ella se sumergiera en el cuerpo suyo. La vida había subido por ese entonces, y Berenice nos cobraba ya 50 pesos, y como William no tenía nada de moneda en el bolsillo se vistió, corrió a su casa y escondió en papel periódico cuatro copas de plata, último recuerdo de su primera comunión. Vendió la plata a peso el gramo, 220 en total, y todo se lo regaló a ella. A la mujer de ojos irritados de tanto hacerle compañía a su llanto, que le preguntaba que cómo era esa tal Marta. Nada.

Esto que sigue debe ir en nombre de los tres, pero naturalmente, el autor soy yo:

"No sabemos a qué obedece tu presencia, pero estás allí. Amor, totalmente desarraigada de lo que nos rodea. Estás allí sólo para que podamos amar, dispuesta nada más a que nuestros cuerpos pateen enchuspados en el tuyo y se revuelquen por turno o a un mismo tiempo en tus entrañas dulces y jugosas. Y ya lo ves, estoy hablando de ti otra vez, sé que no se puede, que es imposible, pero no importa, me gusta inventar. Nada importa si total. hundimos la cabeza entre tus senos y chupamos tu pelo como si fuera apio. Adivinamos lo que está sintiendo tu cuerpo cuando tus rodillas nos golpean, nos maltratan en su orden de que convirtamos todo lo que te pertenece en una bella masa líquida. Y vemos nuestras caras retratadas allí donde sabes que está la palabra felicidad escrita de la forma más desconocida. Yo le tomé una fotografía y al revelarla, no había más que un relampagueo manchoso. Ni siquiera una cámara fotográfica pudo llegar a recordarla. Ella metía la mano entre mis

preuius y agarraba todo, y así dormía. Repetía que sólo nos tenía a nosotros, que fuera de nosotros no existía nada, porque juntos conjurábamos a la eternidad. Nos empujaba hasta el borde de la cama. Descolgaba las piernas y nosotros, apoyados sobre la pared, nos tirábamos de cabeza por el único camino que había en el mundo. Y nos dijo que se iba a ir, y la vieja Carmen que tocaba a la puerta, para que le apuráramos. Pero nosotros jamás saldremos".

Bueno, ella se iba a ir. Y ¿qué hubiera hecho yo, irla a despedir al aeropuerto? ¿Verla con su maletín de hembra, vestido de dama, caminando por largos pasillos, abandonando el sol de Cali? O llamar al otro día a Angelita, antes de la 9, y decirle he recapacitado, ¿he vuelto?

Hace 15 días salí graduado de bachiller. Apareció una foto mía a dos columnas en los periódicos. Irma la dulce está que baila en su cama de contenta. A mí lo que me hubiera gustado es que Berenice hubiera estado presente en el acto de clausura del Año Escolar, para que oyera al padre Rector pronunciar solemne discurso en el que ensalzaba el dechado de virtudes de los jóvenes graduandos, merced a las cuales éramos, sin ninguna duda, el auténtico futuro de la patria.

Quisiera tenerla aquí a mi lado para contarle que Ricaurte aún le chupa los dientes a su novia. Que Marta, la de William, fue atropellada por un carro fantasma. Le contaría también que el único que sintió de veras su partida fui yo, que tanto William como Ricaurte se van a estudiar ingeniería a los Estados Unidos, William con una beca, como si no hubiera pasado por acá nada. Le contaría también que Angelita viene a visitarme, que me coge la mano y me habla desde muy cerquita, me cuenta historias de niños, como si con eso me fuera a encontrar algún consuelo a su ausencia. La próxima vez le voy a decir que por favor se olvide, que por favor no vuelva. Ya no quiero seguir estudiando más, para qué, pedazo de cordero. Ahora sólo tengo tiempo para mirar a mi ventana, la que antes era de Abigail Smith, y que yo he convertido en una ventana con forma de aguja y forma de iglesia, iglesias como esas que salen pintadas en las enciclopedias. Y también tiene forma de aguja. de ojo de aguja. Y la cúspide de la iglesia y la punta de la aguja están sostenidas por 6 barrotes largos, grises, en forma de lanza. Y mi mundo mide 3 x 1,76 metros. Y mi mundo posee 3 centímetros de cielo limpio, más allá de los árboles, más allá del edificio de 52 pisos que levantaron al otro lado del alambre de púas, y que me robó casi todo el cielo de mi mundo. Y en las noches no puedo ver la luna. Pero entre barrote y barrote veo la muerte de los árboles, los mangos que caen y se quedan, los policías, lo que hace el Río. Y los

boleros de mi madre que me acompañan a la distancia. Y me la paso pensando en mis cosas. Recuerdo que el hombre tuvo que enterrar viva a su amada para extraerle los dientes que le habían negado toda paz; eso lo relató el mayordomo, que los dientes cayeron de la cajita transparente y rodaron por el suelo. Soy nave sin regreso, un amor en vano, un terco peliador de medianoche. Yo guardo los 7 trocitos blancos que arranqué de sus encías. Tuve que botar el resto porque estaban llenos de caries. Raíces del cielo. Yo poseo una caja negra, pulida, redonda, en donde guardo las puntas de sus senos Y bien conservado ese par suyo de ojos, y un poco de su pelo. Y ahora voy a comprar un equipo completísimo de aire acondicionado.

Ven a visitarme.

III EL TIEMPO DE LA CIENAGA

A las 6 me despertó la sirvienta. y yo estaba soñando uno de esos sueños que hacen que primero me levante sobre un codo y me ubique. no es que pregunte dónde estoy. quién soy. ni ninguna de esas tonterías. lo que pasa es que tengo que acomodarme a la tristeza, o aceptar que la desesperación es la única vía de acceso a todo en este nuevo día. y decirme que son las 6, que hay colegio, que a las 8 tocan la campana y cierran la puerta, que estoy empezando Quinto y sólo me falta lo que queda de este año y otro, que podría decir renuncio e irme a vivir al campo con las cabras, pero entonces quién se queda cuidando a mi madre que no tiene ni 40 años y ya se está muriendo (y todavía bonita), en eso pensaba yo y la sirvienta mirándome, no sale hasta que no me vea bien despierto, parado, listo a quitarme la pijama y a agarrar una toalla, ella siempre me prometía que había agua caliente, después de bañarme pasaba por el cuarto de mi madre a darle los buenos días y a llenarla de besos, ese día era un martes después de un puente que abarcó viernes, sábado, domingo y lunes, a mí siempre me pasa que después de los puentes estoy creyendo que es lunes, así que sin saber que era martes cogí el horario del lunes: Religión, Química, Literatura, Historia y dos horas de Física inmediatamente después del almuerzo porque este año ya nos instalaron la jornada continua, pero no fue sino después que me di cuenta que era martes, menos mal que los lunes y los martes coinciden Religión y Física, pero había un trabajo de Civismo que no llevé y el cura me puso cero, y yo quería aplastar mi cara, golpearle la frente contra el pupitre para que vieran mi angustia, había salido de mi casa a las 7 y 45 porque tuve un problema con la sirvienta que me sirvió el café frío y yo me le entré a la cocina pisando duro y traté de regañarla pero ella no se me dejó, tuve que tomarme el café frío sintiendo que se me volvía un ocho el estómago de la rabia que tenía, cómo poder decirle que no se metiera conmigo, que yo vivía atormentado por problemas que ella ni imaginar podía pues no contaba con la capacidad intelectual rara hacerlo, que el que me lavara la ropa, me tendiera la cama y me hiciera la comida eran puros accidentes, una situación que ni ella ni yo podíamos modificar, que se limitara a trabajar callada y a cobrar

su sueldo, y sin necesidad de comunicárselo que se diera cuenta de mi profundo desprecio por su debilidad. por su corrupción, qué es eso de dejar su tierra, el campo, y bajar acá a convertirse en sirvienta de esta sociedad para que yo pueda llegar temprano al colegio y bien alimentado para rendir en el estudio, y había días que ni siquiera me tenía agua caliente y yo me ponía furioso, golpiaba los azulejos del baño, me daba contra las paredes, tendía a enterrarme las uñas en las plantas de las manos, y el agua fría cayéndome inmisericorde en mi espalda, yo nunca entendí por qué era que me hacía todo eso, podemos hacernos la vida soportable, era lo que yo le decía. no es sino cuestión de mutuo entendimiento, ahora que mi madre está enferma a cada rato se le pierden los vestidos y yo sé que se los roba la sirvienta, lo digo porque me he metido a su cuarto y le he esculcado el clóset y se los he visto. es decir me consta. pero no le digo nada a mi mamá y yo bueno, trato de hacerme como el que si nada. además mi mamá ya para qué vestidos. se mantiene todo el día en la cama con la pijama que era de mi papá. antes hablaba de las ventajas que traía el decidir no salir más de la cama. no más problemas. pero ya ni siquiera habla. yo salí de mi casa un poco preocupado. crucé el alambre de púas que marca los límites de mi propiedad y tuve que coger un Rojo Crema que andó despacio y claro. va eran las 8 cuando llegué al San Juan Berchnans. ni un alma en los alrededores. la puerta ya cerrada. tuve que tocar y tocar de la manera más triste hasta que el portero se asomó por la rejilla y yo le pedí el favor que me abriera y me dijo que no. entonces le supliqué que me abriera y seguía diciendo que no. primero que no podía, luego que no le daba la gana porque yo le caía gordo y que no me abría. entonces le dije que si me abría me dejaba pirobear y él me abrió pero todavía mirándome con odio. cuánto hace que tocaron. le pregunté yo pero no me contestó. yo apreté bien los libros contra mi pecho y me doblé. él primero me puso las manos en las nalgas y me las sobó un rato y luego con una sola mano me tocó por el medio hasta que yo me voltié y le dije ya está y él ni protestó. siquiera y yo salí corriendo de allí. todavía pensaba alcanzar a responder lista, cómo me quedaría cuando entré a la clase y era martes. me encuentro no al cura de Religión sino al cura de Civismo y apenas me estoy sentando me pide el trabajo que no he traído. esta mente lenta que tengo. me pusieron un cero en Civismo. comí tanto a la hora de almuerzo que en las dos horas de Física me la pasé con una bola en el estómago y unas ganas de echarme y conciliar el sueño. además que no entiendo nada de Física. desde hace un año la gente se ha estado sospechando que soy un poco bruto, al principio me aterré y daba berridos por toda la casa. pero ahora me limito a

subir los hombros: no es más que una indiferencia por todo, no emocionarme desde que estaba chiquito, saber que hay cosas que uno no entiende y es como si no existieran porque mi mente no da par~ más sencill? cuando tocaron la campana para salida yo pedí al ~lelo que nadie se me acercara. que nadie me conversara, poder salir como soy de solo, me pegué a una pared y logré cruzar la puerta con cierta facilidad, entre los primeros, afuera me puse contento por el sol que hacía y que a nadie le gusta, todo el mundo salía protestando por el calor maldito, pero a mí el calor me llena de ánimos. a lo que le tengo terror es al frío, también le tengo terror a encontrarme al papá de una novia que yo tuve de mentiras y ella creyendo que era de ver?ad, no me gustan las mujeres, que se la quite a un amigo y rru amigo de la pura desesperación se fue de Cali buscando el mar, y ahora al que le tengo miedo es al papá de ella porque sé que está loco y que es ubicuo, me lo encuentro en el norte y en el sur, una vez en mi vida he viajado a Bogotá y allá me lo encuentro, me fui caminando por la orilla del río, bien despacio, mirando el agua, las piedras negras, le tiré piedras a las vacas, como hago siempre, y ya casi llegando a mi casa me metí por el último lote para acortar camino y además porque me gusta caminar en medio de la maleza, cruzar los montes, y resulta que me encuentro con una muc~acha de mi edad, de pelo largo, camiseta de rayas y bluyines americanos, yo nunca la había visto por el barrio, cuando yo me le acerqué me sonrió porque la camiseta mía era igual a la de ella, qué bruto, fue una sonrisa tan linda. tan limpia, que yo no tuve ningún problema en decirle hola y en preguntarle su nombre, se llamaba Angelita, me quedé toda la tarde con ella allí en ese lote, estuvimos arrancando hojas para un herbario que ella tenía, al final, de pura aposta, nos rayamos los brazos con esas hojas largas y filudas que tanto ab~ndan en los lotes, que también sirven para hacer zepelines, Y ya h~clendose de nohecita salimos del lote cogidos de la mano, al otro día yo fui a verla en el esperadero y me contó que lo que más le gustaba ;ra leer poesía, "El más noble de los oficios", así me dijo, y yo quede muy impresionado, tanto que esa noche traté de escribirle un poema pero no pude y desesperado. tumbando sillas, rebusqué entre las cosas de mi madre y encontré este poema que se lo hice a ella en un Día de la Madre cuando yo estaba muy chiquito, tanto que no tengo memoria de si lo inventé yo o lo copié de algún libro, el poema, adaptado para Angelita, dice así:

Angelita, Angelita, tú me besas
pero yo te beso más
como el agua en los cristales
son mis besos en tu faz

te he besado tanto ¡tanto!
que de mí cubierta estás
y el enjambre de mis besos

no te deja respirar. fue por allí que fui descubriendo que yo también amaba la poesía. fui aprendiendo a escribir, ella me daba un mensaje cerrado y yo le daba otro para que lo abriéramos al mismo minuto de la segunda hora de la mañana, a cuántas millas de distancia, ella en el Sagrado Corazón, yo en el San Juan Berchmans. ella me decía que estaba igual de sola que yo. igual de aburrida estudiando bachillerato. y a ella también le parecía una mierda la sociedad, procuramos dejar de ir todos los sábados al Club, sólo íbamos cuando había una fiesta importante como la del 28 de diciembre o una competencia de natación que a ella le gustaban mucho, y yo sufría porque nunca he podido nadar bien. no es que no nade bonito sino que nado una piscina y me ahogo. también nos aficionamos al cine, íbamos todos los días a las 3 y media, ella decía en su casa que era que estaba estudiando más que nunca, yo sí no tenía que inventar nada porque mi mamá nunca me pregunta. al final creo yo que nos comprendíamos mucho. y cuando a ella le daban las locuras que le daban con la luna yo la calmaba. me le portaba fresco, mejor dicho la pasábamos bien, y de tanto leer poesía y de tanto ver cine nos fuimos volviendo muy *progresistas*, por ejemplo dejamos de ver con buenos ojos, como cosa normal. que para todas las fiestas tuvieran que alquilar policía para defendernos de la gente del Sureste, y tanta pelea en la calle y la policía en toda parte, que al final era que me estaba poniendo nervioso andar en medio de tanta policía, se vinieron a destapar crímenes horribles. a Danielito Bang, uno del San Juan Berchmans, lo descubrieron cómplice de antropofagia en pleno siglo XX, pusieron una bomba en el colegio Bolívar que es todo de gringos. bombas en el Dari Frost y en la Librería Nacional que también es manejada por gringos. y los de mi clase que tienen a los papás o los hermanos en la Guardia Civil me decían que ya habían agarrado culpables y que los estaban metiendo en celdas con un fosa y un péndulo, ante toda esa violencia, que no comprendíamos y nos sentíamos extraños, pensábamos irnos a vivir al campo una vez termináramos bachillerato, hasta que ella me vino con el cuento de que las islas Encantadas, y por allí derecho leímos todo Melville y aprendimos a temer al mar aún sin conocerlo, ella sí había estado una vez en Santa Marta pero yo sí nunca, en esa época fue que concebí la idea de un cuento que nunca llegué a escribirlo: un hombre se confunde por el mar de tanto leer a Melville y se echa a la *mar* en busca de Las Encantadas creyendo encontrarse con aquél territorio desierto mágico que leyó

en los libros, cómo se quedaría al ver que allí donde leyó una gruta, un albatros, hay ahora un hotel, un aeropuerto, un casino, eso también hacía parte de mis terrores, porque mis terrores seguían siendo encontrarme con el padre de aquella novia lejana, son muchas las veces que he tenido que bajarme de un bus cuando él se sube, cojo a Angelita de la mano y le digo bajémonos y ella obedece sin preguntar porque aunque le pudiera explicar no entendería, otro terror mío es soñar con un hombre que se pasa la mano por los dientes y es como si se pasara la mano por el mentón y seres sin mentón, tampoco puedo tratar de explicárselo porque hay cosas que dejan de significar apenas tratamos de encontrar un signo, un código que les dé expresión, así que ella tiene que soportar su ignorancia de mí si vamos por la calle y yo pego un grito en mitad de la calle o me jalo los pelos, y es porque tengo que estar en guardia desalojando pensamientos impensables, innominables, o si no me muero, debo decir que al final nuestro progresismo tenía como meta como autoconfirmación, internarnos en un barrio del Sureste y meternos a un teatro de segunda, digo, sobre todo cuando nos cogió un aburrimiento mortal por los teatros de estreno, tanto que se vio en peligro nuestra afición por el cine, un viernes vimos que daban *Mis corazón que odio* en el teatro Libia, y ese día estaba lloviendo, seguro fue la lluvia la que nos animó y averiguamos qué bus coger, el Rojo Crema que también pasa por Santa Teresita que es donde vivimos. para llegar al teatro tuvimos que atravesar a pie una calle despavimentada en medio de la lluvia, es decir caminar con el barro hasta los talones, recuerdo un caño de aguas negras y en las puertas de las casas hombres sin camisa que miraban la lluvia y nos miraban con curiosidad pero sin malicia, ¿o entonces fue que entendí mal aquellas miradas?, había niños que jugaban en el caño y perros criollos, el teatro Libia era blanco, blanquísimo, de granito lustrado, me sorprendió encontrar un teatro tan elegante en un barrio así de pobre, la entrada valía 5 pesos, en el fondo de la taquilla había un retrato del general Rojas Pinilla, nos dejamos escurrir un poco antes de entrar, el doble era otra de vaqueros: *Shane el desconocido*, adentro se estaba bien porque era calentico y de oscuridad pasable y contentos, contentísimos, tanteamos un puesto entre las primeras filas del lado izquierdo y allí comenzamos a ver cine. sólo que cuando me acostumbré a la oscuridad me voltíaba a mirar para atrás, y vi que el teatro estaba casi vacío, arriba habría unas 15 personas pero abajo sólo estábamos nosotros, me dio una no sé qué sensación desagradable, pero la lluvia tamborileaba en el techo y era bueno estar bajo cobijo en un mundo nuevo y de pronto me sentí muy protegido, Angelita tiritaba un

poquito pero yo le apretaba un brazo con todas mis fuerzas y le transmitía fácil el calor que yo tenía por dentro, cuando se acabó *Shane* y siguieron con la otra de una sin siquiera prender las luces fue cuando entraron 3 jóvenes diciendo "Buenas tardes pueblo", y se sentaron en la fila de atrás, cuando se acostumbraron a la oscuridad nos vieron y yo no sé si se dieron cuenta de dónde era que veníamos, pero me parece a mí que comenzaron a decir cosas de la película para que nosotros las oyéramos y nos riéramos, eso fue lo que pensé todo el tiempo, yo voltié una vez muy rápido y los vi, ellos se dieron cuenta sin tener que mirarme, seguían la película con interés, uno de ellos dijo: "Estas son las buenas de vaqueros, las que no me gustan son esas italianas", y a mí me comenzaron a entrar ciertas ganas de decirle que estábamos de acuerdo. que la vida se llevaba mejor si había mutuo entendimiento, sé que Angelita también hubiera querido hablarles, cómo hacíamos, me voltié hacia ellos y con mucha habilidad pedí el primer cigarrillo de mi vida, donde no se den cuenta que éramos del Norte me dicen no joda, compre, pero sabían con quién estaban hablando y me lo dieron y no sólo eso sino que me dijeron: "¿La pelada fuma?", sí, por favor, dijo Angelita, que tampoco había fumado nunca, yo me atranqué y tosi dos veces, es que tengo la garganta irritada con tanta llovedera, dije, Angelita en cambio fumó su cigarrillo en silencio, serena, cuando yo terminé todavía fumaba, yo esperé a que terminara y botara el cigarrillo para acercármele y pegarle mi cabeza en su hombro, no me gustó el olor a tabaco que despedía Angelita, mejor dicho me repugnó a tal grado que me le separé de una y alarmado, me puse a olerme todo, el aliento, las manos, para ver si olía a lo mismo pero no, la que olía era ella, no vuelve a fumar más me dije, y cuando se terminó la película, la puerta que se cierra en toda la mitad del cinemaScope y prendieron las luces, yo me voltié y los vi: había uno lleno de granos y otro mueco. el tercero sí tenía la piel lisa y la dentadura completa, era moreno y cuajado, hasta buen mozo. se quedó mirándome y me preguntó: "Ustedes son del Norte, ¿verdad?", sí, por qué, le respondí yo, "Se les nota normás", dijo el granujiento y yo me reí, Angelita fue la que dijo pero nos gusta más ver cine por acá, y ellos se rieron y nos ofrecieron cigarrillos, yo dije que no gracias, pero Angelita dijo que sí, dejó que muy tranquila se lo encendieran y se puso a fumarlo con cara de experta, cuando salimos del teatro éramos casi amigos, ya no llovía y la gente estaba en la calle salvando charcos, al mueco le decían Indio, al buen mozo Mico y al granoso Marucaco, nunca nos conversaron de política, ni preguntaron en qué estado estaban las calles de su barrio, ni que los ruños Jugaban en las aguas negras, nada, sólo un chiste, cuando nos

vieron resentidos por el olor del ambiente: "A esto por acá le llaman buenos aires", lo que nos contaban eran cosas de las fiestas de ellos, del Santa Librada donde estudiaban, de Salsa, una música que no me gusta, y usaban palabras que todavía no entiendo y Angelita escuchaba con atención, los ojos le brillaban, cuando llegamos a la 25 se querían despedir pero no los dejamos, Angelita les pidió que no, que por qué no caminábamos un rato, a mí me pareció bien, por qué no caminamos hasta el Centro, les dije. les parece muy lejos o qué?, no, a ellos les pareció perfecto, era viernes y no tenían nada que hacer, Marucaco me preguntó que adónde había comprado esos zapatos y yo le dije, frotándolos contra el pantalón, son Flor Sheim, me los trajeron de Estados Unidos, y Marucaco se quedó callado, nos reímos todo el tiempo de las cosas que nos contaban, eran simpatísimos, ahora en el San Juan Berchmans yo iba a Portarme distinto a todos los alumnos luego de tener esa experiencia, de verlos a ellos tan distintos, tan felices, los tres con camisas de etamina, "Son lo último para tirar boletería", decían, yo les hablé de Herman Melville y de libros bien famosos, pero ¿cómo hacía si ellos nunca habían oído hablar de eso?, se hacían los interesados, me escucharon con atención como quien desea aprender, pero qué va, se distraían completamente cuando uno cantaba un pedazo de esa música que no me gusta y otro que le hacía coro. al final teníamos que esperarlos porque se quedaban atrás, Marucaco y el Indio cantando y el Mico bailando que era el que mejor bailaba porque los vi bailar a todos, porque me consta, en el Centro los invité a tomarse un refresco y ellos quedaron agradecidísimos, dijeron que si nos parecía nos acompañaban hasta la casa y a mí me pareció bien, se les veía que estaban igual de interesados que nosotros, ya que nosotros nos metimos en su mundo ellos se iban a meter en el nuestro, por qué no, todo se puede lograr si hay mutuo entendimiento, les dije, uno puede vivir en paz, ellos me oyeron pero no me dijeron nada, y yo quedé un poco desconcertado ante ese silencio, caminamos por la orilla del río y Angelita se quedó atrás cogiendo hojas, ayudada por el Mico mientras yo conversaba con Marucaco y el Indio de lo aburrido que yo estaba estudiando bachillerato, pero el Indio me dijo que en cambio ellos la pasaban "Soda, diga si no viejo Marucaco que la pasamos chévere ", y Marucaco dijo que sí, que "Muy soda, debe ser porque usted estudia con los curas", me dijo, y yo volví a ver qué era lo que hacía Angelita, estaba viendo con el Mico una hoja rara que me mostró después aunque estuvieron conversando mucho rato porque el Mico se interesaba mucho por la Botánica, no es que supiera, no es

que supiera nada de Botánica sino que se interesaba por lo que decía Angelita, caminamos y más adelante los invité a cono y ellos de nuevo quedaron muy agradecidos, al rato todos estaban muy interesados en la Botánica, caminaban al lado de Angelita escuchándola con cuidado, de vez en cuando hacían chistes y Angelita se reía con esa risa linda, limpia, comprendo yo que ellos estuvieron maravillados con su belleza porque cuándo iban a poder ver una muchacha así en su barrio, y por eso yo también estaba algo contento, ya casi llegando al Charco del Burro ella se les adelantó un poquito y me cogió la mano, serían las 8 de la noche, el cielo se había despejado y con inquietud vi la luna llena, además de los buses que pasan sin ver no había nadie por allí, Angelita ya no se preocupaba de llegar tarde a la casa, sus papás se la pasaban peliando todo el día y ya no les importaba ella, nosotros caminamos cogidos de la mano, adelante entre la oscuridad resaltaba la blancura de un aviso que decía: 10 AÑOS DE ARTE COLOMBIANO, hacia allá caminábamos nosotros, hacia la montaña porque nos gusta el pasto, el monte, eso fue lo que yo le dije al Indio y al Mico y a Marucaco, que nos gustaba quedarnos aquí las tardes y ver pasar la gente, y ellos se reían, el granoso tenía una risa linda, yo puedo descubrir la belleza donde me la pongan, que nos gustaba oír las chicharras por la mañana, ahora que no pasaba gente que viéramos la luna, ellos decían que sí a todo lo que nosotros proponíamos, así me gusta, de pie hicimos un círculo, el llamado para el diablo, todos frente a frente, yo sé bien cómo actúa la luna en Angelita, comenzó a apretarme la mano y yo podía sentir palpar el latido de sus venas, el torrente que tenía adentro, me estrujaba la mano, quería pegarse a mi cuerpo, yo la sentía caliente, pero el cielo sólo sabe qué era lo que realmente estaba sintiendo, hubiera tratado de hablarme, se quitó las sandalias que tenía todas embarradas, qué barro bien inmundito, se puso a sentir la hierba, movía un pie en círculo continuamente, luego en torno a una de mis piernas, había noches en las que le daba por bajar y subir los hombros sin ningún ritmo, luego comenzó a decir cosas que para ellos sonarían incoherentes y a gemir por debajito, digo que sólo yo la oía y eso que tenía que pegármele bastante, fue que comenzó a entrar un poco de vergüenza con ellos que ya estaban viendo todo lo que pasaba y qué podían decir, qué podían pensar, inútil fue que el Mico se adelantara y le preguntara algo sobre la Adormidera, Mimosa Pudica, confundido, fustigado ante esa anomalía que estaba sucediendo frente a él, porque ella no le oyó o no quiso contestarle, ella lanzó un bufido y me enchapotó la boca en mi cuello, qué luna la que tenía adentro, cuando anunciaron que los gringos habían conquistado la luna ella

se estuvo riendo y que no creía, olvídate, allá no sube nadie, las luces de los carros me encandelillaron, luego Angelita comenzó a quejarse como si suplicara, pero digo que esto sólo lo oía yo, ellos han debido suponer nada más que estaba cansada y que me quería con toda el alma, entonces no sé quién, Marucaco, con los granos empustulados ante la luna dijo, muy tieso, mirándome: "Qué novia tan linda la que tiene usted", yo no le dije nada, tal vez por eso fue que él tuvo que mirar a sus amigos y les dijo: "Diga si no viejo Indio, dígalos viejo Miquín, qué pelada tan linda la que tiene este man", "Muy chévere", dijo el Indio, y el Mico se quedó callado, miraba a Angelita como con una cara de sufrimiento, como si no comprendiera el mundo, comenzó a arrastrar los zapatos en la hierba, penosamente me pareció a mí, y después dijo: "Mejor vámonos", y yo le dije no quieren acompañarnos hasta la casa o ¿qué?, "¿Es muy lejos?", preguntó el Mico, no, apenas cuatro cuadras, qué les pasa, ya están cansados o qué, en son de burla, "¿Los acompañamos?", le preguntó a sus amigos, con la misma cara de angustia, ellos dijeron: "Acompañárnolos", yo logré que Angelita se pusiera las sandalias y caminamos todo el tiempo de nuca a la luna, así que ella se iba poniendo peor, yo consideré prudente dejar el río, subimos por una de las calles laterales hasta Santa Teresita, subimos, ellos se la pasaron mirando las casas, los carros ante las casas, el alumbrado público, caminaban detrás de nosotros pero después el Mico se adelantó y caminó junto a Angelita, insistió en el tema del Herbario, ella lo miró y se le rió en la cara y se pegó más a mí y yo le sobé su cabecita, comprendiéndola, ahora es que sé la soledad en que estaba, lo que yo significaba para ella y soy humilde cuando lo digo, acercó su boca a mi oreja y me dijo decíles que se vayan, aquellas palabras han debido llegar a ellos como resuello, pero aún así temí que fueran a interpretar mal la situación pero cómo hacía, estaba sintiendo un apremiante, desagradable deseo de llegar rápido a mi casa, Angelita se me ponía muy mal, quería seguirles conversando para que la situación no se volviera tensa, qué absurdo estar acompañados en ese momento, cuando no somos más que nosotros, cuando no podemos comunicar nada, ella me decía en susurros toda la historia de su angustia, lo desgraciada que eternamente era, desde chiquita había reconocido un malestar, una tarde en la finca (lloviendo) había creído comprender el acto de su vida, una ciénaga, y yo no sé, yo puedo que me niegue a comprender esto, porque desde que la conocí yo alcancé cierta tranquilidad, cierta armonía, ella me decía cosas del mar, y yo cómo hacía para decirle que en el nombre del cielo se callara, que no quería que sus palabras se entendieran más allá de mí, ella tampoco

lo quería y entonces era por eso que se me pegaba, ver a alguien así pegado a otro es como para sentirse la persona más sola ¿el mundo?, yo no es que me niegue a comprenderlos, ellos ya no miraban más estas casas de ricos. nos miraban era a nosotros, Angelita se me quejaba a mi cuerpo y yo trataba de caminar derec~o, de avanzar,~ me era difícil, faltaban dos cuadras para llegar a mi casa. me atterro voltiar a verle la cara al Mico: era un hombre perdido en un delirio sin nombre. sé que no lograba enfocar bien las imágenes, pero su vista se bastaba en Angelita, estiró una mano y avanzó hacia ella, yo me detuve, yo habría dejado que la tocara. cuestión de mutuo entendimiento, Angelita se quedó mirándolo sin ningún interés, todo el cuerpo del Mico comenzó a temblar con espasmos como de fiebre. sé que tenía el infierno adentro, ¿a qué olerá el beso de un hombre que tiene el infierno adentro". eso es lo que yo digo, el Mico se le lanzó, la agarró de la boca y posó su boca en su boca como si fuera lo último que haría en la vida, recuerdo un horripilante chillido. un manoteo como de gallina clueca. Angelita logró zafarse y se puso a dar berridos de asco y de pena. de lo in~oportable que fue su aliento. el Mico se comenzó a doblar como quien pide clemencia, Angelita se limpió la boca con un brazo. raspó hasta la última humedad intentando quitarse de sí ese olor. esa ofensa (si vomita ya es pura exageración. pensé). y entonces vino hacia mí. por qué no, digo. si yo no era sabio pero sí limpio. si era bello. si se embelesaba con mis besos. yo estaba a 4 pasos de ella y ella venía hacia mí. nos íbamos a ir. se acabó la amistad. hicimos todo lo posible pero no se pudo, el Mico quedó atrás, vedado para el mundo, recluso en azufre. en gelatina y empanada mal digerida. ¿fue que no pudo soportarlo", entonces fue que se negó. me parece a mí haber perdido un movimiento. mi memoria falla. solo tengo conciencia de el detrás de ella sin saberlo y él con el cuchillo la navaja automática en la mano. sólo se la hundió una vez y yo le vi la cara. y luego se metieron el Indio y Marucaco, dónde mierda era que guardaban los cuchillos. también la acuchillaron. Angelita forzó el cuello para tratar de verme. ¿adónde era que estaba yo?. ¿qué era lo que hacía". eso es lo que pienso. pero antes cayó al suelo y allí quedó. y yo quedé allí parado frente a ellos, frente a frente, para huir tuve que pasar patiar por encima de su cuerpo. Borges que decía: "Ningún hombre deja de ser cobarde hasta que no demuestre lo contrario". pero eso es literatura. creo que me persiguieron. yo huía hecho una furia, crucé el alambre de púas. abrí la puerta de mi casa, atravesé corredores y en la cocina me detuve y miré, olfateé con astucia, la sirvienta sintió a alguien. salió y ha tenido que adivinar mis intenciones viendo mi cara, primero quiso huir pero la huida era inútil yo

había cerrado la puerta del fondo, entonces se armó de una olla en una mano y un cuchillo en la otra y arremetió contra mí y yo arremetí contra ella, pero yo fui quien quedó de pie, le patió muchas veces la barriga, ella trataba de alcanzarme con el cuchillo, en una de esas me hizo una cortada en el brazo izquierdo y gritaba, yo le rompí la cara. la estrellé contra el azulejo, cuando tuvo que soltar el cuchillo la acuchillé una y mil veces porque yo también tengo mi furia (no tener ninguna dama bella, enferma antes de tiempo para yo adelantarse a la muerte y matarla como Edgar Allan, tener que matar a una vil sirvienta para darle cumplimiento a mi destino fatal), mi madre estaba dormida, yo saqué una sábana limpia, en ella envolví el cuerpo de la sirvienta que pesaba de tanto pasársela comiendo todo el día, antes de que se secase la sangre limpié con FA B y fregué y dejé todo inmaculado, le di esponjilla al cuchillo y a la olla, dejé todo en su sitio, la enterré debajo del mango más viejo, cuando fui al cuarto de mi madre ella ya estaba despierta, me reclamó a su lado, le dije he venido a hacerte compañía, no salgo más, fui al cuarto de la sirvienta y le traje todos sus vestidos, toda esa noche me la pasé condenando puertas y ventanas, enmallando las ventanas y cubriendo la malla con papelillo rojo, para que cuando yo me mueva, corra por los corredores, la gente que se asoma vea sólo resplandores rojos, al otro día me levanté temprano a prepararle el desayuno a mi madre, el café lo supe hacer pero no los pericos, tuve que darle sólo café con pan, al mediodía intenté hacer el almuerzo pero no pude, la basura se está amontonando porque si intento barrer me da una alergia horrible, estornudo todo el día, afortunadamente tenemos enlatados, mi mamá dice que no importa, que le gustan las sardinas en lata, yo procuro arreglárselas lo mejor posible, unas veces con mayonesa, con pan rociado, mostaza o mantequilla, siempre distintas, ayer por la mañana intenté hacer arroz pero se me incendió la olla, ya hay cuartos en los que no se puede entrar porque el olor de la basura me enferma, el inodoro se descompuso, he destinado uno de los cuartos del fondo para excrementos, pero aún está limpio mi puesto ante la ventana, barrer y trapiar dos metros cuadrados todos los días no es ningún problema, me he conseguido unos binóculos viejos, y con ellos miro todo el día el mundo de afuera, a Angelita la encontró un barrendero al otro día, tal como yo la dejé, y su foto salió en la primera página de todos los periódicos, todos nuestros amigos fueron al entierro, todo el Sagrado Corazón, todo el Liceo Benalcázar, todo el San Juan Berchmans, todo el mundo supo que habían sido los del Sureste y cogieron a muchos del Sureste y no sé si Jos mataron, en todo caso Jos deben haber golpiado feo, y que dijeran

quién había sido, pero quién iba a poder decir. quién iba a saber, de todos modos la nación se vistió de luto. hay que ver que su papá. don Luis Carlos Rodante, es uno de los más poderosos azucareros del Valle del Cauca y el más grande sembrador de ají en Colombia, "El Rey del Ají" enloquecido de dolor exhortó al ejército, policía civil y policía militar, fuerzas especiales y a la sociedad en general a ponerse a la búsqueda de los asesinos de su hija, pero todo intento de esclarecimiento resultó vano. en el colmo de la desesperación viajó a Bogotá y se entrevistó con el Presidente de la República acordando conceder una recompensa de \$500.000 pesos a quien dé informes del culpable o los culpables. no importa que el informante haya tenido relación directa o indirecta con el asesinato, esto fue lo que se informó por radio, prensa y personalmente el Presidente por la televisión el día 16 de mayo de los corrientes, entonces les empezó su infierno: los tres recibieron la noticia el mismo día a las 7 de la noche, como la familia del Mico acababa de comprar televisión, le tocó ver y oír la noticia de la fabulosa recompensa, ¿puede alguien imaginar todo lo que pasó por su cabeza", de primero, claro, lo que podían comprar con 500.000 pesos, a dónde se irían una vez que delataran, podrían vivir en paz. ricos", en esto pensaron un día y medio sin salir a la calle, retorciéndose en la cama, sin comer, al mediodía del 18 la opresión se hizo insoportable, el Mico comprendió que si no denunciaba rápido lo iban a denunciar a él, se maldijo por no decidirse rápido, fue él el que comenzó a matarla, ¿no?, arrepentimiento lo que se dice arrepentimiento no había sentido nunca, había tirado el aliento una y otra vez sobre el rostro de su madre y ella le había dicho que no. que no olía feo, viendo mal. desenfocando todo se puso la camisa de etamina y salió a la calle, el sitio de delación era el Permanente Norte, en la Primera, con 21, preguntar por el coronel Patiño que ha estado en guardia las 24, las 48 horas, el Mico cogió el bus Papagayo y trató de no pensar en nada, iba pensando en sus amigos, en lo que habían aprendido juntos, no he aprendido nada, se dijo, todo hombre tiene su precio, son capaces de delatarme, se imaginó un estado de cosas en donde la gente fuera invulnerable al dinero, en donde la gente no tuviera dinero para derrochar, para ofrecer semejante recompensa para que la gente buena pierda por ella su valor, su dignidad, qué calor el que hacía, menos mal que en el bus no iba recibiendo viento, ¿qué se podría comprar en este mundo con 500.000 pesos?, compraría el mundo entero, pensó, él no quería morir linchado, iban a denunciarlo y entregarlo a la gente del Norte, se bajó en la Primera y corrió hacia el Permanente, hacia allá también corrían el Indio y Marucaco, todo ese tiempo habían llevado el mismo itinerario, fue

cuando se vieron allí corriendo que en lugar de chocar se abrazaron, habían estudiado juntos desde primaria en el Marco Fidel Suárez. todos habían experimentado la misma ansiedad por terminar Quinto y pasar a Santa Librada que no era sino cruzar la calle, habían aprendido a nadar en Pance, aunque el Indio casi que se ahoga en una crecida y siempre fue flojo para el agua, una vez se agarraron los tres por una hembra llamada Teresa que al final resultó casándose con Armando Toro, un man que estudia dibujo arquitectónico en el Sena, el otro día se la encontraron y hablaron de los viejos tiempos (¿cuáles viejos tiempos"). que se guardaran los 500.000 pesos, que se los metieran por donde les cupiera, esa noche se pegaron la borrachera más tiesa de sus vidas y allí en esa borrachera fue que decidieron ir hasta mi casa (que ya conocían) y matarme a mí también, yo que me la paso viendo todo el día con binóculos los vi venir, cruzaron el alambre de púas en una de tantas mañanas luminosas y entraron en mi propiedad, yo corrí a esconderme incapaz de luchar, encontraron una ventana fácil de romper, cortaron la malla y el papelillo rojo, me encontraron rápido entre tanta basura, yo traté de recordarles que algún día, en algún tiempo, había florecido nuestra amistad porque aportamos mutuo entendimiento (sé que el Mico vaciló), les dije: "Igual que ustedes yo también he pensado mucho en la muerte en todos estos días, entonces concédanme la gracia de decidir yo mismo el momento, pues estoy dispuesto a trabajar por la felicidad y entiendo la muerte como la consecuencia del advenimiento de la felicidad", mi error fue utilizar términos complicados porque creyeron que estaba hablando era literatura, en ellos no existía la clemencia, raza de perdedores, siendo tan jóvenes me mataron con unos pocos golpes dados inclusive sin furia, no hace falta golpiar mucho ni muy fuerte para que caiga este pobre cuerpo, Marucaco se llevó un radio transistor, fue lo único que robaron, mi madre se enteró, debe haber creído que yo decidí dejarla, sé que todavía quedaban latas de sardinas, de modo que se pare y las busque, pero es que ella me llama y me llama y yo así no encuentro la paz nunca, esa noche ellos volvieron a emborracharse y el Mico consiguió novia, el otro año salen graduados nítidos, cada vez que aquí en Cali hay tropeles ellos meten es de una, en cuántos tropeles habrían estado juntos, en los últimos meses se han aficionado al cine y no se pierden ninguna de Charles Bronson.

Fue así como el crimen de Angelita Rodante quedó en el más completo misterio.

NOCHE SIN FORTUNA

Novela

1972

NOCHE SIN FORTUNA

Los protagonistas de este relato, según los veo, son, ante todo, Danielito Bang, mi amigo de colegio, quien queda de verse conmigo en la fiesta de Angelita. Angelita, la muchacha linda que siempre aparece vestida de blanco, yo quería acercarme a ella si no hubiera tanta gente y hablarle cosas que aprendí en *Moby Dick*, un libro que leí hace mucho, sobre el color blanco, pero más bien me contentaba con buscar un buen rincón y verla bailar en su vestido blanco: luego descubrí que tenía una manchita en el vientre como de color verde, pero tampoco le pregunté nada de aquella mancha, que por lo demás ella parecía no advertirla siquiera. También está, claro, Miguel Angel, su novio. Y María del Pilar, mi compañera de baile. Mi padre y mi madre, que aparecen al principio y no me vuelven a ver más. Y sobre todo, por encima de lo que yo pueda decir de ella, Antígona, la mujer de Danielito Bang, la mujer que a mí me mata. Más personajes si tienen que ver, pero ahora no me acuerdo. A mí llamadme Solano. Solano Patiño.

Cuando Angelita iba a cumplir los 15 años, mandó las invitaciones como un mes antes, y me acuerdo que todo el mundo se la pasaba hablando de la fiesta en los recreos. Los que más hablaban eran Eduardo Pineda y José Nicolás Urdinola y el flaco Calero, que ya sabían bailar y todo, además que eran del equipo de natación del San Juan Berchmans; José Nicolás se volvería muy famoso luego con la natación, fué hasta Tokio representando a Colombia, y volvió con una medalla de bronce; luego se casó con Rosario Cabal: a mí me mandaron invitación al matrimonio pero no fui: creo que ahora viven en Estados Unidos.

A mí también me invitaron a la fiesta de Angelita seguro por no quedar mal con mi mamá; porque yo sí andaba con ellos pero no tenía ningún amigo, y además no sabía bailar, y mucha gente lo sabía. Un domingo que fuí a Dapa con mis papás a la finca de los Restrepo y que había qué montón de gente, ellos también fueron llegando, porque había muchos que también veraneaban en Dapa; yo estaba por allí todo perdido cogiendo guayabas agrias, y me sentía muy feliz; pero ellos llegaron a donde yo estaba, haciendo bulla, y se pusieron a preguntarme cosas que yo se las respondía rápido, y yo no sé qué era lo que pensaban pero al rato me dijeron que fuera con ellos a la casa que iban a armar una movida.

Había muchas muchachas. Angelita era la más bonita de todas, toda vestida de blanco. También estaba Amparo Rivera, que se quedó detrás creo que para caminar al lado mío, y yo le ofrecí guayabas agrias, pero estaban muy agrias para ella, y las escupió. De todos modos a mí me gustaban.

Luego en la casa fué cuando me dijo que si bailábamos y yo tenía que afrontar la vida, ¿no? Le dije que no, que no sabía, y hasta pensé en el futuro durante un segundo, todo fresco, pero ella me dijo camine yo le enseño. Yo tuve que salir a la pista, y era que yo tenía muy tieso el cuerpo o no sé, pero de todos modos no me pudo enseñar nada. Amparo dijo que no importaba, pero yo sabía que no, y aún así se sentó a mi lado y se puso a conversarme cosas que yo no entendía, además que todo el mundo me estaba mirando. Yo le dije a Amparo que perdón un momentico, que ya venía, pero mentiras: me fuí de allí a buscar a mi mamá.

Serian las 6 cuando la vine a encontrar: caminaba con mi papá por la orilla del lago, con la cabeza recostada en el hombro de él abrazándole la cintura, y él tenía su brazo en el hombro de ella, y así agarraba todo lo que quería y los dos eran muy felices a la distancia. Yo me hice detrás de una loma a mirarlos detrás de una fortaleza invisible e inexpugnable. Que caminaron así creo que sin hablar ni nada, hasta que se hizo de noche subieron la loma jugando y corriendo. Pasaron junto a mí pero no me vieron, legal. En la casa fué cuando ella preguntó por mí, y yo me demoré en aparecer. ¿Hubiera podido quedarme a vivir en la montaña, y bajar algún día la ciudad? Cuando aparecí, ella corrió un poquito hacia mí y medió un abrazo. Cuando nos fuimos de allí los muchachos todavía bailaban. Amparo estaba bailando con José Nicolás, que hacía muy buenos pasos.

En los días que antecedieron a la fiesta de Angelita, yo me les pegaba a los grupos en los recreos, y los oía hablar en silencio, pensando en mis cosas. Por la tarde mi mamá me esperaba ya con el disco puesto para practicar una hora de baile, y yo a pesar de que me esforzé no aprendí muy rápido; me gustaba mucho era verla bailar a ella. Faltando como una semana todavía no sabía hacer bien el cuadro, pero mi mamá estaba empeñada en hacerme aprender, y doblamos el tiempo a 2 horas de puro baile. Yo creo que ella ya se aburriría al final, pero nunca en su vida me lo demostró. Y cuando mi papá llegaba de la finca se sentaba en la sala sin decir nada a vernos bailar, y decía que no se explicaba que él siendo tan buen bailarín yo hubiera salido más tieso que varilla, más tieso que pinga de burro, más tieso que echarle bala a la policía.

Pero aprendí a hacer el cuadro. Con eso tenés, me dijo mi mamá, no es sino que contés mentalmente los pasos. No es sino aflojar el cuerpo. Luego, cuando vas cogiendo el ritmo es mucho más fácil. No es sino aflojar el cuerpo. Vas a ver que salís muy bien.

Y yo la miraba y le decía que le creía.

Esa noche dormí bien, más me intranquilizó un poquito la sensación de que los sueños que había soñado no eran míos, que no los pude clasificar ni nada, que parecía que me quisieran engañar diciéndome que había sido yo el que había soñado, pero yo sabía. El sol salió bien por ahí como a las 6, yo lo ví porque estaba levantado desde mucho antes; y después que salí empiyariado a ver el sol, ví la foto de Angelita en el periódico: se la había sacado medio de perfil, con esa sonrisa medio enigmática, seguro haciéndose medio la sabida, aunque bien linda sí estaba.

Luego me puse a andar por la casa, pasitico cuando pasara delante del cuarto de mis papás para no despertarlos, ¿si estarían durmiendo? Imposible con el calor que hacía.

Aquí en Cali hubo un tiempo en el que el clima cambió, cuando yo estaba muy chiquito. Fué que de pronto dejó de hacer calor y comenzó a hacer frío, y el cielo todo encapotado, negro. El frío me hacía dormir acurrucado, tiernecito, muerto. Había días en los que mi mamá me despertaba para tener con quién charlar, cuando mi papá se iba tempranísimo para la finca. Me despertaba dizque diciéndome que en qué tanto era que soñaba, y yo oía eso y como no sabía qué responder me ponía a llorar así desde tan temprano, entonces ella se llenaba de culpa y me consolaba. Ella se puso lindísima con el frío, pero de todos modos siguió igual de linda cuando el cielo se despejó y volvió a salir el sol más maldito del mundo, que la gente tenía que andar dizque cuidándose la cabeza, me acuerdo que al colegio a todo el mundo lo mandaban con sombrero, con gorrito de lana, y se veían todos tontos con semejante calor. Yo sí nunca me dejé poner sombrero, porque a mí sí me gusta el sol. Lo que no me gusta es la noche. Y he pasado muchas noches en las que me hubiera gustado, muy fácil, levantarme, abrir la puerta y hacerme en la cama de mis papás, y no intentar dormirme, pero sí esperar allí a que viniera el día; pero nunca he ido. Esto no lo sabe mi mamá. Ella no sabe que a mí me da miedo de todo. Que en el colegio me dicen Cucarroncito, porque la primera vez que me retaron a peliar a la salida yo me le achilé todo, ¿si vieron la cara que hizo? Igualitico a un Cucarroncito. La verdad fue que cuando Agudelo, que era gordo y a lo mejor no peliaba bien, no sé, me dijo meesperás a la salida, yo sabía que era para peliar, y en verdad yo ¿qué podía hacer, digo, caminar hasta donde él y cuadrármele como

si fuera un boxeador? O puede que no fuera desentendimiento sino puro miedo, seguro pura cobardía, sino qué, sino por qué fue que ese día me puse a caminar por todas las calles de esta ciudad que a la una de la tarde se quedan solas, y a mí no me daba miedo que el sol me borrara el cerebro ni me nublara la vista, sólo que caminaba y así me olvidaba un poquito.

Por la tarde no fui al colegio, y al otro día el padre Mejía me dijo que tenía que traer una excusa firmada por los padres de familia; yo fui y le dije a mi mamá, seguro con cara de tonto, que no había ido porque me había metido a cine; para mí que no me creyó pero me hizo la excusa sin decir nada.

Y todos esos días Agudelo me siguió molestando mucho, y yo me quedaba callado; me le iba, y todo el mundo me gritaba cucarroncito rum rum cuca corre como cucarrón rron rron cucarroncito. Luego leí una cosa de Borges que era más o menos "Ningún hombre deja de ser cobarde hasta que no pruebe lo contrario", y yo por las noches me quedaba pensando muchísimo en esa frase; mi mamá entraba a mi cuarto a darme las buenas noches, sé que Dios te ha concedido belleza conmovedora, yo la miraba y le sonreía nada más. Y me quedaba un ratotote imaginándome caminando hasta donde Agudelo, bien cerquita, y cuadrármele como un boxeador: no darle tiempo de nada, darle duro, lo tumbaba y los muchachos se me quedaban quietos, oyendo la furia de mi respiración, y decían ha hecho justicia; pero eso no era lo que yo me imaginaba, sino que le tiraba el primer golpe y nada, no le daba, se lo apuntaba bien a la cara pero nunca le daba: no era que él se moviera sino que yo no podía darle.

Después no me imaginaba nada más, nada con Agudelo, nada con los muchachos que seguro se reirían al ver que yo apuntaba y apuntaba y nada. A esas horas de la noche ya no quería cambiar mi mundo más: me enterraba las uñas en los párpados que nunca me sangraron, o me asfixiaba con la almohada, o me tapaba los oídos y me apretaba las narices, o sólo me acurrucaba como cuando estaba bien chiquito y me iba mejor que ahora, porque quería dormirme rápido, quería sollozar pero me aguantaba las ganas porque si sollozaba duro mi papá y mi mamá se iban a levantar a verme, a quitarme las manos y las almohadas de encima, a preguntarme que en qué era que soñaba, a llamar a un médico, a arrullarme prometiéndome felicidad y amores sin nombre, a cantarme la Señora Santana.

Yo me dormía y me olvidaba un poquito de mi cobardía.

A las 12 ó 12 y media me iba despertando y allí sí no me acordaba casi de nada. Me levantaba un poquito y me ponía a mirar

a la ventana, a las ramas del mango que ya había crecido Y hacían trae en la ventana cada vez que hacía viento; y yo me la pasaba imaginándome que era que me llamaban a que saliera; que si salía me iban a dejar caer el mundo encima: pero antes de caerme Y apachurrarme todo, uno conocía cómo era este mundo en el que vive, totalmente.

De todos modos al otro día me levantaba muy feliz, muy contento, y así duraba casi toda la mitad del día. Ahora no voy a acordarme más.

Yo siempre me levantaba antes que mis papás, pero me ponía a dar vueltas por allí para desayunar con ellos; mi mamá sin bañarse, con un bluyin. Mi papá nunca leía el periódico, pero el periódico igual llegaba todos los días. Creo que mi abuelo era el que pagaba la suscripción. Antes mi papá leía sólo los cines, pero ahora ya no, ahora no lee nada.

Los domingos yo me la pasaba en matinal, viendo puro cine, Y cuando no, repitiendo. En el almuerzo, ella me molestaba; ojalá que te aproveche todo el cine que ves todo el día', me decía. Que me hubieran sacado del San Juan Berchmans, digo, yo me hubiera turnado el tiempo así: un día con ellos y un día en cine. Si mi mamá hubiera comprendido me hubiera sacado del San Juan Berchmans; ha debido comprender desde el primer día, que me fueron a dejar Y hasta esperaron a que yo formara y dieran la orden de seguir, y un muchachito de atrás me empujó para que me apurara; yo caminé rápido pero mirando atrás, viéndolos a mi papá que se quedaba todo sonriéndose, y mi mamá que me hacía adiós con la mano como desde un avión; esa mañana una señorita cumbambona nos contó un montón de cuentos, y los títulos de los cuentos los escribía en el tablero, yo no sé por qué, si ninguno de nosotros sabía leer.

Pasaba el tiempo y yo salía del colegio a estarme con ella, desde las 5 de la tarde, era lo más rico. Y después mi papá llegaba, Y de vez en cuando me traía cuentos.

El sábado de la fiesta de Angelita yo no salía de la casa porque no fui a cine ni nada me la pasé todo el día en pijama. Mis papás tampoco salieron de la casa: los sábados no salían casi nunca, y cuando recibían visitas se ponían bravos, o les hacían mala cara y la visita tenía que irse rápido. Me acuerdo cuando fué de visita mi tía Esther y mi papá se puso a tirarse pedos, primero pasito pero después sonando duro, y mi tía Esther pidió permiso y no ha vuelto, y luego ellos se rieron mucho: yo los miraba y me grababa todo eso en mi memoria.

Iban a ir como 500 personas a la fiesta de Angelita. Y si iban y me decían, en toda la mitad de la pista, si me decían Solano démela manito, y me miraban con qué ojos, yo, a la sombra, ¿qué hacía? Que no me lo vayan a decir cuando esté bailando.

Todo aquél sábadotratí de no ponerme a pensar mucho, pero a la larga qué importa, me la pasaba imaginándome cosas, y a la larga me gustaba.

Como a las 6 y media fué que vino a salir la luna.

Yo fue que salí a la calle, en pijama, ¿y quién de mis amigos tenía una mamá que lo dejaba salir a la calle así en pijama? Cuando ella quiere también sale en pijama; y los vecinos la miran. Salí a la calle y miré, y fue que había una luna de este porte. Y me tocaron por la espalda y yo me voltié y nada.

O fue sólo un escalofrío.

Esto son cosas tontas que yo digo para quemar tiempo, para que no pasen tan lentos los años.

Fue sólo un escalofrío. No digo que haya sido la luna, no, ¿pero qué fue? Hubiera entrado corriendo a mi casa, sino fuera por... me gustó sentir el escalofrío que estaba bien quieto y me moví, todo, de arriba para abajo. con este calor que hace, que no se movía una sóla hoja. Me hubiera gustado ir a contárselo a mi mamá, ¿o dejarlo para más tardcecita? Entrar a su cuarto a decirle que me hiciera un nudo de la corbata. Que me lo desanudé de una, sin ir al espejo ni nada, y con la corbata en la mano fui y le toqué su puerta. Si no me abres me corto las venas.

Ella no estaba durmiendo, yo sé. Pero fue que habló como si yo la hubiera despertado, haciéndose la tonta conmigo; no como antes, cuando me decía tan lindo y me estiraba los brazos; será que ahora ya no soy lindo...

¿Quién es? —Preguntó.

Yo le dije que era yo, quién más.

¿Querés entrar? —Me dijo.

No le contesté. era el colmo.

Mi papá la ha debido mirar con esos ojos abiertos todo el día que tiene, le ha debido decir algo. Pero luego oí sus pasos, sus pies desnudos en la arena, no en la arena, en el mosaico de granito. Y me abrió la puerta. No se había quitado los bluyines. Y tenía una pijama de mi papá, que se estaba haciendo el dormido para no verme.

¿Te vas ya? me dijo ella, volviendo a acostarse, es que le gusta conversar conmigo acostada.

Quiero que me hagas el nudo de la corbata.

Mi papá se destapó la cara y me dijo ¿no te lo sabés hacer o qué? Dizque haciéndose el dormido.

Yo sí me lo sé hacer, pero mi mamá me lo hace mucho más bonito.

Yo me le acerqué, contento, y le puse mi cuello en sus manos. Si las manos de las peladas en la fiesta son así de suaves como las de ella, yo soy ya el hombre más feliz del mundo. Ella estuvo un tiempo nada más que tomando mi cuello, no bebiendo, cogiendo mi cuello. Y me sonrió mucho con oyitos, ella me quiere.

¿Ya aprendiste a bailar? Me dijo mi papá, molestándome.

Ya sabe bailar, dijo mi mamá sacando la cara por mí.

¿Practicamos un ratico? Una pieza no más.

Ahora no, me dijo, ahora no quiero. Estate muy tranquilo que ya sabés, no es sino que soltés el cuerpo. Ya está. ¿Qué tal quedó?

Mi papá dijo que bien, luego me preguntó que si tenía plata.

Yo le hice que no con la cabeza, y se metió la mano al bolsillo y me regaló 100 pesos.

Vas muy bien, me dijo.

Ven y me das un beso, dijo mi mamá, riéndose, y mi papá no dijo nada. Yo me le acerqué a ella y abrí bien los ojos para verle bien la frente, los dientes que apretó, los labios que estiró y no los tenía secos, y cuando me besó aspiró el olor de mi mejilla, lo sé, y luego se echó sobre sus almohadas, tranquila, fresca, sobre un montón de heno como en las primaveras de las de vaqueros. Luego le cogió la mano a mi papá, y se estuvieron mirando todo el tiempo; yo tuve que ir a mirarme mi nudo, era mejor que estar allí parado como un tonto; sólo que los ví desde el espejo: mi mamá toda hasta las rodillas, a mi papá la cara solamente. Luego me voltié.

Quería mostrarles toda la humilde alegría de mi pobre corazón. Si me lo hubieran pedido yo me hubiera quedado con ellos, a mí qué me importa esa fiesta.

Que no te coja la noche. ¿Por qué no te vas rápido? Me dijo ella, aunque no era para dormir, porque no tenía sueño.

Estoy esperando a que Daniel Bang me llame.

¿Y qué pasa? Dijo mi papá. ¿No te podés ir solo o qué?

Es su primera fiesta, está que se muere de miedo, dijo ella y allí en medio se comenzó a reír hasta que se le acabó el aire y se le apretó el estómago, entonces se quedó toda en sonrisas, con todos esos oyitos, yo casi que me enloquezco. Digo, ¿qué fue lo que más le gustó a mi papá cuando la vió, por primera vez? ¿Qué ventiba o qué? El la estaba esperando, ¿era de noche? Ella se bajó de un carro con buzo blanco, y el pelo todo dando vueltas en el viento. Mi papá la vió venir y se paró. Era verano, y ella veraniaba en la Carretera al

Mar, bienarriba, y ¿ella venía de allá cuando mi papá la vió? Si vivo 5 años más se lo pregunto un día, cuando me dé confianza.

Hasta mañana, les dije, con ganas de salir corriendo. ¿Qué hubieran pensado, les hubiera parecido chévere que yo hubiera salido corriendo? Tener un hijo así de loco, o será que los aburro. Será por eso que siempre quieren estar solos, porque no soy lindo ni chistoso, no me la paso echando cuentos todo el día como Daniel, que le gusta a todas las peladas. Qué tonto, creer que Daniel me iba a llamar y que iba a entrar acompañado.

Hasta mañana, me dijeron los dos a un mismo tiempo; y yo ya me estaba yendo, cuando ella me dijo cuidado con la noche. Yo me voltié y la ví, lo dijo de aposta, ¿ella sabe que yo le tengo miedo a la noche? No, lo dijo sin darse cuenta, por jugar, por qué, si ella supiera, ella no me entiende, no sabe nada de lo que me pasa, si supiera que me da miedo no me hubiera dicho eso, no me quiere, me voy a cortar las venas y no voy a dejar ninguna nota, para que cuando me encuentre le quede la duda de si fue o no fue por ella.

¿Qué te pasa? -Me dijo.

Yo la miré lo más duro que pude, adiós mamá, y le dí la espalda, cargando yo sólo con mi suerte, y cerré la puerta.

¿Qué será lo que le pasa? Dijo mi papá cuando salí, pasitico, para que ni aún pegándome a la puerta oyera. Luego mi mamá se comenzó a reír: fue que seguro él echó un chiste buenísimo, el cuento que más le gusta a ella en todo el mundo.

Y si alguien llega y me ofrece cigarrillos, ¿cómo hago para decirle que no fumo?

Puede que me parezca a él. Yo veo cómo lo miran. La otra vez en el Club, Patricia me dijo no me digás que ése es tu papá, pero si es jovencitico. Y yo no le dije nada, me le fui de su lado. Todo el mundo quería que nos cuadráramos pero yo no, a mí me parecía una tonta, y además no me gustan sus dientes, los tiene muy chiquitos. No seguí jugando lleva y me fui a buscarlos, tiritando, todavía mojado, acababa de salir de la piscina. Los encontré: estaban almorzando. Mi mamá me vió y agitó una mano para que la viera y fuera rápido donde ella. A ella la miran mucho más, con esos bluyines con que anda siempre. ¿Tengo su misma nariz, su misma boca, su mismo pelo? El sabía bailar desde los 9 años, y nadaba buenísimo.

O será mejorirme ya, llegar como soy de solo. Daniel me dice que me tiene pareja, ya sé, me quiere ayudar, el muchacho experimentado. Pero yo no me dejo. De todos modos si me llama, ya veremos. Dice que le ha dicho a Pilar, y que yo le gusto. Le gusto ¿qué, mi manera de caminar, de mirar parado? A mí ella tampoco me parece buena cosa. No estoy tranquilo. El día que la conocí se

puso a hacerme preguntas difíciles, de puro hacerme poner rojo. Aunque yo no me pongo rojo nunca. Yo soy como un habitante de la tumba. ¿Este cuello no me queda grande mamá? Me hubieras dicho. Con un cuello así de grande le meten una mano por allí y jalan y son capaces de arrancarle a uno el cuello. Voy a llamar a Daniel. ¿Daniel? Salió después de almuerzo y ni ha vuelto siquiera, ¿usted no sabe dónde estará, joven? ¿Cómo, no ha ido a vestirse todavía, señora? Vestirse para qué, joven, ¿acaso no salió vestido? Pues para la fiesta de Angelita. ¿Angelita Sardi? ¿15 años tiene ya Angelita Sardi? Dios mío, cómo pasa el tiempo. Y cómo va a ir vestido este muchacho, qué vergüenza. Si usted lo vé dígame que llame a su casa, urgente, ¿quiere? Me volvió a dar el escalofrío, no era la luna. Pero esta vez no me gustó casi. Un rayito de luna o un hilito de agua que se me metió yo no sé por dónde y me recorrió toditica la espalda y me infló un balón número 6 en la boca del estómago. Explota y salgo de una.

¿Solano? ¿Solano? Seguro ella creía que yo me había ido ya.

Iba a decirle algo pero me comenzó a salir muy distinto a como pensaba. Estoy cambiando de voz. Ahora me van a sacar del coro del colegio, y quedo anulado, nadie me conoce por nada. Mi mamá salió de su cuarto con todo el pelo revuelto y caminó hacia mí, qué te pasa.

Nada. Por qué.

Te pasa algo. Yo sé. Se te ve en la cara.

Estoy esperando un momentico a ver si Daniel me llama.

Pero quién es ese tal Daniel.

Uno de mi clase, uno nuevo. El dijo que me llamaba para que llegáramos juntos a la fiesta.

Ella me miró como hasta 7, y no dijo nada. Apuesto a que comprendió.

Pero si no ha llamado es que debe estar ya en la fiesta, me dijo. Son las 10 ya, pedí el taxi.

No, no comprendió.

Por eso fue que me tiré, tirarme pero no de golpe ni de caída sino de deseo loco de juntarme, para ver si con mi cara junto a su barriga ella podía sentir algo de lo que me pasaba.

¿Qué te pasa? No me hagás que te acaricie el pelo porque te despeino todo, además me empegoto las manos de Lechuga, con la más linda de las voces.

Yo me levanté del suelo, madre mía.

Te ensuciaste los pantalones.

No, sólo polvo. Me limpié las rodillas y ¿si ves? Como si nada.

¿Querés que te pida un taxi?

No, yo salgo caminando. Lo cojo en Sears.

Ella me miró otra vez como hasta 7.

¿Tenés miedo? Estás que te morís de miedo. Tenés pareja, ¿no?

Pilar me dijo que iba a bailar con vos toda la noche; ella sabe que apenas estás aprendiendo. Es muy querida, ¿no? El domingo estuve con ella en el Club, es muy linda, ¿no? Qué ojos los que tiene.

A mí no me importa eso. Le dije, tieso.

Ella se quedó con la boca abierta, puro perfume de rosas. Allí fué cuando pensó, seguro, que yo no estaba bien de la cabeza.

Pero yo me fuí de ella, de allí. Con toda la dignidad del caso bajé las escaleras. Desde abajo le dí un adiós, y abrí y cerré la puerta.

Salió a la noche.

Ella se quedó pensando un momentico sentada en las escaleras.

Luego fué a hablarle a mi papá, a decirle por qué no me llevaban donde un psiquiatra, y mi papá se le rió en la cara. Ella de todos modos se olvidó de todo al poquitísimo rato. Yo no sé cuándo se dormirían, si estuvieron conversando hasta muy tarde; yo necesito es saber si ella pensaría en mí después, porai a las 3 de la mañana, cuando a esa hora yo ya me había encontrado con Antígona, es a ver si ella pensaba en mí, es a ver si un día de éstos voy a visitarla. Lo que es nunca se llegó a imaginar que esa fuera la última noche que me viera en esta vida.

Yo caminé muchas cuadras derechito con la luna. Van a decirme a mí que han estado allá, a engañar a otro más pendejo. Allá no sube nadie.

Pasaron muchos taxis vacíos, pero yo no quería. Podía irme caminando hasta Santa Rita. O montarme en un bus, no pagarle al chofer y que me patiará, que pusiera a todo el mundo contra mí, y llegar a la fiesta todo vuelto nada, con cara de inmenso sufrimiento. Voy a caminar, voy a quedarme un rato parado en la plaza de Sears. Siempre pienso que debe ser legal estar con alguien en todo el centro de la plaza, bien oscuro, bien de noche. ¿Si Pilar sale chévere me vengo con ella a caminar acá a la plaza? Quién sabe, yo he estado con Pilar, aunque siempre de lejitos, y no me parece gran cosa, sólo que de vez en cuando se lo queda mirando a uno con esos ojos, pero yo he visto mujeres que lo miran mejor a uno, más profundo, me gustaría que alguien me mirara tan fuerte como mi mamá, pero mi mamá no cuenta en esto, mejor la olvido, le mando una carta explicándole mis razones poderosas. Es tan negra esta plaza, y eso que con la luna que hace. Y con la luz que le ponen: un poste en cada extremo. Así, si uno está en el centro se lo chupa la oscuridad, lo tritura. O no lo ven, mejor así, que no lo vean. No que lo tritura a

uno la oscuridad, sino que no lo vean, ¿se me entiende? Decir que lo tritura a uno la oscuridad es pura carreta, ganas que yo tengo de hacer poesía. Pero sí es verdad que en el centro de la plaza es tan oscuro, tan oscuro, que no lo pueden ver a uno desde la calle. No pueden. Digan, ¿camino hasta el centro? ¿Solo?

Y si estuviera algún ladrón, algún man bien atravesado y que me viera cara de rico y de tonto y me golpiara, me dejara en la oscuridad como a Miguel Angel que salió un sábado de mañana con su novia Angelita, y Angelita se iba a poner una pañueleta, se la estaba amarrando como si fuera una balaca, ella que se vé tan linda así, con balacas blancas, pero vino un viento, ¿viento con ese sol que hacía? Y le arrebató la pañueleta de las manos. Angelita se volvió y la vió volar y se disgustó, pensó que le daba pereza devolverse y agacharse y recoger la pañueleta. Ella quería estar con Miguel Angel adelante: yo creo que la pañueleta se le cayó fue por eso, porque Miguel Angel no se puede estar un minuto sin tocarla, sin mirarla con semejante cara de caterpillar que tiene, tiene que estarle pasando un dedito por el brazo: seguro cuando Angelita se iba a poner la p...lleleta él le estaba metiendo la mano, le estaba cogiendo el pelo, aruñándole la oreja y claro, vino el viento y se le llevó la pañueleta. Cuando la pañueleta salió volando, Miguel Angel ni se movió siquiera, se quedó mirándola, esperando sin pensarlo a que ella fuera por ella y viniera otra vez a su lado. Entonces Angelita se devolvió. Pero cuando se fue a agachar a recoger la pañueleta, tas, apareció la mano de un man que se la arrebató primero: era un man de pelo crespo, sucio, tenía una camisa de etamina rosada, no era negro pero tenía pura boca de negro, y mueco: con la pañueleta en las manos miró a Miguel Angel y le dijo: ¿es tu novia? Le devuelvo la pañueleta si me das 20 barras. Miguel Angel miró a Angelita, yo no sé que habría pensado, se metió la mano al bolsillo y del susto sacó como 100 pesos, qué bruto, todos arrugados, y se puso a buscar un billete de 20 en el montón. El man, claro, le arrebató todos los billetes. Luego les dijo: ustedes tienen mucha moneda, son muy ricos ¿no? Los dos. Ni siquiera había acabado de decir los dos cuando le dió un cabezazo a Miguel Angel, en la nariz y todo y se la volvió mierda, hay que ver como ha quedado de cambiado después de la cirujía plástica, digo yo, ¿Angelita sí lo mirará? Ahora es que viene lo raro, porque luego el man se le acercó a Angelita y le dijo tan fea que es la violencia ¿no? Desde tan cerquita que hasta tenía mal aliento, que seguro Angelita hizo cara, y el man la pilló y de puro desquitarse fué y le dió otro cabezazo a Miguel Angel. Luego se fue sin correr ni nada, y los dejó allí.

Esto es lo que yo sé de la historia.

Lo que sigue no es lo que me han contado sino lo que yo invento:

Que lo primero que hizo Angelita fué cogerle la mano a Miguel Angel, apretársela con más ganas y más ternura que nunca. Le limpió la sangre con un pañuelo, le lambió el chorrillo chiquito que le salía de un ojo, si no es porque pasa un carro y casi que los vuelve mierda, se había quedado allí con él en la mitad de la calle, diciéndole todas las cosas que ella sabía de este bello mundo, se puso a hablarle de la violencia y de la vergüenza, de la mer...'-;-: y del olvido. Luego de oírla hablar con esa voz celestial que tiene ella, Miguel Angel seguro olvidó todo lo que había pasa,' s,

Pero si un man me está esperando para golpiarme y vejarme en la oscuridad, yo fresco, nadie es capaz de me+ :!"!en esa oscuridad, nadie va a estar de testigo. Sólo él y yo. Nada de vergüenza. Sólo memoria. Sólo que yo no tengo a nadie que me aconseje para que haga sólo olvido. ¿Será capaz? Digo, será capaz un hombre que es capaz de estarse así en esa oscuridad total, en la que uno puede ver mejor que a la luz del día, ¿será capaz de pegarme, de robarme? Yo no creo.

Si alguien está allá en el centro de la plaza, tiene que ser amigo.

Caminé un poco más rápido, pero la plaza es larga.

Cuando llegué a todo el centro tantí un poco, acostumbrándome rápido a la oscuridad.

Pero no había nadie.

Chévere que sería poder estar acá con alguien, algún día, y compartir lo que se siente viendo desde adentro, en donde somos sombra. Donde soy sombra. Vamos a ver si Pilar es capaz de quedarme mal con esta cara de meditabundo que tengo, y con esta luna. Voy a sacarla a bailar un bolero mejor que nadie, un pasodoble con aire sombrío, y la gente me va a rodear, me acuerdo, van a ponerse a preguntarme un montón de cosas. Conmigo zona. Eso es. Para salir después de allí, a mí qué me importa, yo voy a ir a esta fiesta sólo por darle gusto a mi mamá, pero a partir de mañana domingo, me encierro, no salgo nunca más, que venga el padre rector a suplicarme que mi presencia es indispensable en el Colegio San Juan Berchmans, que los alumnos lloran mi ausencia Cucarroncito. Vamos a ver qué dice mi mamá de todo esto. Mí mamá tiene cara de que piensa no hay como las fiestas. Yo tengo la foto que salió en El País y en El Espectador de Bogotá, de la fiesta ésa del Club Campestre cuando yo tenía como 8 años. Que no estaba borracha no nada pero hizo las mil cagadas, se puso a contarle chistes al que tocaba la trompeta. Y mi papá al principio se asustó

todo, pero después comprendió y hasta se reía, se iba a dar trompa das con un mancito que vino a decirle "Señora, decencia".

No hay como mis papás.

E~toy ~<>lo aquí ~n el centro de la plaza de Sears. Desde aquí a cualquier sitio que mire pienso. Está oscurísimo donde estoy, pero fuera del centro de la plaza hay luz, por ejemplo en el parque Ver-alles sí hay luz: en el parque Versailles hay árboles, hay pinos, aquí no: aquí lo que hay es el asfalto pintado de negro. Yo conozco muchísimas cosas del parque Versailles, desde que estaba bien chiquito me le salía a mi mamá y me sentaba solo en una banca evitando la luz, y esperaba a que comenzaran a llegar los muchachos que siem~re i?an: el barba Vélez, el Ramiro, del Ramiro tengo muchas historias que contar. Yo nunca supe de qué era que conversaban porque los miraba a la distancia, no alcanzaba a oír, pero allí se la pasaban horas, primero llegaba el barba Vélez y se sentaba, se paraba y se ponía a darle vueltas a la banca, luego aparecía Pirela o Ramiro Vélez sonreía y le daba unos toquecitos al suelo, cuando llegaba el amigo le daba una palmada en el hombro y sonreía una vez 11n mis, luego ambos se sentaban, guardaban silencio un momento y luego hablaban hasta bien tarde, se despedían de afán cuando los cogía la noche, ellos seguro también tenían problemas con sus papás, aunque no como los míos. Luego yo llegaba a la casa y mi mamá me salía a recibir a la puerta y yo nunca llegué a decirle dónde era que me la pasaba.

¿Qué hago, salgo a la luz, me piso del centro de la plaza?

Yo salí a la luz. tuve que cerrar los ojos aunque no mucho, yo me acostumbro fácil. Unos taxistas de uno de los extremos iluminados de la plaza se pusieron a mirarme, no era pa menos: ver que de pronto un hombre se '-s aparece así, plaf, antes no había nada y ahora está allí, ¿un cuervo? ¿Un fantasma?

¿Me voy en taxi? ¿Si llego y Daniel no está todavía? Entro. Me meto las manos al bolsillo, entro, lo espero.

Más bien me voy en bus, mejor, para dejar esperando a Pilar, que salga a la puerta y mire una y otra vez la esquina. para ver si en una de tantas miradas plaf, aparezco yo, con caminado de héroe.

Allá viene un bus Azul Plateado. ¿Lo alcanzo? Qué van a decir los taxistas cuando me vean corriendo. cójanlo, apareció de pronto en este mundo y ahora corre. huye de alguien. cójanlo. Pasó el bus. Yo todavía no he corrido, voy caminando despacio. Pasó un bus Rojo Crema: ése no me sirve: voltea por Sears llega a Squibb y va hasta el Bosque. Me sirven el Verde San Fernando y el Azul Plateado. Yo voy caminando despacio: sé que los taxistas me están miran-

do pero yo me hago como el que si nada. ¿O cojo un taxi? Tal vez así se me ponen contentos.

¿Necesita un taxi?

Fué que se me acercó mucho y yo salté un poquito para atrás.

No se asuste caballero, me dijo riéndose, ¿necesita un taxi?

No gracias, me voy caminando.

Y me fui de allí. Caminé por Sears, por la vitrina de las modas de mujer y por la de los Stéereos, cruzé de calle por donde vive Lulita, la novia de Víctor Mature. ¿A dónde es que me dirijo, a un río es que queda la fiesta? Voy a llegar mejor hasta Deiri Frosto a comprarme un cono, más bien un cono con capa de chocolate, o un sunday de fresa, una leche maltiada, una vaca muerta, digo vaca negra.

Los más caros son los Sundays de fresa: valen cuatro con cincuenta. Como yo soy rico, yo puedo comprarlo, mi papá tiene fincas, carros.

Alguien que está en la Librería Nacional es amigo mío y ha salido a la puerta y ¿me está mirando? ¿Cruzo la calle? Allá viene un bus azul plateado. Qué problema: puedo cruzar la calle, entrar a la Nacional y mejor comprarme una Banana Split, que ya valen 11 pesos.

Es Daniel que está allá y me mira. Nos quedamos de encontrar fué en la fiesta. Daniel me dijo: llegás y entrás que yo voy después, echáme ojo, buscá entre la gente hasta que veás mi cara. ¿Es ésa su cara? Me eché a correr, atravesé la calle y apenas llegué al andén miré. Ya no había nadie.

Por detrás de La Nacional hay otra puerta, salió corriendo al verme, voy a tener que perderme y acurrucarme entre la gente, solito en la fiesta. ¿Si era Daniel? Pero cómo confundir su cara. La señorita que vende las revistas me miró ya, tuve que entrar a La Nacional, pero no mirar ningún libro ni sentarme y pedir un helado, fuí a ver si la puerta de atrás estaba abierta: sí, estaba abierta, por allí salió.

El muchacho que yo había confundido con Daniel estaba cogiendo para arriba, como quien va cogiendo para el colegio de Mrs. Tronquis. Caminaba despacio, tenía camisa de cuadros, ¿cómo fue que se me desapareció tan rápido si es que camina tan despacio? Yo lo ví juntarse a la verja del colegio de Mrs. Tronquis, mirar para arriba, para los mangos, yo no quise mirar más y bajé la vista, pero él, no sé por qué, volvió a mirar, y yo escondí la cabeza en la puerta, rapidísimo, quedé completamente adentro de La Nacional, pensando en su cara: no era ni medio parecido a Daniel, cómo haberlo confundido, ¿será que ya me empezó a fallar la vista? Por hacerme tan cerquita en el cine, por hacerse tan cerquita en el cine,

me van a decir cuando me vean con gafas, por no hacerse nunca con nosotros, por odioso, por antipático, bien hecho, por egoísta. Cuando dejé de pensar ésto, miré y ví que la señorita de las revistas me estaba mirando. Me han contado que antes ella daba clases de inglés en el Pilar, pero que la molestaron tanto que renunció a la profesión de maestra y ahora está vendiendo revistas. Le decían "Perenceja "; luego yo vine a saber que perenceja quería decir como decir uno "Sutano, mengano, perencejo", yo creía era que le decían así porque tiene unas piernas grandes, una boca carnosa cuando me mira, ¿o seré que la echaron del Pilar porque era feliz castigando a toda la clase a las 5 a la salida? Todos se quedaban con ella y ella cerraba la puerta, ding dong, sonaba la campana de otro colegio, el Liceo Ciudad de Cali, que tocaba a salida y desde el Pilar ellos la oían. Ni un alma aparecía por los corredores del Pilar en ésas horas, porá a las 8 era que el señor Engel revisaba conexiones, borraba tableros, pero a las 5 ni un alma, la señorita Perenceja se asomaba hacia la izquierda. hacia la derecha y sorprendida, tenía que cerrar los ojos ante el resplandor del patio, que aunque eran las 5 los corredores eran tan oscuros que uno no podía mirar desde ellos al patio. Sacaba su cabeza, su cabellera negra y se mordía la boca. En la clase, los 32 alumnos esperaban, habían hecho cola en orden, sin peliar, nadie hablaba, la gritería empezaba después. Yo nunca llegué a estudiar en el Pilar pero poder estar allí, de tercero, ella entra su cabeza a la clase y nos mira a todos, dice no viene nadie y cierra pasitico la puerta, está parada contra el suiche de la luz, lo digo porque comienza a doblar las piernas para sentarse en el suelo, se escurre contra la pared, siempre se escapa de raspase la espalda con el suiche de la luz. ¿Ya tiene la espalda, gruesa, blanca, desnuda? Y si alguien se hubiera quedado jugando fútbol en el patio, cielos, qué hubiera pensado ella, toda sobresaltada al oír un balón piboteando en el patio y ella allí con toda la clase, todos los días, ella era capaz de protegerlos, pollitos. Yo nunca he podido entender por qué era que lo hacía, qué era lo que sentía, dicen muchos amigos que yo tengo estudiando en el Pilar que era que era divorciada, que el marido era un violinista que nunca la satisfacía: de vez en cuando la visita acá en La Nacional y ella le voltea la espalda, raspada.

A mí siempre me mira pero yo me hago el bobo.

Los alumnos pusieron la queja de que era una profesora injusta, de que ya no aguantaban las castigadas desde una semana para acá todos los días. Ella se defendió diciendo que la clase era insoponible, con lágrimas en los ojos, que un día dijo que hicieran el verbo To be en borrador, y no sé quién fué el que ideó el chiste, pero a la media hora todo el mundo se presentó, borrador en mano, diciendo

que todo eso no cabía en el borrador, quiero decir goma de borrar, ella había dicho era cuaderno borrador, y ellos lo hicieron fue en las gomas de borrar, ¿se me entiende el chiste? Dicen que salió corriendo llorando a llamar al rector: cuando el rector hizo investigaciones ella salió perdiendo porque todos los profesores son unos mentirosos.

Yo salí de La Nacional con la cabeza toda caliente, me llevé las manos al nudo de la corbata y lo apreté más, entonces mi cuello de toro comenzó a rugir, yo dije ahora me caigo, ahora me recogen. Pero vino el aire frío de la noche, y si no es porque me refrescó la cabeza, se me metió el pelo y me destempló un poquito la Lechuga, yo tambaleo, tambalíe de gozo al sentir que el calor desaparecía, que mi cara ya tan maltratada adquiriría el color de siempre, enfilé con resolución mis pasos hasta el otro andén, no pasaron carros, me senté en el muro del lote vacío que hay al lado del Deiri Frost, y apenas alcé la mirada un bus Villanueva Belén lo llenó todo, azul, magenta y naranja, y luego otra vez La Nacional vacía, las mesas que no quise ver más y hundí la vista en el andén un poco mortificado, me acordé rápidamente de Mrs. Tronquis pero deseché el pensamiento, después lo cuento. Sentado allí me quedé un rato que imagino placentero. Puede que luego fuera y me comprara un cono.

No me gustaria llegar y que no hubiera nadie, sólo filas de sillas a lado y lado, muchachas feas. Voy a esta fiesta porque quiero conocer por dentro la casa de Angelita, cada vez que la vamos a dejar ella no invita a nadie más que a Miguel Angel, casi todas las ventanas permanecen cerradas. Mi mamá debe estar pensando que ya es tarde en caso de que todavía no haya llegado a la fiesta, que adónde me habré metido. Nadie va a tener una corbata así como la mía, tengo fama de que me visto muy bien. También tengo fama de que saludo mucho y por eso le caigo bien a la gente, en ocasiones saludo de un andén a otro, agito las manos y pego un berrido y pregunto qué más, qué contás, cómo va todo, qué hay de nuevo. Claro que nunca me contestan y yo al principio me quedaba todo olla porque no entendía bien a la gente, pero ahora me río.

Me gusta saludar. Amparito me llamó Solano Saludador. La gente cree que me batanean si me dicen así, pero a mí me parece un apodo chévere. Sé que María del Pilar no me va a dejar en paz, bueno que vean que lo persiguen a uno. En la clase dicen que tiene un hablado muy dulce y que dice muchas cosas sabias, yo creo que tampoco es tanto, lo que pasa es que sabe inglés, aunque de vez en cuando tampoco es que le sirva de mucho: cuando en "Audacias juveniles" se dañó el sonido fué la única que gritó, la gente se rió de ella, se puso bravísima porque le tocó leer los subtítulos como todo

el mundo. Yo estas historias así de peladas las cuento y a cual más dice qué man tan fresco, pero cuando se trata de que ella me espere, de que me reciba, de la cara que me haga, yo allí sí no entiendo, pierdo la tranquilidad, las mujeres no me gustan, quisiera más bien que no hubiera fiestas, que hubiera sido Daniel ese que salió corriendo, pero que no hubiera salido corriendo si hubiera sido Daniel. Daniel tiene un problema que a nadie le dice, yo sé, aunque no se lo voy a preguntar nunca. Desde que lo ví hablar por primera vez supe que tenía su enjambre escondido. Pasó cerca a mí un mancito también encorbatado, y le tocó mirarme porque me pisó un zapato. Yo me limpié duro para que oyera. Corrió hasta la Sexta a alcanzar un Blanco y Negro. Puedo imitarlo, mostrar que puedo decirme rápido y salir disparado a coger ese Blanco y Negro, me bajo en la calle novena al frente de Cine Colombia y camino hasta La Merced a esperar a que pase un Rojo Crema. Pero el Rojo Crema no pasa sino hasta las 7. ¿O hasta las 9?

Pero vaya a saber uno qué horas serán. Qué hago. ¿Cojoun taxi? Me devuelvo a la plaza de Sears y me voy de una a coger un taxi, así me ahorro tiempo y problemas, puede ser que los choferes de los buses me miren feo y si a mí alguien me mira feo yo no me aguanto, voy y me le paro y el hombre se enrebeca y para el bus y me da golpes delante de todo el mundo, me tritura con la registradora. Si uno se monta en un taxi y se hace adelante, es porque es amigo de los choferes, le gusta viajar conversando, o porque le da miedo que de pronto el chofer sea atracador o secuestrador o sádico, qué tal viajar más allá del puente de Chipichape, ese lugar que me consta que es maldito, y es mejor hacerse adelante porque así uno se defiende más, puede reaccionar de una: darle una patada en las costillas y en los riñones; además, si uno se hace adelante y conversa el individuo maneja sin rencores, no es que no se lo ocurran malos pensamientos, lo que pasa es que los desecha, y uno puede llegar a buen término.

Si uno se monta en un taxi y se hace atrás, es porque le gusta dejar bien establecidas las diferencias: yo pago una carrera, usted cumple callado y se acabó. O porque cree que en caso de peligro es más estratégico hacerse atrás, cualquier mala intención que uno pille no es sino abalanzarse contra el espaldar y rodearle el cuello con estos brazos poderosos, se le dice quieto. ¿Pero ahorcarlo? Se choca el carro y uno puede llevar del bulto, extraño accidente. joven aristócrata se choca contra un árbol. Entonces qué. Se lo rodea con los brazos diciéndole siga manejando, tranquilo, el hombre maneja tranquilo pero lo lleva a uno donde quiera, a las orillas del río Cauca, allá frena el carro, tan rápido como el rayo me agarra los

brazos, voltea la cara y me mira con ojos azules, sonriendo y a lo lejos suena una trompeta lejana. No me gusta éso: prefiero que lo rodeo por el cuello pero no puedo hacer más, ni él tampoco, salvo manejar el carro, viajar así sin ningún destino, el pasajero que sujeta al chofer pero no puede sujetar al carro, el chofer también comprende la ironía de la cosa y se contenta con manejar y manejar, en línea recta, al paso del tiempo ya se acostumbra a tener esos brazos que lo rodean el cuello. Ninguno de los dos tiene capacidad de modificar más la situación. Pero acontece que se acaba la gasolina, y los hombres se miran.

A decir verdad, no es que yo esté aquí sentado solo, aunque parezca. Por todos lados pasa gente en canti, el Deiri Frost está lleno, yo todavía no he mirado hacia allá porque no quiero, pero sé que conozco a alguien, ahora que vaya y compre un cono saludo con uno de ésos saludos míos.

No es que quiera trazar, seguir un itinerario, pero me paré del muro, y sentí como un hormiguelo en las piernas de estar sentado tanto tiempo. Perdí un momento el equilibrio pero me prendí de un poste y se me aclaró la mente. Dos muchachas cruzaron la avenida Estación frente a mí, cogidas de la mano. Yo no quise seguir las con la mirada sino que me quedé allí, esperando a que más gente me llenara el campo, atravesaran la avenida corriendo y se perdieran y Juego más y más, así, fácil. Recordé un momento un recuerdo que tengo: yo empujando a Rivera, un compañero de primaria, desde un árbol de mango hasta un montón de pasto: la cosa es bien sencilla: yo había puesto el gorro y ya lo había cumplido: me tiré desde una de las últimas ramas, gozé, y caí en el pasto, no había alfileres, puro pasto. Alcé la cara y le dije tiráte, tiráte. Mi amigo trató pero no pudo. Al final me pidió que me subiera y lo empujara. Yo hice lo que me pedía: subí y lo empujé: el cayó bien, no se tronchó ningún dedo, todo sonriente alzó la cara como esperando a que yo me tirara de nuevo, pero yo no sé si fue tanta dicha que le ví en la cara, o ese intuir un ritmo, una monotonía sin fin en todo eso que estábamos haciendo, un progreso o progreso que no dependía tampoco de nuestras acciones, y fue que por allí derecho tuve como un ramalazo de lo que quería decir el tiempo, y después la eternidad, y Rivera que había como voltiado la cara y tenía todo el sol en la cara pero era como si no se diera cuenta porque desde donde yo estaba no veía que entrecerrara los ojos, nada, me miraba de lo más tranquilo, esperando a que yo me tirara, gozara y cayera al pasto, seguro al verme se iba a subir y ya no iba a necesitar que yo lo empujara: así fue que me puse todo deprimido y hasta pensé tirarme, dar mi aprobación a que continuara todo eso; permitir que se diera en mí,

sin impedimentos, el transcurrir del tiempo. Gracias al cielo no me tiré más. Bajé a tierra por las ramas. Rivera me miraba como tonto y yo le dije que me iba ya para la casa, y ni siquiera esperé a ver si él me acompañaba o qué, nada, me fui de allí. Al otro día supe que se había quedado para tirarse de nuevo y que se había roto una clavícula. Cómo había tenido que caer para romperse una clavícula no me lo pregunté nunca.

Cielos, ví de pronto un papel blanco que venía, traído hacia mí por ese viento que un instante antes me había inundado de fuerzas y ayudado a cruzar la calle sin tambalear. Estupefacto, observé el papel que no rizaba en el aire, sino-que venía derecho, aún no había cruzado la sexta, venía por el cuarto mango del parque, alcanzó a tocar las hojas del quinto mango, aquél que nunca <lió frutos, y allí se confundió de lo tan blanco con las Tres Cruces de cuántos kilómetros más allá, revoloteó entre las cruces uniéndolas y desfigurándolas, ¡el papel había descendido desde las Tres Cruces! Maravillado, con la boca empujándose a poner seca, la lengua verde, pelea de gatos en los pulmones, traté de calcular, de comprender: el papel había comenzado a bajar desde que yo logré salir de la plaza de Sears, ésa fué seguro la señal, es decir que durante todo ese tiempo habían existido dos acciones, dos conciencias, yo tuve que perder la vista, entrar, sacar la cabeza, inventar la historia de la señorita Perenceja, cruzar la calle, sentarme en el muro, pararme, y recordar a Rivera para llegar a tiempo al encuentro, para quedarme aquí parado erecto, esperando a que ese papel que ya cruzó la Sexta se pose en mi frente, seguro papel cuadriculado de la mitad de un cuaderno, el primero que uno arranca recién empieza el año. Me consta que cerré los ojos. Los abrí cuando el papel pasó a medio metro por encima de mi cabeza y se estrelló contra el poste de la luz, lo abrazó en una vuelta completa y cayó al suelo. Entonces me sentí muy mal. Si por lo menos hubiera continuado, servirse de un aire bueno, yo lo habría visto avanzar por la avenida Estación hasta que mi deficiente vista lo perdiera ya llegando al rompoin del Paso Elevado. Así, trascendiéndome, me hubiera bastado para yo encontrar una profecía, cualquier significado. Pero así, en el suelo junto a un poste yo qué hacía.

Arranqué a correr de donde estaba hasta la esquina. Ya una de las bancas del Deiri Frost estaba desocupada. Pero vino una muchacha con su hermanita de la mano y se sentó al mismo tiempo que yo me sentaba, y me pegó una miradísima antes de comenzar a lamber el cono. Yo me paré de allí y pensé en comprar un cono pero me dije no, no te lo permito, me tiré de nuevo y crucé la calle y me senté en el

muro de la Platería Ramírez, ya no demoran en aparecer los testigos de este montón de tonterías que estoy haciendo.

Estoy atascado.

No puedo llegar a calcular mal, si Daniel ya ha llegado a la fiesta yo tengo que entrar, abrireme camino aunque sea a codazos y buscarlo, quién sabe si él me distingue, si mi cara se reconozca así de fácil, quién sabe si sea capaz de venirme a recibir porque si no quién me recibe, digo mentiras, quisiera que María del Pilar tampoco se casara, que me esperara hasta el fin que yo prometo que llego, aparezco por la esquina, o vuelvo a La Nacional, cielos, y llamo por teléfono a mi mamá, no me importa nada en esta vida, la despierto, que saque el carro y vuele por mí. Cuando llegue diciembre le voy a decir que me saque a pasiar en carro a mirar vitrinas como antes.

Tal vez en este diciembre pueda llegar a volver a ser como era antes. ¿Cómo, decirle a ella que me ayude? Contarle todo lo que sé, a todo lo que aspiro. A qué se debe todo esto, que ya no oigo que nadie diga de mí: tiene la luz en la cara. Tiene el futuro en sus manos. Cada vez que me suceda algo feo voy a correr a contárselo, además por qué gracia tengo que seguir aguantándolo yo sólo: cuando en mis noches en vela siento, sólo yo lo sé, cómo es que me va creciendo la nariz, me crece, se me tuerce un poquito para el lado izquierdo. Y cuando duermo, y dormido me crece, yo al otro día sé que me ha crecido porque amanezco todo tupido, tengo que respirar por la boca todo el día. Yo sé que ella me mira y siente un poquito de lástima que no siga siendo tan lindo como antes. La otra vez, después de comida, que medió la desesperación por darme en los dientes ella no pudo más y me gritó, me dijo que me dejara los dientes quietos, ¿es que no te has mirado en el espejo? ¿No ves cómo los tenés? Estás todavía muy niño para tener esos dientes así en ese estado. Quien sabe si ella se habrá dado cuenta primero que yo de que los dientes se me estaban volviendo así como los tengo ahora. Yo me dí cuenta hace dos años, recién comenzado el colegio, fué que me reí y lo sentí. Sentí que los labios no daban a basto para cubrirme los dientes de adelante, aunque me quedara serio. Me toqué los dientes con los dedos y los noté demasiado grandes y salidos, y ahora ya los tengo corroñosos y separados. En ese momento, Caldas, que salía de la tienda con 10 mojicones me dijo "Dientes de caballo", duro, porque yo estaba en la mitad del patio, a donde me hago siempre esté el patio vacío o estemos en recreo, y todo el mundo oyó, pero no quedé con ese apodo. Caldas lo dijo fué para que yo me diera cuenta que era verdad, que así como yo me descubría, me tocaba con los dedos, era como la gente me veía. En

cierta medida, me ayudó: comprendí en un sólo momento los dos aspectos de toda verdad: otros hombres se demoran años.

Pero qué, cómo hago, ¿le digo que fué culpa de ella? Porque yo sí sé cuando fué que pasó. Me paré delante del espejo con un espejo redondo, pequeño, entre mis manos. Me metí el espejo redondo en la boca y abrí bien la boca, de tal manera que pudiera verme los dientes por la parte de atrás: me aterrorizó ver que parecía con dos filas de dientes iguales abajo y arriba, como que estuviera riendo, boca de iguana, sin mentón. Pero me adelanté más, corrí el espejito y ví. Me falta un premolar del lado derecho. En quinto de primaria se me comenzó a montar y mi mamá me llevó donde un dentista bruto y me lo sacó de una, aunque no tan de una porque me tuvo que poner dos inyecciones, agarraba duro con las tenazas, pujaba y nada, me metía la cara a la boca y decía: caramba, qué muela tan dura. Al hacerme falta esta pieza el canino del lado izquierdo comenzó a empujar, y la línea se ha corrido toda para el lado derecho. El que más se ha perjudicado es el primer incisivo, porque a ese es que yo me doy, lo cojo con el colmillo de abajo y le doy duro, le hago presión con los dedos pulgares, trato de ponerme los dientes como los tenía antes, cada diente ha cogido por su lado, también me dicen que parezco una persiana: muelón, cuidado con reírte porque raspás el suelo. Se raspaba la espalda, todavía la tiene.

Entonces decidí no volverme a reír nunca más, pero me fué imposible: con tanto que yo saludo, tan lleno de amigos que estoy, cómo hago. Además me gusta reírme. Antes las mujeres me decían que tenía una risa linda, y por eso fué que cogí la costumbre. Voy a hacerle caso a mi mamá: me dice que ande con la boca suelta, que no la apriete ni me dé en los dientes porque parezco viejo. Pero lo otro qué, quién me lo soluciona. Como que quién. Cada vez que como tengo que esperar por lo menos 20 minutos para sentirme bien, para dedicarme a cualquier trabajo. Quedo fundido cada vez que como. Y no duermo. Mentiras, sí duermo. Esto le pasa a todo el mundo, no hay porqué extrañarse de nada. Quisiera cambiar de vida. Yo he visto amigos míos, caminando por allí o andando en carro, mirando por la ventanilla absolutamente bellos. en paz, absolutamente prevenidos de su belleza. Voy a decirle a mi mamá que cambie de cocinera porque esa comida que hace me hace mucho daño, yo veo que mi papá acaba de almorzar y se ponen a retozar juntos en el patio, mi papá se pone rojo pero rio le importa, ella le dijo la otra vez que le diera un poco del color que tienes, amor mío, se están horas en la-piscina, almuerzan en vestido de baño, el domingo pasado me obligaron a que me tirara con ellos al agua, y al ratico me enfié a un grado insoportable, comencé a tiritar, mi mamá me tuvo que decir

que me vistiera porque no le gustaba el ruido que hacía con los dientes.

Estoy preocupado porque no salgo de esta esquina, porque esta noche progresa en la medida en que yo camine por la sexta para arriba, cumpla mi promesa de llegar a la fiesta de Angelita. Porque si me coge aquí la noche. ¿Si seré capaz de resistir las calles vacías? Aquí donde estoy sentado nunca se queda vacío, siempre hay un guachimán armado que cuida la Platería Ramírez. Quiero saber por qué es que me dirijo a la fiesta de Angelita. Porque quiero verme con Daniel Bang. Porque hablé con él, llegué a un acuerdo, me esperó a que yo terminara de reclamarle una nota injusta al profesor Melo y me dijo que si quería ir con él a la fiesta de Angelita, y yo le dije que sí. No es que quiera verme con él, fué que dí mi acuerdo, me presté a que me esperara, a que me preguntara, a que recibiera el sí. Esa misma tarde comencé las clases de baile con mi madre. Y he conversado con Daniel en todos los recreos: según he entendido tiene una novia que no lo entiende mucho y por eso sufre, creí entender algo de que me la iba a presentar esta noche. Ojalá que no me la presente esta noche. Es que también pienso en María del Pilar, mi mamá me habla tanto de los ojos que tiene que así quién no es capaz de meterle cualquier idea a la cabeza a un hombre. Quiero bailar con ella. Pero también quiero decidir mi posición ante el mundo, ver para qué es que sirvo. En eso me diferencio de mis amigos: que ellos ya saben: veo que José Nicolás no tiene otro pensamiento que la natación, y por allí derecho, yendo a entrenar todos los días ha conseguido novia y gente que lo quiere y admira, además que también toca guitarra y canta y tiene unos ojos profundos. Dicen las muchachas que es muy buen mozo y muy inteligente. Yo sin que me vean he visto que Adrianita se muere por él, se queda viéndolo y viéndolo cuando venimos en el bus del club, la gente puede creer que mira al ingenio Meléndez o a la gente que pasa porque ella no lo enfoca bien nunca, ya de tanto mirarlo puede que le saque más gusto mirarlo borroso. Como ella es una de las primeras que se baja, en San Fernando, no habla en todo el recorrido. Luego coge su raqueta de tennis y se baja sin hacer bulla, siempre más y más quemada, tiene una naricita linda, camina con las cejas un poquito apretadas y los labios secos. Afuera, mira una última vez a José Nicolás y el bus arranca. Que yo sepa, José Nicolás, tan noble que es, nunca habla de ella. Cuando me pongo así pesimista quisiera que viniera Daniel, que como aún no estoy en la fiesta comprenda que he tenido un problema, el debe saber mi ruta, que me busque. Pero también cómo no atascarme aquí. Yo paso por aquí caminando 4 veces al día en día de colegio. Nunca me he montado en un bus para ir a clases, y

sólo pensar en la idea de meterme al bus del San Juan Berchmans me da asco. En la casa soy el primero que me levanto. Despierto a mi papá para que vaya a trabajar a la finca, y al colegio llego de primero, siempre antes que abran la puerta. El padre prefecto se hizo muchas ilusiones conmigo al principio del año por eso, porque creía que como era el primero de todos en llegar, tenía su candidato seguro para el concurso Mejores Bachilleres Coltejer.

Pero lo que quiere es bataniarme, quitarme uno de mis momentos preferidos: que me abran la puerta verde, el puente levadizo y entro yo: toco la portería metálica que hace dong en todo el colegio, sé que con ese dong despierto al padre González, el director espiritual de todos mis amigos. Luego camino hasta el centro del patio y miro el gimnasio, las banderas de la Virgen María y de la Patria listas para ser izadas, los rodaderos en los que no me he rodado nunca, el pabellón de las clases, mi salón, hago mis conexiones con otro sitio que me gusta, de noche y vacío: la plaza de Sears. Cuando paso por allí de día veo que la gente anda, atraviesa la plaza con qué frescura, elevan hasta cometas. En un principio me confundía mucho, hay que sufrir un poquito para llegar 'a saber que un sitio le pertenece a uno. ¿Por qué no van y se asoman algún día de noche, cuando soy sombra, a la plaza de Sears? Ni siquiera los taxistas de la flota que queda en la misma plaza se meten al centro, no son capaces. Pero yo no digo nada: veo a las señoras gordas pasar de día,' corren detrás de sus hijos para darles coscorriones, no sospechan nada, para ellas llega la noche y se van a un grill. Mis padres también van agrilla cada rato. Pero yo allí sí los tengo jodidos. Me encierro en mi cuarto, y ella sabe que es en vano que me toque, que me grite adioses, se tienen que ir a bailar con ese estigma adentro, cómo les deseé el mal la vez que ella se fué con ese vestido amarillo abierto todo por la espalda. Esa noche, un mesero que estaba loco llegó y le pasó la lengua desde la nuca hasta donde termina la espalda, y mi papá armó qué tropel, tumbó mesas en pos del hombre, dizque el mesero se le arrodilló y le pidió clemencia pero mi padre no se la concedió, lo patió feo. A la casa llegó todo lleno de remordimientos cuando yo los estaba esperando en la puerta a preguntarles cómo les había ido. Estuvo una semana sin poderse quitar de la cabeza esa cara que le pedía perdón, cordura. Yo ahora no les deseo más mal cada vez que se van a grill, porque he optado por no complicarme la vida, lo único que hago es encerrármeles, ellos ya lo saben y hasta han terminado por aceptarlo e irse a bailar tranquilos, sin importarle nada que su hijo se quede con la cabeza hundida entre las almohadas, sin un amigo, sin poder conciliar el sueño, y ahora que ha perdido la capacidad intelectual de caneen-

trarse y leer, cómo es que no piensa en eso, voy a esconder una cuchilla Gillette entre las sábanas para que cuando me esté tendiendo la cama pegue el grito en el cielo.

Si es que me voy a quedar aquí toda la noche entonces busque a alguien, allá en el Deiri Frost hay gente conocida, se paró uno, es Manuel Antonio Bernal, se paró la pelada que está con él, Manuel Antonio ya comenzó a caminar hacia acá, dicen que es un genio para las matemáticas, se paró toda la gente que está con él, hay dos encorbatados que no conozco, de caras rosadas, deben ser de otro paseo, deben ser de Bogotá, la novia ya alcanzó a Manuel Antoni?, me los tapó un carro amarillo, pasó y ella me miró. Manuel Antonio le dijo princesa, y ella comenzó a reírse. Más atrás, entre los bogotanos viene una pelada de vestido largo, túnica vaporosa para el clima de Cali, es la única que he visto hasta ahora que camine con agilidad usando esas faldas tan largas, cruzó la calle en un dos por 3 y se le adelantó a todo el mundo. Los esperó. Con ellos también viene Ricardo Guerrero, del equipo de basquet del Pío XII, el que pelió con Fernando O'Byrne al lado del Colombo Americano. Cruzaron todos. Yo los dejé de mirar.

¡Hola qué tal! —Alcé las manos. Manuel Antonio me miró y me reconoció. Qué más, le dije, ¿qué has hecho, cómo va todo, qué contás, que hubo de las matemáticas, bien o qué?

Bien. ¿Y vos?, me dijo.

Bien, le respondí yo.

Estoy aquí esperando para ir a la fiesta de Angelita.

Hasta luego, nos vemos, me dijo.

Nos vemos, le dije.

Ya los otros lo habían pasado. La novia lo esperaba.

Y me entra a mí qué angustia. La misma que me da siempre después de cada saludo. La muchacha del caminado ágil volteó a mirarme después de alejarse mucho de mí dándome la espalda.

Es un personaje típico del colegio —le explicó Juan Antonio, en la otra esquina—.

La otra vez en una izada de bandera, el padre prefecto, para hacer una demostración, delante de todo el colegio, lo sacó a un tablero y le dijo que resolviera una multiplicación de 6 cifras. Y no supo cómo hacerla.

Lo que me gustó a mí fué que los niñitos de kinder se rieron, sí, pero no entendían nada de lo que estaba pasando, aunque el prefecto se dirigió sobre todo a ellos en el discurso que echó después. Pero ellos le volvieron la espalda a favor mío. Que no fui a la fiesta porque mi destino está en otra parte, madre mía, que ya encontré mi

destino. Que no me vaya a molestar, sé que voy a regresar a mi casa con ojeras, traqueteándome los dientes.

Ya me cansé de tanta plañidera. Esto ni en literatura funciona. Me paré de allí. Me estaban mirando. Una vieja obsesión mía: voy a montarme en un bus y voy a armar un tropel con el chofer. Con corbata mejor.

Un bus Azul Plateado pasó la esquina a toda y yo me paré y le pegué un berrido. Que esperara por mí ahora que decidí partir. El chofer voltió en la marcha y me miró. Pero no podía parar, ya había cruzado el semáforo, más bien hundió el acelerador para darme tiempo a que yo corriera hasta el paradero. Yo corrí, con estos pulmones que no me funcionan nada. Ese es el bus que me sirve, el Azul Platiado pasa por la galería. todos los choferes son hombres violentos: le tengo piedra a los choferes. Corriendo por la bomba Texaco me tragué una nuble de humo negro que salió del bus que yo estaba persiguiendo. Medió ira. Al yo cruzar la calle, el bus hizo amago de arrancar, ¿me estaría mirando el chofer por el espejo? y dejó salir en mi dirección una nubecita redonda, y luego una grande que tuve que tragármela para que no me sepultara. Entonces la carruca se apoderó de mí. Era, literalmente, un asesino. ¿Sería también el chofer un asesino? Yo los conozco. El bus ya había arrancado cuando yo me agarré al tubo y lo abordé de una. El chofer me miró. Yo ya sabía bien lo que iba a hacer. Saqué 50 centavos y se los deposité en su dura mano. Crucé la registradora. dong, como la campana del colegio.

Son 60 joven.

Jamás había visto un bus con tantas pinturas del campo. Hay pinturas de un bohío en medio de una feroz naturaleza sin perspectiva, una cascada, un cerco de alambre de púas. nubes, un árbol de madroño, un camino que atraviesa las montañas y conduce a casa, y debajo la inscripción: "NI QUE FUERAS MI ALEGRIA". Hay también pinturas del Valle del Cauca al lado del Océano Pacífico, el pintor ha hecho nulas las distancias y ha pintado un paisaje de los alrededores del Pance con playas de arena negra. una choza de pescadores al fondo: seguro el cuadro fue pintado por un pintor del interior porque no hay palmas. más bien guayabos. y sobre ese mar poco profundo, un bergantín con velas hinchadas, y la inscripción: "SOLO POR TI REGRESO". Cuando en éstas pinturas aparece el hombre, se trata de un fantástico guerrero negro con plumaje de Piel Roja, esgrimiendo una lanza contra un león fiero, y en el fondo quién no va a distinguir el Cerro de las Tres Cruces, aunque el pintor haya quitado las cruces. En otra que aparece el hombre tenemos un bohío en medio del campo, un hombre de sombrero y machete que

saca a su mujer a la calle con todas las maletas, y detrás de un árbol, otro hombre observa, y la inscripción, en amarillo, azul y rojo: "NO TE PERDONO MAS".

Otro cuadro muestra a un hombre que, escapando de un león, se ha subido a un árbol de mangos y en el árbol le ha salido una serpiente, del susto metió un pié en un avispero, quebró una rama y cayó. El cuadro nos lo muestra en el momento de la caída: un cocodrilo sale de un pantano y abre la boca, sin posibilidad de error, para recibirlo. La inscripción dice: "ESTOY EN LA OLLA". Y más, que no me les puedo dedicar porque la gente me está molestando.

Mire joven, son 60 centavos. Me debe 10.

Yo voltié la cara y lo ví. El chofer era joven. Muy moreno, pero de pelo liso. Comprendí o me inventé que estaba en la última vuelta del día y pensaba terminarla rápido, sin mucha gente, ya con poco sencillo pero no importa porque en la última vuelta se sube poca gente. Aunque de él había sido la iniciativa de llenar el bus de pinturas, no creo que jamás haya experimentado la alegría que yo siento siempre que los miro, la armonía que descubro en ellas. No se las merece. En el parque de la Bomba Versailles se subieron 3 personas. Yo me corrí. Al fondo, al lado de una viejita de negro, había una ventanilla vacía. ¿Podré sentarme?

El joven de la corbata, que ya le he repetido dos veces. Me debe 10 centavos.

Yo soy estudiante, le dije.

Saqué mi carnet de estudiante. Donde hay un berchmans hay un caballero. Fui y se lo mostré.

¿Y ésto qué es?, me dijo, sin entender.

Cómo que qué. Pues pan que vea que soy estudiante.

Y a mí qué, me dijo.

Los estudiantes pagan 50 centavos, le dije, a manera de información.

Pero sólo hasta las 6 de la tarde, me dijo. Y luego agitó la mano: la moneda, la moneda.

Cómo que hasta las seis, le dije yo, el Presidente de la República anunció por televisión que era hasta las nueve y media de la noche.

Pues yo me cago en lo que diga el Presidente de la República, me contestó.

Y qué horas se está creyendo que son, me alzó la voz, muy segura, una muchacha que viajaba en la banca lateral. La hembra del chofer. Tenía pelo largo, una mirada destapada, sin problemas, un gesto bonito en la boca. Y con bluyines Lee.

El bus había parado en Oasis.

El chofer por el espejo me miró a la cara, luego a la corbata y luego otra vez a la cara, a la cara fué que me dijo:

¿Qué es lo que le pasa, por qué no me quiere dar esos 10 centavos, quiere armar escándalo por 10 centavos?

No estaba ni siquiera enojado. En su última vuelta, sólo se sentía algo curioso por saber de dónde era que había salido yo. Y también cansado.

Mientras más ricos más muertos diambre son, me dijo la muchacha, muy de cerca porque yo me había acercado a ella con el vaivén del bus, mirándome a la cara. Yo la miré también. Apretó la boca, apretó las piernas, tenía piedra.

Yo ya pagué lo que es, le dije a ella, juntándome más al barrote de la entrada para sostenerme un poco. Yo también estaba cansado. El barrote estaba frío. bueno para el calor, pero malo por lo pegajOSO.

Bueno, quítese de ahí, dijo el chofer. casi sin alzar la voz, quítese de allí hombre. que le está estorbando el paso a los pasajeros.

Yo le obedecí.

Dé me la moneda, me dijo otra vez, como por no dejar.

Yo no tengo por qué darle ninguna moneda.

Déle la moneda hombre. dijo uno de los pasajeros que ya estaban sentados, no síá guache, no síá ladrón. Usted es hijo de rico. A usted no le van a hacer falta 10 centavos. El bus paró de nuevo. Subieron más de 10 pasajeros.

Ya estaba quedando difícil moverse. Al oír el alboroto los nuevos pasajeros miraban a una y otra parte hasta que pillaban las dos direcciones de la refriega. A usted no le falta nada. O por qué más bien señor chofer no lo echa de este bus, tampoco hav derecho. Usted maneja este bus por estos barrios sólo para prestarles un servicio y vea cómo responden. El bus paró de nuevo frente al Teatro Bolívar. Yo tuve que correrme más al fondo, alejarme del chofer. Cualquier cosa que me dijera iba a tener que de-irla bien duro. El chofer se acomodó mejor en el asiento para ir recibiendo la moneda de tantos pasajeros. La vuelta le salió mejor de lo que esperaba. Le llenaban la mano de sencillo y dejaba caer monedas de 5, de 10, de 20, de 50, en cada compartimiento. De pronto, casi que por aprovechar aquel itinerario, estiró hacia mí una mano abierta la mano del que pide limosna, la foto esa de Enrique Buenaventura que sacan mucho en la primera página de los dominicales. Yo no quiero armar escándalo, me decía, moviendo los dedos. Lo que quiero es que me pague los 10 centavos que me debe. Lo que pasa es que ya me registró. Si no lo cogía y lo echaba a la calle. Pudo oír un

murmullo de asentimiento en el público. Fue que ronroneó el motor. Fue que se produjo un nuevo escape de ese humo negro que yo me trago.

Lo que pasa es que ya me registró, volvió a decir. Démela moneda y acabemos con esto. Déme la moneda.

No, no se la doy, le dije.

El hombre paró su bus.

Qué es esta vaina de estar infestando la ciudad con humo negro. Mande a arreglar el bus. no joda. tampoco hay derecho para que uno tenga que tragarse el humo que despiden su bus por todas las calles. sentía que los ojos se me rebosaban de lágrimas, la emoción. Qué es lo que se ha creído usted. Yo había avanzado hacia él, por entre el público. Cuando estuve bien cerca, el chofer dió un salto y estiró los brazos por encima de la registradora, aconteció un murmullo de campanillas, intentando sujetarme por los hombros. Pero yo retrocedí otra vez al fondo. mis reflejos siempre alerta. El hombre se encontró de pronto atrancado entre los barrotes, casi perdiendo el equilibrio, dispuesto ya a caer al suelo. Yo no pude distinguir cada una de las protestas de la gente: a mí sólo llegó el estruendo, la venganza, el insulto. El chofer no cayó al suelo: cruzó la registradora. <long, como entrando por la puerta de un teatro. Yo era la película. Y me dijo: ¿Está loco o qué? Me veía como a un hermano, como a un sobrino. Yo retrocedía de espaldas, tanteando el terreno a mis espaldas. Un muchacho flaco, de gafas, se subió al bus, miró todo lo que pasaba y bajó la vista, como con timidez. Fue que se apiadó de mí. Voy a llegar a la fiesta con la ropa rota. Me trancé en lucha con toda la tripulación de un bus. Alguien, una muchacha vestida de verde. estudiante universitaria, tocaba el timbre una y otra vez y decía: "puerta, puerta". [Sí, puerta', grité yo, di la vuelta y adelanté un paso como quien intenta correr, la muchacha me miró. A que la alcanzo.

Un joven vestido de negro. de mocasines blancos, me hizo zancadilla. Muy parsimoniosamente estiró la pierna bloqueándome el camino. no fué zancadilla, para que yo tuviera tiempo de ver su pierna. para que cayera. Caí bocabajo al corredor del bus, y allí me quedé quieto. Me olió, claro, a barro. Y a engrudo y a gallina. El joven de los mocasines blancos me pisó la corbata y yo dije me va a ahorcar con la corbata. Oí que la puerta del bus hacía clic: era la muchacha que salía. No era que el joven pretendiera ahorcarme: nada más me estaba rodeando y me había pisado la corbata. Yo me voltié bocarriba para verlo. Córrase para atrás, decía un letrado del bus, un poco más atrás, gracias por haberse corrido. Mi contrincan-

te era muy pequeño y casi langaruto, con poco pelo en la cabeza, pálido, más bien desteñido, con barros y una vocesita femenina.

¿Será cierto que no tenés 10 centavos en el bolsillo", me dijo, doblándose por la mitad, acercándose su cara, ojos amarillos, seguro hasta hepatitis aún no declarada. Yo aflojé mi cuerpo. El hombrecito se arrodilló. Una de las insignificantes luces del bus me encandelillaba los ojos. No se arrodilló, cómo se me ocurre, quién sobre el piso de un bus: se acuclilló. Medió golpecitos en los riñones y me metió, no sin trabajo por los estrechos que me gusta usar los pantalones, una mano en el bolsillo izquierdo. Yo me sentí como cuando me gustaba pasarme horas viendo pintar a los niños. El hombrecito, tal vez mayor que yo. encontró el fajo de billetes y me miró duro y sacó los billetes. Yo estaba casi en posición de cruz, con los brazos por encima de la cabeza. Ven y mama.

Se paró. Yo levanté un poco la cabeza. me dolió la nuca, para verlo. Alguien. no sin esfuerzo por lo anormalmente desarrollados que tengo los omoplatos, metió un zapato debajo de mi espalda, y lo dejó allí. El joven que me había atacado me dió un billete no sé de cuánto al chofer. El chofer se lo metió al bolsillo, mirándome sin saber qué hacer. Luego saltó por encima de la registradora. Se sentó en el salón de mando. y listo para arrancar su bus. El joven se metió el fajo de billetes al bolsillo. Me tumbaron. Yo me paré. El ladrón, sin mirarme, se sentó de nuevo. ¿Oí palmaditas en la espalda? El bus sonaba ya. Yo timbré. puerta. dije. Timbré otra vez, puerta. dije. Sin despegarme del timbre bajé las gradas. arrimé mi cuerpo a la puerta, me empuñé para cubrir toda la puerta. y no me despegué del timbre. lo que más los desespera es que uno se quede pegado al timbre. Cuidado con arrancarlo. Si lo arranco me lo cobran y con qué plata lo pago. Puerta dije. Y jalé el timbre por última vez. Porque aconteció un chillido de luces y se me abrió el espacio y no sé si lo que sentí fue una suela, o una mano abierta en mi espalda.

Mis pies cayeron en un piso que no me sostenía: acabo de arrojar mi auto trompón por el abismo de la 26, en él se fueron mi socio y su mujer. Entonces supe que iba a rodar. Fue que me partieron el espacio en dos. Mis pies cayeron en un piso que no me sostenía. He visto un millón de veces que lo que uno tiene que hacer es correr más rápido que el piso. mientras el auto corre, sin dueño, hacia el abismo: oigo el bestial sonido del estrellón. de trompa. en el fondo, y sonrió: misión cumplida. Dadme una pistola negra para matar sin misericordia. y una gabardina para esconderme de estos años 30. Sombrero de ala ancha no necesito. Nunca he sido bueno para correr. sé que no demoro en caer, sé que no demoro en rodar, que rodando y rodando por la avenida sexta. En qué tremenda

¡¡¡¡¡! ¡ ¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡ una porción de pasto fresco, verdededía.
¡¡¡¡¡! ¡ ¡¡¡¡¡, plutiado al amparo de la luna llena. Rodando y
¡, ¡¡¡¡¡! pe ¡¡ ¡¡ u venida sexta logro llegar al pasto. Y aquí me siento
¡ ¡¡¡¡¡! ¡¡ ¡¡ la fina. Permito que mis piernas flaqueen, no resistan el
peso de mi cuerpo. Veo las últimas luces y caigo cuan largo soy.
De madrugada las vacas mugen. Al mediodía los peyares me tiran
cuando voy buscando sus nidos para destruirlos.

Hola, compañero.

Saqué mi cara del pasto y miré: era Daniel Bang. Parecía un
hombre en el colmo de la fiebre. Yo se la había inyectado. Y ahora
soy todo atención conversando con mi amigo.

Hola, le dije, cómo va todo. Bien o qué.

Te he buscado, me dijo, ¿has andado mucho no? Se te vé en la
cara. ¿Por qué no has ido todavía a la fiesta? Pero no es que pensés
no ir, ¿cierto?. tenés corbata. Y está muy bonita, ¿es americana?

Me la traje mi mamá. sí. Yo estaba contento.

Creí que no ibas a ir a la fiesta y comencé a preocuparme.
Llamé a tu casa y hablé con tu mamá. Tiene una voz dulce tu mamá,
como soñolienta.

¿Sí?. le pregunté.

Se puso toda preocupada cuando supo que no estabas en la
fiesta. Hasta que me dijo que te buscara aquí en la esquina del Deiri
Frost. que vos te mantenías aquí. Pero estás esperando a alguien o
qué.

No. a nadie.

Te debe conocer mucho tu mamá para saber cuáles son los
sitios donde te gusta estar. ¿Vos hablás mucho con ella"

Me gusta venir aquí para pensar, le dije. En mi casa no puedo
pensar bien.

¿Vamos a la fiesta? ¿Vamos a la fiesta?

No se había sentado un sólo momento, y eso que me pareció
que venía cansado. Respiraba con dificultad. Y el eterno pelo
desgreñado, se vé que ni siquiera se había peinado. aunque tenía un
vestido gris oscuro muy elegante. y corbata roja. Era un hombre que
se pasaba continuamente las manos por el pelo, como desfogando
una extraña furia. Los ojos le brillaban. Pero era un brillo que tenía
algo de mortecino. Sí, tenía fiebre. Alargué una mano, despacio,
para tocarle su frente. No pareció darse cuenta de mi movimiento
hasta que le puse mi fría mano en su blanca frente. ¡Estás helado!,
me dijo. apartándose de mí. Vi que se le hizo insoportable el
contacto de mi mano. Me miró fijamente.

¿Está enfermo? -me preguntó.

¡Cielos, yo no me enfermo nunca!, le respondí.

Se quedó callado. Yo creí que se iba a sentar pero no lo hizo.
Miró para todos lados, para la hilera de mangos del frente. Algun
día me preguntará cómo es que soy capaz de pasarmela ho. raseneste
lugar, andando de una esquina a otra. Y yo haré un esfuerzo Y se lo
contaré todo.

Si no te hubiera encontrado aquí, me dijo, me hubiera tocado
recorrer a pié toda la sexta, llegar al centro, coger por la parte de
atrás del Hotel Cali-Intercontinental, bajar a la avenida Colombia Y
seguir el río hasta la casa de Angelita. Tu mamá me dijo que ésa era
tu ruta, en caso de que no te encontrara aquí. Me dij~ que a vos te
gustaba caminar. A qué horas hubiera llega?? a la fiesta.

Vi que no le gustó mucho aquella posibilidad de la caminata.
Mejor dicho, fue que se estremeció, lo vi, las venas azules de su
cuello se templaron. Una muchacha, llamada Ilse Mary ~°.d~ard,
que pasaba con una amiga por la bomba Texaco, se quedo mirando-
lo.

¿Nos vamos", me dijo.

Yo me paré del muro.

¿Caminamos?, le pregunté

No, no tenemos tiempo, cojamos un taxi.

¿Querés un cono?, le dije.

Un cono", pensó un momento en algo que no era para nada el
cono"que yo le ofrecía. Ah, un cono. Bueno, sí, gracias. Yo ~ruzé la
avenida Estación corriendo. Daniel se quedó detrás. Yo hice cola
detrás de una familia de gringos.

Daniel cruzó la avenida muy tranquilo, con las manos en los
bolsillos. Ya a tener que sacarse una mano para recibirme el cono.
El gringo que vende los conos me miró.

Dos conos, le dije.

El gringo titubeó un momento, no sé por qué. y me .d10 la
espalda. Daniel también. Estaba parado en la esquina, mirando
pasar los carros. El gringo vino hacia mí c~n l~s dos conos en las
manos. Sin servilleta, le dije. El gringo volvió a titubear. En cambio
yo no: saqué sin dificultad mi fajo de billetes: le estiré un biH-te de 5
y esperé la vuelta, con las manos llenas. El ~ringo me devo.lv10\$2,20
y yo salí de allí, y una muchach~ rubia ocupó mt lugar: rubia pero no
gringa, más bien paisa. Caminé derec~o. y le toque la espal~a a
Daniel. que se voltió y sonrió y me recibió el cono. Lo ch~po en
silencio. Yo crucé la sexta corriendo y lo esperé, chupando rm cono.
Daniel cruzó Ja sexta y paró un taxi. Verdad, yo no me acordabade
que nos íbamos a ir en taxi. Nos montamos rápido. Yo h~bía
pensado en caminar y conversar por lo menos hasta que acabara-

mos de comernos los conos. Adentro me olió a gasolina, pero Daniel no pareció sentirla.

Vamos a Santa Teresita, dijo, Avenida del Río número 18-78. Yo miré a través de un vidrio sucio las calles de la ciudad en sábado. Comencé a bajar el vidrio y algo prevenido le di una chupada al cono: la crema me llegó fría hasta la garganta, pero descendió caliente, alquitrán blanco que ha debido sonar cuando se sumergió, siquiera no lo oí, en la boca de mi estómago. Bajar el vidrio me costó trabajo porque se atascaba, pero lo bajé sin pedir ayuda y saqué mucho la cabeza, a ver si confundía el insoportable olor de la gasolina, ¿será que se ha derramado gasolina? Si Daniel prende un cigarrillo. ¿Lo alerta antes de tiempo? Comprendí que no iba a poder seguir comiendo el cono. Se me comenzó a inflar el estómago, algunos de esos gases nauseabundos se me subía a la boca, me hubiera sido imposible hablar sin despedir olores insoportables, Daniel se comía su cono con tranquilidad, se veía que así refrescaba la garganta, obtenía consuelo a la fiebre que lo consumía, si me dijera algo, ¿ah? que de pronto comenzara a hablar sin parar, ¿ah? tendría en mí al hombre que mejor escucha. En el colegio al principio yo lo veía en los recreos como buscando un sitio, recién llegado que estaba: esperaba hasta el final, cuando ya había pasado toda la violencia ante la tienda, para arrimarse, anónimo, y comprar una manzana, no importa que ya no hubiera mojicones, o se contentaba con uno ó dos de los extremos, los menos tiernos, a veces quemados, y la manzana la dejaba a medio tomar, algo que yo nunca he hecho, y se la dejaba a alguno de primaria. En el colegio, los más ricos, los que compran de a diez mojicones se reúnen en las gradas del escenano, a comer.

Por cada comedor suele haber un alumno de primaria que espera la botella, que tiene un depósito de 10 centavos. De vez en cuando les entregan la botella con algo de gaseosa y migas de mojiçón adentro, y se pierden entre la gente, a tomarse las sobras sin que nadie los vea.

Pero tampoco todos son de primaria: Gómez, de mi clase, nos recoge siempre las botellas, a todos. Ya lo hemos escogido a él, si viene algún otro a pedirnoslas le decimos que no joda. Somos 9 los que más comemos. En cada recreo Gómez consigue 90 centavos, con esos 90 centavos compra gaseosa y dos mojicones, y hay unos que le pegan, pero yo no le pego, lo invitan al club, a las fiestas, y se burlan de él delante de las peladas, el sábado pasado Patricia Alza te inventó que estaba tragadísima de Gómez, tenés una boca divina ¿ois?, te invito a remar al lago, ¿tenés \$5 para invitarme a remar al lago? No es que él no haya creído sino que le dió miedo cornpromete

terse porque siempre anda sin moneda en el bolsillo, sus papás viven en Colseguros, yo los he visto en las clausuras, ella es gorda y él es flaco, alto, canoso, con zapatos viejos bien embetunados y una pipa que le da aire de poeta, ella va a las clausuras con sombrero.

Yo sostenía el cono en la mano. se me estaba derritiendo, cuando la crema me tocó la piel me aterroricé todo y boté el cono por la ventanilla. Ibamos por el parque de la bomba Versailles. Yo me recosté, algo cómodo, y cerré los ojos.

¿Hiciste el trabajo de Historia?, me preguntó Daniel.

Sí, lo hice desde el lunes.

¿Te gusta la historia?

Me gustaba antes, pero desde primero de bachillariato le perdí interés. Creí que mi fuerte iba a ser la filosofía. los dos primeros meses saqué 5. Ahora no me gusta nada. Lo que hago es tirar a sacar el 3 en todo. Voy a tener que habilitar física y cálculo, química pues ... la tengo segura, vos siempre me soplás en química.

Me gusta soplarte porque te admiro, me dijo. Acabó de comerse el cono, masticó el barquillo produciendo un feroz crujido.

Mi aprendizaje ha sido difícil, dijo. He andado por todos los colegios, estuve en Pío XII, en el Liceo Ciudad de Cali, en San Luis, en el Hispano, en el Camacho, en el Pilar.

¿En el Pilar?

Sí.

Y por qué te saliste de allá.

Tuve un problema, tuve un problema con un compañero.

Yo esperé a que me siguiera contando, pero no me dijo nada. Entonces me tocó decir:

Tengo muchos amigos que estudian en el Pilar, para ver si me preguntaba sus nombres, pero no me los preguntó.

En todos los colegios he tenido problemas, me dijo, pero he aprendido a adaptarme al estudio. Nunca he perdido una materia, de donde me han echado me han echado sabiendo que soy buen estudiante.

Sos de los mejores de la clase, le dije. Ya habrás visto la envidia que te tiene Duque.

A mí no me importa, dijo, y me miró. Recién llegué, que me la pasaba solo en los recreos, yo te miraba desde el segundo piso. Era que salías al patio, caminabas despacio al centro y allí te quedabas, dando vueltas, mirando en redondo todo el colegio, y luego te ponés a caminar a una y otra parte, no conversás con nadie, nunca te quedás quieto. Por eso es que te dicen cucarroncito, me dijo.

Se te olvida que en todos los recreos como. Soy uno de los 9 que más como, -dije, despacio.

Ah sí, la comida, dijo subrayando de una manera rara la palabra *comida*. como quien produce un chasquido, como quien chasquea.

¿Seguro que te sentís bien?, me preguntó, como diciéndome: pregunto porque pretendo la verdad, si no no preguntaría. No me cayó bien el cono, ya que sabía tanto de mí, qué más daba, nunca me había comido un cono en un carro andando y se me infló un poquito el estómago. El taxista me miró por el espejo. Ya habíamos pasado Oasis, íbamos llegando por el teatro Bolívar. En Oasis miré a la fila de muchachos que miran todo el día a los carros que pasan, ¿saben si pensaron algo de este carro en el que voy metido, si vieron mi brazo que lo saqué al viento, mi cara.

¿Has estado en el mar alguna vez?, dijo Daniel.

No, le dije, por qué.

¿Has leído algo sobre el mar?

Había leído, sí, pero me pareció mejor confesarle lo que me pasa al respecto, en estos últimos años.

Hace mucho que no leo nada, le confesé, en tono de súplica, dispuesto a despojarme por completo. Cuando estaba chiquito sí leía, leí *Moby Dick*, y me quedé callado.

¿Lo has leído?, me preguntó, después de un silencio, contento. [Es un libro buenísimo!

Vamos a conversar de *Moby Dick* hasta que llegemos, pensé, pero de pronto se le ensombreció la cara, ¿o es que por esta parte no hay postes de luz? Si hay, están fundidos los bombillos, es imposible que una cara se vuelva así de sombra, Daniel, dime cómo puedes, que te pasa.

Tengo una amiga que conoce muy bien ese libro, estaba diciendo. Una amiga que conoce mucho el mar, ha estado en Nantucket. Quisiera presentártela.

Oh, no pensé. ¿Sabés por qué no he vuelto a leer?, dije. Porque no puedo concentrarme. De verdad, no puedo. He tratado de explicarle a mi mamá, pero ella no entiende.

Pero si se lo explicás a ella, ella sí entiende, me dijo Daniel, casi interrumpiéndome, poniéndome una mano en el hombro, enterrándome los dedos en el hombro, no es que me diera miedo sino que me dolió, tuve que hacerle presión con mi hombro, me estaba lastimando, cuando regrese mi mamá me va a decir: te metiste en una pelea y alguien te agarró del hombro y te dió tres vueltas, voy a decirle a tu papá que te enseñe a hacer la zancadilla. No le pregunté a Daniel de quién era que estaba hablando, supongo que era de esa "amiga" que quería presentarme, o su novia, la misma cosa. Cerré los ojos. De verdad que tenía el estómago inflado: La única solución sería

tirarme un pedo. Pero cómo permitir que Daniel se avergonzara de mi olor, de a lo que verdaderamente huelo cuando estoy solo. Además estaba conversando mucho, para qué.

Por dónde es que vamos, casi gritó Daniel dando un salto.

Yo me quedé allí, asombrado.

Como que por dónde, dijo el taxista.

Estamos cruzando el Río, le dije yo. Vamos a coger la avenida Colombia y derecho para la fiesta.

Claro, claro, dijo Daniel, volviendo a recostarse, tranquilo, por un momento pensé que.

Qué. Le pregunté.

Me miró. No me digas que no noto un dejo de terror allí en tus ojos, yo soy bueno para eso.

Como que qué.

Pensaste qué, le volví a preguntar, la calma en pasta.

Pensé que nos estábamos desviando, dijo, que no estábamos yendo a donde es, a donde vamos.

Luego se me quedó mirando, como si quisiera saber de mí si él se había delatado en algo. Azarado, abrió la boca y sacó la lengua y se mojó los labios, luego volvió a meter la lengua y se quedó respirando allí frente a mí, con la boca abierta, se le veían los dientes. Necesito llegar rápido a esa fiesta, fue lo que dijo. Ya es tardísimo: era como si pensara bueno, estoy en un taxi, voy rumbo a la fiesta, no demoro en llegar, pero cielos, voy a llegar tarde, no me concede paz la posibilidad de llegar tarde, eso era lo que pensaba. Nada más buscándote estuve como dos horas, dijo, como si me reprochara, aunque no sé si le entendí bien, no sé si ahora me ha tocado inventar algo para que me monte, para que me complete, porque hace por lo menos una cuadra que venía observando a 2 jóvenes que salían del Río, habían subido por la orilla hasta la avenida y ahora estaban allí, mirando el carro. Uno de ellos, bajito, cuajado, con una inmensa chapa, me descubrió asomado por la ventanilla. Eran del Sur. Me pareció que quería darle una patada a la puerta del carro, lo sé, estuvo calculando cosa de 10 segundos, tenía botas de trabajo pesado, darle una patada a la altura de la manilla, haber abollado la puerta, tal vez hasta magullarme un brazo por el impacto. Siquiera que el carro aumentó la velocidad cuando nos cruzamos. Desesperado, el gordo arrancó a correr detrás del carro, Daniel no lo vió, pero tuvo que ceder como a la media cuadra, yo saqué la cara y lo miré todo sin cobardía, el se limitó a recordar mi cara con odio, por el resto de sus días. Vivimos en la misma ciudad y un día nos encontramos.

Viajamos en silencio hasta más allá de la Tertulia, cada uno pensando en sus cosas. Yo por mi parte contemplaba el Río. Fué así que alcancé a ver a lo lejos a las primeras espaldas, los primeros colores de la procesión. Reconocí las espaldas de Gloria María Ricaurte y de su novio Víctor Manuel Córdoba.

Daniel, Daniel, grité, allá va la gente que viaja hacia la fiesta.

Daniel se asomó, interesado. Aunque preferían el Río, los caminantes caminaban a lado y lado de la avenida. Yo sacaba brazos, cabezota, palmoteaba ante Felipe Sandoval y Amparo Vela, Felipe se puso serio. Amparo, en cambio, celebró mi gracia. Daniel me miraba, divertido. Al rato eran como copos de algodón, como azúcar hilada, como cebras, marchando con ritmo, alguna mujer se tropezaba y el hombre se prendía de su brazo antes de que ella tocara al suelo, o sino colgárase para ambos caer al suelo, chapotear, quedarnos aquí y olvidémonos de la fiesta, mucho más valientes que yo, mejor organizados, en ese lote que tiene un enorme cartel de SE VENDE ESTE LOTE mojarse el vestido, todo, si es amiga de Angelita, si están en la misma clase, Angelita la va a recibir mojada, como quiera, la subirá a su cuarto y le prestará toallas para que se seque el pelo, aunque para decirte la verdad te ves muy linda con el pelo así mojado. Voy por ellos. En el medio.

Hay algunos de ellos que ante el ronroneo del carro voltean rápido y alcanzan a ver la mano de muecas que les hago, yo también me dirijo allá, les digo, yo también viajo en compañía, todo fue sucediendo así, amigos, me sentía liviano y veloz yendo entre ustedes, y de mente aguda, lista, hasta que lo digo y soy sincero, mi carro avanzó cuadradas y cuadradas y la procesión nada que terminaba y yo cansándome de sacar la cabeza todo el tiempo, la Lechuga se me había despegado con el viento, en vano sería que tratara de peinarme de nuevo, pero eso no era malo porque entraría a la fiesta pareciéndome a Daniel, aunque no de cara tan experimentada, de frente tan amplia y de tanto despeluque, se despeluca porque eso es lo que hace desde chiquito para calmar los nervios que no lo dejan ni aunque se despeluce todo el día, pobre Daniel, fue que en un momento, en medio de la procesión, viajando en auto tan moderno me sentí un poquito ave, un poquito eterno, hubiera deseado conocer y decirle adiós al último de los viajantes, el primero, el más cercano a la celebración que vamos, pero es que las colas parecían no terminar, estuve tentado de gritarle al taxista que más rápido, pero no se hubiera podido, un peligro en medio de tanta gente, entonces no saqué más la cabeza, me interné en el taxi y como extrañé un poco el viento me limité a sacar la mano, comencé a tamborilear, con tres dedos, sobre la capota, a producir un sonido

monótono, ese sonido que yo hago y desespera a mi papá cuando se dedica a algún trabajo de mecánica: ¿no te podés quedar quieto un minuto? Te lo digo por tu bien, y yo déle a la tamborileada, si no te podés dejar de hacer ese sonido mejor andáte, dejáme solo que me ponés nervioso, esto es un trabajo muy delicado y de mucho tino, es como jugar golf, si te viera verdadero interés yo te enseñaba, y yo me le voy, sí, cuando estábamos en la finca me internaba valle adentro en la casa adónde se puede ir sino a mi cuarto, esperando horas a que mi mamá venga y toque a mi puerta porque el almuerzo está servido. Daniel no conversa nada. En los recreos ha dejado que yo me dé cuenta que tiene metida su angustia, y ahora que salimos juntos no me cuenta nada, yo no entiendo. Pero no le molesta que yo tamborilee, a los viajantes tampoco, vainas que yo digo para hacerme el tonto, qué me va a oír la tamborileada, ahora no volteo para verles las caras porque estoy muy deprimido, el carro, zuum, veloz, pasa sus espaldas y tamborileo y mis dedos sin fin son como cascos sobre la capota verde oscuro del carro en el que yo viajo. Vuelvo a sentirme ágil y liviano. Ved la capota verde oscura, mis dedos, al moverse no producen sombra, para verles sombra van a tener que esperar una porción iluminada, en un principio quise, zum, pasar por encima de las cabezas, un abejorro rozándoles las orejas; pegan el brinco. Ahora no las paso sino que subo. Subo contemplando mis dedos hasta que los pierdo. El sonido del carro se pierde ante el sonido del Río que luego también se pierde porque en las alturas todo es silencio, y simplemente contemplad el Río, las piedras negras, el agua café con leche cuando es de día, ahora de noche también negra, las filas de árboles mecidos que me producen cierto mareo que por fortuna evito rápido contemplando lo particular del movimiento de los árboles: inconexo, independiente y el viento que no se siente, que no se oye, y el planeo, los vestidos de las niñas son barridos hacia atrás, veo brazos rosados, manos que se juntan, que ejecutan un movimiento no veo bien hacia adónde, hacia la cabeza, se rascan la cabeza o sólo se posan o se arreglan el pelo.

Todas las cabezas son negras y las orejas blancas. Una niña bajita pero bonita que adivino es Consuelo Mora, se mete un dedo en la oreja derecha y se achiquita espectacularmente en este movimiento. Veo, con asombro y algo de tristeza que me duele a mí más que a nadie que no somos el único carro del mundo entre tanta gente pues nos cruzan y nos ganan otros carros, otros tamaños, camiones que van hacia Buenaventura, ya veo que la fila de viajantes delimita una sola vía, el único camino hacia la fiesta, alrededor de ellos están las casas, un sólo edificio, veo que todas las casas tienen piscina: es poco de lo que sirve una piscina sin iluminación en esta noche tan

negra. qué poco sirve un agua azul marina, y ved que hay una piscina vacía y una mujer alta que sale al patio, se queda un rato viendo el hueco de la piscina, baja por las gradas y recorre muchas veces el fondo. Va descalza. Esther Williams. Las montañas. Las montañas aún las veo lateralmente pero no los edificios, a los que ya superé: ese nuevo edificio que construyeron frente a la casa de Miguel Angel también tiene piscina en el último piso, de la casa de Miguel Angel no se ve, entre tanto árbol frutal que hay, más que una luz, la misma luz que se mantiene prendida toda la noche, adivino la línea del alambre de púas pero no más, hasta allí llego pero porque quiero, la gente ya no me interesa, me interesa más el suelo, las calles, porque la gente ha llegado a aplastarse contra el suelo y lo mismo pasa con los carros y con quien va viajando montado en un carro. Hacia el centro de la ciudad veo las líneas de luces que me indican el alumbrado público, las calles donde yo estoy lleno de culebras, por las que nunca paso. Veo clarísimamente a Efraín y María: Efraín se tiende hacia María que piensa, para pensar siempre tenía que ladear la cabeza y Efraín le mira el cuello y piensa en aspirar su aroma, pero mecánicamente, un hábito que ha cogido siempre que piensa en estas cosas, se lleva la mano a la billetera, mierda ya me robaron la billetera. Al adelantado Sebastián de Belalcázar no le cabe duda: extiende su índice poderoso sin necesidad de decir quién fue porque todo el mundo entiende. El mundo, escandalizado, lleno de justo reproche mira a Cristo Rey, y Cristo Rey, blanco e iluminado por 32 lámparas de mercurio en las noches negras alza los brazos y dice zopas, a mí que me esculquen. Todo es una línea recta, pensaba. Fue por eso que me sorprendí tanto cuando de pronto la luna llena entró en mi campo de visión, haciéndome sentir muy despojado. Y descendí, preocupado por haber estado expuesto tanto tiempo y de tan cerca a la irradiación de la luna sin haberme dado cuenta más que a última hora, he debido llevar sombrero en estas aventuras. Ved en mi descenso las cuatro líneas rectas que forman los cascos blancos de los policías, que se desplazan en silencio, formación perfecta, ojos y oídos atentos, empalmando un cuadrado y luego un círculo a la manzana de la casa de Angelita para defender a la gente de los merodeadores del Sur, los criminales, que siempre acechan, que siempre están presentes cuando vamos, descendemos a una fiesta. Los cascos blancos aplastan mucho más a los policías, pero ya después uno puede ver el vestido verde oliva, las insignias y charreteras, el cordón de mando, el bastón de mando o bolillo, guayos y fusil negros. Cuando yo iba a cine salía con un infierno adentro.

Me atormentaba aquella desproporción de estar cuatro ho- (eran los tiempos de los matinales dobles. dos películas y cort- cuatro horas) ante un mundo armónico, perfecto por lo termina- sin posibilidades de modificación; en silencio, comiendo callad- luego salir a aquel sol maldito en donde yo era, existía en lamed- en que opinara, modificara. Por eso no volví a cine. Lo dec- ~iendo *El mundo* " peligr:0. de horri:ligas ~igantes, pues se me hi- insoponible seguir la película al mismo tiempo que los dientes-ll crecían, dispersándose para todos lados.

¿Qué te pasa, me preguntó Daniel, tenés miedo?

Era que yo venía traqueteándome los dientes desde ha- cuánto.

Miedo de qué, le dije. Y luego: es que es primera vez que ven- a una fiesta, ¿no sabías? Es primera vez que voy a bailar. "ll

Pero sabés bailar ¿no?

Claro, le respondí.

Daniel miró hacia afuera por la ventanilla. El taxista se rell- vió en su asiento, el taxímetro seguía marcando.

Ocho pesos, dijo, no porque diera por terminada la carre, s~o par.a hacernos ver que nuestra inmovilidad,nuestra con ve- cion, originaba, en una oscura manera, en otra direccin, un mo- miento, el dinero a pagar.

D-niel volteó a mirarme. Quería decirme algo muy importan- para mi.

Solano —me dijo- ¿Vos me considerarás tu amigo?

Sí, le respondí.

Era mi amigo, sí, habíamos pasado 16 recreos largos juntos. \ me había contado nada de él, pero habíamos tomado gaseosajunte le regalábamos el depósito al mismo niño, uno de gafas, caminá- rnos con las manos en los bolsillos por todo el colegio. Nos gusta- hacernos en la piscina vacía, y yo iba notando ya esa angustia si nombre que lo consumía, que ahora, a mis ojos, lo agotaba,pero ~ por ello era menos bello, más bien se me aparecía imponente, collj elevado en un resplandor rojizo; de éso él nunca me habla: pero yo dí la aprobación, lo dejé que se metiera conmigo porque suf- mejor que yo. Yo admiraba a Danielito Bang. Si hubiera estado- el colegio desde principio díaño se habría encarado con el prefec, cuando me hizo esa maldad que me hizo y de la que todo el mun- (menos los niños) se rió. Entonces yo supe que tampoco iba a sen- de nada salir bachiller del San Juan Berchmans, si mis padr- hubieran comprendido.

Quería oírte lo decir, me dijo Daniel. Y comenzó a darse en- pelo. Un farol de mercurio que le daba por detrás me sugirió, an-

todo ese alboroto que se daba fuera del carro y me llenaba de temor (sobre todo saliendo que para allá era que yo estaba destinado), un puerco espín, quise decirle que se peinara para que no fuera a haber problemas en la fiesta, si alguien acaricia una cabeza así, ¿qué, se chuzo? No le dije nada, su cabeza, ante la luz de mercurio, resplandecía. Era un hombre superior, y no valía la pena que yo lo molestara.

Solano, me dijo, Solano, quiero que sepas que yo no te deseo mal. No puede hacerle eso a un amigo.

Yo lo escuchaba con toda la atención que mi madre me enseñó a ponerle al mundo: no importa que no entiendas muy bien de qué se trata, me decía, la gente siempre anda enredada en sus asuntos; pero si alguien se decide a contarte sus cosas, aprovecha la ocasión que te brindan de aprender: escucha. Cualquier cosa que yo haga, me decía Daniel, no creas que lo hago contra tí. Yo ya tengo fijado un rumbo, un itinerario: vos sos una estación, un sitio a donde es necesario llegar porque es necesario continuar. ¿Me entendés? Si algo de lo que yo haga te duele no, no te digo que me perdonés, no, sino que tratés de entender, que de vez en cuando pueden estar actuando sobre uno fuerzas, destinos superiores.

Me miraba con tal fuerza que yo, estupefacto, miré al taxista: debía pensar que se trataba de un coloquio de maricas.

Lo que yo hago, seguía diciendo, está fuera de toda posibilidad de modificación. Aunque lo que yo hago tenga que ver con vos, con tu persona, ni vos ni yo podemos hacer nada. ¿Me entendés?

Sí.

Bueno Solano, ahora tenemos que despedirnos. Nos vemos luego.

¡Cómo, no vas a entrar a la fiesta!

El taxista se volteó ante mi grito, se armó, pensó.

No, hombre, no, dijo Daniel, estirando su mano y dándome una palmadita en mi hombro, tocó mi hueso, luego retiró la mano, sonreía: es que tengo que arreglar un asunto, un asunto importante. Bajá te y esperáme, estate echándome ojo todo el tiempo por entre la gente, que yo no me demoro. Bajáte.

Yo me bajé del carro. Cerré la puerta con cuidado. El taxista encendió el motor. Yo miré a Daniel, me pegué de la ventanilla y le dije ésto, el motor prendido. No sé nada. Siempre, toda la información la doy yo, no hago sino hablar y hablar y a mí nunca me dicen nada. Si fuera poeta tendría que escribir sobre lo que la gente sabe de mí, porque yo no sé nada de la gente.

Cielos, fue que dije el parlamento en mal momento, las últimas palabras inclusive corriendo, aferrado de la ventanilla, el taxista ya

estaba pensando sacar la mano y darme para que me desprendiera, algunos policías se pusieron moscas y caminaron un poco hacia mí. Daniel no alcanzó a responderme nada, cómo. creo que ni siquiera oyó con el ruido del motor. Sin respuesta. me quedé allí viendo partir el taxi. con las manos en los bolsillos. Me voltié y di dos pasos hacia la casa de la fiesta: habría dado más si no fuera porque a dos pasos estaban los policías.

Su invitación por favor. me dijeron.

Yo les mostré la invitación.

Muy bien, me dijo el más alto. sigarne por favor.

Me llevó. a través del cordón de policías. hasta la puerta. Trascendí el umbral y entré a la fiesta.

Tal vez por lo que no estaba tocando la orquesta. lo primero que oí. sobre la algarabía de la gente. fue el crunchido que hacían los innumerables comedores de papas fritas. ante la mesa blanca a mi izquierda, el lugar más cercano al que yo podía dirigirme una vez entrando a la fiesta. Hacia allí fui, me aferré a la mesa de las papas fritas: mis frías manos se pegaron al mantel blanco, bordado. una de las muchachas que comía papas fritas me miró: ¿la conozco? No la he visto aún. La orquesta está al fondo. junto a una de tantas paredes blancas de esta casa: nunca me la había imaginado así de blanca: la orquesta está muy lejos: en caso de que no baile, de que nadie venga. tocaría llegarme hacia el fondo y cruzar los brazos y pararme bien tieso ante la orquesta: luego viene alguien y me dice: ¿"Le gusta a usted la música"? Estiré una de mis manos y agarré, muy finamente. una papita frita: la humedecí en salsa, había 2 clases de salsa: metí la papa en la salsa rosada y un dedo en la salsa verde; me chupé el dedo y luego me comí la papa. silenciosamente, mientras a mi alrededor. inclusive la muchacha que me estaba viendo (y yo que no levantaba los ojos del mantel). todo el mundo produce una variada gama de crunchidos: pero hay uno que come más que todos, ¿tiene hambre? Se ha coliado a la fiesta: voy a levantar la vista: es un mancito de 16 años. corbata de cuadros: come. mastica con hambre, nerviosamente y ya lo sé, aquellas parejitas de niñas con faldas tan cortas del otro lado de la pista (qué pista, han quitado todas las porcelanas, han subido al segundo piso las alfombras, han abierto espacio, encerado el mosaico. han hecho la pista), lo están viendo comer. He triturado mi papa frita y no me ha hecho daño: la puedo sentir. no se me infla el estómago, tengo que tener cuidado con la pedorrera, tan cerca de este mantel blanco. Yo me fui voltiando lentamente y vía la muchacha que me miraba: sólo que cuando la ví no me miraba sino que comía vorazmente con la boca abierta, cerró la boca cuando yo la ví y se atragantó toda, pero no

tosió. Era Lucía Merizalde. Yo le dí 2 palmaditas en la espalda. Con lágrimas en los ojos me sonrió y me dijo:

Solano, hace años que no te veía, qué milagro.

Yo asentí con la cabeza. Podía quedarme aquí, con ella, para siempre y bailar luego, bonita si es, no ha cambiado mucho.

¿Quieres una papita? le dije, escogiendo una para ella entre el montón: se la llevé y ella, de una manera extraña, abrió la mano para recibirla. El tiempo que transcurrió sin comérsela ha debido ser porque la miraba, allí en la palma de la mano (yo miraba al suelo, acongojado, pero su mano y la papita me entraban en el cuadro: pude oír también que la orquesta 'afilaba instrumentos: alguien pidió que tocaran Macando), su mano, como siempre, blanca, la papa amarilla, luego me sacó la mano del cuadro y yo no levanté la vista como quien desea seguirla: más bien me quedé como estaba, mirando al suelo, imagino lo que sigue: que se dobló hacia atrás, puro juego de rodillas y se echó la papa adentro. Produjo 2 crunchidos y se la tragó. La orquesta comenzó a tocar "Los apodos". El que pedía Macondo protestó y luego alguien lo mandó a callar. Oí el zapateo de la gente que salía a bailar, pero no miré todavía. ¿Viniste con alguien?, me preguntó Lucía.

No, estoy solo, le dije.

Y experimenté entonces una atormentadora angustia, una angustia sin fin a la que aún no le encuentro nombre, cada vez que hablo, cada vez que hablo, sabía, esa noche, una vez más, que todo lo que dijera serviría sólo para perderme. No solamente ahora en esta fiesta ni esta noche, siempre, todos los días me levanto con toda la vergüenza del mundo por todo lo que he dicho en el día, pero me han obligado, eso es lo que me digo, mentira, es esa furia, esa especie de locura ante la cual soy incapaz, es que tengo que hablar, tengo que decirles cosas a la gente, cielos. comenzó a inflárseme el estómago y la boca, ya lo sé, comienza a despedir vapores y yo que estoy con Lucía. con mi, oh, mi vieja amiga que me conoció de niño y yo de niño no oía a nada, oía a moras, Lucía, tengo que alejarme dos pasos de ella, ¿puedo? Me tropecé con un gordo que acababa de llegar a la mesa, a él sí me tocó decirle perdón desde muy cequita y se resintió, lo vi, ante mi aliento, pero con los hombres no me importa. Luego a considerable distancia de Lucía, comencé a contarle mi historia: Vine con Danielito Bang.

Ella abrió los ojos maravillosamente y casi que se me acercó un paso. Yo estoico recto.

¿Está él aquí? —me preguntó.

No, salió.

¿Salió? ¿Salió ya?

Mejor dicho ni siquiera ha entrado, le dije. Pero ahora viene. Yo lo estoy esperando.

¿Ella respiró? ¿Aliviada? No me digas nada a mí que te conozco.

Solano. comenzó a decirme, siempre le ha gustado repetir mi nombre, Solano, dijo, y tocó mi hombro, nosotros somos amigos. ¿cierto?

¿Por qué no le dije que sí. ya? Quién va a negar que somos amigos, pero no hice nada, quién sabe qué habrá visto en mis ojos, qué presencia, ni te pude hablar, pero sé que mi mirada la alentó, así que siguió diciendo:

Hace mucho que no nos veíamos porque vos te perdiste, sí o no. Sí, le dije.

Te he buscado mucho, pero cómo hace uno para buscarte, le he preguntado a mis amigas, a tus amigos, pero todos me dicen lo mismo, que te has perdido.

Solano el Perdido, pensé yo, lleno de júbilo, ¡oh, que siempre me hablaran!

Me he perdido, sí, le dije.

Que siempre tuviera que responder cosas como éstas. Otra frase que me gusta: "Ni que fueras mi alegría". Pero ésa no la he podido decir nunca.

Entonces no es culpa mía, me decía ella. pero recuérdese, recuérdese hace dos años, en el veraneo, éramos amigos ¿sí o no? Salíamos a coger meritas. a coger guayabas que a mí era a la única que me gustaban, ¿te acordás?

La gente ya estaba diciendo que éramos novios. Y se rió, y yo la vi reírse. Pero no éramos novios, ¿sí o no?

Yo me le quedé callado. Le bailaban los ojitos. Qué es lo que veo, allí, allí, al fondo del primer corredor, ¿Graciela Franco?

Pero éramos amigos, y por eso la gente nos molestaba, decía Lucía.

A mí no me gusta nadie fuera de vos. Aquí se calló un momento.

Pero no volviste el otro año, dijo, mi familia fué de las primeras en llegar. Yo iba todas las mañanas a "La colina" y al único que me encontraba era al mayordomo: "Se están demorando", me decía, ya deberían estar aquí, niña.

Yo esperé una semana, y llegaron tu papá y tu mamá, pero vos no viniste. Tu papá se bajó del carro, contempló el este, por allá por el este era que vos y yo andábamos, por el camino de tierra roja; tu mamá se bajó del carro y me miró. Cómo se viste de lindo tu mamá. Se me acercó y yo le pregunté por vos y me dijo que no habías

querido subir. ¿Qué no habías querido subir? Qué te podías quedar haciendo, perdona me que te lo pregunte Solano te quedaste haciendo qué, ¿te quedaste solo? ¿Es usted su novia? me preguntó tu mamá y yo claro le dije que no, y me dió pena.

Yo por mi parte cerré los ojos, oyéndola.

Pero tu mamá se rió, me dijo, y se me quitó la pena, me dijo, que bonita que es tu mamá, Solano, qué linda. He pensado que te podías haber quedado en Cali por hacer algo, ¿tenías un amigo, algo? ¿O te ibas a ir de Cali, pero no te había gustado el año pasado que pasamos juntos?

Yo por mi parte volví a cerrar los ojos: no es que no la haya dejado de oír, pero fué que cerré los ojos y ví oscuridad completa. Perdón, no sé ni lo que digo. Tenía los ojos cerrados, los había cerrado desde que ella me había dicho: "Pero tu mamá se rió Y se me quitó la pena", y ahora los abrí, fué que los abrí y ví oscuridad completa. Así, hermanos, la cosa cambia. Yo no sé lo que hice, yo no sé cómo me habrá visto ella, que la sentí, dejó de hablar.

Pero volví a ver. Tenía un vestido naranja.

Y yo le dije otra vez que no, comenzó a decirme, tu mamá también se queda como pensativa a ratos. ¿Decime, es extranjera tu mamá?

Yo tenía que contestar. Puede que no pudiera mucho pero tenía que.

No, es de aquí del Valle, le dije, aprendando los dientes.

Ella me miró los dientes: Ah, dijo, te pregunté porque se parece a una artista de cine. Pero yo sé por qué es que se queda pensativa tu mamá.

Por qué, le pregunté.

Te lo digo si me decís una cosa, me dijo.

Qué cosa.

Si decís que sí me la decís, te la .digo.

Bueno, te la digo.

Porque piensa en vos Solano.

Yo me quedé allí, sin decir nada.

Me dijo que te habías enfermado, era mentira, ¿verdad? no te habías enfermado, ¿cierto?

Yo estaba contento, allí conversando con Lucía, en esa fiesta, y me sentía bien del estómago, y ahora la orquesta no tocaba. Había visto todo lo que más o menos sucedía mientras conversaba con ella.

Entonces qué te quedaste haciendo.

Había dicho que no subía a última hora, cuando ya estaban montados en la camioneta. Mi papá me oyó e hizo cara de angustia, pero no se bajó, la que se bajó fue ella; ¿que no vas? me dijo, y yo le

dije que no iba, que la carretera me daba miedo, y era verdad, me daba miedo la carretera: la primera vez que fuimos vimos dos vagones de tren en el precipicio, cómo se puede descarrilar un tren desde una carretera. Y además llegaba a la casa y me cogía una tristeza, una tristeza que yo no podía utilizar para nada bueno porque de noche se me volvía terror, ese terror de que les hablo, ese estado en donde los sentidos se agudizaban y no existe razonamiento alguno para controlar eso. Y yo me había averiguado todo de la casa, era vieja pero no había sido trágica, la familia de mi papá fué toda muy calmada, don Gregario formó el primer equipo de polo de aquí de Cali. Pero de noche yo no dormía, y cómo hacer para pasármeles a la cama, como me decía Guillermo, un amigo que yo tengo. Por la mañana llegaba Lucía, porque desde la primera tarde allí la conocí: andábamos toda la noche y yo la iba a buscar después de almuerzo; Lucía andaba con toda la gente pero yo la saqué de la gente, la llevé a descubrir guayabos en la escuela, subíamos a la grieta con un pasto que le daba por las rodillas y que nos embetunó los zapatos: un pasto que le sacaba brillo a los zapatos. En la grieta ella bajó después que yo, y cuando la recibí, cogiéndola de la mano, trató de besarme. Pero yo no pude. Hice el que me dejé besar, nada más, y ella creyó que yo había podido, le gustó que me haya dejado besar y luego se puso a mirarme con cariño. Pero a mí no me gustó, fue la primera vez que me besaron y la primera vez que me metían la lengua, ella tenía lengua de gato solo que babosa, o como raspar la piel de una iguana. La grieta en la que estábamos era grande: era un pedazo de montaña que se había abierto, era de roca negra y habitaban gallinazos y charrones, pero todos salieron volando cuando nosotros llegamos. Era grande la grieta y yo hice el que me perdía. Ella decía que no le daba miedo de nada. Yo me le perdí, descubrí un agujero que había arriba, en donde uno llegaba a un espacio amplio, extrañamente bien alumbrado por el sol: si me asomaba al agujero la veía a ella, más abajo, buscándome, todavía sin gritarme para que no me diera cuenta que me estaba buscando, buscándome, y yo agarré una piedra negra, más o menos puntuda y se la tiré a la cabeza, aunque no le cayó de punta. Yo me escondí inclusive antes de ver caer la piedra, pero sé que no le cayó de punta, no sé que habrá hecho, que habrá pensado cuando sintió que le caía una piedra en la cabeza, cuando vió la piedra, entonces allí sí gritó mi nombre.

¡Solaaaooooo!, gritó, en aquella grieta.

Que tal lo que fue sentir mi nombre, Solano, allí solos los dos, solo yo, solo ella, sólo que era ella la que reclamaba mi presencia, yo no, Solano. Ha debido ella también darse cuenta del sentido de la

palabra que estaba diciendo, porque no la pronunció más que una vez, y después calló. Se fijó a ver si le había salido sangre, no. Se fijó si le dolía la cabeza, tampoco, siempre ha sido una niña fuerte. Entonces siguió buscándome, buscándome por allí descubrió un bejuco que salía de bien arriba, de la pared del oeste: cuando yo bajé ella lo estaba jalando, lo estaba probando, y ni siquiera se dió cuenta que yo llegué, tuve que llamarla, Lucía, tuve que decirle. Ella se colgó y vio que el bejuco resistía, y fue la primera que se lanzó al a?jsmo, se lanzó 3 veces seguidas, y yo la veía maravillado, di hasta un salto, ella estaba feliz también, me dijo que probara, que me agarrara bien, que a ella se le había quemado un poquito las manos. Yo hice lo que me dijo y sssshuasaaaaaas, me lancé al espacio en el bejuco. Nos fuimos de allí temprano para que no nos cogiera la noche, fué mucho más corta la bajada que la subida. A nadie le dijimos nunca lo de la grieta. Yo no sé si ella habrá dicho a alguien, o si ya alguien la haya descubierto. Esa noche al despedirnos, ella me cogió la mano en la puerta de mi casa.

Pero se quedó con quién, me dijo, le preguntaba yo a tu mamá. ¿Se quedó solo, allá en Cali?

Se quedó solo, sí, me dijo ella, y como que se enoja: como si yo fuera que no entendiera, pero yo sí había entendido. O como si yo le hubiera preguntado cosas sin sentido, pero yo sabía que no era así y no me dejé intimidar de tu mamá aunque se pusiera a hacerme cara de suegra, y le seguí preguntando. Vos sabés, Solano, que yo no soy bruta.

Se quedó solo en Cali, sí, me dijo, ¿acaso no se llama Solano? Y luego serio, de lo más raro, qué risa tan linda, qué dientes tan legales los que tiene. Yo me reí también del chiste. Riéndonos nos juntamos las manos, pero nos separamos rápido. Yo le hablé de vos y ella me escuchó todo el tiempo enternecida, yo vi que la frente se le iba ampliando, iluminando, que los ojos se le iban extendiéndose mientras yo le hablaba de vos, enternecida toda fué que me dijo la verdad: fue que Solano no quiso subir, me dijo. Yo ya no sé qué hacer con él, yo ya no puedo ni imaginarme qué es que piensa. Corrámonos para acá para que no nos oiga el papá, me dijo, y ella me llevó hasta el alambre de púas, nos sentamos en el pasto. Y me siguió hablando: yo no sé qué es lo que desea hacer. No sabes el problema que tenemos con él. No quiso subir, no quiso subir, repetía. ¿Pero por qué no? Todos sus amigos suben, a ti te gusta subir, ¿cierto? Me dijo que prefería morir a subir. Y yo sé que habla en serio: que un niño de su edad piense ya en la muerte. Me dijo eso con un dramatismo, con una capacidad de tragedia, que casi que me pongo a llorar ahí mismo. Lástima que tu mamá siendo tan joven se

mantenga tan triste. Quiso sonsacarme algo de vos pero yo no le dije nada, me preguntó que en qué pensabas, que qué querías estudiar, pero yo le dije que apenas éramos amigos, que apenas te conocía. Estuvieron cuánto, 5 ó 6 días no me acuerdo. Me acuerdo que el último día subieron al columpio de vuelo, estuvieron con nosotros todo el tiempo. Tu mamá monta muy bien. También es jovencito tu papá, les dimos masmelos y todo, y luego nos pusimos a hablar, terminamos hablando de vos. Y con qué atención escuchaban ellos, porque cuando comenzamos a hablar de vos ellos sólo escuchaban, no decían una palabra. Hubo un momento en que me impresionó verles la cara, los bordados que les hacía el fuego.

Pero, pero, ¡pero qué fue lo que les dijeron de mí!, le pregunté, avanzando dos pasos hacia ella. Pisé una papita frita.

Le dijimos lo que sabíamos de vos, me dijo, sin retroceder. Es fácil callarse algo estando uno sola, pero con los amigos, hermano, no se puede. Qué te pasa, me preguntó, estupefacta.

Nada, le dije.

¿Querés bailar? Me dijo, como la cosa más fácil del mundo.

Era que yo estaba bailando, de la felicidad, en una sola pata. Delante de ella me le volví a quedar sereno.

Seguime hablando, le dije.

¡Ay!, me dijo. Yo siempre te defendí, saqué la cara por vos pero ¡ay Solano! sos tan raro.

Cielos, dije yo.

Bueno, ya te dije lo que te iba a decir. Ahora me decís vos lo que yo quiero saber.

Pero qué cosa es, le dije.

Entonces me miró con cara de pajarito: es muy linda: ¿por qué será que no tiene novio? Solano, quiero preguntarte u?a cos~, me dijo, pero quiero que me digás la verdad. Somos, seguimos siendo amigos, ¿sí o no?

Sí, le dije, con fuerza y voluntad.

Entonces quiero que me digás, quiero hacerte una pregunta, de amiga a amigo: ¿sabés qué piensa Danielito Bang de mí?

¿Qué piensa?

Sí, que dice. Si sos amigo de él, si es que viniste con él (aquí miró a su alrededor, apretando ojos y dientes) incrédula, rezongona, él te debe haber dicho algo. Qué piensa de mí, es decir si es que piensa en mí o qué. ¿Ustedes se conocen?, le pregunté, pero si yo ni siquiera sabía.

Yo conozco hace poco a Danielito, lo reconoció.

¡Pero si yo también! El entró apenas este año al colegio, y eso que en diciembre, en mitad de año. Es primera vez que salgo con él,

yo también quisiera saber qué piensa, él no se debe demorar, me dijo que no se demoraba, debe saber que yo estoy solo aquí, que no sirvo para estar solo en una fiesta, ¿usted no sabe? Dígame, ¿no sabe eso? Por qué me pregunta a mí si yo a duras penas lo conozco, puede que esta noche pueda conversar con él, si quiere le puedo averiguar algo, le puedo preguntar si quiere, qué tal te parece Lucía.

¡Oh sí, pregúntele, pregúntele! Dio 2 brinquitos, uno en cada pregúntele y luego se serenó también.

Sí, le puedo hablar de usted, le puedo contar lo que yo sé de usted, cielos, que hasta pasamos un veraneo juntos, que nos pasábamos las tardes cogiendo de esas moritas que dan churrias, ja ja, que fué compañera de mi pasado feliz, que es usted inteligente, bonita, estése segura que yo le averiguo algo, Danielito me estima mucho, yo sé que me estima mucho. al fin y al cabo el fue el que me hizo venir a esta fiesta, ¿qué curioso no? Yo estoy en la fiesta —ya a todas estas mi estómago se había inflado, a qué le habrá olido todo este parlamento que le eché de cerca, ya se había desinflado, ya había exprimido todo, estaba necesitando con urgencia un baño, un baño blanco, en dónde poder estarme horas, ¿qué curioso no? El no se debe demorar, ya debe venir, yo sólo no hubiera venido, pero ahora estoy solo, o yo no sé, mejor arregle este problema usted. Dígame, ¿me puede decir donde hay aquí un baño?

¿Quieres un baño? —me preguntó, sí, caminaré te lo busco, Solanito.

Me guió, por entre una montón de gente que no olvido, y luego cuento, una escalera descendente. Bajá por aquí y encontrás el baño, me dijo.

Yo me separé de ella sin despedirme. Una escalera larga, que desembocaba a un pequeño cuartico con dos inodoros. Allí me metí yo. Un rato estuve allí en silencio, hasta que la orquesta tocó, y tal pareció que la gente hubiera bajado la escalera y bailando acá, porque era que se tropezaban, al seguir el ritmo, con la puerta.

Resumo: que mi asombro fue extenso al bajar las escaleras y encontrarme en este nicho. Palpé la puerta y los azulejos, pero dándome prisa. Desabroché mi cinturón negro, abrí la tapa y me vertí en la taza. Aflojé mi cuerpo hasta la belleza. Vienen a mí recuerdos de andanzas, de madrugadas. La corbata osciló en un principio; yo miré los pantalones tirados sobre el azulejo del piso, también allí tirados mis pies, mis zapatos, que no me sostienen ya. Estaba *dejando* en canti. Puede que torciera los ojos en mi cabeceo, lleno de relámpagos. Imagino las gradas por las que vine acá, más allá de la puerta, quisiera ubicarme, encontrar el norte de esta casa. Este baño se parece a un baño de teatro, si no fuera por lo blanco:

hacia arriba no alcanzo a distinguir nada, tal es la blancura, mirando arriba oigo sonidos humanos en el segundo piso, ¿quejidos? No, a nadie pegan, a nadie castigan: más bien protesta. Protesta ante una visión, ante una experiencia injusta, alguien grita de terror arriba: no hay zapateos ni persecuciones; hay gritos; y tal vez un crujir de sábanas, de colchas, de sobrecamas en atroz desorden. Arriba, alguien se cubre la cara con las ropas de su cama, un muchacho. Hundí la cabeza entre mis muslos: abrí los muslos para que entrara luz y vi la chorreante torrecita de arañas peludas y babosas que yo había dejado allí, cierto olorcillo a manteca, a papa frita? De todos modos ahora negra. Me sentía liviano, incrédulo, sosegado a no ser por aquellos gritos encima. Alcé la cabeza, no sin esfuerzo, y miré de nuevo el cielo raso: me quedé contemplando ese orden cuadrículado de azulejos, abriéndome más y soltando de mí lo que pugna por salir, lo que me sobra. ¿Me retuerzo acaso? Me estiro como una cobra (quién me viera) intentando alejarme un poco del olor sobre el que estoy, agazapado, que también asciende; era como si yo intentara replegarme y tirar placer fuera de su alcance analizar con calma mis excrementos. De todos modos era absoluto y feliz siempre. Me imaginé (¡cómo!) una ebullición verde, con la espuma de cerveza, pero verde: a las burbujas *g~and~s* se juntan otras más pequeñas, que *aquell~s* abraz~n a su debido tiempo; pero la fuerza de las grandes burbujas *consistee? ~as* diminutas porciones de aire que se acumul~n en sus *~tersticlos*, e?tre las burbujas más pequeñas: el burbujeo es también un *~ecamsmo* de ascensión, digo, en el vaso de cerveza, es una eufona, hasta que sucede algo parecido a un espacio que se acaba, y la espuma va enflaqueciendo de arriba hacia abajo: las burbujas grandes se quiebran por la mitad: las burbujas medianas, que habían corrido en pos de las grandes pretendiendo, ambiciosas, participar del abrazo, se repliegan, individualizadas ante el cese del empuje, ante la *muert~*.

Estiré una mano y toqué el papel Sedita rosado. Afuera, Lucía ¿estaría esperando ante las escaleras, la gente preguntándole por mí?

Y yo no me olvido que una muchacha bella, de ojos verdes, me espera a mí en esta fiesta, que no será casualidad el que salga de *aq~í* y me la encuentre, que me salude con jueguito de rodilas, que se coja las puntas de la falda con las puntas de los dedos; *rm* mamá *m~* la recomendó no me olvides. Comencé a aspirar y a soltar el aire, continuamente, muy rápido, hasta que en la ulterior limpieza de mis pulmones las luces se iban desvaneciéndoseme. Presintie~do como una estela de vino, una marca de cerveza en la frente, cerre los OJOS, imaginándome todas estas cosas. Respiraba, sereno, con la boca

abierta. No sé por qué me llevé una mano (la izquierda) a la boca y comprobé mi aliento. No puedo decir mi terror cuando mi boca olía a lo mismo que olía mi ano. La conciencia de estar me pudriendo. Y me fatigué, las rodillas me temblaron y tuve que pararme y dar dos pasos alrededor: extrañamente, las nalgas se me habían dormido. En uno de esos pasos se me descolgó un hilito negro, marcando el borde la taza. Desenrollé el papel Sedita y lo enrollé desorganizadamente en mi mano y me limpié mal, más bien atollándome, hubiera sido necesario raspar el cuero, arrancar los pelos color avellana madura que recién me salen para desatollarme. El contacto con la tela del pantaloncillo fue insoportable. Me bajé el pantaloncillo (en el blanco del borde aún estaban dos pequeños círculos de excremento, tal como si hubieran sido delineados con un pincel) y volví a sentarme. El papel Sedita rosado se tornó en rojo bermellón al contacto con la escasa agua del fondo. Aflojé duro y de nuevo me deshice. Chorros que al final me dolieron. La música la oía clarita, un ligero castañateo, ¿o alguien que chasquea (chasquear) los dedos siguiendo el ritmo? Y todavía los ruidos del muchacho que asustan arriba. Y no sé por qué fue que me dio por pensar que todo sonido, que todo movimiento, convergía en este espacio ocupado por mí, que yo era el centro de la casa. mi mano derecha extendida, señala el norte.

Aspiré olvidando mis penas, muy satisfecho.

Entonces alguien vino y me tocó a la puerta. Yo me paré de un salto. Tocaron otra vez, pero me pareció raro, con el pie. Me di cuenta de algún ritmo, un chancleteo en las escaleras, ¿gente que bajaba? Lejos, muy lejos, la gente se mostraba satisfecha ante la orquesta. De repente, la escalera se llenó de gente, hubo bailoteo en 13 escalones, bello puerto de mar mi Buenaventura. Yo me senté otra vez, imperceptible. Me limpié, aunque no pensaba salir aún, pero como por no dejar me limpié, puede que alguien de la pura emoción con ese ritmo abriera la puerta: me vería crucificado, yo sé poner cara de inocente, apretaría los muslos, no me verían el sexo. Me oí otra vez el aliento. Ya sabía yo a qué atenerme, días en los que pienso cuánto más voy a durar, ¿o supe desde que tenía 4 años, ¿será esta noche mi signo? Así decía la canción: Destino, destinito cruel, no me lleses a la ruina, alma y sangre y trigo del campo.

Alguien fue a dar, duro, contra mi puerta, seguro empujado, seguro las vueltas del baile, pero tal parece que sobre mi puerta se hubiera encontrado a gusto, porque se hizo su lugar, recostándose. Bueno, yo podría salir, exhibirme en destrucción. Mi mamá que me oye decir esto y se ríe con esa risa que me tiene que me la tiene adentro. Nunca me ha creído en serio. Ya verá. Me acomodé los

pantaloncillos, y me quemé un poco. Medi-abu-do, me aco:nodé los pantalones abrochando (finalmente) el cmturon. La muchísima gente de afuera ¿notaría el olor, zuás. apenas abra yo la puerta? ~n esta casa de Angelita debe haber muchos lugares como este han?, sitios sorpresa, cuando no cupo nadie riás_ en la pista ella tema siempre un sitio más, había guiado a los invitados hasta aca, voy a abrir la puerta? Si algui~n está haciendo cola par~ entr_ar, yentra y llega y sale, disparado, incapaz de no decirlo, diciendo: ¡Fo Nadie ocupa el otro baño. El gordo que se recostaba a rru puerta ya se, ha ido. Pienso en tí, de cara a esta luz suprema, la ~ez q~e me que~lan obligarme a comer espaguetis y apenas se fue n_il papa para la finca yo me te salí corriendo. me te volé, me saliste a perseg~lf, en bluyines, con camisa de piyama, un poco desaseada decían los vecinos, pero linda, y yo te di melo. 4 vueltas_ en u~ carro, no me pudiste coger y yo salí corriendo para el c~legl,o, ali~_se lo con te al amigo que yo tenía en aquél entonces, que Jamas te dlJ~ su n~mbr~; le dije que yo correteaba a mi man_já, con cara ~e atarva n, ye! se no mucho. Pero me cogió una angustia y una verguenza y un punzante por tí mucho antes de salir a recreo. y en re~reo estuve tirado al sol en un rincón, vuelto una picha. tanto que virueron a pre~~ntarme q~e qué me pasaba, primero el cur~ Gonzá~ez, y yo n? le dije nada (mas bien lo miré con odio), pero se que al irse mando gen:e a la que el guiaba espiritualmente, a que me preguntaran que que me p~saba. que cuál era mi problema, adónde fue que dejaste tu alegría. Y~ conozco a tu novia, me dijo uno, la conozco porque estudia c~n rru hermana en el Liceo en la misma clase: sé que esta mañana te dieron la brocha: todos se rieron y yo asentía con la cabeza, un poco maravillado. pues nunca he tenido novia. De allí para adelante siguieron creyendo, aunque después poquito, que yo era un ho:nbre de mucho mundo, de muchas novias, aunque yo nunca hable con nadie de mujeres.

Lentamente, muy silenciosa y astutamente, hubiera podido abrir un poco la puerta y asomarme, sí, ver algunas caras, algunos bailarores. No lo hice. Me apreté el nudo de la corbata. Uno, dos, tres, solté el inodoro. El apabullante burbujeo y luego el so~lar ~el remolino, cielos, la gente vaciló, perdió el ritmo porqu: rru ruido velaba la orquesta. Para que no hubiera lugar a ~udas abri la Puerta.

Angelita estaba de frente a mí, como st todo este t~mpo hubiera estado deseando entrar. Nadie más me n_il~aba. Terna "" vestido blanco, sorprendentemente bella, me miro con los ojos abiertos y me dijo:

Hola, te ví entrar. Pero no sabía que estabas aquí.

Par~ hablar se inclinaba un poco hacia adelante, juego de talo~es, Juntando las manos en su regazo. Cualquiera puede ver que alguien se le ha vomitado en el vientre, le han manchado el vestido blanco, inclusive un pedacito de lechuga molida se le ha pegado a la tela del vestido. Tenía los ojos un poco húmedos, pero no rojos.

Que más has hecho, me dijo.

Felicitaciones por tu cumpleaños, le dije yo, sonriéndote con la boca abierta, desde cerca, desde cerca.

Ella retrocedió, asombrada; tambaleó pero se compuso ahí mismo. Increíble, pero se tiró sobre mí y me abrazó levemente.

Ay Solano, usted siempre tan amable, tan perfecto.

Me separé de ella y me corregí las solapas.

Hay mucha gente aquí, le dije, mejor me subo.

Pero si arriba hay más, me dijo, con cara de picardía.

Tengo que buscar a un amigo, le dije, y me fui, haciéndole como cuatro despedidas, que ella respondía todas. Yo subí las escaleras con paso correcto. A dónde fue que leí a María Teresa la Santa de España, hundiendo la cabeza en los inodoros siestas enteras para hacerse más invulnerable a los olores del infierno.

Hecho un mar de dudas subí a la fiesta.

Apareció a *M!* por 13 fracciones de abajo hacia arriba, los 13 e~calones; y los bailarines formaban un grupo tan uniforme, y tan distante/ ta~ completo que eran a mí como un horizonte. Al llegar me sentí terriblemente blanco, despojado, sin pertenecer a nada. Pero vi cosas muy hermosas: el buen Miguel Angel bailando con Simona Cadavid Calderón, y según calculo Angelita debe estar a mis espaldas, ha entrado al baño que está abajo o sino bailando, no miro para atrás. Terminó la canción, Miguel Angel hizo una pirueta y en esa pirueta -que consistió en una vuelta entera y una media- me vió. Y abrió, lo~ ojos y me hizo muchas señas con la mano: yo se las conteste, solo moviendo los dedos y sonriendo mucho. Simona me miró pero no dijo nada; salieron de allí de la fiesta que ahora iba quedando vacía y yo podía ver filas de niñas a todos los lados sentadas e~ sillas: mis amigos se perdieron en el patio del fondo que desde aquí diluyo azul, han pintado toda la casa de blanco los músicos no tocan, ¿cierto? Más bien afilan instrumentos, entonces qué es eso que oigo, qué ese murmullo, ese arrullo, cuál arrullo, tuve terror total ante esa ausencia de música y de zapateo, al oír las protestas de terror de arriba. Actué rápido, busqué en alguna parte una escaler~ ~ue no enc~ntre, pero siguiendo la pared derecha llegé a una puerrinca y de allí a un corredor y de allí a una escalera; subí tres tramos y llegué arriba, y localicé los gritos: ante mí seabría un conjunto de corredores y puertas, me acuerdo de una escena de una

película donde alguien comienza a correr un corredor abriendo puertas y de cada puerta sale un ser extraño, todos miembros de una familia extraña; di tres pasos en dirección a dónde.

Me detuve. Ya no era una protesta, tal vez sentí el silbato duro de unos zapatos Croydon sobre el piso de granito blanco, y alguien gimiendo con la cabeza escondida entre las manos, y las manos escondidas en los muslos; ante mí no hay nadie, pero tantas puertas que sé que el que grita está aquí en este piso pero no en cuál puerta. Toqué la primera puerta a mi izquierda. De abajo me llegó el bajo. Pero todavía no tocan. Toqué la puerta como por no dejar, como que si alguien me viniera a abrir y yo preguntarle quién es que grita. Abrí la puerta y vi un cuarto con una cama grande destendida, y cuantos tirados por el suelo, de Archie y de la pequeña Lulú, entré al cuarto: también había un televisorcito de cuerda. Me tiré a la cama boca abajo, la almohada era de plumas. Le dí cuerda al televisorcito, y comenzó a sonar Yellow Rose of Texas, pero en la pantalla no salió imagen alguna. Me voltié y miré el techo, dos lámparas que había. Reboté un poquito en la cama, como a Miguel Angel le gusta hacer, me cuenta: por las mañanas no es que me cueste trabajo despertarme; a decir verdad duermo poco, y mal, dice después pensando en sus cosas. Lo que me gusta hacer apenas me despierto es rebotar, y así me quedo mucho rato, me coge el día, ponéle cuidado y verás que los lunes siempre llego tarde a clase de Historia, porque me quedo rebotando, he alcanzao alturas increíbles. Y yo me ría con todo lo que él me cuenta, siempre me le ría. Me paré de la cama y salí del cuarto pisando cuantos: a mis espaldas, la cajita de música aún canturreaba, tenía 7 violines. Salí al corredor y miré por todas partes, imaginando que al darle cuerda a la cajita de música había olvidado el llanto de este segundo piso, por el que presumo no estoy imposibilitado de terror, pero mentira. Me llevé las manos a los ojos y hundí mis dedos en Jos párpados, y así sacudía la cabeza. Pensé bajar: al término de uno de los corredores había un gran espejo. Le hice una mueca desde la distancia y le di Juego la espalda, dando 2 pasos hasta que una voz de señora me dijo Miguel Angel. Yo voltié y miré el espejo y vi reflejada su espalda: blanca, pecosa, huesuda, un escote hasta Ja cadera. Miré a la mujer, aunque el espejo siempre me siguió inquietando. Apenas la mujer se acercaba a mí se hacía más pequeñita su espalda ante el espejo, al final tan pequeñita como mi persona con las manos en los bolsillos que yo veo en el espejo, recibiendo esta espalda, mechón en la frente, cara de agonía y de valentía y de morir con las botas puestas.

Buenas noches, Miguel Angel, me dijo, sonriéndome con una hilera de dientes pequeños y parejitos, seguro una calcita (porque está más blanca) en un incisivo.

Buenas noches señora, le dije yo. Era la mamá de Angelita.

Perdone por haber embarrado este corredor, le dije, haciendo parado de cigüeña y mirándome las botas. Es que afuera hay mucho barro, la lluvia de anoche y de esta mañana dejó todo vuelto nada. A decir verdad tuve que franquear chambas y charcos para llegar aquí.

¿Así de lejos vivimos? —me dijo, divertida.

No, no muy lejos. Claro que desde que se pasaron, desde que se fueron de allá del Norte, pues, las cosas han cambiado. Hay que viajar mucho para ver a Angelita, le dije.

¿Ya vió a Angelita?

Sí, la vi, sí, con su vestido blanco.

Ella me habla mucho de usted.

¿Sí?

SL

No me diga.

Sí, su tarjeta fue una de las primeras que mandamos. Le ha gustado esta fiesta?

Si señora. Las papas fritas están ricas y la gente se las come en cantina. Y muy buena la orquesta. La gente baila hasta en la parte de abajo. Aunque yo acabo de llegar.

Todo ese diálogo lo sosteníamos unas veces por encima, y cuando ella quería tirar intimismo, por debajo del llanto que alguien hace en uno de los cuartos. Perdón un momentico, dijo ella.

Y medió la espalda. Entrecerré los ojos y enfoqué su imagen en el espejo, caminando con dignidad pero con furia, un pasito tras otro y sin avanzar mucho, como Zoe Laskari en "La basura". Luego voltió una esquina que yo había supuesto nicho, y me vi allí. Adelanté dos pasos y embarré 4 de sus huellas, todavía frescas en el granito lustrado. Aburrido, con la boca, abierta, torciendo los ojos, circunvolé mi cuello de toro y vi el techo. También reluciente, muy feo, muy blanco. Bajé la cabeza rápido y me quedé mirando el espejo. Recordé una puerta que se había abierto, porque ahora en este momento la estaban cerrando. No es que el llanto haya cesado sino que a él se había sumado una buena serie de consejos, de palabras cálidas, ella está convenciendo al que llora que no llore más?

Al poco rato reapareció ella, en vestido de plata lentejuelado y compuesto. Como yo hacía cigüeñas ante el espejo, perdí el equilibrio y por un momento sólo su espalda llenó el espejo: luego yo me

integré, desde el borde izquierdo, mirando desconfiado: sólo una mejilla, un ojo, y después me metí completo para recibirla.

Perdón, me dijo, es que tengo un hijo que es un problema.

El, él es que llora tanto? me apresuré a decir.

No crea que sólo es llanto, me dijo. ¿No oye lo que dice?

No, no oigo. Mire. lo que le quería decir es que de abajo se oye. Apenas suspenden la tanda lo único que se oye es el llanto de su hijo. Por qué llora. Yo no lo conozco.

No, si él no ha vivido aquí en Cali los últimos 3 años. Llegó hace 6 meses, pero no sale. yo le he dicho que le llamo amigos, Angelita le charla. le manda saludes de amigas, ahora mismo hay muchas niñas que quieren conocerlo. Pero no quiere bajar. Lo del llanto ya es otra cosa.

Parece que ni el mismo se oyera. porque no para. Y es que dice un montón de cosas. Aquí la señora me miró profundo e hizo un feroz rictus de dolor en la boca. ¿De veras, de veras no oye lo que dice?

No, no lo oigo. En un principio dije es nada más alguien que llora. luego me pareció protesta. ¿Está asustado por algo?

Dígame. ¿afuera llueve? me dijo ella.

No, no llueve. El cielo incluso se despejó como a las 5. Yo lo sé.

Hace luna. Y no pudiera. si usted quiere. no pudiera ser conducido al cuarto y hablar con él para ver qué es lo que quiere.

Oh no no no no no no no no no.

Al final entornó los ojos en esta sucesión de nos y se puso etérea, el último le salió flotando. Yo me divertí viéndola.

Puede hablarle. me dijo ella. si usted quiere. Puedo decirle que usted va a venir un día. Pero no ahora, no en esta fiesta. En fin, tampoco es para ponerle mucho problema. No creo que todo lo de él es pena. De vez en cuando se ríe y viera usted cómo goza riéndose. Zapatea. Si se va a quedar mucho póngale cuidado y verá que no solamente llora. Oiga el zapateo, o el chasqueo que hace, usted sabe, chasquear, chasquear la lengua y los dedos, da lo mismo, también lo hace mucho, póngale cuidado.

Sí, sí, dije yo.

Sin que yo la viera. ella se llevó la mano a la espalda y con aprehensión se metió los dedos por debajo del escote y se rascó las nalgas. Por un momento mi cara, asombrada, emergió en el espejo del otro lado de uno de sus hombros. Tenía pelo largo y rojizo aunque un tanto seco.

Qué hay de su mamá, me dijo.

Mi mamá bien, le dije yo. Muy bien.

Dígale que me llame un día. También hace mucho que no la veo. Yo sé que la pasada acá origina muchos problemas. Y fue penoso, no lo crea, pero de vez en cuando es mejor. Me emociona levantarme y oír el mugido de las vacas.

Cuáles vacas.

¿No sabe que tenemos vacas? Tenemos 3 vaquitas, Mariela, La Pinta y La Santa María. Todas las mañanas tomamos leche fresca. Venga a visitarnos un domingo. Dígale a su mamá y a su papá que vengan, que lo traigan. Usted se puede quedar todo el día con Angelita. ¿Ya está muy mayorcita no? Ya tiene 15 años. Ojalá que se dé cuenta que las cosas van a cambiarle, ojalá que se sepa comportar, que sepa vivir en calma. Hiblele, yo sé que usted es muy capaz.

¿Muy qué, perdón?

Digo, muy capaz. Su mamá me hablaba antes mucho de usted.

¿Cómo está ella, bonita?

Si, sí creo, bonita sí. le dije dando pasitos en el mismo mosaico.

La señora se quedó mirándome todo. Lanzó un suspiro largo porque palmoteó dos veces, luego abrió los brazos en cruz y luego anudó las manos.

—Bueno. Solano, me alegro muchísimo de verlo.

Incompletó el nudo que había formado y me tendió una mano.

Cómo pasa el tiempo, dijo.

Y se fue de allí. Yo tuve un segundo de desasosiego y confusión porque me vio siguiéndole los pasos en el espejo. Fue curioso porque lo que hizo fue mirarse ella, pero mis ojos estaban tan posados en los suyos que al vérselos me vio los míos. Yo aparté la vista del espejo y me fuí de allí, oyendo un zapateo y un clamoreo de pucheros.

Bajé las escaleras y he aquí que de nuevo me encontré ante la pista, recién empezaba una canción, y observé a la gente muy serenito, agitado sólo por la rápida bajada de escaleras. De nuevo Miguel Angel bailaba cerca a mí, y yo lo observé quieto, de vez en cuando me picaba la cabeza y yo me la rascaba con furia que no duraba mucho, Miguel Angel me miraba en medias vueltas o en retretas de pista entera, en éstas últimas me miraba seguido, y yo, divertido y valiente, le sostenía la mirada. Simona me miraba cuando yo no la viera. No sé si la pieza fue cortica o si logré confundir el tiempo, el hecho es que antes de que parpadeara dos veces la gente se estaba despegando. Había cosas que comprendí que no entendía. Cómo era que se despegaban así, después de lo que significaba ir hasta el puesto de ella y casi hacer una venia para pedir baile, rasguño, compañía. Ella, radiante, envuelta en percal y en rosas de hilo burdo, acepta. Somos dos que salimos a la pista,

retretando. Y que la música se acabe y ella dé la espalda y vaya donde sus amigas, y uno a su rincón, a su oficio en el mundo. Yo pensaba que sacar a bailar a alguien quería decir para siempre. Si voy y le digo a Pilarica la loquita que bailemos y ella acepta, yo me niego a pensar que no es para siempre. Lo que pasa es que no la veo. Cuando mi madre me pregunte, qué le digo, quiubo de la hembra que te conseguí, no la ví mamá, no la ví por ningún lado. No me cree. Dios, cómo poder soportar que la canción se acabe y que ella se me vaya, y yo seguro sin saber qué hacer quedarme solo en la pista vacía. Cuando todo el mundo fué a sus puestos, dentro de la pista había quedado un muchacho con corbata pero con mochila, que en menos de un abrir y cerrar de ojos, una palmeada y pensar en cielos, cómo me sudan las manos, quedó atrapado en la gente que entró y bailó cuando comenzó la música.

Observándolo detenidamente, la pillé que perseguía a alguien. A una muchacha que no conozco, mona desteñida, acompañada de cuatro manitos con los ojos abiertos viéndolo desde uno de los nichos de las esquinas. Pero no lo siguen viendo cuando el de la mochila avanzó hacia ella como pudo por entre la gente. Yo lo vi hablar, hasta que la muchacha, repentinamente, estiró una mano hacia él y le dio la espalda. El hombre se quedó allí, anonadado, hasta que decidió irse, y se le fue. Vagó un rato por entre los bailantes y las sillas, hasta que fue a dar a una de las paredes y allí se quedó. Por mí bien, puesto que lo podía mirar desde donde estaba sin esfuerzo. Una vez que se hubo recostado comenzó a rodar en la pared, a rodar sobre su espalda, mirando siempre a la pista, de tal manera que al poco rato ya estaba cerca a mí, muy cerca. Entonces, de algún modo (yo no había pensado en esto) salió Marco Aurelio Torres y se le acercó y le dijo ésto:

Raimundo, ¿quieres que salgamos un momento?

¿Salir, Marco Aurelio? —dijo el llamado Raimundo sin perder tiempo.

Yo vengo de la calle, ahora estoy aquí y aquí me quedo.

Pero ella ya no te quiere, Raimundo, dijo el otro; en el nombre de quién, de Dios, te lo he tratado de contar todo, pero no te he dicho sino mentiras. Ahora sí te voy a contar la verdad, pero salgamos. Ramón también nos está esperando afuera; además ya estoy hasta aquí de esta fiesta. Dijo *hasta aquí* no trazando un barberazo en la frente ni en el cuello: se lo dibujó en el estómago de un modo muy doliente: yo lo vi doblarse casi.

Lo que tengás que decirme, dijo Raimundo, me lo decís aquí.

El otro se descaró mirándolo. Luego se le subió al rostro tamaña desesperación de la que soy testigo. Encogió los hombros,

sacudiendo goticas de sudor, y se fue de allí, en dirección oeste, seguro buscando la puerta.

Raimundo se quedó contra la pared, contento esperando, contento de que igual lo dejaran solo. Yo no sé. Pero hubo una acción importante: se quitó la mochila sin llamar mucho la atención. y la puso junto a sus pies y largo rato, liviano, contempló a los que bailaban. Yo voltié sin prisa y la vi a ella. Me confundió cómo lo miraba, ver que Raimundo no le inspiraba consternación ni miedo, sino que se le reía con una valentía sin que Raimundo pudiera verla, nada más sabiéndose observado, seguro, por ella. Yo me sentí un poco mareado y trastabillé, luego vine a darme cuenta que con peligro, pues detracito de donde yo perdía el equilibrio tenía 13 escalones.

Pooooooooooooof, cuidado, dijo de pronto Angelita, sosteniéndome la espalda, me hundió una uña.

¡Ay!, dije, y luego: perdón, perdón.

Ella me miró con los ojos chispeantes todo el tiempo hasta que se alejó de mí, queriéndose perder en una lejanía que para mí no era tanta lejanía, pues de donde estaba la pillé mirando tanto, tanto, a Miguel Angel. Volví a oír, entre el crujido de las trompetas, los gritos de terror de arriba. Le están pegando una pela, pensé. Y también pensé en que podía irme rápido, decirle a alguien lo siento pero no nací para esto, tirando a que en llegando a la puerta apareciera mi amigo, Danielito Bang. Pero no me fui, y el que apareció fue Marco Aurelio con uno chiquito y cuajado que de seguro sería Ramón.

Aquí estamos, dijo Marco Aurelio, apenas frentieron al que había esperado todo el tiempo.

Eran 3 amigos. Comenzaron a conversar sobre el amor de Raimundo, un amor ahora, ya irremisiblemente, perdido. Lástima porque habían sido novios desde chiquitos, pero un día ella amaneció diciéndole a todo el que se encontraba que ya no le gusta más el novio que tenía; y que por qué; no pues porque me parece muy güevón, así decía; el día que dijo eso se había vestido con una camisa de cuadros que seguro era de su hermano, y andó con amigos que nadie acepta, que nadie ve con buenos ojos. Lo bello del cuento es que cuando por la sexta se encontró con Raimundo a las 6 de ese día, Raimundo todavía no sabía, nadie le había contado nada. Que se le rio en la cara y que cuando se fue le hizo la burla desde 4 cuadras. Dicen que estaba loca. Yo voltiéyla ví: Comíagalleticasdechocolate y tomaba champaña, recostada sobre un hombro de uno de los que la acompañaba, que no debía ser ninguno de los amigos con los que andó el día que perdió el juicio, porque me parece conocer a uno de

los cuatro. no del San Juan Berchmans claro pero sí como Sanluiseño.

Cristinita, dijo Raimundo.

Qué ganás con repetir su nombre, dijo Ramón, qué ganis, mano. Te lo digo porque me duele. no creás.

Desde que te fuiste se tiró al tres, dijo Marco Aurelio, y repitió: al tres. agradecé que no te tocó verla ni nada. Pero el día que te fuiste se ha debido poner sentimental porque llamó a tu casa y preguntó por vos, aunque con voz ronca. Tu mamá fué la que contestó y le contó que te habías ido por ella, llorando, insultándola, insultándola a ella. ¿te parece mano? Todavía nadie sabía nada concreto, no creás. nosotros teníamos rabia, pero no para insultarla: eso viene después. cuando uno está seguro de algo, la hubiéramos hasta golpeado pero no todavía: la veíamos caminar por la calle con dignidad. sí o no, Ramón y no sabíamos que pensar. Pero tu mamá diciéndole bestialidades. Esto yo lo sé y te lo cuento porque todos los amigos estaban en tu casa, Raimundo. Cuando supimos que te habías ido fuimos a preguntar, nada más, a enterarnos de cómo había sido la cosa. Todavía no sabemos cómo te fue, pero venís cambiado. Si me perdonas que te diga, te ves más viejo. Nos tenés qué contar. ya no podemos seguir así, yo por mi parte te lo voy a contar todo. sí o no Ramón, dijo.

Sí, dijo Ramón.

Estábamos en tu casa cuando oímos a tu mamá insultando a Cristina, dijo Marco Aurelio, respirando profundo, dispuesto a hablar y hablar. pero eso sí, tirando a que pudiera contar su historia antes de que se acabara la pieza: de buenas porque le tocó Carnaval, un mosaico largo. La insultaba desde el teléfono de arriba. Pero eso sí mano: yo cogí el de abajo y le hablé a Cristina, le dije ¿Cristina? ¡Aló Cristina! Soy yo, ¿sabés quién soy yo? Pregunta medio pendeja, pero era que uno no sabía en qué era que ella pensaba todos esos días, uno no sabía; aquí Marco Aurelio hizo una pausa, ya calculando que la canción le iba a dar abasto. Entrecerró los ojos y se dedicó unos segundos a contenerse todo él en su propia desesperación, que para expresarlo muy linealmente, nada tenía que ver con el acto de estar contando esta historia: su desesperación ya estaba resuelta, delimitada, hablarle ahora a Raimundo era un acto injustamente postergado: una vez que hubiera terminado seguro saldrían, seguro afuera se iban a abrazar: pero su desesperación sigue inmodificable. Contempló y gustó su complicado estado de ánimo y luego siguió hablando: bueno, ella no me dijo nada pero claro, reconoció mi voz, y le dije Cristina aquí estoy con todos los amigos, y conste que tu mamá desde el otro teléfono no dejaba oír ni nada, y

yo le repetía, ¿entendés? Le repetía, ahora nos vamos todos para tu casa, a darle un recado de Raimundo, que me lo dejó antes de irse para el mar.

¿En cuánto tiempo llegaste al mar, Raimundo?

Es que tengo un día perdido, dijo Raimundo. Creí que estuve andando 12 días. Pero tengo un día perdido. No sabría decir...

¿Te acordás del recado que me dejaste? dijo Marco Aurelio.

Sí, dijo Raimundo. Entonces yo le ví pelitos blancos en las cejas, y la mirada como evadiendo paredes, y la nariz, aguda, agudísima. En un momento va a abrir los brazos y se va a lanzar a la más alta de las olas, pensé, resplandeciendo, un poquito gordo que es, en mil reflejos de espuma.

Bueno, pues yo le dije que quería ir a su casa para darle el recado que me dejaste, traté de hablarle lo más comprensivamente, sin que ella me dijera nada podía presentirle la tristeza en que estaba. ¿Vos qué decís? ¿Vos decís que cuando te la encontraste en la sexta te habló con desprecio? ¿Con infinito desprecio? porque yo más bien pienso que quedó destrozada con tu partida.

Y qué te dijo cuando le dijiste lo de mi recado, dijo Raimundo.

Nada.

¿Nada?

No me dijo nada, cogió y tráquete, me colgó el teléfono.

¿A vos?

A mí no creo. Creo que a tu mamá, que no había dejado de insultarla desde el otro teléfono. Me perdonás pero yo le hubiera dado en la jeta a tu mamá, te digo que apenas Cristina colgó yo subí a toda al segundo piso, sí o no, Ramón.

Sí, dijo Ramón.

Y de la rabia insulté a tu mamá delante de tu papá, de la rabia Raimundo.

Te iba a decir, tu papá es muy buena persona, él sí no se mete en lo que no le importa. Y de allí salí corriendo para la casa de Cristina no con todos los amigos sino con Ramón, sólo con Ramón, y como nos quedaríamos cuando doña Amparo la mamá nos dice que había salido, llorando desconsoladamente, y que para dónde habría cogido, que si nosotros no sabíamos, que sí, que nosotros sabíamos y nosotros ¡qué íbamos a saber! No hemos sabido de ella en tres meses, hasta que el viernes pasado la vimos, de repente, andando con Manolo, el primo hermano que tiene.

Manolo, sí. Dijo Raimundo.

Yo creo que lo mejor es que pensés que no importa, que eso ya pasó. Lo que me alegra es que estés aquí, palabra.

Palabra, Raimundo. Dijo Ramón.

A mí también me parece bueno regresar, no creás. Dijo Raimundo.

Seguro. No hay como el sitio de uno. ¿O no?

Así es.

Claro que andar por allí debe ser legal porque uno conoce. Sobre todo vos que cruzaste la cordillera. Hola, deberías ir al periódico y hablar sobre tu viaje. Pero no hay como el sitio de uno, sobre todo si aquí uno tiene sus amigos, sus hembntas, todo. Oiga mano, ¿y usted qué tanto es lo que mira?

¿Yo? Dije. Yo nada.

Marco Aurelio se me quedó mirando como si no me conociera.

Seguíme contando, dijo Raimundo.

¿Querés que te siga contando? dijo Marco Aurelio que te siga hablando de Cristina? ¿No querés más bien que salgamos, que nos pasemos toda la noche andando? ¿No creés que la gente que te conoce va a alegrarse de verte?

Lo que pasa es que aquí en esta fiesta no se puede.

Sí, todo eso, pero después, dijo Raimundo; pero ahora seguí me contando.

¿Se ligó con Manolo? Claro que yo conozco a Manolo. Es un perverso.

¿Qué dirá su pobre mamá, doña Amparo. ¿Y siguen siendo novios?

Se pusieron a vivir juntos, Raimundo.

Ah?

Yo no te acabo de decir que Cristian se tiró al tres Raimundo? Fué lo primero que te dije. El día que nos la encontramos, después de cuánto tiempo sin saber de ella, venía por la sexta con el primo, y yo claro, me les acerqué, cómo no, le dije Cristina qué hubo, Cristina qué gusto en verte, y ella, ella me miró a los ojos y no me dijo nada, ni una sola palabra, siguió de largo sin saludar a nadie. ¿Te parece? A la semana fue que vinimos a saber que vivían juntos, en un cuchitril cerca del Pollo Pechugón. Entonces se me comenzó a entrar que todo había sido culpa del primo ése, ¿vos sí lo conocías? ¿Vos sí habías hablado con él? Yo sí lo había visto P?r alí andando, pero de haber hablado, nunca. Siempre me pareció anti-pático. Qué bueno que hubiera sido taponiarlo. Raimundo, ¿vos conocés a este mancito que está aquí mirando tanto?

Raimundo me miró con ojos como remolinos apagados, y dijo que no me conocía.

Qué te pasa, dijo Raimundo, qué es la chismorrería.

Nada, le dije yo, yo estoy apenas oyendo la música.

Pero entonces dejá de mirarnos. Dejá de mirarnos, entendés. Bueno. está bien, dije yo.

Qué ganas las que le tenía al primo, dijo Marco Aurelio. Ramón también le tenía ganas. ganas de encontrarnoslo un día por la calle para darle duro. Nosotros hasta hicimos planes, nos manteníamos haciendo planes mejor dicho: atacarlo de una sin que se diera cuenta siquiera. no errar golpe, tirarlo al suelo, y en el suelo darle pata, darle duro, agarrarlo por la Sexta, delante de todo el mundo, inclusive delante de Cristina y taponiarlo allí. Pero en nombre tuyo Raimundo. Pues bien. la otra noche que salíamos de la fiesta de Carmenza ¿Te acordás de Carmenza mano? Esa de ojos azules que te tenía puesto el ojo.

Me acuerdo sí, aquí está en la fiesta. dijo Raimundo.

Bueno, pues esa noche nosotros salíamos de su fiesta, una fiestecita pequeña, de sábado. ¿entendés? Y nos lo encontramos al primo, venía buscando el Oasis, nosotros también.

Y le dieron?

Qué va. Apenas le íbamos a caer. una radiopatrulla pasó y nos pidió papeles, y al primo ni siquiera lo miraron. Qué bueno que hubiera sido seguirlo después, hombre. cómo no se nos ocurrió. Seguirlo hasta el cuchitril en que vivía y darle duro en las gradas, delante de Cristina, pa que Cristina también aprendiera, que es eso de meterse de puta con el primo, con un hombrecito que hay que ver que nadie conocía, Raimundo, y me perdonás que le diga puta a Cristina. yo sé que ella no es que sea una puta, pero es que me acuerdo y me exalto, Raimundo, me exalto.

Calma, calma. dijo Ramón.

Seguí, tranquilo. dijo Raimundo.

Claro. dijo Marco Aurelio: claro, qué bueno que hubiera sido seguirlo hasta el apartamento. Pero fue que no se nos ocurrió, tan pelota que es uno a ratos.

¿Y no saben cómo fué que se juntó con el primo hermano? ¿Decís que no volvieron a saber de ella desde el día que yo me fuí?

Sí mano. Hasta que nos la encontramos por la calle. Y nadie sabe nada más, nadie. Y a mí que me hubiera gustado acercá rmele ese día. preguntarle por su vida, tan amigos qué éramos, preguntarle por vos, que si había recibido noticias tuyas, de vos tampoco sabíamos nada, no pues que me fuí trepando la cordillera para versi luego al mar. eso fue todo lo que dijiste antes de irte. Queríamos saber de vos, también. Aquí Ramón pensaba hasta que ustedes se habían ido juntos. Qué lindo, decía Ramón. Así que le preguntamos a ella por vos, y también por allí derecho para saber algo de ella.

Pero fue que no me paró bolas; ¿r.o te parece raro? ¿No te parece injusto?

Fue que la pelada se olletió desde que te fuiste, Raimundo, qué otra explicación va a haber.

¿Siguen viviendo allí mismo?

Quiénes.

Cómo que quiénes. Cristina y el primo.

Cuál primo, si ahora ella está viviendo con otro, con otro que nadie conoce. ¿Por qué mejor no te olvidás de ella, Raimundo? ¿Ah? Mirá que hay mujeres que nunca han dejado de preguntar por vos, olvidate de eso que son cosas del pasado. ¿Cómo se va a poner la gente de contenta cuando sepan que llegaste mano! Pero no la gente de aquí. Además no creo que esté bien entrarse aquí a la fiesta con la mochila ésa. Angelita qué dirá. ¿ya te ha dicho algo ella? Angel ita es muy buena gente. qué mirada tan dulce la que tiene, si no fuera por ella no hubiera venido a esta fiesta. ¿No la has visto?

¿De modo que no se sabe cómo es que se llama el otro? ¿No saben de dónde viene, si es de aquí de Cali, cualquier cosa?

No sé, es un mancito alto, buen mozo. nadie se dio cuenta de nada, sólo que un día la vimos andar con él y con el pelado.

¿Ah? ¿Cómo? Cuál pelado.

¿Si vés? Me vas a obligar a contártelo todo y te voy a regalarte angustia, y no paga. Pero bueno: el pelado que tiene ella, mano, yo no sé si ella lo tuvo, de todos modos es igualítico a ella, los mismos ojos, pero no los ojos de ella de los tiempos pasados, esos ojos plácidos, no, los ojos que tiene ahora, que son muy distintos, Raimundo, no es sino que la mirés.

La primera vez creo que me aterró, dí dos pasos atrás, tiene toda la venganza del mundo en esa mirada, y el niño que anda con ella es igual, oh Dios mío, no es igual, es peor, la otra vez salió con ella desnudo, ella lo sacó desnudo a la calle, y qué le pueden decir algo tratándose de un niño, pero te coge a vos y te mira fijo, como si te tuviera ganas, yo creo que ella le ha enseñado a mirar así, por allí andan caminando, ella encorvada como un cuervo, jamás mira a otra parte que no sea al suelo, en cambio él con la mirada alta, pero el mismo odio, mirando a la gente que le pasa al lado, que le roza su espacio. Cada vez que me acuerdo los ojos que tenía ella, antes. Cuando todos andábamos juntos y ustedes eran novios, esos ojos de gata mansa. La gente que la veía a ella y al nuevo man y al niño y que no podía creer y yo creo que a ella le encantaba que la vieran y que no creyeran, oh Dios, ella está loca, Raimundo, se enloqueció desde que vos te fuiste, es mejor que la olvidés, que la dejés por fuera. Esto acá ha sido el escándalo, créeme mano, no tenés ni idea de lo que nos

dolió, de lo que nos ha dolido, todo lo que la queríamos, todo lo que hemos llorado borrachos, y te lo digo y no me da pena, mucha gente se ha sentido con vos por haberte ido sin avisarle a nadie, sin dejar una nota siquiera como no fuera la enigmática: voy a cruzar la cordillera y llegar al mar: ¿no pensabas acaso en lo que dejabas acá? ¿Ah? ¿No lo pensabas? ¿Ah? ¿No sabés acaso que Cristina se enloqueció por culpa tuya? ¿No sabés que en su casa le han negado la entrada? La jodieron, Raimundo. Por eso es que se ha tirado al tres. Pero de todos modos la que empezó fue ella. Nadie le dijo nada. Ya sus amigas ni la saludan, mirála. Y en el Sagrado Corazón eso fue el escándalo. Como que hasta borraron de la lista su nombre, quemaron su pupitre, qué fue lo que no hicieron. Claro que yo nunca me le he portado así, te lo prometo, yo quisiera hablar con ella, preguntarle cosas, pero es que ella no se deja, créeme, no voltea la cara. Debe creer que yo también estoy en contra de ella. Pero de vez en cuando también pienso no hay caso, está loca, los loquitos al manicomio. Se enloqueció porque vos te fuiste sin decirle nada. Pero ya qué. Aquí donde me ves, aquí donde ves a Ramón, es porque estamos haciendo el esfuerzo de no ponernos a pensar ni nada, pero de que duele duele.

¿Ha preguntado por mí alguna vez?, dijo Raimundo; y ya la mirada la tenía extraviada, cómo vería los colores, el azul del patio, las cuerdas del cello.

No sabría decirte, le dijeron: ¿no te digo que nadie ha podido hablar con ella? Hubo uno que sí habló: Manuel.

¿Cuál Manuel?

¿No te acordás de Manuel? Uno que cantaba, parecido a Alain Delon.

Sí. Gillo Pontecorvo se lo llevó para Estados Unidos a filmar una película de espías.

¿Y él sí hablaba con Cristina?

Una vez yo los ví juntos en la sexta, y me quedé todo meditabundo.

Pero a Manuel no lo volví a ver después, seguro ya tenía el contrato para lo de la película y le tocaba viajar de incógnito. Aquí nadie se dió cuenta sino por los periódicos. Pero pobre Cristina. Me cuentan que se puso a gritarle cosas al bus del Sagrado Corazón, en pleno centro.

Pobre. Pero de vez en cuando pienso que está bien, ¿entendés? Que está bien que haya pasado esto para que aprendan todas estas viejas.

Lástima que a Cristina le haya tocado dar el ejemplo. Que mejor hubiera sido otra ¿no? No te has debido ir, Raimundo, la

enloqueciste. Pero yo no te voy a decir nada, yo porqué, yo sólo me alegro de que hayás vuelto, Ramun también, ¡qué bien que la vamos a pasar ahora! Aquí las cosas nunca han estado mejores. No es sino que esperés y verás, no es sino que véas cuánta gente, todos los sábados armamos movidas. Y hay muchas gringas ¿sabés? Llegaste en buena época Raimundo. Esperáte nomás que estemos más calmados y nos ponemos más sociales y vamos departiendo con la gente. Verás que en cinco días te sentís otra vez como antes. Como si no hubieras cruzado nunca la cordillera. Aquí la pasamos bien, Raimundo, siempre la hemos pasado bien. No hay necesidad de irse mano. Cómo me alegro que hayás vuelto. Vas a ver cómo te organizo en un dos por tres.

¿Por qué fué que te fuiste, Raimundo, me podés decir?, dijo Ramón.

Sí, por qué, dijo Marco Aurelio.

Pues porque Cristina me dijo que me fuera, por qué más, pendejos.

¿Ah?

Que no me quería ver más, que mejor me fuera bien lejos. Y yo de romántico me fuí a cruzar la cordillera para llegar al mar. Y ya me ven: vengo del mar.

¿Entonces?

Yo no sé nada. Yo desde hace rato vengo sin entender nada. Ese es el único sentimiento que he tenido adentro. Que me iba a joder yo y que me iba a joder todo el mundo, pero lo que es ella, ella no se jodía: eso fue lo que me dijo ese día a las seis, por la sexta, cuando yo la ví y ya le iba a decir Cristinita Ita, ya nos íbamos a ligar para que esa noche rodáramos y rodáramos, cómo me acuerdo, y ella me salió con eso, que yo le daba risa, que se acabó, que todos le dábamos risa, que mejor me le perdía porque si me veía otra vez por la calle me armaba pelea delante de la gente, con qué ojos, y se fue haciéndome la burla cuatro cuerdas; me soltó una carcajada en la cara; que me fuera lejos y que no volviera por nada. Aquí se detuvo un momento: se agachó, recogió su mochila y se la echó al hombro. Pero he vuelto. Ahora sé cómo está ella, o la he visto por lo menos. Ahora me piso de nuevo. Dale saludes a mi mamá y a mi papá, y deséenme suerte. Y díganle a toda esta gente que el pobre Raimundo les manda a decir que se cuiden, y que suerte.

Con ademanes moribundos se fue de allí, solo, dispuesto a pegarse una larga caminata. Su novia no lo vió salir. Cuando yo voltié a mirar ya no estaba en la esquina. Luego la vine a descubrir comiendo papas fritas mirando feo a todo el mundo. Tenía un vestido de cuadritos azules, mona destefñida. Me metí las manos a

los bolsillos y aflojé mis rodillas, balanceándome en la pared. Luego crucé la pista y me le acerqué a la famosa pelada. No fué sino despegarme de la pared para que ella me mirara. Como no podía suspender mi rumbo y como no podía caminar hacia ella con ella viéndome, voltié mi cuello y miré a la puerta. Allá estaba Danielito Bang que se empinaba, buscándome, aflojando un poco los músculos cuando me vió. Pero el descubrirme y el saberme tan lejos (un tumulto ante la puerta y toda una pista se encontraban entre él y yo) le trajo una sacudida, y vi que apretó los dientes y que los separaba luego para respirar; se empinó más, arqueándose casi contra su voluntad, pues me pareció que no estaba en las fuerzas de ningún hombre arquearse así: era como si alguien (que yo no veía) lo agarrara de los hombros y lo tirara hacia atrás, al mismo tiempo que le asentaba una rodilla en la espalda. Me hizo una señal como pidiéndome ayuda: quería que yo fuera hacia él, pero yo ya estaba caminando en dirección a ella. Todo esto me llenó de malos presentimientos, y cuando me acerqué a ella vi que mi estado de alerta (imposible de disimular) la hizo ponerse tiesa, como si viera en mí el mensajero de un insulto o algo. Pero se armó de valor y suficiencia y adelantó un pasito moviendo los hombros y me recibió, altanera y contenta.

Te conozco Bacalao, me dijo.

¿Cómo?, dije yo.

No eres acaso el famoso Solano Patiño, el que no le hace honor al nombre pues es famoso por sus saludos y por su cantidad de amigos y porque no sabe multiplicar ni por 6 cifras aunque ya está acabando bachillerato?

Apenas voy en quinto, le interrumpí, pasándome una mano por el pelo: era que mi cuero cabelludo estaba despidiendo jugo en cantidad, pero de todos modos no debía hacerlo: debí dejarme la cabeza quieta, pues en toda la noche no pude quitarme de la mano la costra que me dejó la Lechuga. Torcí la boca y agité la mano contra mi pantalón, luego me la metí al bolsillo y allí la cerré en un fajo de billetes. En ese movimiento pude advertir un taconeo de Danielito Bang que ya avanzaba entre la gente y haciéndose de primero esperaba a que, yo voltiara la cara otra vez y lo viera. Pero yo no quería. La pelada abrió la boca y se quedó viéndome, en espera de que siguiera hablando. Un ligero temblor en el labio inferior se lo hacía más bello: fue aprovechándose de que se lo sintió que apretó los labios y abrió la boca, convirtiendo ese temblor en palabras más o menos duras:

¿Se te ofrece algo? me dijo.

¿Podríamos hablar? le dije yo, aunque mentía: lo que yo quería era bailar: la había escogido a ella.

Hablar de qué.

De usted. ¿Viste al hombrecito ése que salió de aquí, uno que andaba con mochila": no avancé nada preguntando éso. De todos modos el azul de sus ojos, tan nítido, se borronó, y yo me entusiasmé, pero lo que estaba sucediendo era que no enfocaba nada de mi cara, y desplazó las pupilas hasta el occidente, y yo, cuando me quitaron ese azul, quedé como un naufragio. Ella no apartó su cara de mí, y me habló con los ojos fijos a donde los había puesto. Yo carraspeé, incómodo.

Mirí, me dijo; ¿conocésáese que está allá?—Y elevó una mano y la puso en dirección a sus ojos, pero yo no quise ver el índice, me conformé con que su brazo partiera mi visión, de modo que ella se quedó allí señalando una dirección de la que yo no hacía caso.

A quién, le pregunté: haciéndome el bobo.

Mírolo, me dijo, no como favor sino como orden. A lo mejor era que la gente la estaba viendo con la mano allí, estirada, y quería que yo le diera finalidad a esa acción suya. Voltié y miré la puerta.

Danielito Bang se confundió cuando lo miramos los dos! No le quedó de otra que alzar la mano como si me saludara, pero como yo sabía que no se trataba de eso, alcé la mano en señal de que esperara.

Estás con él o qué, me preguntó; volviendo los ojos para verme, y su cara se volvió mucho más dulce, reposada viéndome. Yo le gustaba.

Sí, le dije.

Por qué no le decís que venga.

No, le dije; y luego: Quién es usted.

Como que quién. ¿No me has visto andando por allí?, comenzó de nuevo a replegarse, lista a saltar. Para qué querés saber, me dijo.

¿Viste al hombrecito de la mochila?

Qué pregunta tan tonta.

Por qué tonta. Lo oí hablar de usted. A él y a sus amigos.

¿Sí? Y qué decían.

¿Quiere que le cuente?

Como abrió la boca, yo creí que me iba a responder; como se demoraba yo creí que lo estaba pensando bien para darme una respuesta exacta, que me dejara tranquilo. Pero volvió a prendérselo ese temblor en los labios. Había abierto la boca para ponerse a temblar. Yo esperé. Luego del temblor sacó no sé de donde una sonrisa.

¿Sos amigo de Angelita o qué?, me preguntó, echando la cara para atrás.

Sí. ¿Y usted?

Yo no. No demoran en echarme de esta fiesta.

Yo me puse nervioso: miré para todos lados; al rato, cuando la encontré, vine a saber que estaba tratando de localizar a Angelita.

Cuando me echen, seguía diciendo ella: de qué lado vas a estar, ¿vas a ayudar a que me cierren la puerta? Les va a tocar hacer la fiesta con la puerta cerrada. Pero yo también tengo amigos. no creas, y me mostró a los dos sujetos con los que andaba, y que por estar tan separados de ella yo ya ni los recordaba. Pero al sentirse referidos uno de ellos, el más flaco, volvió a verla y luego a verme, y retrocedí un paso, ocurriéndome, por un momento, que a un chasquido de sus dedos el hombre se me echaba encima.

El hombre dijo que se iba; dije, apresuradamente; que se iba por usted.

¿Ah sí? Y que se iba para dónde.

Dizque para el mar. Yo creo que también está un poquito loco.

Perdón, me dijo ella, y se me fue de allí, y yome di cuenta que si había soportado que me quitara los ojos, ahora me dejaba en blanco. Me aterrorizó, mientras me negaba a verla (creo que cerrando los ojos) pensar que no volviera, y que si no volvía yo no iba a ser capaz de moverme de allí y Danielito Bang tendría que sacarme a la fuerza. Entonces le seguí los pasos con la vista: caminaba con pasito seguro. se fue detrás de uno de los meseros, lo tocó en la espalda y el mesero se volvió (yo bajé la vista) y la vio. Ella le cogió, con mano dócil, una copa de la bandeja. Luego se volvió, me vio a mí y me sonrió. Aquello me inundó de ternura. De modo que en su caminar no se había olvidado de mí cuando se fue para allá se estaba era alejando de mí. ella lo sabía. Me dieron unas ganas enormes de bailar. Ella me hizo señas de que si me llevaba una copa. Yo le hice primero que no y luego, alarmado, que sí. que sí. Ella volvió a sonreír. divertida. y caminó hacia mí. Me tendió la copa. Yo ni me sospechaba que ella pensaba hacer un brindis. por eso me la bogueé de una. Yo relampagueaba cuando ella todavía tenía la copa en su mano. con aires de solitaria. Me descendió como piedra y hubiera sido placentero si no tuviera en lo más hondo. otra piedra. el cono. que yo no había echado. y cuando una piedra chocó la otra yo me doblé, soltando un chorro de aire. con el que intenté aplacar el dolor que sentí, que no se repitió más. Lo siento. pero todo ese aire le llegó a ella. Se le endureció el rostro pero de todos modos alzó la copa.

A tu salud, dijo; y se la bebió. Luego se quedó allí. sin mirarme, tarareando una canción.

De modo que usted me conoce a mí, le dije.

Sí, y ahora más.

Yo es primera vez que la veo. Hice presión con las piernas, junté las rodillas y las piedritas encontraron su lugar, alrededor de la gran piedra negra que yo tenía que desalojar esa misma noche.

Se estaba demorando, pero al fin sonó la orquesta.

Mire. por qué no va y socorre a su amigo. Mirá que se muere de la angustia. me dijo alarmada: Qué es lo que le pasa.

El es así. le dije.

¿Así. siempre?

Sí, le dije.

Tráigalo para acá.

No, no quiero.

Entonces qué es lo que quiere.

Bailar con usted.

Yo creí que con decir eso iba a ser definitivo, que me iba a entender qué era lo que pretendía: que lo estaba pensando desde hace cuánto y que lo largué así, intempestivamente, pero fue que me pareció la mejor ocasión, y pretendía, con ello, obtener una respuesta, pero no la obtuve: se quedó allí como si tal cosa, preocupada por Danielito Bang.

¡Solano! Oí que gritaba. Yo cerré los ojos de la vergüenza. Pensé que me iba a gritar otra vez, por eso me apresuré de nuevo.

¿Quiere que bailemos? le dije, inclinándome hacia ella con toda la dulzura que hasta ahora sé.

No gracias, me dijo.

¿No?

No.

Pero por qué no.

Como que por qué no, pues porque no quiero.

Estábamos en la pared del lado norte.

Hacia el sur y el este giraba toda la fiesta. Yo intenté salirme de su lado por métodos fáciles. inmediatos: un berrido, un impulso con el cuello, etcétera. Pero hice de mí todo cordura. Le dí la espalda y orillado, me dirigí al sur. La gente que bailaba ni me veía. Pienso ahora que lo que intentaba era darle la vuelta a toda la pista, o tal vez caer al patio a donde me hubiera gustado reflexionar, mientras me esperaba Danielito Bang. Al terminarse la canción yo me hubiera arreglado el nudo de la corbata, esperaría a que bailaran de nuevo y en dirección opuesta volvería a la fiesta. No sabía para qué me quería él, no entendía por qué es que no entraba a la fiesta: era como si necesitara que yo lo guiara o le diera la aprobación. Pero yo sé que él estaba invitado. En éstas ocurrió que la canción terminó antes de tiempo, lo digo porque yo inclusive cantaba los acordes de una estrofa que sé se repite cuatro veces: "Lucerito / porque has perdido

tus raros encantos/ en la tierra allá a lo lejos/ se escucha tu llanto/ Lucerito, etcétera". La canción se terminó entonces y todo el mundo volvió a sus puestos y yo me encontré solo en la pista vacía, Y para protegerme de aquel silencio (que pensé no duraría mucho) me agarré de la pared de la izquierda, agachando la cabeza. Per~ el silencio duró mucho. Oí el afilaje de trompetas y una discusión, como si los músicos no se decidieran con cuál canción seguir. "¿Qué le pasa?" oí que Lucía mi amiga, decía, a lo lejos, y yo no alcé la cara para verla. "Es Solano, qué le pasa". Yo había doblado las rodillas, solo ante esa pared, el mechón de adelante se me había despegado Y me caía, y sentía un revolotear de pájaros adentro, y una marca de alcohol en la frente, me provocó levantarle la cara a todo el mundo Y mostrársela cruzada por una sonrisa, en torno a mí crecía el murmullo, oí taconeos y fuga de sedas, Angelita que corría a llamar a su mamá, porque uno de sus invitados, ¿Sola nito, el hijo de Cristina, se está muriendo en mi fiesta? Volví a imaginar que sentía dos manos en mi estómago que azotaban dos piedras negras, produciendo un sonido que hacía que yo me moviera, que los hombros me saltaran, que rodara por esta pared cada vez más fría, y luego sentí un cosquilleo, sin levantar la cara moví los ojos y vi piernas y manos cruzadas, tal vez porciones de un rueda. Estoy tirado al rueda ..

Pobre muchacho, dijo Carlos Augusto Pinzón, y su novia, Carmelita, le hizo coro: "Yo si lo vengo notando raro". No se preocupen, nadie se preocupe, lo que pasa es que me estoy decidiendo para sacar a bailar, y pensando esto me puse derecho y alce las manos y miré a la gente: ella, la que me rechazó, no me miraba, m~l parada, miraba al suelo con mal gusto; Danielito Bang estaba alh, en la puerta con la boca abierta, respirando calmadamente, y me dijo, sin que nadie más lo oyera: "¿Qué te pasa?". Yo moví a cabeza, más o menos divertido, incorporándome del todo, habna siete pasos de allí a donde estaba la gente, me separé de la pared, con cuidado, y caminé, estirando un brazo, pretendiendo ya, de una, la otra orilla. Entonces sonó la música: Bailala Rubiela que fue para tí /Este porro sabe de mi inspiración/. Sin esperar a que yo salier~: la gente se lanzó a la pista, y ya nadie me prestaba la menor atención. Echa te pallá /Y hazte para acá/ Y verás lo bueno y sabroso que es bailar / Yo giré en redondo, como quien bailara, y me dirigí a la pared del fondo, creyendo, de nuevo, que el azar m~lle~aría al patio, cuyo resplandor, digo, la luna llena sobre la piscina, inundaba esta blancura de una atmósfera azul que se podía respirar y tocar, sentir-se con algo de salud. Pero yo quería bailar. Si hubiera llegado al patio de allá no me saca nadie, me hubiera entregado a un mar de melancolías. O tirarme vestido a la piscina. Di un paso en falso o un

frenético deseo de ritmo y tumbé un asiento. Lo puse en su sitio y avancé, cabizbajo, tanteando entre la gente, y estiraba mi mano y apartaba a los bailarones buscándome paso, así llegué hasta la pared del fondo, y creyendo que iba a tocarla y me iba a quedar allí viendo; hice la última estirada, de brazo, juego de muñecas, de mis dedos largos, y toqué una mano fría, fría. Sorprendido, alcé la cara con la boca abierta como quien pretende no encontrar más testigo que la pared blanca, pero era que se encontraba allí una muchachita toda vestida de verde, le pillé los ojitos que había que hacer esfuerzo para determinarlos en medio de tanta blancura. La pelada me sonreía, modesta. Estaba sentada en un asiento exacto al que yo tumbaba: de badana café, con bordados en el espaldar, de colores quemados y tonos de rojo, para las capas de los nobles que había pintados allí. Los asientos mostraban escenas de la vida social durante la Colonia. Yo le dije:

¿Bailamos?

Y ella dijo:

Sí, encantada.

Y cogiéndome de la mano, para que la ayudara, se levantó de su asiento y yo pude ver la estampa que ocultaba su espalda: Un noble, de capa y peluca, cabalgaba los campos, acompañado de dos doncellas y un esclavo. Se veían montañas y celajes que ocultaban el sol, por lo que toda la escena tenía una cierta iluminación mortecina. ¿Angelita mirará todo esto, estas pertenencias, mientras se desayuna? Miré también más arriba, a donde había reposado la cabeza de mi pareja: yo no sé cómo había hecho para rebosar espaldar tan alto, de todos modos, en la pared, había quedado una mancha gris de grasa. Caminé con ella hasta donde pude, y aparté de mí los ojos de Danielito Bang, me volví y le encaré, para advertirla demasiado pequeña: ella no perdió tiempo en juntarse a mi cuerpo a donde esperó a que yo siguiera el ritmo, pero yo estaba mirando la pared donde la había encontrado, descubriendo cosas a la distancia, que de cerca no tuve tiempo de ver ni nada: en aquella pared se alineaban siete asientos de la misma serie, el de la mitad, vacío, y los seis restantes ocupados por seis niñas rebosantes en percal y en crinolinas, sin nada de salud, que me miraban torciendo los cuellos, satisfechas con ese orden gallináceo que había en sus miradas; eran de boquitas secas, pintadas en exagerado rojo; miraban a mi pareja en un rictus de envidia y enlazaban las manos sobre ~"~ regazos, manos que me parecieron demasiado grandes para tales bracitos, que por su parte estaban suspendidos de las dos bolas que eran los hombros y que yo podía ver porque todas usaban manga siza, algunas con encajes. Entonces, seguí el ritmo, y yo mido uno con

ochenta. Ella se me prendió con fuerza, primero de los hombros, Y luego, como no alcanzaba, intentó rodearme la espalda, con~ovida toda por mi ritmo. Los ojitos le brillaban de la a~gustla, y.~e empinaba en unos zapatos de tacón cuadrado y ~e.hebl~a. también verdes. Escuché, sin mucha importancia, una nsita uniforme que venía de la fila del fondo, y luego, ahora sí con inquietud, un murrnullo en mi cuello, y era que ella también se reía, y como se me desencadenó un miedo que no me gustó nada me dio por entregármele con locura al ritmo, me puse a dar saltos y vueltas en casi un solo mosaico, y mi respiración ni la sentía pero a cada tumbo m~golpeaba, como una piedra negra sobre otra, e;e agitarse de mi pareja, que respiraba cuando yo saltaba y contema el al~ento cuando descendía, y se me prendió más duro, comencé a sentir la tenaza: casi cortante, de sus piernitas, pero yo me hacía co~o que l~ que tenía prendido a mí no era más que un peso extra, digo, lo m~smo que si hubiera engordado 15 kilos de un día para otro. Yo ~atlababa como nadie en esa fiesta, ella tenía que echar la cara para atrás para que no la azotara mi corbata, que delataba las inte?ciones Y l~s distancias de mi ritmo, y yo abría la boca y le dejaba ver mis horribles dientes y si no fuera porque se hubiera derrumbado yo hubiera aplaudido, emocionado, qué tal, la hubiera visto caerse, lo primero sería cerrar las piernas para no dejar ver los calzo~es que ya se le habrían visto, amplios, verdes, y entonces yo hacia cara de quien no le bastaba eso y estaba pidiendo más ritmo. La orquest~terminó en gloriosa profusión de platillos. ¿Oí aplausos? Me quede allí quieto, con los ojos muy abiertos. Entonces sentí, en algun~parte de mi tronco, de mi caja de resonancia, el latir de su c~razonclto, y que el sudor de sus brazos me dejaban marquitas en rru espalda: y se subió más, como en vara de premio. y log~ó agarrarse ?e ~l cuello. Hice presión para impedirselo, pero ella oi la advlrlt? s~quiera, pues estaba dedicada a ofrecermé palabritas de agradecimiento, de abandono eterno.

Quítese, le dije yo; se acabó la canción.

Lléveme hasta mi asiento, me dijo, lléveme hasta un asiento que estoy rendida.

La orquesta tocó de nuevo. / Yo conozco a Claudia por su modo de caminar/ En cuestión de tres saltos largos, como salvando acequias, que presumo no los advirtió ni uno sólo de los i~vitados, llegué hasta la fila de asientos. Allí, sin hacer fuerza, la deje caer~ su asiento, y me sentí tan liviano, tan liviano, que cuando ~e t:nd10 su manito yo la agarré con fuerza, por temor a empezar, al mismo, a elevarme. Qué mar de sensaciones.

Muchas gracias, me decía.

Yo no le ~ije nada. A las otras no las miré, voltié mi espalda, oyendo un chirrido de preguntas, que ella hacía lo imposible por contestar, agitada como estaba. Crucé la pista. A la que me había rechazado le rocé el vestido con el codo, y casi que me da por tumbarle al suelo la copa que sostenía con dos manos, en expresión lejana. Entonces me llegué a donde estaba Danielito Bang, ardido de fiebre.

¿Todo bien?, me preguntó.

Yo no le dije nada. El me puso una mano hirviente en el hombro como para detenerme. Yo no lo quería ver, pero tampoco podía avanzar con tanta gente. El quitó la mano para voltearse y empezar a encontrarme un camino.

"Permiso", decía.

Y todo el mundo se lo daba, pero una vez que pasaba se cerraban negándome a mí el permiso; así que pronto me encontré totalmente alejado a Danielito Bang, Casi sin querer ganar terreno comencé a hundir las manos en las barrigas, unas flojas, de los invitados. Danielito alcanzó la salida y yo lo vi como estirarse todo en la oscuridad, todavía sin voltear a verme, creyendo que yo le venía cerquita. Grande fue su disgusto al verme tan a mitad de camino.

Entonces apareció Lucía, que seguro había estado afuera mucho tiempo, se le acercó y le jaló una manga.

"Daniel", decía, murmuladora.

"Oh", dijo Danielito al verla, y la hizo doblar ante su mirada, para luego decirle: "Sí que está de linda Lucía".

Yo no quería perderme ni una palabra, así que arremetí, llevándome gordos por encima, y salí sin reparar cuán extensa se veía de allí la noche, pues mi incentivo era la curiosidad.

"Hola, Lucía", dije.

Ella voltió a verme rápido, pero no dijo nada. Daniel le hablaba todavía.

"Está más linda que nunca", le decía.

Entonces yo me di cuenta qué quería decir. Con esta noche, está más linda que nunca. Y alcé la cara y vi, muy cerca de mí la elevazón de las paredes blancas de la casa.

"Voy a salir un momento y ya vengo, Lucía", decía Danielito mientras yo miraba la gran pared, descubriendo una grieta que sería invisible si no fuera por lo blanco que era la casa, una grieta que la atravesaba casi diagonalmente, desde el césped hasta el cielo.

Daniel me estaba golpeando el hombro.

"Vámonos de una", dijo.

"Se va a caer", dije yo.

Daniel me miró, pero no dijo naoa.

"Se está cayendo", dije.

Comencé a dárrmele a los dientes. sin descanso. Era verdad que la casa se estaba cayendo. Nadie sino yo había notado la grieta. Y si entraba a avisarle a... No, a nadie.

Al hermano de Angelita. Escupí un pedacito de marfil cuando me despedí de Lucía. Al pasarme la lengua comprobé el filo cortante de mi frontal derecho. Como no quería irme sin decirle nada le puse cara de angustia. A ella, que fue mi amiga:

"No puedo estar en esta fiesta".

Le brillaron los ojos cuando la dejé siguiendo a Danielito Bang.

Bastó llegar al murito para comenzar a pensar que había sido precipitada la salida. Oh, me imagino a mi papá llegando de la finca y subiendo las gradas en medias. Mi mamá lo espera en bluyines y descalza, con trago, con la comida hecha.

Yo miré la luna y aparté la vista. Cielos.

Vamos por acá, me dijo Daniel, señalándome un carrito Simca, blanco.

"En esa fiesta le pegaban a alguien ¿Vos no oíste? Si todo el tiempo se oían unos gritos arriba". Daniel no me ponía cuidado. Se le notaba un tremendo afán.

A mí me había salido un grano en el cuello. Lo toqué y me dolió profundo.

Al llegar al Simca tamborilé en su techo, y casi por jugar me asomé por la ventanilla. Manejaba una mujer de blanco. Yosupeque antes de asomarme ya me sentía. Me ericé todo. Su blancura no tenía comparación con nada. Era como si estuviese vestida con la noche. Era un blanco inexpugnable, como la pez, amargo y corrosivo, y también en donde uno resbala. También me pareció que allí no más, sentada, desafiaba al tiempo, con su mirada me llegaron las orillas del río Pance y uno de los señoritos cabalgando al lado de su esclavo amado, y supe qué pasaba en este mismo lugar en la primera mitad del siglo XIX. Danielito Bang se subió al carro y yo también lo hice, copiándole uno a uno los movimientos, mientras comenzaba a darle forma a una atroz urgencia de quitársela.

Salir de esa fiesta me produjo agitación y frío. Las nubes estaban bajísimas y la luna tan redonda, tan potente. Saliendo de la fiesta había un carrito Simca, blanco, parqueado en la esquina. Para allá era que iba Danielito Bang. La mujer que manejaba el carro lo esperaba. Para allá fui yo. Puede que la primera impresión me la diera el hecho de salir de una casa blanca que antes yo no conocía y ahora todo lo que sabía de ella era que era nada más que blanca, y que se estaba partiendo por la mitad, y salir así a la noche, y más allá un cuadrito blanco, el carro que Danielito me señalaba. Su índice

me llevó también por los alrededores de un árbol seco, deshilachándose. A su lado estaba el carro. Un gesto que hizo la mujer de volverse y ver e luego sorberse la nariz y quedarse serena, complacida, me hizo la estampa de un perro orinando en el árbol.

Avancé como dos pasos. Caminaba era por las piedras colcadas por, manos de negro, hasta que llegué al andén, el único asfalto en 7 kilómetros a la redonda. El papá de Angelita heredó la casa de su padre y la pintó de blanco, quisieron hacer aquí una urbanización. Fracasada. Yo no sé qué tal vive Angelita aquí.

¿Vos te querís quedar?", me preguntó Danielito Bang.

Es que ya es ida de una, ¿o qué?"

"Yo me voy. ¿Vos te querés quedar?"

Pensé el camino recorrido. Mirándolo desde acá no tenía mas alternativa que la casa, blanca en el valle de la noche. Miré a Danielito. La mujer del carro tosió. La finísima pintura de la capota se había cuarteado por el sol. Había allí una línea de menos de un milímetro. Me imaginé a la capota en el acto de rasgarse, el carro partido en dos y la mujer, perpleja, con el timón en manos rodar por el asfalto. Sacó la cara por la ventanilla.

¿Vamos a meternos en el carro?", pregunté.

"Yo vengo de allá", me dijo. "Y para allá voy"

"Esa es la mujer de la que vos tanto me hablaste".

"Sí".

"¿No la invitaste a la fiesta?"

"¿Crees que se hubiera visto bien? Digo, vestida así como está".

Yo todavía no le había visto la vestimenta. En cambio sí la nariz, en un gesto altísimo, y todo el cuello. Verla como sumergida en un charro tan pequeño me hizo pensar en mal genio y mar. Mar a esta misma hora de la noche y yo duermo, no voy al mar por fama ni por fiesta, me voy a la cama, cuando estoy en el mar el sueño me coge temprano. Verla en ese carro me hizo pensar en una salida al mar en las horas en que duermo: las olas se deslizan en la arena como la sirena de un tren entrando, de noche, al pueblo en el que yo duermo. Con toda la precaución del mundo me meto hasta el tobillo en el agua negra y fría.

¿Y cómo es que está vestida? Está vestida de qué".

"¿U- que es- u- iera ve- tida para la fiesta. ¿Vos si creés que se vena bien. Imagínatela bailando conmigo. Imagínatela"

"Qué".

"Cómo lo ves".

"Qué cosa".

"¿Te la imaginaste ya?"

"No, perdón. Pensaba en otras cosas".

"¿La quieres conocer? ¿Te gusta?".

"Llévame más rápido al carro".

Antes de entrar, busqué su reflejo en un charquito al lado de la última llanta de la izquierda. Traté de encontrar en el reflejo un efecto distinto al desasosiego y la opresión que me producía la visión del carro real. Pero el reflejo seleccionó y sintetizó todos los elementos opresores, la grieta, el cuello de la mujer. Entré al carro más bien olla.

Danielito Bang experimentó como súbita alegría al hacerse al lado de la conductora. No fue sino cerrar la puerta y aventársele a abrazarle el cuello, y luego se puso a ronronear como un gato. La mujer, pensé, me miró. Bastó que me zangolotara todo con su bestial manera de prender el carro para que yo diera cabida a este pensamiento: "Tengo que quitársela".

Y allí mismo Danielito se me comenzó a portar más amable que nunca.

"Estuviste fantástico en esa fiesta", me dijo.

"Le di una buena lección a la creída, a la mona esa".

"Es mi mejor amigo en el colegio", le dijo a la mujer.

"Y bailaste. Te vi".

"Claro". dije. "Di mis saltos".

Reflejos de luz entraban y me lo mostraban revuelto, con los ojos desorbitados. Respiraba duro y olía a carne dulce. Yo me pase la mano por el cuello, investigando el grano. Toqué la boca, sus límites eran punzantes; la supe morada. Me dolía mucho.

"Me he divertido contigo", me <lijó Danielito.

"Gracias".

"Hoy la he pasado negra localizándote, esperándote, en fin".

"¿Era mucha la urgencia?", dije.

Aquí volteó a mirarla.

"¿Era mucha la urgencia?", le repitió mi pregunta.

Ella dijo: "Sí", y aceleró el carro.

A mí se me pararon todos los pelos. "Hay misterio", pensé, "Misterio regio".

Bordeábamos el río. Cantaban las aguas y la oscuridad se amontonaba en las orillas, es decir, en nosotros, en nuestro carrito bello, blanco. Yo me estiré en el asiento de atrás, tratando de repartir la sensación de urgencia que sentía en el estómago, a todo mi cuerpo. Urgencia de que ella parara el carro y volteara a verme, teniendo allí, ya, la explicación de todo. Cañaditas de sensación me llegaron hasta las tetillas, alcanzaron, en movimientos largos, los brazos. Yo los extendí y los aflojé.

"¿No te quieres desanudar la corbata?", me dijo Danielito.

"No", le contesté.

Entonces vi al ?e la moch!la. Me extrañó, porque me lo imaginaba ya en dirección contraria, trepando las montañas, hacia el mar, tal ~?molo prometió en la fiesta. No fue sino pensar en esto y la acel-rac_lon, potente, del carro, cesó. Supe que la mujer también lo había visto, y que pensaba. Yo intenté pensar más rápido. "¿A dónde va.?", y luego: "Mentiroso".

Ya ella le había puesto roda la luz en la espalda. El sintió el motor disminuido y volteó a ver. Ella apagó y prendió los faros y yo no k pude ver la cara con que volteó a ver, sólo la cara con que recibió el encandelillazo. Puso una expresión atroz. Tuve la sensación de que nosotros también nos deteníamos, dado el total inmovilismo en que quedó el muchacho.

., "¿Qué haces?". preguntó Danielito. Me miró a mí, y me pareo incongruente que me mirara. "No vayas a hacer nada, no te dejes", le dijo.

El carro se acerca~a c~mo reptil y yo saqué la cabeza y en movimiento paralelo fui teniendo acceso a toda esa expresión que nos esperaba. Ella frenó cuando le tuvo la cara al frente. Sacó la cabeza y le rozó la nariz con la suya, pecosa que era. El muchacho abrió la boca y se aferró a su mochila como para no caer desplomado.

., "Misterio peor", pensé yo, sin musitar. No se me oía la respiración y creo que busqué los bolsillos.

"Antígona", fue lo que dijo el muchacho.

Yo he debido pensar: "¿Así se llama?". Pero no recuerdo ninguna intención satírica, ni que el nombre me haya parecido raro. Me pareció tremendo, poderoso, como para dejarme más quieto de lo que e~taba, ya e~itándome pensar, preparándome a ser testigo de acontecimientos sin par. Pero quise, creo, aligerarlos.

"La misma", dijo ella, sonriéndole. Los dientes que me tocaron ver era~ parejos en un mismo filo. El bajó la mirada para vérselos y empezo como a transportarse. "¿Te parece raro?".

"Pero, yo creí", dijo él. "Yo pensé ... Yo ya iba" ...

"No vayas, que estoy aquí".

Y prendió el carro. lo cual me pareció cruel.

'Eee", dijo el muchacho, "eeeh".

Cuando arrancó, impecablemenre, noté claro, el peso extra, y el ruido de sus pisadas. agigantado en esa soledad, siguiendo nuestra marcha, prendido del carro.

Ella se reía, sin acelerar, y Danielito Bang andaba hecho un loco.

"Se prendió, no lo dejes, no te dejes, no esta noche, qué va a decir él", y me señalaba a mí y yo cogí y táquete, le golpié esa mano, él me miró sin asombrarse y seguía diciendo: "Yo no entiendo. Este quién es, nunca me cuentas nada, oh, oh, amor mío".

El otro no decía nada. Corrió prendido a nosotros dos cuabras, con desesperación pareja, como si no cupiera entre sus pensamientos sentir nada más que fuera peor, ni ponerse en una situación más ridícula y humillante. Hasta que ella paró.

"Yo no me canso", dijo el muchacho. "Usted lo sabe. No me deje aquí. Súbame. Ya hablé con mis amigos, con mi novia, ya lo dejé todo en claro".

"Misterio, pensé yo, misterio total".

"Podría otra noche", dijo ella, dulcemente. "Hoy no, perdóname".

"Pero si cualquier noche es lo mismo. El tiempo no pasa. Antes sí. Ya no cambian las cosas. Te quería decir que podría cruzar las montañas miles de veces sin cansarme, saltar riachuelos, te veo y soy más joven, ahora lo he comprobado, mis amigos sufren por mí y yo no sufro. Todo ha cambiado. Me paso los días sin hacer nada, por eso es que camino. No voy a ser un hombre creativo, pero no pasaré por el tiempo. Me deslizaré a la par con él, ya lo verás tú. Ya lo verás".

Y aquí se puso furioso. Se agarró del carro y lo comenzó a zangolotiar. Enorme era su fuerza.

"Ahora no puedo. Quiero pasear con un nuevo amigo".

"¿Quién?", dijo él.

"El de atrás".

Me miró, como si los marcos de las ventanillas fuesen una maraña.

"Ya te conozco", dijo.

"Yo también".

Antígona volvió a verme y me sonrió, alegre por mi respuesta.

"Tengo que irme", le dijo.

"Y yo qué hago, ¿comienzo a escalar?".

"Para qué si yo no vuelvo todavía ...".

"¿A dónde?", me permití preguntar.

"Al mar", dijo ella.

Yo me puse serio.

"Ya me lo imaginaba yendo para allá", le dije al de afuera.

"Tal como lo anunció. Me asombra encontrármelo por acá, en dirección a la ciudad".

"Sí, dijo. Es que quena pensar. Usted no puede imaginarse en qué situación estoy. Mónteme el carro", me dijo.

"¿Yo?".

Antígona se burló.

"¿No ha oído a la dama?", preguntó Danielito Bang.

"Y~ no me voy:^a quedar aquí, ¿eh? Respeto para conmigo", y comenzo a zangolotiar el carro de nuevo. ¿Por qué no se metía al carro de una vez?

D~nelito aulló y salió dando un portazo, bordeó el carro y se le fue encima al hombre, y éste lo apartó casi de un manotazo. Danielito le ~o patadas por la espalda, sin pausa, sin fuerza, y Antígona prendió el carro y aceleró y yo brinqué de la dicha, sintiéndome con ella, "buena noche", pensé, "buena noche".

"¿Me paso adelante?", dije.

., "Qué te ~as creído", me dijo ella, frenando, y yo quedé azul. Pito. Yo v~ltle a mirar~ todavía peleaban. Antígona pitó de nuevo, un pito viejo, sin melodía como los que se estilan hoy. Danielito dejó de atacar, se le separó, y el otro no lo persiguió. Danielito se volvió para insultarlo. Corrió hasta el carro.

"[Bribin]", le gritó antes de meterse. Se dejó caer en el asiento desea.osó un momento y se le lanzó a abrazarla. Ella se dejó, ; estuvieron un rato allí, meciéndose uno en el otro delante de mí.

"No me informas nada", dijo él, antes de separarse. Y luego: "Ajá, ~ómo vamos allá atrás", y abrió semejante sonrisa, "Anima-? la fiesta, ¿no? ¡Qué noche! Ecco, adelante", y estiró su brazo, indicando el rumbo.

Antígona aceleró y nos perdimos en esa noche.

Yo alcancé a ver que el muchacho de atrás descargaba su mochila y que quedaba parado allí, viéndonos hasta que nos tragó l~ no~he. Sombras a granel me rodean, grumos y brumas, y mucho silencio en este carro. El río corría parejo, caudaloso. Luego empecé a sentir una lluviecita que me puso contento por encontrarme en refugio, con amigos, porque el Danielito era amigo, me le acerqué y le cogí una mano, acto muy corto, que él correspondió mirándome moviendo la cabeza de un lado a otro y cantando:

"Lucerito";

y ella le hizo coro:

"Por qué has perdido tus raros encantos".

Luego yo también canté, animado, y nuestro carro se veía desde las alturas definido, y nuestro canto se escuchaba a la inmensa distancia, en este mapa de una sola ruta hasta el centro de la ciudad. No.nos tomó mucho ll~gar. Danielito me hablaba de los planes que tema p~ra nuestra amistad, cuando yo le dije que el lunes, en el recreo, íbamos a conversar mucho, y que los alumnos iban a darse

cuenta de nuestras caras cambiadas, a él se le ensombreció la expresión y me dijo:

"No nos fijemos plazos. El tiempo es nulo".

"No es muy original en sus frases", pensé.

Me pregunté si sería cierto que no conocía al de la mochila.

"¿Cómo así?", pregunté, riguroso.

"Cuando los propósitos no cambian con los días, el tiempo no pasa".

Miré la nuca, la cascadita del pelo de Antígona y algo de verdad se me entró con esas palabras. ¿Cuántos años tendría Antígona? De todos modos, Danielito Bang era el único en todo el colegio que andaba con una señora.

"No me habías dicho la verdad sobre tu novia", dije.

"La verdad de qué".

"Me la imaginaba menor".

Me estaba mirando con interés; aquí pareció no entender, parpadeó y la miró a ella. Yo pensé que sentía vergüenza con ella, que yo le estaba diciendo vieja delante de él; como me miró otra vez con la misma expresión perpleja creí que no me había entendido.

"Digo, menor que tú".

"Ay, que el tiempo no cuenta", dijo ese ay como si algo le doliera. Antígona estornudó y el aire se llenó de goticas a las que yo le puse la cara. Hubo silencio. Danielito me miraba.

"¿Por qué no entraste a la fiesta? ¿Por qué no entraron?".

"A ella no le gusta", dijo.

"¿Verdad?", le pregunté.

"Todo lo que él dice, dijo Antígona, es porque yo lo pienso".

"Dos sentidos tiene esa frase, dije. O el acuerdo de ustedes es total o usted no lo deja pensar a él". Danielito la miró, sonriéndose.

"Entonces cómo es", insistí yo.

"No sea aburrido", me dijo Antígona.

"Pero ... a dónde vamos", dije.

"¿A dónde quieres ir?".

"¿Yo escojo?", le pregunté a Danielito.

"Escogemos todos", dijo Antígona.

Era segunda vuelta que le dábamos a la plaza. Antígona aumentaba la velocidad y yo no le veía objeto.

"Ya sé" dije.

"Qué".

"Conozco un parque, un parque no, un parqueadero de oscuridad inexpugnable. Si uno se hace en el centro, un observador que esté en uno de los extremos no puede verlo".

"¿Inclusive en esta noche, con esta luna?", preguntó Antígona.

"Con luna es cuando me hago en el centro", dije.

"Bueno, entonces usted guía".

"Es fácil, dije, queda al lado de Sears".

Pensé que me echaran en cara la falta de originalidad.

¿Al lado de Sears? Si yo he pasado por allí pilas, si los niños juegan de día. Nadie dijo nada. La ciudad entraba por la ventanilla a filones, a relampagazos, y yo, atrás, respiraba con ritmo, viendo la mechita del pelo de Antígona ascender, descender, era, literalmente, cola de caballo, cabalgaba, y yo no hacía otra cosa que adivinarle el huesito, cuando me cansé estuve tentado a inclinarme y tocarle el huesito con el dedo índice; luego quería era verle la cara, o inventar un chiste para que detuviera el carro, se voltiara y se riera, para yo poder comprobarle ese filo que le vi en los dientes. Quería que Danielito Bang saliera de ese carro para yo ocupar su asiento.

Gente vestida de blanco infestaba la Sexta. Puro ocio nocturno, que es cuando más vale, cuando es virtud. Se necesita valor y resistencia para haraganear de noche. Yo, no sin esfuerzo, saqué la cabezota por la ventanilla y me puse a saludar gente, grupos que voltiaban a ver apenas oían el murmullo claro, preciso, ronco en las esquinas, del carro de Antígona, y me sentía tan bien adentro, afuera llovía todavía, poquitísimo, y los que estaban recomiendo Sexta recibían la lluvia con vigor, así como yo recibí la lluviecita ácida y pesada del estornudo de Antígona, sé que aún no he explicado nada de lo que sentía desde que salí de la fiesta, nada de lo que me pasaba, ahora solamente estoy describiendo porque participaba, muchos me decían que parara el carro al ver a la mujer que manejaba y yo me reía, Danielito no, que estaba muy serio, a Antígona no podía verla pero la sabía contenta porque el rumbo del carro fluía parejo; en la calle 22 vimos una fiesta y en la esquina; una pelada a correa; de buena gana habría parado el carro, Antígona se interesó, la habría comentado, yo conocía a los peliadores, eran hermanos. Clarita estaba la noche, al oeste se veía el trazo de las montañas, más negras que la noche misma, y la luna al este, cuando voltiamos en esa dirección cogiendo la avenida Estación la tuvimos al frente, hasta que entramos al parqueadero y se nos colocó de nuevo en la nuca.

"Ya estamos", dijo Antígona. Le dio una vuelta a todo el parque, lo observó, lo midió, lo olfatió casi, y luego lo partió por la mitad y estacionó en el centro.

"Quién se baja", dijo.

No iba a ser yo.

"¿Para qué?", dijo Danielito.

"Para que observe", dijo Antígona.

"No hay necesidad, dijo Danielito, yo le creo".

"Creánme, dije, no se ve".

No sé para qué fué que hablé. Me hubiera gustado que Danielito bajara.

"¿Blanco como es este carro no se va a ver?", preguntó Antígona, mirándome, burlona. Pero quería saber si yo hablaba en serio, y me escandalicé nada más de pensar que alguien ponía en duda mi historia. Pero no me enojé. Yo, claro, nunca había estado en el centro en carro. Pero reflexioné, y dije, con seguridad:

"Supongo que mientras más grande sea el cuerpo más fácil se lo traga".

Ella ensoñó los ojos, que eran verdísimos y salió del carro. Algo sonó como a ola estrellándose en una roca negra, llena de lapas y de cangrejos pequeños, viscosos. Sonó otra vez. Yo me voltié para todos lados.

"¿Oíste?", pregunté.

"¿Qué cosa?", dijo Danielito, tranquilo.

Antígona caminaba ya hacia uno de los extremos. Había escogido el que daba al suroeste. Tenía bluyines como los de mi madre, y raspaba el asfalto, negro, o ¿era que zapatiaba a poquitos, con furia? Estaba yo tan cerca de mi casa ... extrañé por un momento el abrazo de mis sábanas, tan frías.

"¿Estás cansado?", me preguntó Danielito Bang.

"No", le dije, seco.

Ya no llovía.

"¿En qué piensas?"

"Por qué me hablás de tú".

"¿Te hablo de tú?"

"Sí. Por qué".

"Perdón, no lo notaba".

Antígona todavía no llegaba al extremo. Qué lentitud.

"No avanza tu novia", Je dije.

"Por favor, se quejé, no ironices".

O era que ... se había levantado una brisa y azotaba la arena, negra, en el parabrisas. Traté de localizar la franja de las montañas, pues quería ubicarme con respecto a este nuevo elemento el viento: sabía que el viento soplabá sobre esta ciudad más allá de las montañas. Clara estaba la noche, hacía un rato habíamos visto el límite, más negro que la noche, de las montañas. Pero ahora no las encontraba. No estaban las montañas en el oeste. Y Antígona no caminaba firme, como si el piso no fuera de asfalto; se hundía, trastabillaba, como si ... como si caminara sobre arena.

"Tranquilo ...", me dijo Danielito, acariciándome el hombro.

¿Sabía, entonces lo que yo pensaba? Lo miré, desencajado; estaba muy pálido, caliente, el sudor, que yo tanto había buscado en recreos, incluso esta misma noche, ese olor suyo tan peculiar que hacía amontonar en torno a su persona a todos los jugadores en cualquier partido de fútbol, olía diez veces más rico. Yo me llené los pulmones de ese olor.

"Eso, dijo, respira hondo. Tranquilo".

¡No llegaba todavía Antígona!

"Mirá, dije, recién ahora cruza el límite de la oscuridad absoluta. Ponéle cuidado cómo se hace más diáfana, cómo se detiene un momento".

Ecco. Pude verle hasta la marca de los bluyines americanos, y se detuvo, mirando en radios limitados, hacia todas partes, menos hacia nosotros. En un momento yo creí que iba a voltiar.

"Nosotros estamos en el centro de un círculo, dije. Ella acaba de salir del círculo. Es curioso, porque yo he contado, y hay diez pasos desde donde estamos nosotros al límite. Y ella ha dado más de diez, muchos más. Es como si el círculo se hubiese dilatado".

Aquí me callé. Danielito amasaba su mano en mi hombro, en movimientos concéntricos, haciéndome relajar todo el brazo.

"Oh, dije qué bello".

"Qué", dijo Bang.

"Hay como un resplandor hacia allá, hacia donde camina ella, que está muy lejos. Como un sol escondiéndose. Las seis de la tarde, en el mar".

"La hora mágica", dijo Bang.

"Sí. Lo miré. Pero no entiendo: si me explicaras todo".

Hice un movimiento brusco para mirarlo, y entonces comprendí una visión más amplia de la que necesitaba en ese momento, estoy seguro, pues no estaba preparado aún para ver lo que vi. La cordillera occidental mudada de sitio, en el este. ¡No estaba al frente de nosotros, estaba a nuestras espaldas! Lo que quería decir, solamente, que, nos encontrábamos en el mar.

Shuum! Estallaron las olas sobre las rocas, redondas, terribles.

"Que te explique qué", dijo Danielito.

Había agitar de aguas en mi estómago. El grano en la nuca me daba borbotones. Yo no sabía para qué lado doblarme.

"Ya lo sabrás todo", dijo.

"¿Esta noche?", lo miré desde mis profundidades, y él lo notó y sintió un poco de lástima. Siempre me ha gustado la lástima. Mi vida ha sido corta.

"¿Tenés urgencia?"

"Yo ya sé mis cosas". dije. retrechero.

"No sabés nada", dijo Bang.

"Al de la mochila yo lo vi en la fiesta". Bang se puso alerta, me hundió los dedos en la bola del hombro; yo me doblé para donde llamaba su presión, y le agradecí la caricia feroz. Yo seguí hablando, pues a cada palabra más me apretaba. "Se llama Raimundo. ¿No sabías? Le oí toda la historia. Dijo que venía del mar a ver a su novia, la mona creída ésa a la que le di una lección en la fiesta. Y que allá volvía al encontrarla loca. Por eso me extrañó verlo caminar hacia la ciudad. ¿No viste que se lo dije? Lo que no entiendo es que conociera a Antígona. Y que aludiera a una necesidad de ella. Yo creí que ya tenía con una tragedia de amor. Pero parece que no le basta, que tiene dos. Mejor dicho, es como si fuera al mar para verla a ella. ¿Estamos?"

Nos llegaron, entonces, una serie de aullidos raros.

"Yog, Yog, Yarlantep, og Sothot!", decía Antígona. Estaba lejísimos, y era magnífico tener tanta profundidad de visión, tener ante sí una extensión tan amplia y limpia. Mi espíritu se expandía y respiraba el mejor aire. Antígona saltaba desde su extremo elegido. "Yog, Yog sothot!", decía

Bang me había quitado la mano. Ahora se amarraba los brazos al cuerpo y temblaba todo. Se amarraba, creo yo, para no temblar? tanto. Cerraba y abría los ojos, los fijaba en esa distancia. maravillado por el puntico definido, poderoso, que era Antígona, y luego, como si esa visión lo agotara, cerraba los ojos. aliviado un poco en su sufrimiento.

"¿No te gusta?", le pregunté, irónico. "¿Sabés por qué salta y grita? Porque no nos ve".

Danielito abrió los ojos.

"No puede ser", dijo.

"¿Cómo, entonces no creías?"

Antígona corrió hacia nosotros. Cerré los ojos y tomé aire, previniendo miles de miles de cantidades de espuma, blanca, blasfema.

"Aaaaaag". dijo Danielito Bang, y se comenzó a doblar, a hundir en ese asiento.

"¿Qué te pasa qué te pasa qué te pasa ah? ¿Qué te pasa?", lo acosé, lo agité. aterrado, vuelto un loco, que me explicara.

Bruto que soy. Para entenderlo había que quedarse callado, sereno. Para sentir cómo el agua comenzaba a agitar el carro, ascendíamos centímetro a centímetro con la marea; la luna subía, vertical en ese cielo claro. como si hubiera sido filmada en un acelerado de 100 a 1. Antígona corría a ciegas, dando más bien

brincos para no mojarse mucho. Yo me concentré para precisar el sitio exacto en el que. Chuas. Entraba al círculo, a la burbuja nuestra. Entonces nos vio, y se ubicaba viéndonos, cegada ahora por la blancura, repentinísima, de este carro. Caminó despacito a nosotros, como con frío, y se metió. Oía a pescado.

"Puf, gimió Danielito, con todo descaro, y se tapó la nariz.

"Qué excitación", le dije, con voz de corneta.

Estuve a punto de preguntar: "¿Cómo así?". ¿Excitación? Excitación de que. Como decir, "¿emocionarse?". Cómo decir, "¿se-xo?". "¿eGanas?". Yo me le acerque y olfatié, también con descaro cr-o, su nuca. Allí mismo se me reventó el grano, que no me había deJa~o d~ dol~r ~n min~to. Apreté la cara toda, pelé los dientes, voltié. Y vi el vidrio salpicado de líquido morado, vi las montañas mudada~ de sitio, me pasé la mano por la nuca, palpé el grumo, me rest-e.gue toda la mano, los bordes flácidos del grano, el cráter, el orificio. Comencé a sentir un movimiento de motorcito en cada muslo; no hubo necesidad de comprobarlo. En cada muslo me salía un grano. Había en el carro, entonces, olor a pescado, a mermelada Y vma~re. Danielito ~ang (vaya descaro) abrió la puerta del carro y l.tmpezo a abanicar aire puro; yo pensé: si se sale lo arrojo al agua, usurpo su puesto en este carro. Pero no se movía del asiento. Pensé, como un relámpago en mi madre. Aún tenía tiempo. Atravesaría esto ~ue no puede ser profundo como mar, que tiene que s~r laguna, to~an~, oh, en esa puerta, los despertaría, les diría que horrible rmsteno, que estuve a punto de develar y que no lo habría resistido. ¿Pero cómo? explicar la sal en mis pantalones? Oh, dejadme soñar ahora; s~bla que corría el peligro. Tenía encalambradas, pero cosa rara: calientes, las piernas. Mi carne estaba blanda, muy blandita. Creo que podía enterrar allí los dedos.

Danielito no se había bajado del carro todavía.

Yo pensé, de nuevo: "¿Lo arrojo? Y si lo arrojo qué, ¿me voy en el carro con esta dama? O no irme de una, para tener tiempo de verlo caer al agua. No es agua. No es agua, no es mar, estaba pensando era en base a mar: todo mi discurso no vale. De todos modos, si todavía no está afuera, está que se sale. Si le empujo caería en el pavimento negro, del color de la arena de los mares del Chocó. No es mar es pavi~ento", esto pensaba, pues entonces ¿por qué no veía 'las c?rdilleras hacia el Oeste? ¿Por qué la veía en el lado opuesto, como si fuera un observador de Buenaventura que pensara en Cali? La situaci~n, claro est~, me infundió miedo, y despertó simpatías de comp~nensmo. Al fin y al cabo éramos tres los que experimentaban el fenomeno, ¿o no? Danielito lo sufría más que yo inclusive, y que valga como pasada de dato. Entonces, pensando también en la

dama, pregunté: "¿A qué excitación se refiere él, vea?". Ella tembló toda, pero yo en menos de un vei~tic~atroa~? de segundo supe que iba a decir nada, así que seguí diciendo: Ustedes ven lo que yo ~ol, estamos, pero lo demás qué. Danielito ¿se va o se queda?

"Ah?"
"No se va", dijo, y cerró la puerta. La pelada de blanco arranco el motor y nos pisamos de allí.

Ella ya se reía hacia el Dan Frost, eso no lo olvido, todo el tiempo bordeando mi casa.

Parque o parqueadero extraño ése. La luna reventaba, envuelta en anejo y en papelillo rojo, y lo más desesperante: nunca en foco.

En fin, Danielito ya la besaba cuando g~namos Sexta hacia, en las mismas anormales condiciones geograficas: se vel~ el n:ar. Y l~s montañas al otro lado. hacia el Este. Yo no me había bajado: vera ue eran inmensas playas, pero bajititicas. Antígona tema mojados ~s talones. El Danielito quedó salpicad~, y ella no vera l~ ~rret,era por hacerle pellizquitos. Al rato ya se decían cosas. Como. t.Oue de recuerdos?"

"Ninguno. ¿No ve que la estoy viendo .."

"¿Caminaste mucho hoy?"

"Muchísimo. y nada que le cuente de la encorbatada. No tema espejo".

"No tenga nunca espejo .."

"Ya sé, ya me lo dijo, y no lo tengo".

Luego, el imprescindible:

"Todo bien, ¿Solano Patiño?"

"Todo bien. Vos eras el que yo creía que andaba mal .."

"Casi que me caigo del carro".

"Casi que te salís. Como si algo te hubiera olido feo .."

"De los olores no me gusta acordarme" .. ,

y seguíamos, yo desde el asiento de atrás, vle~dole el sosten del bulbo raquídeo a ella, y todo el pelito que le creci? del cuero para acá, lindo, suavcito, y él que la miraba, y yo podía verle su perfil punzante.

Igual que me punzaba y me ardía todo el cuerpo. Así que por venganza le mordí la punta de la nariz a Danielito Bang, el se ~e encalambró todo y yo por eso me quedé nada más que con un pelleJO sangriento, quiero decir, fue mordida de verdad.

Antígona desvió muchísimo su rumbo en esa Sext~ de una sol~ vía, quiero decir se equivocó, se trepó hasta el .a~den Y tumbo caneeas. Chillando se abalanzaba encima de Damehto Bang, para calmarlo. Yo me había replegado, sacando las unas, en rm con or a-

ble asiento de atrás. Danielito todavía no me había tocado, y yo ya masticaba.

"Más vale que me baje", dijo, después, quejándose y suspirando en brazos de Antígona.

"No tienes que, le dijo ella, no te vayas". Y después me miró. Me dijo: "De buena gana le pegaba un pellizconcito. Uno cerca del ombligo, allí donde le rasca".

"Más vale que me baje", dijo Danielito.

"No te bajas. Más vale que se vaya abriendo la camisa .jovencito", dijo, cuando ya cabriolaba entre asiento delantero y asiento trasero. en mi búsqueda, ya cuando me tenía dedos sobre la camisa, incluso. Yo me abrí la camisa, ya por completo descuadrada mi apacible posición casera, y ella hurgó entre mi vellito que ya a duras penas me salía, los granos de cerca y encima del ombligo y después hurgó entre el ombligo y lo desarropó todo, me sacó carne de abajo, peló, desjaguetó el ombligo, y en esa carnecita roja de granos y de entraña pegó un mordisco.

El que más oyó el sonido que hizo masticando fue Danielito Bang, porque pegó gritos cuando yo contemplaba y sentía todo, viendo como comían y yo callado.

Vino una ola y le pegó duro al carro, de flanco.

La mujer me miró a los ojos apenas vi que tragaba suave, pulpa rica, me dijo:

"Danielito va a empezar a quejarse porque le mordiste la nariz. Hazle ver que sólo fue un rasguño".

Diciéndolo se puso en colocación de quien maneja un carro.

Diciéndolo yo empecé a cumplirle el favorcito, su orden.

"Pido mil perdones, Danielito. Fíjate en el espejo y verás que sólo fue un rasguño".

"Cuál espejo".

"El llamado retrovisor".

"Fíjate bien, tonto, y verás que el carro no tiene espejo. Además te quiero hacer una pregunta: ¿De qué color es?"

"Blanco", dije, inmediato. "¿Qué cosa, el carro?"

"Sabés. Sí, el carro". Se pasó un dedo por la nariz e hizo tal vez el que no notaba huella alguna. "No es nada, dijo; además ya es tarde —y miró el reloj- ya era hora".

"De qué", le preguntó ella.

"Hágase la boba, le respondió; entre bacalaos que se conocen ...".

"Está bien, dijo ella; ya era hora".

Yo, perdido, entre maravillas y chamizada de posibilidades, me preguntaba, vergonzoso, a qué le había sabido el pedacito mío, que

"No me mire así. Ganas que me dan de lamerle esos ojos, muchacho".

"Tendría que parar el carro".

Lo hizo. Paramos debajo de almendros, carboneros, plátanos, junto al mar. No fue sino que ella diera torsión maestra a la llave del engrane, que el carro dejara de ronronear, para que yo supiera que toda la vida. cada una de mis noches, había soñado ese gesto de mujer que se vuelve a mí, respirando en pequeñas pausas, luego respirando atragantada, echándose hacia atrás el pelo para abalanzarse y llenarme de aroma de pescado, y luego lama y luego lo mismo, lo que no cambiaba en mi sueño: ¿que era verde el pelo, húmedo, lamoso? [Oh, terribles y magníficas profundidades! Soñaba también que ella. mientras se acercaba, se iba volviendo muy borrosa, yo cerré los ojos para sentir los ardientes ríos de emoción ante su primera cercanía y después letanía de abrazos, abrazos húmedos, y luego una ráfaga de recuerdos de arrullos de mi madre, de hace mil años cuando yo no tenía uno solo de estos pensamientos atravesados en mi cabeza y bastaba con saber que en el mundo no existía más que su voz, su "Señora Santana" y luego mi sueño de a poquitos. mi sueño rico y gris, para imaginarme, dormido, que mi madre alborotaba su pelo al viento, en una región desconocida, y que yo me quejaba de frío, y que me cubría con un pelo que podía adoptar el color de la vegetación circundante, para soñar que esa región podría crecer, bifurcarse e intentar envolvernos pero mientras más estrecho fuera el abrazo de mi madre habitábamos un mundo comprimido y cómodo en donde ella no dejaba acequias, ni abismos, ni quebradas en donde yo pudiera caerme o cosas así, así era mi sueño.

Antígona abrió la boca, siempre borrosa, por la cercanía, y yo intenté retroceder para dejarla en foco, pero una mano suya, muy oportuna, se prendió de mi cuello, y además de que las yemas de sus dedos dejaron marcas allí, me atrajo, me atrajo hacia ella, hasta que su rostro empezó a ser una mancha, un borrón de todos grises y siempre muy verdes sus ojos y su pelo, y yo pensaba: "Si ella pierde definición no mis pensamientos. Estoy teniendo una aventura que contaré mañana. Que me vengan a decir cuál de mi edad ha salido en carro con una dama, ¿a quién le han invitado a paseitos? No quiero contar en esto a Danielito Bang, supongo que yo no le hablaré en recreo y nadie sabrá que es porque le quité a la mujer que amaba", al tiempo que su lengua, primero gris y después rosada cuando la sacó toda (porque era más larga y más fina de lo normal) se acercó y serpenteando, salivó en las lagañas de cada uno de mis ojos, y cuando yo intenté cerrarlos sus dos pares de dedos índice y pulgar cayeron

sobre mí e impidieron de mis párpados todo movimiento. Así, sonriendo, empezó a lamerme los ojos y decía que era dulce. que era bueno, Y. yo, luego de la molestia inicial, que yo, con excesiva prisa, confundí con sensación de sucio en el ojo, fui dándome cuenta que era un~ caricia nea, que su lengua era supremamente dúctil y que solo utilizaba la puntica, la punnca minúscula, "Si llorara", pensé yo, y luego dije, sin cambiar en absoluto de posición, ella sobre mí lamiéndome los ojos: "Si llorara te gustaría el sabor de mis lágrimas?".

"¿Vas a llorar?".

"[Oh, hace tanto que no lloro!".

"¿No podrías después?".

"Yo creo que sí. ¡Lambes lo blanco?".

"Sí, pero no tanto. Me gusta es la pupila. Lástima que no tengas ojos grandes, ni de ese color verde intenso, como Danielito".

"Oh, no me digas eso. Puedo abrírtelos más. Puedes abrimelles".

"Pued~ descuencarte", y se rió, ji, ji, y dobló la lengua y yo sentí por primera vez poros mas anchos, cavidades que respiraban en su lengua. Lamió más. Se metió por debajo, dio círculos sobre cada ~upila. Y al final me arrancó pestañas y se las comió. Aquí se separo ella. Como que le gustaba que yo la viera masticar. Masticaba contenta, y yo la miraba agradecido. Estoy seguro que mis ojos, por primera vez, brillaban. Recordé que mi padre decía: "Lástima que no tenga ojos más expresivos", y que mi madre, oyendo a Elvis Presley, se ponía de acuerdo. Yo, arufiando y estrenando dientes delanteros en la madera de mi chiquero, los miraba con interés inmenso, No pensaba sino en crecer para demostrarles cómo gozaba cada una de sus palabras, o cuando invitaban algún motivo de festejo y destapaban una botella de vino y bailaban, por molestar, un tango. Pensé: "¿Qué tal si me les presento ahora. a estas mismas horas de la noche. con unos ojos así de limpios? Así era que decían que uno venía de Ejercicios Espirituales".

Respiré, agotado. Le dije un detalle que me pareció de humor:

"¿No se te atrancan las pestañas? ¿No te quedan pegadas en la garganta?".

"No", dijo, divertida. "Las mastico muy bien".

Y arrancó el carro.

Yo, dejándome llevar por una inspiración súbita. le estampé un beso. en la mejilla. Un beso sencillo. Ella lo agradeció haciendo piquitos. acelerando, zangolotando el pelo, preguntándome: "¿Adónde vamos?".

Respondí:

"Sí, porque va a resultar muy raro pasar toda la noche en este carro. Quiero llevarte a algún sitio".

"¿Amigos tuyos?"

"Amigos tengo. Un sitio bien bonito, para ti. Lleno de vidrios y paredes estampadas. Vidrios de todos los colores".

"Con tal que no se trata de uno de esos apartamentos modernos, que son como un acuario".

"Oh no, nada de eso", dije, muy divertido, riendo, saltando, proclamándome el hombre más feliz de todo el colegio, cuando se me ocurrió. No eran las doce aún. ¿Por qué no ir, a la fiesta? Que la vieran manejar el carro, aparcar perfectamente, abrirme la puerta, que la vieran apartar parejas para darme paso: la tonta Lucía, Cristina, la mona de los arrebatos y del mal genio, la blanquísima Angelita. Bailar "Lucerito" en toda la mitad de la pista. Hasta me dejaría llevar de ella.

"¿Vamos a la fiesta? Podemos regresar. Allá tengo muchos amigos", le dije, mientras me cruzaba la cabeza este pensamiento:

"¿No sería como más erótico dejarme llevar por ella a su casa?"

"Si tú quieres vamos, respondió. A mi casa no podemos ir, así que me parece buena idea. Hasta bailar podríamos".

"Y emborracharnos".

"Eso no. Esto tú verás". Hace mucho que dejé de probar todo líquido, con una excepción.

No se me dio la gana indagar algo en esa respuesta un poco rara.

Me emocionó la posibilidad de entrarle a la fiesta ésa, en magnífica compañía. Así que propuse:

"Entonces alejémonos. Cojamos rumbo Oeste. Más cerca del mar".

"¿Mar?"

"Sí, ya sé. Ilusión óptica mía".

Ella se rió, encantada. Pero no paró en la risa. Todo su cuerpo comenzó a agitarse como un sauce y su piel destelló pepitas de rocío, y el carro todo se llenó de olor a amanecer, y yo estaba en medio de esa dicha, pero le tuve que decir:

"¡Alto!". pues si zangolotiaba ella también, claro está, el carro, y de nuevo habíamos invadido andenes y derramado canecas. Ella me hizo caso. Se contuvo. Quién sabe qué mares de emociones la invadían, pero pensé: "Esta misma noche lo averiguo todo. Es una situación privilegiada, tener un plazo", cuando ella liberó una mano del timón, y sonriendo y en grito me pellizcó la tela de la camisa, en movimiento rápido intentó desabotnar, yo ya me movía para

ayudarle pero se impacientó (apretó los dientes, los ojos), agarró fuerte, siempre con dos dedos, voló el botón y arrancó el forúnculo que seguía después, más grande que un botón. Se lo devoró sin, rumiarse placer alguno. Un total silencio y una como impavidez caracterizó ese acto. Mientras masticaba, yo intentaba hacer cuentas, imaginarme exactamente qué parte del cuerpo se me llenaba más de granos, y decidí que las piernas las debería tener como mazorcas, y pensé, un poco avergonzado:

"¿Le gustarán a ella?"

"Me gustan", aseguró, tragando.

"Entonces puedes limpiarme todo de estos granos".

"Lo haré, lo haré".

Cielos, ¿qué era lo que yo veía, entre la maleza de la orilla del Río? Pobre Río, intimidado con ese mar al lado. Alguien caminaba rápido pero encorvado, y algunas veces se llevaba las manos atrás, se las anudaba y nosotros avanzábamos, e iba vestido para fiesta, pero ni un minuto pensé que se tratara de uno más, avanzábamos y oímos que primero hablaba sólo, luego que no sólo eso sino que también gemía, un alma en pena que se lamenta a estas horas de la noche, yo cerré el vidrio de la ventanilla, me pegué a él y aplasté allí mi cara y saqué la lengua, el hornbreco comenzó a voltearse apenas nos sintió en la espalda y Antígona dijo un "Ujuuuu" como de ranchera o de viva el paseo y sacó el brazo por la ventanilla y lo agitó, mientras Danielito Bang se paraba, nos veía venir, nos veía haciéndole burlas con ojos enloquecidos. No dijo nada, ni movió los brazos ni corrió en pos de nosotros, que ya lo dejábamos atrás. Caminó con ritmo seguro, como con una cordura que contradecía el tono de la mirada.

"¿Qué hace? ¿Te busca?", le pregunté.

"No. Espera".

"Espera qué, si se puede saber".

"A que yo lo encuentre".

"¿A que lo encuentres cuándo?"

"Otra noche".

"Eso sí será", dije, arrellanándome, "Porque lo que es esta noche, ya se discutió y se decidió y ya está probada que es mía".

"Es tuya, toda tuya. Y el gusto es mío".

Me voltié para mirar de nuevo a Danielito, punto anaranjado en la distancia, sufriente y vigoroso, avanzando quién sabe a dónde y en qué rumbo, y la noche, detrás de él, incorporaba a su negra colores azul de los faros y de las piscinas, y el anaranjado que caracterizaba y seguro confundía a Danielito eran las marcas de nuestra velocidad, de nuestra velocidad precisa, de nuestro rumbo definido

ros, la policía!", y ella abrió la boca y salió del agua, y yo le había cogido ya los bluyines, le dí los calzoncitos, se los puso delante de mí a la carrera, luego la blusa, sin ponerse los bluyines entró al carro mojadísima, Y yo me reía viéndola prender el carro, acelerar sin mirar atrás y sin decir nada, hasta que me fué entrando inquietud de que no me preguntara "¿Dónde? ¿Dónde están?", y que me dijera luego: "Me has mentido". "Te mentí", le confesé, de repente. Nadie venía. Yo imité el sonido de la sirena. Soy muy bueno para imitar barcos, trenes, radiopatrullas".

"Yo sabía, tonto", dijo. "Pero me asustó el sonido". Y me miró. "¿Adónde vamos? No me ibas a invitar a la casa de un amigo?".

Era verdad: estaba asustada.

"Sí, vamos donde un amigo. Ya quiero tenerte sola".

"Yo 'tarubién, yo también", dijo ella.

Tenía yo a este primo, Juan Carlos Mariátegui, al que no veía hace siglos, pero buenos veraneos que habíamos pasado juntos, sin otra cosa que pasarnos en los guayabos, debajo de los pinos contando historias de aparecidos, disparándole a las vacas, soñando que nos perseguían las vacas y nosotros no avanzábamos... La última vez que lo ví me dijo: "Ya sabes que estoy a la orden, ¿no? Cualquier cosa que se te ofrezca, anda a mi casa. Vivo muy independiente de mis papás. Puedo poner música a todo volumen, si es preciso" ..

"Entonces, cerca de la fiesta", anuncié. "Vamos a la casa de una persona amiga".

Ella tomó el rumbo. Yo quise preguntarle que allá qué haríamos, pero iba a ser tonta la pregunta: yo me desnudaría allá, me tendería sobre alfombras, incluso sobre mosaico frío, y que ella pasara la lengua por mi piel cuarteada, supurada, por mis granos, que su humedad aliviara este pegote, esta que ya sé, subiente y creciente agonía.

Yo le fui indicando el rumbo mientras ella obedecía, presta y muy silenciosa. Pero ay, yo me sentía muy mal, le echaba en cara, para mis adentros, su baño, su limpieza, su desbordante salud en esa noche, mientras mis piernas se hinchaban de gelatina y mis piedras del estómago chocaban, chocaban, y ella manejaba el carro con presteza y gran delicadeza, el perfil lindo recortado con la noche. Yo miraba el pavimento, los muchachos rezagados, que no se incorporaron al fin y al cabo a ningún grupo y recorrían la noche sin rumbo ni propósito, y volteaban apenas nos sentían y a ella se le iluminaba la cara al verlos, alumbrados, con sus focos, y les pitaba y ellos quedaban alelados mirando este carro de aires misteriosos. Dejába-

mos una especie de estela café y zapote al alejarnos, y el amor aullaba, el mar cambiado de lugar de una noche a otra, de un día a su noche. la noche esta primogénita que ha traído mi estado último mi independencia de las normas. Las montañas, alejadas por el mar: se quejaban en esa lejanía. Y el río no decía ni mí, atontado como estaba con tanta repentina disposición geográfica*. Para interrumpir algo una calma así, alargué mi brazo y le toqué el pelo. Me retire. No estaba limpia: su pelo despedía un agua pegajosa, y a mí me ardió, me ardió su contacto, y me rascó de nuevo toda la piel, y empecé a gemir, a gemir de formas muy diversas, para que ella voltiera al menos y me acariciara o me lamiera, como hizo antes. Entendí. Sonrió y me llevó a ella con uno de sus brazos, poderosos. Yo me enrosqué allí todo mientras ella se las arreglaba para palparme la manzana de Adán, lo puntuda que era, cada uno de los latidos. la medía y la miraba, y a mí no me dió más miedo de estrellarnos, ella era experta en todo, hasta pudo bajar la vista y hundir la cabeza en mi garganta, enterró su cara en mi garganta y aspiró profundo y horrible, un espasmo largo y bullosísimo en donde sentí mi olor hurtado y subiendo en ríos de delicia suya por la traquea, rru olor vuelto gargajos dulces y luego velocidad al corazón, y buena vid al hígado. Luego me dejó, y yo pensé: "¿No le importa si me aparto?". Ya pensaba hacerlo para castigarla cuando me retuvo. Desabrochó nuevamente mi desabrochada camisa localizó un grano maduro y se lo comió. Masticó blandito. Yo cerré los ojos, liberado de un corpúsculo, pero dejado con mucho dolor, era para creerme, ella localizó otro con su uñas y también se lo comió, y con la boca llena me habló, entonces:

"¿Ya vamos llegando?".

"Vamos a pasar por la casa de la fiesta", respondí, intentando anudarme la corbata pero cada uno de los huecos y de los tumores se empegotaron y dolieron bárbaramente.

La casa de Angelita relampagueaba.

"Aminora la velocidad, por favor".

Ella me obedeció. No quedaba nadie afuera. Sonaba un porro y la gente lo bailaba, me pareció, muy normalmente. Yo saqué mi cabezota y localicé a Angelita en una de las ventanas de la cocina, muy atareada en algo que no vi, pasabocas, supongo yo. "Todo bien", pensé, "Nadie me echa de menos". Llegando a la esquina oí los inconfundibles chillidos del hermanito de Angelita, y pensé: "¿Se soltó y baja las escaleras?". Imaginé las magnitudes de la

escena. He podido decirle a ella que nos detuviéramos y nos internáramos en la pelotera. Pero nuestro rumbo ya estaba fijado: después iríamos. Ella tenía un horario para mí, y yo quería que me lo cumpliera, que fuera estricta.

Quería estar conmigo, sola. Yo pensé: tengo dos sitios para llevarla, uno donde mi primo Mariátegui el menor, que hace años que no lo veo, otro en el apartamento de la escultora bohemia que hace años me presentó el mismo primito, precoz que era.

Muy pronto ganamos la colina de Santa Teresita coronada por la casa de mi primo. Estaba a oscuras, con las ventanas cerradas.

"¿Sí habrá alguien?", me preguntó ella, preocupada.

"Alguien tiene que haber: el casi nunca sale, según me dicen. Ni a las fiestas", así que nos bajamos del carro, yo sentí una infinita blandura al tratar de apoyar los pies en el suelo, me derrumbé en un pasto seco y maloliente y ella ayudó a incorporarme. En la incorporada me dio un mordisco en el hombro y yo se lo agradecí, limitándola con mis palabras: "Ya pronto tendremos cobijo, espera, espera", y avancé de su brazo hacia esa casa en la que, la pura verdad, pero no lo quería pensar de a mucho, no había señales de vida. Me asomé por las ventanas pero de hecho no pude hacerlo. Estaban o tapiadas o enmaderadas o con cortinas gruesas, muy amplias. Fuí recordando que los padres salieron a dar la vuelta al mundo y que no se llevaron al hijo, ¿cuánto hace ya de eso? Salieron muchos avisos en la prensa, fotos de los padres y del Mariateguito aburrido, quién sabe si con ganas de quedarse solo. Fuí golpeando las ventanas y la puerta cuando llegué a ella, muy duro. Entonces oí una lamentación que fué convirtiéndose en canción: "Pusiste luz al sendero/ en mi noche sin fortuna", que me trajo enormes recuerdos del veraneo del 64 en el que Mariátegui cantaba y cantaba su canción preferida, y yo anuncié: "Está, se acerca", pues más acá de la canción nos llegaban pasos empantuilados. Antígona golpió el suelo, ansiosa e impaciente. "Ya va, ya va", dije yo, "Ya viene".

"¿Quién es?", preguntó la voz del que sería mi primo.

"Solano Patiño", dije, orgulloso una vez más de mi sonoro nombre.

Hubo, al otro lado de la puerta, una perplejidad de pantuflas y llaves.

"¿Solanita?-dijo- ¿Vienes a visitarme? ¿A qué tal honor?". Y noté que en realidad estaba corriendo muchos cerrojos antes de que la puerta diera muestras de moverse, de abrirse para mostrarnos la triste cara de mi primo. No pude creer lo que veía, cuando me vió y amplió, con náuseas, su sonrisa. Tenía 16 años pero estaba medio calvo, con ojeras como picos de botella y sin un sólo diente en las

negras encías, pues abría 'ta boca, le gustaba verme. No abría todavía la puerta para no descubrir tan de repente esa imagen de su decadencia.

"Cielos, ¿qué te ha pasado, primo?", dije, todavía sin pretender franquear la entrada, un poco perplejo ante alguien que luciera un mayor deterioro que el mío.

"He sufrido mucho, dijo. ¿Quieres pasar?".

Antígona me empujó, haciéndosele la boca agua, y yo no fué sino tocarlo y él se derrumbó, dejando la puerta completamente abierta y Antígona entró y olfateó esa casa de salones amplios y derruidos, y yo todavía con la pregunta repiqueteándome en el cerebro, la pregunta a medio contestar, "¿Qué te ha pasado, primo?".

"Pues mírame cómo estoy. Mis padres nunca volvieron. Me dejaron la casa para mí sólo y nada de sirvienta. Todo lo hago yo. Y nunca salgo. Yo creía que sabías, hombre".

"No, no sabía nada, primito. ¿En qué te ocupas?".

"Oh, en nada. Pinto cosas. Toco la flauta. Duermo poco, como a destiempo, mal en todo caso".

Cerró la puerta.

"¿Quién es la dama?".

Pero yo he debido saberlo ya, por la forma de olfatear todo, por la manera como recorrió la casa en un dos por tres, que no iba a ser necesaria ninguna respuesta, como no fuera la que ella improvisó sin ningún orden: se le fué encima y comenzó a devorarlo de una.

Esa era la dama. Agazapada como un muchacho colocó sus rodillas en sus pobres brazos y lo inmovilizó y empezó por la cara, y mi pobre primito me miraba, sin tener ninguna explicación. No sufría mucho. Antígona ponía fin a sus males, y yo sentí un poco de celos. Era por mí que veníamos, ¿no?

Fué que ella no aguantó al ver el estado de descomposición de Mariátegui y se le fué de una. Yo recogí no sé de dónde un taburete y me sentí a admirar su demostración de habilidades. Quedaba, entonces, excluido de ese acto. Una vez más ella no se ocupaba de mí.

Sentado en mi taburete yo contemplaba:

Que Antígona había puesto los codos sobre los flaquitos flaquitos brazos de mi primo, las rodillas sobre sus muslos esmirriados, dejándolo, pues, inmovilizado. Empezó a frotarle las orejas hasta dejárselas rojas y luego se las arrancó a mordiscos. Siguió con la nariz, las encías, luego a lamerle la manzana de Adán, y él no protestaba casi, yo veía cómo sus ojos giraban por todo ese cuarto, cuadros de sus padres, fotos ampliadísimas de paseos y fincas, fusiles sin balas, yo sentado, asombrado, quieto, sintiendo cómo

mis granos ebullian. cohtemplando cómo era devorado mi primo y ella ni se movía casi. a no ser que su estómago bajara y subiera sobre él en la respiración agitada del que come con hambre. ¡Cuánto haría que ella no comía? ¡Qué pensaría mi primo. le abrí la puerta al primer visitante y me dejó entrar la muerte? Y no la muerte a secas, señores. la muerte en esa forma. Luego ella empezó a susurrar las palabras más amorosas del mundo y bajó la mano y le bajó el cierre relámpago de su Blue-jean Levis y tenía el pipí parado' Me levanté. muerto de celos. patí esa mano que agarraba el miembro en forma de pepino, enorme para su edad. Mi primo soltó un berrido.ella me voltio a ver con carne blanca y pelos negros en la boca y me alejé con una especie de resoplido de ballena o de tigre y tiburón. "Está bien. está bien". pensé, y me senté de nuevo. Ahora el que hablaba era él. Decía que le lamiera primero el pecho y que después mordiera. "¿Así?". decía ella, y acto seguido mordía, y él "Sí, así", y luego "Más duro", y ella "¿Más duro qué?". "La lamida, la lamida",decía él. claro. porque la mordida no podía ser, porque cada mordida era duro y debía doler terriblemente. Reloj en mano comprobé cuánto duró la cosa, hasta los huesos, hasta que ella no necesitó agazaparse sino reclinarse como en posición yoga y chupar los fémures exquisitos, los cartílagos de codos y rodillas, le dio una chupada a cada bola de cada rodilla, no dejó una sola sobra, un sólo desperdicio. operación limpiísima, limpiísimo el esqueleto de Mariátegui mientras yo sentía un río de agua hirviendo adentro y podía avergonzarme del olor que despedía mi piel toda, lista para ser comida, ella respiraba cada vez más espaciadamente y luego se echó sobre el esqueleto y reposó, y yo me paré del taburete, inquieto, y le pregunté:"¿ Y ahora yo? ¿Y yo qué?". Ella no me contestó: dormía. Sería posible que estuviera absolutamente repleta por esa noche? Vigilé su sueño. mientras mi cuerpo se pulverizaba casi, en vía acuosa, ella empezó a hablar de mares desconocidos y yo caminé por esa casa, las paredes habían sido derrumbadas o casi a puros hachazos, y ¡qué cantidad de fotos de familia! Cuando Mariateguito cumplió los nueve años, cuando los papás regresaron de USA y le trajeron revólveres de Roy Rogers y él apuntaba a cámara y ni una sola arruga, ni una sombra de preocupación en ese rostro redondo, llenito, ¿qué pensaría él que su suerte sería esa? Luego, escenas de veraneos, de pura dicha familiar, hasta que la casa progresaba y los rostros de sus padres se iban haciendo amargos y el hijo a no aparecer más en ninguna foto, hasta que contemplé aquella en la que emprendieron su último viaje: ¿irían a Suiza y se quedarían allá porque el hijo les salió demasiado travieso y ya no lo soportaban? Fama era de que fue mal estudiante, que empezó a perder año tras año, que no salía ya de la

casa. ¿Pero por qué lo dejaron solo? ¿Fue que lo buscó? ¿Fue que les propuso, los despachó, los injurió tanto que una noche se le fueron? No lo sé, y no lo sabrá nadie. Bajé por donde vine. Antígona me esperaba. parada, respirando inquieta y seguro asqueada al encontrarse dormida encima de sus... ¿de sus qué? Imaginé que sería igual al muchacho que despierta luego de masturbarse muchos días seguidos y abre el ojo encharcado en su propia vergüenza, no lo sé, ella tenía la cara atollada y el pelo enredado todo, grasoso. Y fui hacia ella corriendo y me le arrodillé, pidiendo. por Dios, mi turno. Me acarició la cabezota y dijo "Vámonos ya, se acabó ésto".

"¿Tienes ganas de dormir?", pregunté, aterrado, sintiendo ya lo que iba a ser mi despertar a solas en mi casa y mi muerte mañanera por descomposición. ¿Sería esa mi suerte, morir sólo?

"No, para mí la noche apenas comienza", dijo, jalándome el pelo y obligándome a mirarla, a verle la terrible dilatación de las pupilas y yo supe entonces que aún tenía hambre. Le abracé sus rodillas, agradecido, adolorido de tanto agradecimiento. Ella río desde arriba, desde la torre de su cabeza. Me creyó tonto. Yo me paré, avergonzado, me limpié el polvo, "Vámonos", ordenó, sin querer ni siquiera mirar por encima del hombro a la casa que abandonaba, yo pensé: "Abandonada la cree la gente desde hace mucho". Estaba yo en segundo de bachillerato cuando los papás de éste se le fueron. Nadie vendrá a buscarlo, nadie averiguará nada. Le dí una última mirada al esqueleto que reposaba tranquilo en el suelo, a los cuadros de familia y a las escaleras, y la casa toda me dio la aprobación y la licencia de que me fuera de allí sin preocupación alguna. No lo querían a mi primo, nadie. El mendigo que entró, años después, pegó el brinco apenas vió los restos y no se atrevió a robarse nada. Los ingenieros que entraron, años después, cuando en ese lugar se construiría un Hotel Internacional, adjudicaron total deterioro moral en ese hogar, pérdida de la razón, degeneramiento, locura y muerte por suicidio. Mariátegui, pues. quedó como uno más entre los suicidas de la ciudad.

Salimos de allí abrazados.

"Yo tengo otro sitio para tí", anunció. "Vamos ya".

Montamos al carro en silencio y nos fuimos de allí, yo para siempre, ella, según diría después la gente, se acercaría al lugar de tanto en tanto, no a menos de una cuadra, y la gente que pasaba se preguntaría qué hacía esa mujer hablando sola a un muchachito enfermo y abandonado que había escrito miles de cartas a sus padres sin localizarlos nunca, sin nunca obtener respuesta. Se preguntarían nada más, pero también caerían en la ternura de su cara cuando le hablaba al muerto, jurándole que ella había sido para él

madre y padre y que olvidara para siempre a los ingratos, y que descanses en paz. Los padres regresaron con los años, a la fecha en que se celebró la venta del terreno para construir el Hotel Internacional, y admitieron con total cordura la teoría de los ingenieros: muerte por desesperación y pobreza moral. Cosas de los jóvenes de hoy en día.

Surcamos, veloces, el terreno. No sé por qué quiso ella pasar de nuevo por la casa de la fiesta. Seguro era porque yo también quería, aunque no me habría atrevido a insinuárselo, presuroso como estaba de visitar el sitio de la escultora bohemia, cuanto antes. Frente a la inmensa casa blanca estaba Danielito Bang. Ella venía aminorando la velocidad cuando él vió el carro y se lanzó a correr como una fiera hacia nosotros, y ella se angustió toda, yo le vi la cara y le supliqué que no sollozara, y aceleró y casi que lo mata. A toda como íbamos pude observar que la grieta de la casa no había sido invención mía. Había entrado más gente, había más y mejor música y seguro el hermano de Angelita no cesaba en darse contra las paredes, así que la grieta tendría al menos, ya, una cuarta de ancho.

Yo le hice caras horribles a Danielito, y pude contemplar sus ojillos a través del vidrio, enloquecidos de miedo y soledad, y hasta intenté enmarcarlos entre mis dedos pulgar a índice para construirles una especie de gafas espantosas para su angustia, pero nada más. Lo dejamos allí, solo, en medio de la noche. Yo lo miré hasta que él cruzó la calle frente a la casa, se metió las manos a los bolsillos y seguro contempló también los progresos de la grieta. El y yo, los únicos. Besé el cuello de Antígona y nos internamos aún más en mi noche. Tinieblas de alma a todo dar.

Del carro me bajé con celos, recontragozando del estado partido de nuestro Danielito Bang. La animación de la fiesta había cobrado como un color blanco, infinito en el ambiente. Prácticamente, a esa fiesta ya entré con novia. Ya la podía mostrar, exhibir, si quería. La mujer mayor que es más bonita y más peligrosa que ninguna. La que manda y muerde si Uno se descuida, y mi vida es una impertinencia total, un sinsentido, y por eso se aprovechan. Pero es mía. Ella y mi vida, aunque soy otro. Pienso en tí, ante todas estas bullas. ¿Mañana te veré, me llamarás? Si mañana me despierto y no te encuentro la suerte se me pone negra. Bueno, no hay tiempo de más meditaciones. Entramos, cruzamos muy culiparados la sala en una pausa y tomamos asiento. Danielito, que no nos había saludado, se nos vino detrás pero caminando como para atrás, y hacía una curiosa figura de exclusión y miedo. Yo le dí una sonrisa apenas ocupó el asiento libre alfado de Antígona. "Va a hacer algún

escándalo", pensé, y observé furtivas miradas en las muchachitas. Lo que hizo Danielito fue intentar, lo vi, cogerle la mano a Antígona. Pero ella sacó uñas y lo amedrantó mirándolo, su voz, con la dulzura más grande en su mirada. Danielito me miró a mí, como si lo asombrara verme vivo. Yo a veces prefería no estarlo. Para qué, con toda esta zozobra, seguir mañaneando. No hay nada peor que el despertar en el que uno no advierte ninguna posibilidad mejor para el nuevo día. Si la noche durara siempre. O si uno no se levantara nunca... Pero mi noche se perfila gloriosa, acechante. Mi cuerpo se escurrió por esos asientos tan parados, buscando una posición mejor. Antígona tarareó la canción: "Oyeme Alicia, Alicia adorada", y me miró profundo. Yo casi la saco a bailar, pero medió pena, no con ella sino con el público. ¿Todos nos miraban? ¿Todos nos deseaban? Con ella que no se meta nadie, ella está esperando a que yo le dé la oportunidad para echárseme encima, lo juro por Dios, y no quiero testigos.

"Mejor vámonos de aquí", dije, con urgencia.

"¿A dónde?", inquirió Danielito, y yo:

"Ustedes sabrán".

"¿Te aburre?", preguntó Antígona, soñadora. ¿Tendría pesadillas? En todo caso yo no entraba en ellas.

"¿No les parece que hay mucho policía?", dije, como por no salir con nada, o mejor con todo lo que deseaba en esos momentos, con todo lo que sentía. Me dolieron las piernas, que se me retorcieron como con ganas de que alguien les hincara el diente. Me sentí como novicio de una gran orden, único en el mundo con la revelación. Allí se respiraba mal, las niñas quinceañeras, las más feas, sudaban muchísimo, a pesar de todas las cremas y polvos que se echaban para disimularlo. Además la imperturbable espera, el impávido orden de los policías, segregaban un humus especial en el ambiente: con olor a cabeza sucia con aceite para limpiar las armas. Mi cuerpo empezó a rascar y yo me contorsioné en ese asiento, con las manos trabajando en la espalda y en los hombros. Antígona se dió cuenta de lo que yo sufría, pero no me hizo caso, siguió tarareando la canción:

Oyeme Alicia

Alicia adorada

yo te recuerdo en todas mis parrandas

Esa canción me ponía muy triste a mí, me hacía recordar llanuras vastísimas al atardecer y yo cogido de la mano de mi padre, y mi mamá, más adelante, diciendo chistes. Eran los días mejores en los que yo, un niño, no tenía aún responsabilidades que no pudiera cumplir. Me despertaba y eran caricias, y así la pasaba el día y al

acostarme más caricias y ángel de la guarda, mi dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día, y siempre el aire estaba cargado de un ambiente de rosas un tantico pasaditas y de rábanos, cómo no, de esos rábanos que yo mismo sembraba en la huerta y antes de los 15 días ya los estaba cosechando, oh, la emoción que sentía cuando el rabanito se desprendía de su tierra protectora y venía a mis manos, rojo y redondito, reluciente casi. Oh, que días aquellos. ¿A dónde se me perdió todo? ¿Alcanzaría a recoger todo eso en una sola noche? ¿Ganitas que me dieron de regresar donde mi madre? No, ya era cuestión de destino, y bien cruel iba a ser. Mi madre no me volvería a ver nunca más, de eso estaba seguro. No se ha debido portar así conmigo, no me ha debido dar celos ni ha debido ser tan joven y bonita; así uno sufre mucho. Pero realmente yo no sufría en esa fiesta. Atento estaba a las miradas, a los comentarios de la gente que pensaba: "Ya tiene compañía, ya no le hace honor a su nombre". Pero para qué un nombre que no dejará nada a la posteridad, menos, tal vez, el recuerdo que tenga de él su pobre mamá. Sentí una rafaguita de felicidad y me paré, palpando mis rodillas.

"Bueno, yo me voy", dije, oyendo murmullos en el piso de arriba y después, golpes. Antígona se paró. Danielito también. "Oh, no, pensé, ¿él va a venir con nosotros?"

"El viene", dijo Antígona, como si, ya lo saben, como si me hubiese leído mis pensamientos.

Y me cogió la mano y así cogiditos salimos de esa pista cuando la canción se acababa. La fiesta estaba mejor antes de salir de ella: ahora nos vamos yo y mi amor a tierras más prometedoras. Mientras cruzábamos la pista oí llantos arriba, pero ya en la puerta se oían era correteadas y una expresión de pánico y de protesta, y después, pude sentirlo, la casa se movió: alcé a ver la grieta y era que progresaba. Danielito la estaba mirando también y cuando bajó a verme, se le salió una sonrisa. El y yo éramos los únicos que sabían, y hemos podido avisar: "Se les va a caer la casa encima", pero no: miramos a los policías, tan fuertes, tan potentes, tan seguros, y sonreímos malignamente saliendo de allí, con Antígona guiándonos ante el carro que parecía insignificante debajo de esa luna. Pero hasta que arrancó, porque Antígona lo hizo a toda, chillando de la alegría, hasta la sexta. Yo pensé que parecía borracha de las películas, pero nosotros no bebíamos. A espíritu envilecido no le entra la degeneración, no le consigna.

Yo me aferré al asiento de adelante. El pobre Danielito sufrió otro trecho. Agarramos sexta arriba, sintiendo todas las emociones por dentro. Tuve visiones del mar encrespado, de seres anfibios

conducidos hacia la sequedad por la resaca. Mi cuerpo ardía en la putrefacción, era como si me hubiera amarrado íntegro mi cuerpo con un cordel muy delgadito, casi invisible y de color amarillo, y de cuyo contacto con la piel resulta un dolor muy espantoso para el ser humano. La dicha me alcanzaba, sólo que a veces yo iba más rápido que ella. Y a mi lado Antígona, y detrás el dulce y triste Danielito Bang. Dentro de todo esto que con dificultades voy narrando se le amaba mucho a Daniel Bang. Cómo no ante su digna y desesperada y flaquísima figura, y la melena revuelta, dura y retinta y maligna, y en días de sol la felicidad que poseía a Daniel Bang, la de saltadera y alegre que le daba, se metía incluso, con la gente, recitaba-poesía envuelto todo en estricto vestuario de anarquista de comienzos de siglo. Pero estábamos en plena noche y ésta, de seguro, no era la suya. Ni la mía ni la de nadie, excepto Antígona, quien tenía la cara como de estar descendiendo por el pozo que conduce al centro de la tierra, en donde también hay mar.

1970-1976

Hasta aquí, el manuscrito de Noche sin Fortuna. Junto al texto, hemos encontrado fragmentos de otras versiones incompletas acerca de la saga de Danielito Bang y el resto de personajes que deambulan por la historia. Estas versiones están interrumpidas. varias veces. por reflexiones sobre el texto, descripciones autobiográficas y un buen número de asociaciones producto de la escritura automática.

En la página donde hacemos un llamado con un asterisco t), Andrés hizo una prolongada interrupción de su manuscrito, para recapacitar sobre el texto yrecapitular con un párrafo que consideramos digno de incluir.

Así mismo. publicamos una segunda nota donde existe una descripción de la "pre-historia" de Danielito Bang, hasta concluir en la "propia historia" del autor. Por considerar/os parte constitutiva del relato. las incluimos sin ningún tipo de recapitaciones. ¿No son estos distanciamientos otra manera de "colarse" en lo narrado?

S.R.R. y L.O.

"Oh. interrumpo esta pagina para pensar que escribo sintiendo un vacío en el estómago y un dolor en la espalda. escribo porque la máquina es suave y porque hay gente pendiente del teclear de cada letra, de mi intento de unir las letras para formar palabras. palabras que tejan un sentido, una verdad y que sean. además. bellas. ardientes en la aridez de mi pensamiento, hoy. sacando la cabeza por uno de tantos buses. pensaba: "No seré capaz de escribir más". lo mismo que tantas veces de negra melancolía y arrepentimiento, y pensé también en esa frase de mi crítica a "Edipo Rey" que dice... "Y ahora. irrecuperable ya la calma ...". y yo pensé en lo que podría decir esto en mi vida. en mi carrera, carrera contra el destino, como quien dice, y no me horroricé en demasía. no como en las madrugadas, hasta recibí buen aire por la ventanilla del bus y sonreí. ¿Sonreí porque no era verdad lo que pensaba o porque también podría pensar ya está hecho, no hay caso? No lo sé. Si interrumpo este teclear se va a crear un vacío, una falta de algo en esta oficina. Seguro que todos pensarán "Cómo escribe el muchacho, cómo". En lugar de estar escribiendo esto, interrumpiendo páginas de una novela a la que ya no tomo con las ganas de hace seis meses. debería continuar el diario de reflexiones sufrientes en torno al cine que comencé en Los Angeles

(escribo Los Angeles y no L.A.) para alinear más palabras, quién sabe cuántas otras construcciones no dependerán de esta pobreza, de esta abundia, no, no muchas, aquí se está bien porque el calor no entra y la máquina, ya lo dije, es suave, y varias muchachas pasan y una me mira desde un aviso al frente mío, miró a cámara y me mira ahora, ja, qué chiste, podría estar escribiendo la versión definitiva de la crónica de Cartagena, pero de tanto pensar (pensé poco) inventé impedimentos: concentrarse sólo en tres o cuatro films importantes (lo que requeriría una detención crítica en cada uno de ellos que en este momento no puedo) y despacharen líneas muy breves los otros. Cambio total de la orientación del artículo, mejor dejarlo para otro día, qué gracia, he puesto "106" arriba de esta página, cuando esta página (otra repetición para ganar espacio) no pertenece a nada, supongo que no la botaré pero arrumada quedará a una pila de papeles que irán cobrando esa horrible textura que noes de mugre ni de polvo común, que es la textura mía, las cosas que voy organizando, uno como polvo viejo, como hollín de ladrillo y aridez en todo el cuarto, en cada papel, en cada mueble, esa soledad que van tomando las cosas, mis muebles (dos o tres) en su disposición, entrar a mi casa, pasar por ellos y ver que no se tiene nada allí y que allí no espera nadie, oh, ¿tendré en este momento la misma tristeza que me amarraba en Medellín? ¿Podré sufrir igual de rico ahora que escribo estas líneas o cuando le hacía la larguísima lista de sufrimientos a mi mamá, en esas cartas que escribía acostado, enfermo, llorando, y que al mismo tiempo que a mi mamá estaban pensadas también para el padre prefecto, a quien sabía yo que les pasaría censura y que no dejaría llegar a destino? ¿Cómo hacía yo, entonces con esas cartas? Los eucaliptus azotaban mi ventana, eran muy feos de noche, leí "La Casa Usher" la primera noche allí y al despertar no pensé en otra cosa sino en que "No iba a resistir allí una noche más". í-le oído que pronuncian el nombre de Andrés. ¿Serán que se esmeran para traerme trabajo? ¿Responderé bien si me traen un trabajo? "Aquí tiene usted este jabón Varela, sáquele una máxima que lo haga popular", ja ja, no me dirían eso, esa frase es como de película argentina sobre la publicidad, esas que yo tanto pongo de ejemplo sin conocer a fondo. En realidad no conozco a fondo nada, ni el inglés, ni Poe, ni Hitchcock, ni las artes de la escritura. He pensado en tomar una página de "Hablemos de cine" y copiarla tal cual, con notas a pie de página y todo para quemar tiempo, siquiera que llegara rápido el día o la noche en la que me toque comenzar a levantar y diagramar los textos definitivos del segundo número de "ojo al cine": allí sí sería trabajo duro y yo justificaría mis días, el dolor quemante, el horrible dolor que siento cada vez que le pregunto a mi mamá que qué ha hecho, y ella me dice, pujante: "Trabajar". y yo que el día anterior no más he malgastado mis fuerzas hasta amanecer hoy con un dolor de espalda que me hace pensar en el dolor de riñones o de columna de Luis, he malgastado mi entendimiento hasta amanecer hoy con baches en la memoria, y yo que me hice la promesa, esa y muchas más, de nunca más quedar en estado lamentable, y de no dar un espectáculo lamentable, palabra repetida, en qué pensará el loquito Mejía ése. el pepo al que se le murió el hermano. en qué pensará cada vez que se para. que lo

dejan parar en la sexta a ver peladas o pelados bonitos, en qué pensará de saber que está loco y que la mamá lo tiene encerrado por las pepas, porque un día se metió una de más y ahora las ideas, las conclusiones, no le llegan cuando las necesita. ni sabe bien cuándo es que las necesita, y la palabra única no la piensa, ni sabría cuál es la palabra única (copia de Mailer esto último, un poco, y reminiscencia de frase anterior). Voy a escribir una página más, la famosa "I 07". Andrés jura. Hernán acaba de decirme que leyó algunas páginas de "[Que viva la música]" y que nota algunas fallas de estilo, caídas, que de pronto soy yo el que me entristezco y no la pelada. lo cual puede ser válido, dice que yo interrumpo la primera persona de ella para meter mis comentarios, lo cuál vale la pena que me ponga a pensar. Escribo no del todo sinceramente. Estoy en un problema con el cuento, necesito sacarle; una copia para mi uso, y... Hernán no pudo conseguir al tipo que me lo ha podido hacer, voy a tener que enviar eso hoy porque mañana es ya martes santo y puede que no llegue, puede que no llegue, no lo sé. Decía que escribo no muy sinceramente porque no estoy de acuerdo, del todo, con las observaciones de Hernán, aunque son brillantes. He recortado las bases del segundo concurso de novela de Nova ro México, dan 125 mil pesos mexicanos que serían como 260 mil pesos colombianos que serían como qué, ¿cómo cuántos dólares? ¿Podría tener yo una novela para octubre de este año? ¿Tal como va Danielito Bang? ¿Y el pobre del Solano Patiño? Escribir cosas como las de ahora me gusta, podría hacer una especie de gran cuadro a través de una sola conciencia pensante, pensando y muy sufriente, que vaya cogiendo manifestaciones de la juventud, locuras, paisajes, culturas, muchos títulos de muchas cosas, y así, en espacio corrido y mi papá no tendría oportunidad de decirme que lo que escribo son cosas sujetas a la moda y pendejadas. Escribiría una novela como la de Juan Benet, renunciaría a mi picaresca, a mi narración de hechos en forma muy lineal, a mi sentido o intuición de lo clásico. Sería más fácil de escribir una novela así. Pero escribir algo, carajo. Pienso que es bueno que Germán Cuervo venga en esta Semana Santa. Ojalá que encuentre yo algo que hacer, algo que ponerle a hacer, que no vaya a ser la misma pobreza de siempre, que no vaya a ser. Dormiría en mi casa, y eso me gustaría. Puedo irme ya, puedo levantarme de aquí, pondría mi paquete en el correo, tendría libertad y me sentiría un poco como en salida de colegio, iría después al mercado de las pulgas a ver cómo van las cosas y ya me van dando ganas de darme en el coco, qué loco, qué tarde la que hará afuera, es mucho más fácil decir así las cosas de corrido, muy buena forma pero muy mal contenido, como diría con crítico capitalino, tengo que dejar en claro la programación en 16 con Rochaix y con el TEC (Tratamiento Electro Choque), he debido conseguirle el texto de la bendición del hogar a Luis, que lo necesita para la película. Qué dolor de espalda el que tengo. Pobre Solano Patiño. La resurrección de Danielito Bang. Que fuera acumulando sufrimientos insoportables. Sola nito, y que yo se los organizara y se los pudiera narrar, que llegara cuanto antes a la casa de Antígona y allí se lo comieran todo, que muriera, que muriera rápido, que pudiera empezar una mañana de prima vera (aquí no la hay) el capítulo narrado por la madre de Danielito

Bang, un capítulo sin otro propósito que el propósito de la poesía de David "Jerusalén": la descripción de la dicha. Sé que ya me voy a levantar. Que vengan las fuerzas a mí, que vengan, ahora que salgo de aquí a dejarlas, una vez más, por allí tiradas, las dejé. Sí. Soñé que la trama integra de "Psicosis" se volvía contra mí de la siguiente manera: en el film, el crimen había quedado impune. En mi sueño, yo era de alguna manera la proyección de Anthony Perkins y tenía detrás de mí, a toda hora, un detective que estaba seguro de mi culpabilidad: pero el detective no era Martín Balsam sino el "cara de nalga", el psiquiatra que explica todo. Mi sueño fué de final feliz. Logré salirme de las garras al policía y formé como una especie de valle feliz con una amada a deshora. Desperté no muy mal, con la conciencia de haber dormido muchísimo, y siempre con el propósito de empezar una nueva vida en este nuevo día. Ayer incumplí una cita para ver *Spartacus* por caer tirado como a las nueve pm .. borracho. Hoy anuncian ¡*O luck y man!* en la Sala de Auto y Ensayo. Supongo que tendré que ir, puede que sea la oportunidad única de verla de nuevo. Escribiré sobre ella, de la siguiente forma:

a) Situando a Lindsay Anderson dentro del cine inglés, en carácter de clarísima superioridad. Leer sobre "Free Cinema" y textos varios. Intentar conseguir el libro de "Studio Vista".

b) Analizando las formas como la película se va desarrollando en espiral, evitando hacer una lucidísima reflexión-descripción sobre el mundo de hoy, más bien tomando sus "tópicos".

e) De allí, anotar cómo la película opta por ser una reflexión redonda del más alto goce alcanzado por el hombre: la terminación de la obra de arte. Anotar todas las referencias que suscita, aunque me temo que ellas sean inconscientes y al enumerarlas, muy subjetivas. No importa. En todo caso son muchas.

No ha dejado de dolerme la espalda. Entré a una droguería, pero no me atendieron rápido y yo dejé que un pensamiento negro se apoderara de mí: "no, me venden un sedante o algo que no corresponde a mi dolencia". Me fui de allí sin ser advertido, y cruzando la calle pensé: "Para eso se llama a un médico", cosa bien contradictoria, pues yo detesto a los médicos. El camino hasta esta máquina de escribir no lo hice en soledad, aunque la persona con la que me encontré me mostró un camino más corto y muy fragante (la ruta del Berchmans) y que a mí me hubiera encantado recorrerlo sólo. En el apartado aéreo no había nada, y la sexta fué árida y ardiente. Se me ha ocurrido, una vez más, retomar el "PRONTO: Diario de una cinesifilis", en forma de novela. Sería muy fácil, la pura verdad, muy de corrido.

Danielito Bang nunca fué perfecto. Por más que en clase no perdiera un segundo de atención al tablero, por más de que no pasar clase sin replicar a los profesores que nunca le replicaron, pues, sabidos ya de sus hazañas, por boca del rector y los prefectos, y habiendo tenido ellos mismos la oportunidad de corregir los exámenes, impecables, todos, le temían. Yo lo observaba en clase, su frente alta y recta, su atención, y fui descubriéndole que realmente no atendía del todo, que entre chirrido de tiza o estornudo del profesor, se perdía. Recuerdo la vez que llegó tarde, que entró a clase a la segunda hora del lunes. Giménez estaba que no cabía de la satisfacción, pues venía peleando con Danielito el diploma de asistencia, cuando se dió cuenta que no tenía chico de ganarle en nada más, pero por lo menos en ése, que no dependía de la sabiduría sino de la quietud y calma que cada uno guardaba. Nadie preguntó, pero todos esperaban que Danielito entrara, había como un ambiente de disipación en la clase, desde que el profesor Romero llamó a Danielito, el primero de la lista (¿por qué no teníamos ninguno de apellido con A en esa clase? ¿Por qué hasta en eso tenía que seguir siendo el primero?), y nadie contestó. Repitió, su nombre sin levantar los ojos. Silencio. Los levantó y observó el pupitre vacío. No preguntó nada, aunque quiso. Sabía que no era prudente iniciar conversación sobre el alumno estrella del colegio, que a pesar de todo no era Jambón ni se permitía sonrisas ni confianzas ni confidencias con ningún profesor. Ni director espiritual tenía. No era perfecto, aunque en un centro literario armara el gran escándalo por el trabajo de diez páginas: "Cómo bastarse a sí mismo". ¿En qué era que pensaba entonces, cuando se ensimismaba y no atendía clase? ¿En él? Imposible. Hasta que esa mañana llegó, a la segunda hora. Pero entró precedido del padre rector, y Giménez hizo mil caras de satisfacción, relamiendo la falta que habría cometido Danielito. "Imperdonable", pensé yo, "Falta imperdonable", y sentí pena por él. Venía con la mirada perdida, como volteada sobre sí mismo, mientras esperaba a que el padre rector hablara. El padre se paró en mitad de la clase, el profesor de Historia carraspeó en señal de que se debía hacer silencio, él el primero, y el padre habló "El señor Bang" tiene

disculpa justificadísima. No se le conmuta ninguna falta de asistencia. Puede seguir, señor". Y Danielito caminó orondo, entre el sonido que hacían los cuellos de los alumnos que volteaban a ver a Giménez, que había quedado azul, con la cara confundida con el color de esa hermosa mañana de verano que nos había traído al buen Danielito retrasado y que ocultaba a todos el motivo de su tardanza, que todos imaginaban, de cualquier manera, sublime y excusable. Giménez terminó ese año entre calificaciones más bien mediocres y al otro se salió del colegio, se metió al Pilar, en donde hoy es uno de los mejores estudiantes. Danielito puede que supiera los motivos de su rivalidad, pero no les hacía caso. Entraba muy silencioso a clase, jamás conversaba, aunque nadie por eso se le ocurrió buscarle pelea o llamarlo tonto. No conversaba, pero sonreía, y había períodos en los que la clase entera como que se ponía de acuerdo para arrancar una sonrisa de esa cara plácida, en momentos en los que el estudio se ponía duro y se hacía necesario una sonrisa de Danielito, la más bella del colegio, sin ninguna duda, para que todo volviera a la normalidad o al menos se le diera buen ánimo a la vida, cada día más dura. ¿La vida fué dura para él, en ésos días? Yo creo que sí, a pesar de todo. Hasta que empezó a llegar con el pelo chamuscado, con arañazos en la frente y en la nariz, hasta que una vez se quedó dormido en plena clase, y yo, su compañero más próximo, lo tuve que mover y despertar antes de que el profesor lo advirtiera. Abrió los ojos y me sonrió, a mí no más. Luego siguió escribiendo en su cuaderno como si no hubiese pasado nada. Yo me sentí maravilloso todo ese día, y saqué una calificación muy alta en los exámenes de álgebra e inglés. Todo gracias a la sonrisa de Danielito. Nadie supo nunca que me había regalado esa sonrisa, y cuando le llegaron verdaderamente los malos días yo estuve siempre cerca de él para consolarlo, una palmadita en el hombro le bastaba, estoy seguro. El pobre nunca fué perfecto, aunque tenía la fibra de la perfección dentro de él, y sufría, una vez encontré un cuaderno escrito, no me da pena confesarlo, que en un recreo me metí a la clase y le esculqué su pupitre y le encontré una hoja escrita por lado y lado en la que explicaba lo que pensaba al levantarse, después de no haber dormido más de dos horas y de perder el día anterior, completamente perdido, suspiraba casi en el papel, perdido, un día más perdido, perdido, perdido... ¿Se habrá encontrado, Danielito? Quién lo vé ahora parado en las esquinas y quién con qué vergüenza puede juzgarlo, quién puede gritarle vago o loco o degenerado después de haberlo conocido. Yo lo veo y él me ve y ambos pensamos nuestras cosas, yo pienso en él y él me vé y piensa en él, también, esa es la diferencia. Pero los muchachos lo ven parado en esa

esquina, con la ropa sucia, con los pantalones horriblemente mugrientos amarrados con una cabuya, y hasta le gritan cosas y él oídos sordos, hasta silba o mira al cielo. A mí no me gusta verlo así, con esas ojeras tan profundas que parecen bocas de los ojos, labios correosos. Pagaría por saber con qué fué que se topó, en una de sus noches, que lo dejó así, sin interés en el estudio ni en el futuro. Y pensar en lo que prometía su futuro, en las veces que salió su nombre en los periódicos, que el joven que intenta revolucionar el mundo de la física, el joven que resolvió el nuevo teorema, el joven que se sabe "Paraiso Perdido" de memoria y lo recita con entonaciones. Qué la habrá pasado, me pregunto. No hay día que no lo piense, que su imagen no me cruce esta pobre cabeza mía que no da para nada más, que nada más me trae. Mentiras, para qué digo esto sabiendo por las que debe estar pasando el Danielito. Y con su perdición, fué desapareciendo gente del colegio, muchachos, la pura verdad. Hasta que el padre Rector anunció que iban a expulsar a Danielito por malas conversaciones y por ser una influencia nefasta en los compañeros, y a los alumnos les pareció raro, pero no mentira. Se habían acostumbrado a imaginar fácil cualquier noticia que les dieran de Danielito. Dicen que cogió a este muchacho, Solano Patiño, y que lo volvió un ocho, al que se suicidó o tomó la droga más rara del mundo y se fué a morir en el lecho de sus padres, qué cosa tan horrible, dijeron que todo había sido culpa de Danielito y que por eso lo expulsaban. Además, que lo habían visto en muy malas compañías, con una mujer mayor y todo eso, una mujer que le daba paseos en carro.

Acabo de defecar a deshora. Buena señal de que me desintoxico. ¿Y si llamar al Sr. R. a reportearme cada tarde, a las seis? A decirle vea, paso otro díasin ceder a ningünembrujo, estoy bien, duermo bien y me acuerdo de los sueños. Quiero contarle que anoche soñé que me habían suministrado un ácido sin darme cuenta y que, pues, los sueños los tuve según esa óptica, y que sentí que la cabeza se me hinchaba y cosas así, las corrientes. Como cuando le bajan el volumen a la música, a Cualquiera, y yo siento que el mundo baja de volumen y aún más, que se desinfla. No es agradable la sensación, creánme. Aunque la tengo desde que era muy chiquito. Me acaba de llamar Osear a invitarme a "Bonnie & Clyde" y yo no sé si ir, realmente no sé si ir al Autocine y sentarme en el pastico cerca a la pantalla y tener todas esas molestias y tal vez que a lo mejor me ofrezcan y que C. piense que qué me pasa, por qué no

acepto. Estoy todo torcí, puedo decir. Qué tal escribir todo un cuento con muchas abreviaciones, comenzar con los nombres propios y luego con las palabras prohibidas, las que se fijen como tal, porque, ¿quién va a leer este escrito? ¿No te sientes muy mal o al menos muy curioso escribiendo por el mero hecho de producir ruido de tecleo? O tal vez si solicitara un sistema diferente. Que puedo venir martes y jueves y ver qué trabajo amontonado tengo, no estar viniendo y no hacer nada cuando podría quedarme bien en mi casa, terminando de leer esta novela que tengo a mi izquierda y que no puedo leer aquí, porque mi trabajo aquí es escribir y no leer, y no me dan nada para escribir y no me resulta el tiempo. Mañana tengo que estar en la U. (Otra abreviación) a las 8 A.M., como quien dice tengo que levantarme a las 6 en punto, y si no alcanzo a venir, y si no alcanzo a llegar temprano entoncesqué, llamaydecircomola vez pasada que no puedo, que no puedo estar allá, que no puedo ir a trabajar y que me digan no importa, no hace falta, todo está bien. Mientras esta máquina esté sonando, me siento protegido como por una cortina de humo, y eso está bien. Mientras mis dedos estén produciendo ruido... suben mujeres. yo me descruzo de piernas para quedar en una posición más sugestiva... ¿servirá esto que escribo?... me miran las mujeres, las veo bajar las escaleras, veo también a la niñita esa que me gusta, quees toda suavcecita y elegante y finísima en la línea de las caderas. ¿Qué hacer para cuando tenga un trabajo de la revista, qué máquina eléctrica utilizar? Son las cuatro. Ya Se ríe la tonta de Marta, al fondo, con esos grandes dientes. Siento cosas raras atravesándome la nariz, eran cuatro o seis las páginas del concurso de cuento? Seis, creo. Ya van siendo días de fallos. Que no sean de fallas. Qué vulgar está el juego de palabras en este mundo de la publicidad. Esta mañana ví un aviso que decía la bárbara para su barba, qué bárbaro. O que el que hace de compañero del marica de la cárcel se me hace parecido a John Paul, el homosexual-arribista-escritor de Los Angeles. Ya no sé ni lo que hago, yo no sé ni lo que digo. Sólo llevo una hora de trabajo. Legalmente me faltarían dos, pero casi nunca cumplo el horario. Aunque hoy llegué temprano, a las 2 y media. Aquí sube de nuevo. Sabe que me miro al espejo cada dos segundos y sube a observarme. No tengo paz en este castillo. Esto se llama seguir el método de W. S. Burroughs para la novela. Escribir automáticamente, sin que nada nada nada importe, sin que haga falta narrar verdaderamente nada. ¡Maaaarta! gritan. Me está invadiendo una somnolencia. ¿Dejo caer la frente sobre estas teclas? ¿Qué esperas para comenzar a escribir el cuento sobre el chico ye-yé, qué esperas ah? Comenzaría con estas dos palabras: De todos, yo fui el primero... Ya ves: me salieron seis. Esto está peor que la

situación en la que se encontraba H. Miller cuando tenía la persona que le daba comida y dormida con tal que él le tuviera mínimo 3 páginas escritas para antes de acostarse. Si yo hubiera sido mujer con mucho gusto le habría dado el culo: por lo menos habría sido más fácil que escribir las páginas que él quería. Me han dado ganas de mangos verdes, y está bien. Es como si volviera a ser niño de nuevo. Sí, siento que mi estómago sufre transformaciones. Anoche, en medio de un calor terrible, sentí que me abrían de piernas, me metían las manos al culo y me sacaban por allí las tripas. Me desperté, abotagado por el horror de la sensación. Algo parecido siento ahora, despierto. Pasa el tiempo. Y yo escribo lo primero que se me viene a la mente, sin ninguna selección, cuando tengo tantas cosas pendientes: crítica de *"Billy the Kid"*, *"Gritos & susurros"*, *"Los Libertinos"*, *"La clase obrera va al paraíso"*, *"Gimme Shelter"*. Por lo menos éso. Tengo que cumplir con mi deber. Que venga rápido el viernes, que salte sobre mí como una fiera. Pensé en Bioy, bendito sea. No pasa el tiempo o es que viene Luis aquí, a traerme buenas noticias. Archivo pequeño, pequeña farsa y fauna y flora del río. Peter Yates. Poder escribir "no se puede más", como G. C. I. qué tal la satisfacción que se sentiría al poder escribir eso. Darle consejos, pobrecito. Tengo a Solano Patiño con su destino suspendido en mitad de la noche sin fortuna, y su noche no me da pa más. Tengo a Antígona sin poderlo terminar de devorar. Tengo a Danielito Bang tirado del carro, dando vueltas como un loco por la ciudad, y sin encontrar consuelo. Tengo ganas de salir ya, o irme volando en ayuda de Danielito, anda a descargarte, no sea que te cojan y te encanen, feliz que vas con tu cargamento de destrucción en el bolsillo, si vas por mitad de calle que te encuentren mis palabras, ¿eh? Vas con un cargamento de destrucción el bolsillo, no te metas conmigo, esa destrucción tibia, roja, apretada, dulce como la hoja más dulce del té maduro pero capaz de volver corroñoso el cerebro más limpio, más lují lujá. Yo lo tenía brillante, ahora lo tengo agrietado, sería bueno que tina vez te diera la tembladera y la pálida, ¿me oyes?, y la pérdida del equilibrio, y que no tuvieras en quién apoyarte, que cayeras al suelo y berriaras allá, hermano, para que veas lo que es estar desamparado y sin utilidad, sin sentir el alma en cada hueso, en cada hueso mío, ayudando a comprenderte, niño rico, Julius. Vivíamos entre guayabos y olor de lecheros, despertados por el primer gallo y el mugido de las vacas que llamaban mamá, acostados por el frío y arrullados por el deseo de calor de cada uno de nuestros cuerpos. Así quisiera situar a Danielito y a su madre, en días de eterno veraneo. Eso es parte del capítulo que me espera, también, el día, apenas salga de la noche sin fortuna. ¿Supongo que

ya te estarás torciendo, no? ¿Cómo ven~rás ahora, carg~do, ese proyector y con los ojos en la nuca, perdiendo ya, su foco. ¿~orno estarás? Nos alentaban los días de sol y en los días de lluvia nos volvíamos muy creativos con la tristeza. As~ éramos, ~con la tristeza se nos venían las ganas de crecer, de Jamas llegar a viejos. Me siento mejor del estómago porque he comido limón, ;so está muy bien, limón para el trabajo, que llena y balancea el estomago y todo lo unifica. Qué sentirá, al llegar a Cali, de Bogotá, el borracho que intenta regenerarse y ve como todo lo que lecaealacara y pasa frente a sus ojos lo llama a la beba, a dar el primer trago, que le huya al calor, que se anime, que aprenda, a vivir, cuando sabe que en ese ánimo se le va la vida toda y todo lo perderá. No intentes regenerarte en Bogotá, borracho, que cuando llegues a Cali caes.¿ Ya estás aquí, con proyector y todo? ¿Ya estás en tu figura huesuda.' alum?rado público? Avanza el tiempo, y yo hundo las te~as de ~1 trabajo. r;e mi oficio. Si no escribes estás jodido, así me dijo el señor R. Y razón tenía. El señor Reproche. La mujer que me gusta tiene nalgas grandes, no voy a dudarle. Pero me conquistó. por la man.era como mueve los codos, como balancea los brazos mlenr~s camina, Y P?r la dulzura de su cara, de sus cejas negras,de su sonrisa. Todo ~s mio y todo me anima, como diría mi siempreviva. S~rás el sol y el libro Y volverás a cantar en tí, esto va dedicado a rm hermana, q~e me escuche, Rosario, escúchame a la distancia, en tu verano lejano Y ardiente, escúchame, ¿qué haces, qué estudias? ¿Contacto hech~, verdad? Entonces hablo. Tengo una carta, un sobre cerrado para u, una carta que jamás enviaré, 3 páginas terribles que escribí pensando en tí, porque sólo tú me podías escuchar, P?rque por haberte fallado a tí sufría, porque mi vergüenza era lmagmar.que me vieras, que me avergonzaras con tu lástima y con tu de~epcl0n y a~l todos somos Julius, y sufrimos, y sufrimos, y todos quieren que slgam.os. Cae la tarde, la luna que vendrá a nosotros. Pasa de nuevo, mujer: porque me gustas. ¿Te doy un pase para el Cine Club? Un pasea m~ corazón, te lo diría mejor, así tengo una muralla ~e hum? a ~1 alrededor y nadie, nadie se quivoca con res~ecto a ml., Gracia~ a u, Antígona, que me elegiste de sólo posar tu mirada en rm ~me dls-e el entendimiento, la inmediata comprensión de que me habias el;gldo: y de que en ese acto se me iba, está b!e~, digamos, rm razon, mi orden, mi especial modo de ser con la disciplina q~e con_funde ~amis compañeros, a mis seres queridos, ya no más queridos st te q~lero a tí y los comparo con ellos. Erraré por est~s calles y te b,uscare hasta encontrarte, hasta que sientas una vez mas deseo de rm, dese? de la carne fresca que te consigo. Tengo para tí muchachos :ubl~s, de bolas infladas para que mordisquees y chupes y soples st te sientes

asesina. Búscame y encuéntrame, te Jo suplico. No me dejes más en este andén, sufriendo las burlas de mis conocidos, de Ja gente que me mira y tiene que comentar, tiene que contare inventar canciones de Ja que llaman mi decadencia. Pero cómo va a ser decadencia si tengo un motivo tuyo entre mis cejas, entre mi árbol del pan, mi cinturón de hermes, averiado y todo pero férreo en tí, si lo hubiera utilizado para amarrarte, para golpearte en la cara y azotarte la espalda cada vez que me fallaras, cada vez que olvidaras darme Ja oportunidad de probarte que yo no te fallaré jamás, Eva primigenia, que me encontrarás en esta esquina a la hora que te dé Ja gana divina, Ja gana hermosa de venir a mí y está bien, parar tu carrito Simca, abrir Ja puerta, tenderme Ja mano, reclamarme, ayudarme a parar, yo me desgondaré y dejaré que me sobes la cabecita, porque me lo merezco, porque he esperado mucho y he sufrido, me sobarás Ja cabecita y me besarás el cuello y me dirás las mil razones de tu necesidad de mí, me instruirás, me indicarás en la dirección que ahora quieres ir, Ja edad de las víctimas, se me dá un pepino que seaú, en realidad, Jos mejores amigos míos. Ven, ven por mí.

A. C.

INDICE

PROLOGO	7
CALICALABOZO (Cuentos)	27
- Infección (1966)	29
- Por eso yo regreso a mi ciudad (1969)	33
- Vacío (1969)	36
- Besacalles (1969)	38
- De arriba a abajo de izquierda derecha (1969)	43
- El Espectador (1969)	53
- Felices amistades (1969)	60
- Lulita ¿que no quiere abrir la puerta? (1969)	65
- En las garras del crimen (1975)	75
- Patricialinda (1971)	88
- Calibanismo (1971)	98
- Los dientes de Caperucita (1969)	106
- Maternidad (1974)	120
- Los mensajeros (1969)	126
- Destinitos fatales (1971)	131
ANGELITOS EMPANTANADOS O HISTORIAS PARA JOVENCITOS (Cuentos)	133
- I. El Pretendiente (1972)	135
- II. Angelita y Miguel Angel (1971)	162
- IU. El tiempo de la Ciénaga (1972)	196
NOCHE SIN FORTUNA (Novela)	209
- Apéndice	316
- Nota final	320